

ANNIE BESANT, D. L. y
REV. C. W. LEADBEATER

PLATICAS SOBRE EL SENDERO DEL OCULTISMO

Comentarios sobre “A LOS PIES DEL
MAESTRO”, “LA VOZ DEL SILENCIO” Y
“LUZ EN EL SENDERO”.

Tomo I

“A LOS PIES DEL MAESTRO”

Contenido

[El Sendero Oculto y Los Intereses Mundanos](#)

[La Iniciación y el Acceso a Ella](#)

[De Como Fue Escrito este Libro](#)

[La Oración Preliminar](#)

[El Espíritu del Discípulo](#)

[Las Cuatro Vias de Acercamiento](#)

[Discernimiento](#)

[La Vida de Los Cuerpos](#)

[El Bien y El Mal](#)

[Se Veraz en lo Absoluto](#)

[El Altruismo y la Ley Divina](#)

[Eliminación del Deseo](#)

[El Buen Deseo Único](#)

[Poderes Psíquicos](#)

[Pequeños Deseos](#)

[Ocúpate de tus Asuntos](#)

Control de la Mente

Dominio de la Accion

Tolerancia

Contentamiento y Alegría

Aspiración Única

Confianza

Liberación, Nirvana y Moksha

El Amor en la Vida Diaria

Murmuración

Crueldad

Superstición

Servicio

El Sendero Oculto y Los Intereses Mundanos

C.W.L. -“A los Pies del Maestro” es uno de los tres libros -los otros dos son “La Voz del Silencio” y “Luz en el Sendero”- especialmente pensados para ayudar a las personas a asentar sus pies en el Sendero. Por el momento, es el de mayor valor para nosotros, por su extrema sencillez y porque ostenta especialmente el sello y la aprobación del Instructor del Mundo. Consiste en las enseñanzas que recibió de su Maestro el joven discípulo J. Krishnamurti en el año 1909, cuando contaba sólo trece años de edad. Su conocimiento del inglés no era perfecto por aquel entonces y como sea que la instrucción le fue transmitida en esa lengua, tanto la enseñanza como el lenguaje tenían que ser especialmente claros. El Maestro Kuthumi, con Su maravilloso poder de adaptación, puso todo lo que era necesario para el logro de la Primera Iniciación en ese estilo sorprendentemente sencillo que constituye una de las mayores recomendaciones de este librito.

“Luz en el Sendero” apareció en 1885, y “La Voz del Silencio” en 1889. Cada uno de estos libros de ética posee sus propias características. Los dos más antiguos son más poéticos que “A los Pies del Maestro”, aun cuando en este último hay también algunas expresiones bellísimas; no podía ser de otra manera, ya que el libro es del Maestro Kuthumi. “Luz en el Sendero” dice Swami T. Subba Rao- tiene una profundidad de significados diversos, siendo el más profundo el relativo a la Iniciación a nivel de Mahachohan, etapa que nuestros Maestros no han alcanzado todavía. “La Voz del Silencio” nos conduce hasta la Iniciación de Arhat, “A los Pies del Maestro” se refiere especialmente a la Primera Iniciación, de modo que la comentaremos en primer lugar.

Todos hemos oído hablar con frecuencia de los requisitos para el Sendero; pero continuaremos oyendo hablar de ellos mientras no consigamos poner en práctica todo lo que hay escrito en libros como éste. No existe ninguna dificultad en saber exactamente lo que se debe

hacer, y no hay ningún obstáculo en el camino que no haya sido colocado por nosotros mismos. Con todo, el número de personas que logran seguir estas orientaciones es relativamente reducido, porque a menudo la personalidad se interpone en el camino. Lo que está escrito en estos libros debe ser aplicado exactamente por cada uno a sí mismo. El Instructor puede explicar e ilustrar de varias maneras lo que debería hacerse, pero cada uno debe hollar el Sendero por sí mismo. Es como el entrenarse para una carrera o practicar la cultura física; puede haber un entrenador que puede dar una cuidada dirección, pero el candidato tiene que ejercitar sus propios músculos: no hay posibilidad de que nadie más haga eso por él.

Millones de personas de las que nos rodean se imaginan que viven de acuerdo con los preceptos de sus religiones respectivas; pero muy pocas lo hacen realmente. Incluso aquellos que llevan una vida buena y santa no siempre siguen estrictamente todos los preceptos prescritos para ellos. En algunos casos las enseñanzas de las religiones exotéricas no son esenciales ni apropiadas; pero en Ocultismo no se da ningún precepto innecesario; se requiere una exacta fidelidad a todos ellos. Esto no significa que debemos poseer todos los requisitos a la perfección antes de poder ser aceptado por un Maestro, ya que esto significaría la consecución del Adeptado; pero estos requisitos deben poseerse en un grado razonable y deben ser reales y no sólo ficciones convencionales. Cuando un profesor de química nos indica que si mezclamos ciertas sustancias de una manera determinada obtendremos ciertos resultados, sabemos que esos resultados tendrán lugar, y que si se alteran las proporciones no obtendremos lo que esperarnos, sino algo distinto. En cuestiones religiosas, la gente parece creer que basta una especie de ligera aproximación a las instrucciones que se dan; pero en ocultismo eso no es así en absoluto: el ocultismo debe enfocarse como una ciencia y, aunque muy a menudo hemos oído hablar de estos requisitos, cabe esperar que tomándolos en consideración cuidadosamente y esforzándonos por comprenderlos y seguirlos con precisión científica, exactamente lo que se necesita, muchos que todavía no han alcanzado el éxito puedan ser capaces de asentar sus pies en el Sendero.

Las cosas internas no son cosas vagas ni inciertas. Hasta hace algunos años parecían muy remotas porque eran muy pocas las personas que conocíamos que habían podido ponerse en contacto directo con los Maestros y era natural que un estudiante se dijera a sí mismo: “Sí dos o tres personas excepcionalmente dotadas o, en cierta manera, especialmente afortunadas han logrado el éxito, pero no parece ser lo mismo para la gente corriente”. Sin embargo, ahora que bastantes personas se han puesto en contacto directo con Ellos, razonablemente, uno puede decirse a sí mismo; “Si estas personas lo han conseguido. ¿por qué no yo?”. La causa del fracaso debe encontrarse dentro de nosotros mismos y no fuera. Con seguridad que no es culpa de los Maestros, quienes se encuentran siempre dispuestos cuando el aspirante ya está preparado. En algunos hay algún defecto que lo impide; en otros puede tratarse sólo de una falta de desarrollo en general; porque si no existiera alguna deficiencia, todos lo conseguiríamos. Bien merece la pena realizar un decidido esfuerzo para descubrir que es lo que nos lo impide, -que nos falta- y ponerle remedio.

Hay un mundo interno real que supera en importancia a todo lo de este mundo externo y que no cesa de presionarnos. En todas partes hay personas que se consideran muy ocupadas y muy sabias siguiendo sus propias perspectivas y, sin embargo, la verdad es que todas ellas están trabajando en lo irreal y lo externo, y son muy pocas las que se han dado cuenta de que existe un mundo interno, espiritual que, en todos los sentidos, es de una importancia enormemente superior al mundo externo.

En el Sendero tenemos que desempeñar nuestros papeles en el mundo, pero lo hacemos solamente a causa de la vida interna que bulle en nuestro interior. Un actor trabaja en un escenario porque tiene otra vida que vivir -una vida coherente y consecuente. Puede desempeñar distintos papeles en diferentes ocasiones, de la misma manera que nosotros, en otras encarnaciones, regresamos y utilizamos otras clases de cuerpos; pero todo el tiempo el actor tiene su verdadera vida real como hombre y como artista, y porque tiene una vida real como hombre, desea desempeñar bien su papel en la vida temporal del

escenario. Similarmente, nosotros deseamos hacerlo bien en nuestra vida física temporal aquí, por razón de la gran realidad oculta tras ella, de la cual la física no es sino una pequeña parte. Si esto está claro, comprenderemos la relativa importancia de esta vida externa; lo que para nosotros tiene valor es únicamente que representemos bien nuestro papel, cualquiera que este pueda ser; qué clase de papel sea, y qué nos pueda pasar en esta existencia de pantomima, son cosas que poco importan. Puede que a un actor le corresponda pasar todavía por una serie de sufrimientos y dificultades; pero todo esto no le alterará en absoluto. Por ejemplo, puede que tenga que morir cada noche en un duelo; ¿qué puede importarle esta muerte ficticia? Lo único que puede importarle es representarla bien.

No debería ser difícil darse cuenta de que el mundo que nos rodea es un mundo de ficción. y que en realidad no importa que experiencias puedan alcanzarnos. Todo lo que le pasa al hombre en el mundo externo es el resultado de su karma. Las causas fueron sembradas en otras vidas en el transcurso del tiempo y ahora no pueden alterarse. Por lo tanto, es inútil atormentarse por lo que nos pasa. No es sino el resultado del pasado y deberíamos tomarlo filosóficamente. Mucha gente lo soporta con torpeza y permiten que ello les ocasione una gran cantidad de sufrimiento, dolor e inquietud. La actitud correcta es tratar siempre de aprender la lección que nos aportan y luego alejarlo de la mente tanto como sea posible -como se aleja la abeja de la flor, como dicen nuestros hermanos de la India. La forma en que se superen estas cosas moldea nuestro carácter para el futuro, lo cual es lo único que importa. Deberíamos servirnos del karma para desarrollar el valor, la fortaleza y las otras buenas cualidades, y luego deberíamos apartarlo de la mente.

Esta perspectiva es difícil de conseguir porque estamos rodeados de miles de personas que se toman el papel en serio como si se tratara de la única vida verdadera. Lo que dicen y lo que hacen nos obstaculiza hasta cierto punto, pero el mayor obstáculo en nuestro camino (aunque nosotros no pensemos nunca en ello) es la inmensa e incesante presión de la opinión pública. Esto es sencillamente asombroso, porque hay muchos miles de ignorantes por cada uno que

conoce la verdad. Ellos piensan: “Hemos de apresurarnos para conseguir posesiones y riquezas; lo que los demás piensen de nosotros lo es todo en la vida.”

También una gran cantidad de conceptos se vierten a chorros por parte de aquellos que quieren ganar posiciones y obtener invitaciones a determinados bailes y ágapes. para hacerse con un duque o con un conde en su lista de invitados, etc., etc. Igualmente, en los asuntos religiosos hay un vasto océano de falsos conceptos moviéndose a nuestro alrededor, pues los liberales son pocos y son millones los que no lo son. También abundan los engaños sociales, como por ejemplo la mojigatería de Inglaterra, donde incluso se considera indecoroso hablar de cuestiones sexuales, de manera que por falta de una pequeña información de un simple conocimiento, los jóvenes crecen en peligro y algunas veces se precipitan en un inesperado desastre porque existe una corriente de corrupción que siempre circula en la cual es muy fácil que se precipite el ignorante. La gente considera las costumbres de la época clásica de Grecia y Roma como indecentes por muchos conceptos, pero en memoria de esas épocas me siento obligado a decir que éstas están muy lejos de poder ser consideradas tan depravadas como las de la Europa actual.

Los que entendemos más del aspecto interno de las cosas, tenemos que oponernos a esta tremenda disparidad y hemos de decirnos: “No, esto no es así; todo esto es irreal y nosotros pedimos ser conducidos desde lo irreal a lo real.” Lo real es la vida inmanente, la vida que persiste; la vida que, como dicen las Escrituras, “se oculta con Cristo en Dios.” Vivir en esa realización constantemente y considerar lo externo como de importancia no esencial no es fácil, pero eso es exactamente lo que hay que hacer. Uno de nuestros Maestros ha dicho: *“El que quiera seguirnos debe dejar su mundo y venir al nuestro.”* Esto no significa que uno tenga que abandonar la vida diaria y vivir como un ermitaño -esto implica que, aún más que antes, hemos de cumplir con entusiasmo todos los deberes que nos correspondan en este extraño juego de la vida- sino que significa que el aspirante debe abandonar su actitud ordinaria y adoptar la de los Maestros.

Los que logren triunfar en estos esfuerzos llegarán algún día a ser

aceptados como discípulos por uno u otro de los Maestros. Cuando el pensamiento del hombre llega a formar parte del de su Maestro, el discípulo puede poner a prueba su pensamiento con el del Maestro, el cual jamás se ve afectado por la multitud, y puede ver exactamente lo que Él piensa sobre cualquier tema. De esta manera, el discípulo pronto se situará en el camino del Maestro y comprenderá Su punto de vista, si bien al principio se sentirá continuamente desconcertado ante reacciones inesperadas. Las cosas que antes parecían tener mucha importancia, ahora carecen por completo de ella, y otras cosas que le habían pasado inadvertidas por considerarlas de relativa importancia. se presentan ahora con un gran significado porque, de alguna manera, en mayor o menor grado, redundan en nuestro propio beneficio y afectan nuestra capacidad de ser útiles, y cualquier cosa que afecte a esta capacidad es importante, porque ahí es donde contactamos con lo real.

La presión que asalta la mente con todo lo que nos rodea en el plano astral y en el mental, no se deriva en absoluto de lo superior. Hemos de cerrar nuestros oídos a todo eso y hemos de abrirlos únicamente al sonido que llega desde arriba; a la voz y al pensamiento del Maestro. No es de extrañar que, antiguamente, en la India y en otros países, cuando los hombres se disponían a vivir la Vida espiritual, lo primero que hacían era separarse de la vida ordinaria y aislarse e instalarse en una cueva o en la selva. Obtenían la ventaja de huir de esta presión de la opinión ignorante, y quedaban en mayor libertad para seguir su propio camino. Muchos de los santos del cristianismo también se retiraron de la vida activa del mundo y se hicieron monjes y ermitaños o se asociaron con personas que pensaban como ellos.

Esta ventaja del retiro todavía es mayor para aquellos que tienen el privilegio de estar en el aura del Maestro o de alguno de Sus discípulos más avanzados. Las vibraciones de esa aura están actuando constantemente en los cuerpos del discípulo, armonizándolos, despojándolos de tipos de materia no apropiada y proporcionándoles la materia requerida. El estudiante deberá esforzarse constantemente en desarrollar alguna virtud -el amor, por ejemplo. Si se le deja abandonado a sí mismo lo hará de un modo esporádico porque lo

relegará constantemente al olvido; pero el aura de su superior lo mantendrá en el más elevado nivel de pensamiento y sentimiento que el desee establecer en sí mismo de una manera permanente. El resultado que se obtiene no es distinto del que se consigue cuando se trata de corregir la malformación de un miembro en una criatura y este miembro se adereza para obligarle a desarrollarse de una manera correcta.

Mientras el discípulo se encuentra en el aura del Maestro se da cuenta de que no podría tener un mal pensamiento aunque quisiera, ya que esto le resulta imposible. En esa situación, la sonrisa aflora a los labios al recordar nuestros pensamientos de ayer y decimos: “Nunca podre tener ese pensamiento de nuevo; todo eso se ha desvanecido como un sueño.” Pero, al día siguiente, cuando estamos alejados del Maestro puede que nos encontremos de nuevo luchando duramente por mantener una actitud elevada, cosa que tan fácil nos parecía al estar en Su presencia.

Los que ahora están encaminándose hacia el Sendero deben tratar de conservar la misma condición mientras permanecen en la vida activa, porque se trata de ayudar al mundo, no sólo por medio de la meditación y del pensamiento -aunque no cabe duda de que el monje y el ermitaño lo hacen- sino incorporándose a sus diversas actividades. Es una idea muy hermosa y un gran privilegio, pero es difícil, muy difícil de realizar.

El resultado de esa dificultad ha sido que muy pocos lo consiguieron realmente. La mayoría se ha contentado con aceptar las enseñanzas teosóficas del mismo modo que, en general, los cristianos aceptan su religión; considerándola como un hermoso tema para hablar de ello los domingos, pero en absoluto como una actitud a tener en cuenta constantemente a lo largo de todo el día. El estudiante que se toma la vida interna en serio no puede permanecer ignorante de lo ilusorio de las cosas; tiene que ser práctico y consecuente y debe aplicar constantemente sus ideales en la vida diaria. Alcanzar esta constancia es difícil. No es que la gente no esté deseosa de realizar un gran esfuerzo en favor de la idea teosófica. Si pudieran ayudar a un Maestro, si pudieran hacer algún trabajo directamente para El, lo

harían, aunque ello les costara la vida. Recordemos lo que dice San Agustín: *“Muchos son los que morirían por Cristo, pero pocos los que vivirían por El.”* Convertirse en mártir parece magnífico, heroico; es una gran proeza; pero el que llega al martirio tiene la sensación de estar haciendo un esfuerzo extraordinario y la conciencia de esto le hace resistir y aguantar el dolor y el sufrimiento. En ese momento está excitado por este gran acto de heroísmo. Lo que ahora tiene que hacer es mucho más difícil que eso. No es posible mantenerse siempre afectado por este ramalazo de heroísmo en medio de las pequeñas dificultades diarias que constantemente nos abruman. Es muy difícil sostener la misma ecuanimidad mental al tratar día a día con la misma gente fatigante que no quiere hacer las cosas que uno cree que deben hacerse. Vivir por Cristo en todas las pequeñas cosas, eso es lo difícil; y es precisamente porque estas cosas parecen relativamente pequeñas que es tan sumamente difícil seguir el Sendero.

Examinemos estos tres libros; sigamos sus instrucciones y veamos hasta dónde es posible ponerlas en práctica. Otros lo han hecho así, y han logrado llegar al Sendero; ¿por qué nosotros no? Triunfar significa conquistar el yo; significa aceptar los hechos y enfrentarnos a ellos; y donde haya malas hierbas arrancarlas. No importa cuán profundamente arraigadas estén, o cuanto sufrimiento se derive de esto. ¡Fuera con ellas! Duro trabajo, en verdad, pero los que ya han logrado entrar en alguno de los estados superiores nos dicen que bien merece la pena algún esfuerzo, grande o pequeño, de una vez por todas o muchas veces si es necesario.

La Iniciación y el Acceso a Ella

C.W.L. -El título de este libro fue escogido por nuestra Presidenta entre unos treinta o cuarenta que le fueron presentados a consideración, y también a ella se debe la dedicatoria a los que llaman cuyo simbolismo es obvio: “llamad y se os abrirá; buscad y hallaréis.” En el prefacio del libro la Dra. Besant dice:

“Por ser un hermano de más edad se me ha concedido el privilegio de escribir unas palabras de introducción a este librito. el primero que ha escrito un hermano más joven de cuerpo. ciertamente, pero no de Alma.”

He aquí un punto de gran importancia. En la vida ordinaria, considerando solamente este mundo y esta sola encarnación, juzgamos la edad de una persona por la de su cuerpo físico; pero en el progreso oculto consideramos la edad del Ego, del alma interna. Debemos estar alerta para no juzgar solamente lo externo, aunque casi todo el mundo lo hace. El alma crece constantemente, y cuando alcanza un estado superiormente desarrollado a menudo comienza a mostrar signos de su desarrollo en inteligencia, emoción y poderes ocultos, aun cuando el cuerpo físico sea todavía joven. Alcyone, ciertamente, dio muestras de que éste es su caso, por la extremada rapidez de su progreso. Respondió a las enseñanzas tan plenamente que pudo alcanzar en unos cuantos meses lo que normalmente requiere muchos años, porque para la mayoría de los hombres esto representaría un cambio fundamental de carácter.

Los casos de esta clase irán en aumento debido a la próxima llegada del Instructor del Mundo. Sus principales discípulos deben ser personas en la plenitud de su vida y de su fuerza; la mayoría probablemente no mucho mayores que Él en lo que al cuerpo físico se refiere y los que habrán de ser sus discípulos deben ser ahora jóvenes. Es sumamente probable que algunos de los que ahora son niños entre nosotros puedan convertirse en el futuro en destacados colaboradores, pues es posible que la mayoría de los que están destinados a tan afortunada oportunidad nacerán donde puedan obtener la enseñanza

que los capacite para ello, o sea, en familias teosóficas.

Por lo tanto, deberíamos estar pendientes de esas posibilidades y procurar que todo niño que encontremos en nuestro camino sepa de la próxima venida del Instructor del Mundo, para que puedan conocer la posibilidad que se les brinda. Debe dejarse que ellos mismos aprovechen la oportunidad pero, cuando menos, debemos proporcionársela. Sería muy triste que algunos padres tuvieran que oír de su hijo o hija este reproche: “Si me hubierais hablado de estas cosas cuando era joven, podría haber aprovechado la oportunidad, pero me dejasteis crecer sin saber nada de ello: dejasteis que creciera en la vida del mundo y por eso, cuando se presentó la oportunidad no la aproveché.” Hemos de proporcionar la oportunidad, pero cuando hayamos hecho eso, nuestro deber estará cumplido, porque no nos corresponde a nosotros tratar de obligar a nadie en ningún sentido, ni siquiera formular un plan de futuro y esperar que otras personas, posiblemente con un mayor desarrollo espiritual, se identifiquen con él.

Las enseñanzas contenidas en él le fueron dadas por su Maestro cuando le preparaba para la Iniciación.

La palabra Iniciación se ha utilizado a menudo en un sentido muy generalizado; pero tiene un significado técnicamente definido. La misma Madame Blavatsky, en los primeros tiempos lo utilizaba algo libremente. pero como nuestra terminología se ha vuelto más precisa, el significado de la palabra debería limitarse a las grandes Iniciaciones, a los cinco pasos en el Sendero propiamente dicho, para utilizar los términos antiguos. En las antiguas escrituras se habla del Sendero Probatorio, del Sendero propiamente dicho, y del Período de Oficio, como de las tres etapas en el desarrollo del ser humano avanzado. El Sendero Probatorio significa el período de prueba para la Iniciación; el Sendero propiamente dicho es el Sendero de la Santidad que empieza con la primera de las grandes Iniciaciones (aquella en la que el hombre ‘entra en la corriente’) y termina con la consecución del Adeptado, Hace cuarenta años se solía hablar de la “Iniciación en la Sociedad Teosófica” y la palabra todavía se utiliza en relación con las ceremonias masónicas y de otras clases; no debemos, pues, confundir

estos conceptos con las grandes Iniciaciones del Sendero Oculto.

En los primeros tiempos de nuestro movimiento, el período de prueba para la Iniciación se consideraba dividido en etapas que corresponden a las cuatro cualidades de las que trata este libro: discernimiento, carencia de deseos, buena conducta y amor.

No es correcto llamarlas etapas ni hablar de iniciaciones entre ellas. Estas cualidades no se van adquiriendo necesariamente en el orden anotado. En los antiguos libros orientales aparecen descritas en ese orden; pero, probablemente, estamos obligados a adquirirlas todas simultáneamente. Hacemos lo que podemos con todas ellas, y para algunos de nosotros adquirir una cualidad puede resultar más fácil que las otras.

El discernimiento ocupa su lugar como la primera de las cualidades porque capacita al hombre para decidir su entrada en el Sendero. El nombre budhista de esta cualidad es *manodvâravajjana*, “la apertura de las puertas de la mente”, lo cual significa que la mente del hombre se abre, por primera vez, para ver que las cosas espirituales son las únicas cosas reales, y que la vida mundana ordinaria no es más que una pérdida de tiempo. Los hindúes lo llaman *viveka*, que significa discernimiento. Los cristianos llaman a esta realización conversión, palabra que también es muy expresiva, porque conversión significa la acción de dar la vuelta y reunirse: se deriva del supino de *verto* y de *con*, que significa junto.

Esto quiere decir que el hombre, al haber seguido su propio camino sin pensar para nada en la Voluntad Divina, ha comprendido ya la dirección en la que esa Divina Voluntad quiere que fluya la corriente de la evolución y da la vuelta para ponerse al paso con esa corriente. En muchas sectas cristianas, la palabra ha degenerado hacia una especie de condición espasmódica o histórica; pero incluso así, implica la idea de dar la vuelta para caminar al paso con la Divina Voluntad. Mucho de esto lo expresó el apóstol cuando dijo: *“Pon tus afectos en las cosas de arriba y no en las cosas de la tierra.”*

Así como hay etapas en el Sendero, también hay otras etapas definidas que indican los grados de relación personal del discípulo con

el Maestro que lo prepara para la Iniciación. Las Iniciaciones se otorgan por la Gran Fraternidad Blanca, en nombre del Iniciador Único, que es su Jefe -y solamente por Su mandato. Pero las relaciones del discípulo con su Maestro son sólo de su incumbencia. Primero se puede ser un aspirante a prueba, segundo, un discípulo aceptado: tercero, lo que se llama un hijo del Maestro; estas relaciones son privadas y no deben confundirse con las iniciaciones que sólo son dadas por la Gran Jerarquía.

La primera Iniciación es la etapa que hace a un hombre miembro de la Gran Fraternidad Blanca. Antes de eso, el hombre no está realmente en el Sendero, pero se está preparando para ello. La Iniciación no se otorga de una manera arbitraria, sino en reconocimiento de haber alcanzado una determinada etapa de evolución -lo que se ha dado en llamar la unión del Yo superior con el yo inferior, la unión del Ego con la personalidad. Un hombre que desee situarse como candidato a la Primera Gran Iniciación debe adquirir las cualidades descritas en este libro y hacer de su personalidad una expresión del Ego; no debe haber una personalidad que destaque y tenga deseos propios opuestos a los del Ego reencarnante.

El cambio que entonces se produce se refleja en las ilustraciones que aparecen en El Hombre Visible e Invisible. El cuerpo astral del salvaje está lleno de colores que indican toda una serie de bajas pasiones y es de un perfil irregular, porque el hombre no tiene ningún control sobre el mismo; y los cuerpos astral y mental no indican ninguna relación entre ellos.

El cuerpo causal está manifiestamente vacío; el cuerpo mental está poco desarrollado y, como hemos dicho, no tiene ninguna relación con el astral. En el cuerpo astral del salvaje existen toda clase de emociones y pasiones que no tienen nada que ver con la mente. El salvaje no piensa en ellas; no sabe aún cómo pensar; las pasiones, simplemente, están ahí y se deja arrastrar por ellas.

Sin embargo, en el hombre adelantado, todos esos vehículos están íntimamente unidos. El cuerpo causal está ocupado en lugar de estar vacío; en él están ya plenamente desarrollados todos los diferentes colores demostrativos de que las virtudes superiores están

desarrolladas en él, y que ya está empezando a prodigar su ayuda a los demás. El cuerpo mental contiene los mismos colores, algo más fuertes pero, de cualquier modo, los más delicados en su matiz y representan el cuerpo causal en el nivel más inferior. El cuerpo astral, a su vez, es un espejo del mental -ahí están los mismos colores, sólo que un poco más oscuros y densos, por hallarse en un plano más bajo.

El yo del salvaje se expresa en toda clase de emociones y pasiones, las cuales, posiblemente, el Ego no podría aprobar, pero en el hombre desarrollado no hay más emociones que las que él quiere tener. En lugar de regirse por sus emociones y de someterse a ellas, simplemente, las selecciona. Dice: “El amor es bueno; dejaré que el amor me invada: la devoción es buena: dejaré que la devoción se apodere de mí; la comprensión -hermosa cosa- dejaré que me invada la comprensión”. Y esto lo hace con los ojos abiertos, intencionadamente. Las emociones quedan, pues, bajo el dominio de la mente; y esa mente es una expresión del cuerpo causal, de modo que nos vamos acercando a la condición de la unión completa del Ego con el yo inferior.

No hay que pensar que en el hombre existen dos entidades. No hay nunca un yo inferior como ser separado, sino que el Ego hace descender un diminuto fragmento de sí mismo hasta la personalidad para experimentar las vibraciones de los planos inferiores. La personalidad llega entonces a estar mucho más vívidamente activa porque se encuentra en un medio en el que puede responder a esas vibraciones; por consiguiente, se olvida de que pertenece al Ego y se identifica con las cuestiones de la vida por su propia cuenta e intenta proceder como mejor le parece prescindiendo de los intereses del Ego. Sin embargo, en el transcurso de muchas encarnaciones el Ego se va fortaleciendo y entonces el hombre puede darse cuenta de que la personalidad no es más que una expresión de sí mismo, el Ego reencarnante, y que cuando la personalidad trata de ser el dueño en lugar del servidor, se equivoca y necesita controlar la personalidad. Así pues, es de nuestra incumbencia mandar en la personalidad para que se exprese el Ego y nada más. Esto es lo que el señor Sinnett llama ser reales con el Yo superior. En La Voz del Silencio se dice que el

discípulo deberá matar la forma lunar. Eso se refiere al cuerpo astral. No quiere decir que hemos de cometer un asesinato astral, quiere decir que el cuerpo astral no debe tener existencia más que como una expresión de lo superior, que en lugar de tener sus propias pasiones y emociones debe reflejar solamente las que el Ego disponga.

Tal es la condición a alcanzar antes de poder ser presentado para la Primera Iniciación. El hombre debe tener el control de sus cuerpos físico, astral y mental. Todos ellos deben ser los servidores del Ego. Lograr ese dominio requiere muchísimo trabajo para el hombre corriente y hay muchos que pueden decir: “Yo no puedo hacer eso; es inútil hablar de ello.” Evidentemente, este es un ideal demasiado elevado para exigirlo de golpe a todo el mundo; pero no debería ser una exigencia tan seria si se hace a aquellos que han estado meditando y pensando en estas cosas durante muchos años. Ciertamente, no es fácil desprenderse, una a una, de toda una serie de pasiones y controlar los cuerpos astral y mental: estas cosas son difíciles, pero vale la pena intentarlo ya que los resultados que se obtienen como consecuencia son incomparables en proporción con los esfuerzos realizados. La idea de capacitarnos para ser más útiles al Instructor del Mundo es un incentivo más y un estímulo en esta ardua empresa. Aquellos que llegan a estas Iniciaciones no lo hacen para ellos mismos, para escapar al dolor y al sufrimiento del mundo, sino para poder ser útiles en el grandioso plan.

En la existencia humana hay ciertos cambios definidos que superan a todos los demás. El primero de ellos es cuando el hombre se individualiza y entra en el reino humano cuando llega de la etapa animálica y empieza su carrera como Ego. Su consecución del Adeptado en la Quinta Iniciación es el otro; indica su salida del reino humano porque entonces entra en una etapa súper humana. Esa es la meta para toda la humanidad; es el punto que hemos de esforzarnos por alcanzar en esta cadena de mundos. Al final de este período, el hombre que ha logrado lo que Dios quiso para la humanidad, que ha llevado a cabo por sí mismo y hasta el máximo el designio divino, trasciende el reino humano y muchos de nosotros pueden que lo hagan mucho antes de que el período concluya.

Entre estos dos cambios hay otro punto absolutamente de la mayor importancia: la clara “entrada en la corriente” en la Primera gran Iniciación. Las palabras que se pronuncian al admitir al candidato en la Fraternidad incluyen esta afirmación: “Ahora estás a salvo para siempre; has entrado en la corriente; que alcances pronto la otra orilla.” El cristiano le llama “el hombre que se salvó, que está a salvo”. Esto significa que está totalmente seguro para proseguir en esta corriente actual de evolución; seguro de que no será separado el día del juicio, en la próxima Ronda, como un escolar que va muy rezagado respecto al resto de su clase.

El Iniciado tiene que obtener la Segunda, Tercera y Cuarta Iniciaciones antes de alcanzar el Adeptado, que es la Quinta. pero cuando alcanza esa etapa une la Mónada y el Ego, de la misma manera que antes había unido el Ego y la personalidad. Cuando el hombre ha logrado la unión del Yo superior con el yo inferior, su personalidad deja de existir excepto como expresión del Ego; ahora tiene que empezar de nuevo ese proceso, por así decirlo, y tiene que hacer del Ego una expresión de la mónada. Si más allá existe otro estado de parecida condición, no lo sabemos, pero sí es cierto. por lo menos, que cuando alcancemos el Adeptado descubriremos que ante nosotros se abre una maravillosa perspectiva de progreso todavía mayor.

La gente se pregunta con frecuencia cuál será el fin de esta evolución que se despliega ante nosotros. Por lo que a mí respecta, no sé si hay un final o no. Un gran filósofo dijo una vez: “Es igualmente inconcebible que haya un fin o que no lo haya; sin embargo, una de las dos cosas debe ser cierta.” Algunos hablan de absorción en lo Supremo; pero de eso no sabemos nada. Si sabemos que nuestra conciencia continúa expandiéndose; que ante ella hay una gradación tras otra, hacia arriba y más allá de la nuestra. Sabemos que es posible alcanzar el nivel búddhico y obtener así una enorme expansión de conciencia, de forma que además de ser uno mismo, también se es otra y más magnífica persona.

Con esto, no es que perdamos en absoluto nuestra individualidad, sino que sentimos que la hemos ampliado tanto, que somos capaces de sentir a través de los demás igual que sentimos a través nuestro. Todos

los que puedan hacer esto en la meditación deberían continuar la práctica y expandirse cada vez más, hasta que la conciencia abarque no solamente a aquellos que están por encima de nosotros, sino también a los que están por debajo, aunque los que están más arriba llegan primero porque son mucho más fuertes; con una fuerza mucho más tremenda. Esa expansión tiene lugar gradualmente y uno se abre camino, sub-plano tras sub-plano de la conciencia búddhica hasta que, de inmediato, aprende a desarrollar el vehículo búddhico -el cuerpo que puede usar en esas maravillosas alturas desde las cuales todas las esferas parecen una sola y puede desplazarse eficazmente por el espacio sin atravesarlo. en el sentido que nosotros le damos a esta palabra.

Ahora bien, puesto que esa experiencia la hemos pasado algunos de nosotros, queda justificado el que asumamos que la ulterior expansión de conciencia será algo por el estilo. Hemos alcanzado esa unidad sin perder en lo más mínimo nuestro sentido de individualidad, sin sentirnos sumergidos en un radiante mar, como dice el poeta, sino antes bien, sintiendo que el radiante mar se ha fundido en la gota.

Por paradójico que pueda parecer, la sensación es ésa; la conciencia de la gota se dilata en la conciencia del mar. Siendo esto así, en todo lo que se nos alcanza, quedamos ciertamente justificados al asumir que no habrá ningún cambio repentino en este método. No se puede concebir que nos sumerjamos en algo y perdamos al hacerlo esa conciencia que nos ha costado tanto tiempo desarrollar. Yo creo que la conciencia se expandirá de tal modo que podremos convertirnos en uno con Dios, pero sólo en el sentido en que Cristo lo expuso cuando dijo:

“Vosotros sois dioses; todos vosotros sois los hijos del Altísimo.”

Podemos retroceder a lo lejos en la evolución y también podemos mirar muy lejos hacia el futuro. Podemos estar seguros de un futuro de millones de años de útil actividad en niveles espléndidos, cuya gloria, poder, amor y desarrollo son inconcebibles aquí abajo: pero esos niveles están más allá de lo que sabemos. Si consideramos esta cuestión desde el punto de vista racional difícilmente podemos esperar desentrañarla. Si la finalidad de todo esto fuera algo que ahora

pudiéramos comprender, sería un final muy pobre, completamente desproporcionado con todas las etapas que a él conducen.

Nuestro intelecto es una cosa limitada -de sus limitaciones nadie se da cuenta hasta que se alcanza el desarrollo superior y se empieza entonces a ver que el intelecto del que tanto nos hemos ufano es, en realidad, una nimiedad, un comienzo solamente, una semilla de un árbol futuro. En comparación con el intelecto del futuro, el hombre sólo tiene ahora un intelecto infantil, aunque sea esperanzador, ya que ha hecho mucho hasta ahora y promete más aún. Pero comparado con el intelecto de los Grandes Seres, es todavía el de un niño pequeño. Por esta razón aún no puede alcanzar las elevadas cimas ni las grandes profundidades, y no podemos esperar comprender ni el principio ni el fin. Yo, por lo menos, estoy más que deseoso de admitir, con toda franqueza, que desconozco absolutamente cuál es la meta que lo Supremo tiene en Su mente, excepto que Él es.

El metafísico y el filósofo especulan sobre estas cosas y obtienen de sus esfuerzos un considerable desarrollo de la mente y del cuerpo causal. Los que se sienten atraídos por esas especulaciones no hacen ningún mal en ceder a ellas; pero creo que deberían entender claramente que son imaginaciones. El filósofo no debería desarrollar sus teorías como sistema y esperar que las aceptemos, porque es sumamente probable que le hayan pasado desapercibidos una gran cantidad de factores esenciales. Por lo que a mí respecta, no especulo. Siento que el esplendor y la gloria que, indiscutiblemente, se encuentran más allá de nosotros, son más que suficientes para satisfacer todas nuestras aspiraciones.

“Ni el ojo ha visto, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre ha podido concebir las cosas que Dios ha preparado para aquellos que Le aman.” — (1 Corintios 2:9)

Esto es tan cierto ahora como lo fue hace dos mil años.

De Como Fue Escrito este Libro

C.W.L. -El Prefacio de la Dra. Besant (fechado en diciembre de 1,910) sigue explicando cómo escribió Alcyone el libro:

“Y las transcribió de memoria despacio y laboriosamente porque su conocimiento del inglés del año pasado era mucho menos fluido de lo que es ahora. La mayor parte es una reproducción de las propias palabras del Maestro; las que no son una reproducción verbal son el pensamiento expresado con las palabras de Su discípulo. Dos frases que se pasaron por alto fueron suplidas por Maestro. En otros dos casos, se añadió una palabra que faltaba, Aparte de esto, es totalmente de Alcyone; su primera dádiva al mundo.” — (A los Pies del Maestro)

Lo que sigue sobre lo que sucedió es de mi propia cosecha, tal como se da en Los Maestros y el Sendero:

La historia de cómo llegó a escribirse este libro es relativamente sencilla. Cada noche yo tenía que acompañar a este muchacho en su cuerpo astral a la morada del Maestro para poder recibir instrucción. El Maestro dedicaba alrededor de unos quince minutos cada noche para hablar con él, pero al final de cada charla Él siempre resumía los puntos principales de lo que había dicho en una simple frase o en unas cuantas frases, haciendo así un fácil y breve resumen que se le repetía al muchacho para que lo memorizara. El muchacho recordaba ese resumen por la mañana y lo plasmaba por escrito. El libro consiste en estas frases del compendio de las enseñanzas del Maestro hecho por él mismo y con sus palabras. El muchacho las ponía por escrito muy laboriosamente, porque su inglés no era muy bueno por aquel entonces. Sabía todas estas cosas de memoria y no se preocupaba especialmente por las notas que había tomado. Un poco más adelante, el muchacho fue a Benarés con nuestra Presidenta. Cuando llegó allí me escribió. Yo estaba entonces en Adyar, y me pedía que recogiera y le enviara todas las notas que había tomado de lo que el Maestro había dicho. Yo arreglé estas notas lo mejor que pude y las mecanografié.

Entonces me pareció que, como estas notas eran casi exclusivamente palabras del Maestro, tenía que asegurarme de que no había habido ningún error al transcribirlas. Por consiguiente, tomé la copia mecanografiada que había hecho para el Maestro Kuthumí y le pedí que tuviera la bondad de revisarla. Él lo hizo así y corrigió una o dos palabras, aquí y allá, añadió algunas notas explicativas y unas cuantas frases más que yo recordaba haberle oído decir al señor Krishnamurti. Luego dijo: “Si, parece correcto: está bien”; pero añadió, “Vamos a enseñárselo al Señor Maitreya”. Y entonces fuimos los dos; Él tenía el manuscrito y se lo enseñó al mismo Instructor del Mundo, quien lo leyó y lo aprobó. Fue Él quien dijo: “Debéis hacer un hermoso librito con este trabajo para presentar Alcyone al mundo.” Nosotros no habíamos tenido la intención de presentarlo al mundo; no habíamos considerado deseable que tan grandes pensamientos apareciesen como de un muchacho de trece años que todavía tenía que terminar su educación. Pero en el mundo oculto hacemos lo que se nos dice y por eso este libro se entregó al impresor tan pronto como pudimos.

Todos los inconvenientes que esperábamos de una publicidad prematura ocurrieron; pero con todo, el Señor Maitreya tenía razón y nosotros estábamos equivocados; porque el bien que se ha derivado de ese libro supera, en toda medida, las preocupaciones que nos ha creado. Muchísima gente, literalmente hablando miles y miles de personas, han escrito para decir cómo este librito había cambiado sus vidas, de qué manera las cosas habían tomado un nuevo significado para ellos por haberlo leído. Se ha traducido a veintisiete idiomas. Se han hecho unas cuarenta ediciones del mismo o tal vez más, y se han imprimido alrededor de cien mil ejemplares. Ahora mismo se está preparando una edición de un millón de ejemplares en América. Con este libro se ha hecho un maravilloso trabajo. Lo más importante es que ostenta el imprimatur especial de Instructor del Mundo, que está por venir y esto es lo que lo hace más valioso -el hecho de que, en cierto modo, nos muestra lo que van a ser sus enseñanzas.

Desde el momento en que este libro se publicó por primera vez hasta hoy, son incontables las ediciones que se han llegado a editar del mismo, y siguen editándose todavía. – (NOTA)

La Oración Preliminar

C.W.L. -La Dra. Besant termina con un buen deseo para todos nosotros:

Que este libro pueda ayudar a otros, como las enseñanzas de viva voz le ayudaron a él -esa es la esperanza con la que él lo da. Pero las enseñanzas sólo pueden ser fructíferas si se viven como él las ha vivido, desde que brotaron de los labios de su Maestro. Si se sigue el ejemplo, así como el precepto, entonces, tanto para el lector como para el que lo escribió, el gran Portal se abrirá de par en par, y sus pies hollarán el Sendero.

Revisando este libro la Dra. Besant dijo: “Muy raramente se dan a los hombres palabras como éstas; enseñanzas tan directas y tan bellamente expresadas.” Por esta razón, ciertamente, cada palabra del mismo es merecedora de nuestra más atenta consideración.

Al principio del libro, antes de entrar incluso en el Prefacio de Alcyone, se inserta la antigua plegaria traducida del sánscrito:

Condúceme de lo ilusorio a lo Real

Condúceme de las tinieblas a la Luz

Condúceme de la muerte a la inmortalidad

La utilización de la palabra “real” en este caso puede originar alguna desorientación. Cuando decimos “real” e “irreal”, la idea que acude a nuestra mente es que una cosa tiene una existencia definida y la otra no. Lo irreal, para nosotros es puramente imaginario. Pero esto no es precisamente lo que los hindúes entienden por esta expresión. Tal vez nos aproximaríamos un poco más a su significado si dijéramos: “Condúceme de lo impermanente a lo permanente.”

La afirmación de que los planos inferiores, físico, astral y mental, son irreales conduce a menudo a una preocupante confusión. Estos planos no son irreales en su propio nivel y mientras perduran. Los objetos físicos parecen perfectamente reales mientras estamos en el plano físico, pero cuando el cuerpo se duerme y utilizamos nuestra conciencia astral en lugar de la física, esos objetos dejan de ser visibles

para nosotros porque hemos pasado a un plano más elevado. Por esta razón algunas veces la gente dice que son irreales. Pero, precisamente es mucho más razonable decir que el plano astral es irreal porque no vemos sus objetos cuando estamos en el plano físico. Tanto los objetos del plano físico como los del astral están siempre ahí; son visibles para aquellos cuya conciencia está respectivamente en cada plano.

En todo lo que se me alcanza, toda manifestación es impermanente; sólo lo inmanifestado es siempre y absolutamente lo mismo. Toda manifestación, incluso la de los planos más elevados, pasará un día otra vez a lo Inmutable, de modo que la diferencia entre lo que normalmente llamamos impermanente y aquello que se encuentra en los planos superiores, sólo es cuestión de tiempo, el cual, en comparación con la eternidad puede no significar nada. El plano físico, pues, es tan real como el plano nirvánico y es, ciertamente, una expresión de la Deidad, de modo que no debemos de formarnos la idea de que algunas de estas cosas son reales y las otras un simple sueño o fantasmagoría.

Otra teoría comúnmente sostenida es que la materia es mala; pero eso no es así en absoluto. La materia es una expresión de lo divino lo mismo que lo es el espíritu: ambos son uno en Él -dos expresiones de Él. La materia opera a menudo para poner obstáculos a nuestro progreso, pero sólo cuando se utiliza así para retrasar nuestro camino; También un hombre que se corta con un cuchillo podría decir que los cuchillos son malos. Considerando la flexibilidad de las palabras sánscritas, igualmente podríamos traducir la primera línea como “Condúceme de lo falso a lo verdadero”. “Verdadero”, “permanente”, “real” -estas palabras parecen abarcar el mismo sentido, de modo que lo que estamos diciendo es más bien que desde lo externo, donde la ilusión es mayor, se nos conduzca a lo interno que está más cerca de la verdad absoluta.

La segunda petición es: “Condúceme de las tinieblas a la luz”. -es decir, evidentemente, de las tinieblas de la ignorancia a la luz del conocimiento. La plegaria está dirigida al Maestro; le pedimos que nos ilumine con su sabiduría. También hay un segundo sentido relacionado con esto en la India, porque en esas palabras se da por

sentado que se le pide que nos conduzca hasta el conocimiento de los planos superiores, y aquí tenemos un pensamiento más bien inspirador que encontraremos en algunos de esos antiguos textos: que la luz del plano inferior son las tinieblas del plano que le sigue. Eso es maravillosamente cierto. Lo que aquí se considera como luz, es sombra y oscuridad comparado con la luz del mundo astral y, a su vez, esa luz astral es pobre en comparación con la luz del plano mental. Es muy difícil explicar esta diferencia en palabras porque cada vez que ascendemos un plano en nuestra conciencia tenemos la impresión de algo mucho más maravilloso de todo lo que habíamos conocido antes - mayor poder, mayor luz, mayor bienaventuranza.

Cuando el hombre realiza un claro desarrollo de conciencia piensa: “Ahora, por primera vez, sé lo que la vida significa realmente, se lo que es la felicidad y cuán espléndidas son todas estas cosas.” De modo que cada plano está absolutamente desfasado de toda proporción y es superior al plano que está por debajo de él, de manera que, por ejemplo, regresar incluso desde el astral, el plano superior inmediato, al plano físico, es como salir de la luz del sol y adentrarse en una oscura mazmorra. Cuando el hombre puede actuar conscientemente en el nivel mental descubre una expansión en muchas direcciones, completamente más allá de lo que él conoce del astral.

Cuando puede alcanzar la conciencia búddhica por primera vez, percibe un poquito de cómo Dios ve las cosas. Entonces, uno llega a contactar con la Divinidad y empieza a saber cómo Él, que está en todo, siente a través de todo. Se dice que:

“En Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser” – (Hechos 17:28)

“De Él y por Él y para Él son todas las cosas” – (Romanos 11:36)

Y todo eso no es solamente una bella expresión poética, sino que representa una realidad efectiva. Existe una gloriosa unidad -no sólo una fraternidad, sino una unidad de hecho- y cuando el más mínimo fleco de todo eso puede alcanzarse, por primera vez, uno empieza muy tímidamente a comprender cómo siente Dios cuando contempla su universo y dice: “Es un buen universo”. Y así, desde las tinieblas de los planos inferiores pedimos ser conducidos a la luz de la conciencia

superior -y esto es luz comparado con las tinieblas. Ninguna fraseología podría ser más adecuada; ninguna expresión podría demostrar con más exactitud lo que se siente.

Luego decimos: “Condúceme de la muerte a la inmortalidad”. Esto no tiene el significado que a primera vista le daría una persona religiosa corriente, porque la actitud de los teósofos ante la muerte debería ser distinta a la del hombre que no ha estudiado estas cosas - en realidad tiene que ser una actitud totalmente opuesta. La muerte no es un horror, ni es el rey del terror, sino más bien un ángel llevando una llave de oro para abrirnos la puerta a una vida más plena y más elevada.

Desde luego, siempre sentimos dolor por los que mueren; pero ese dolor es por “el contacto de la mano que se desvanece y por el sonido de la voz que ha quedado silenciosa”. Y cuando pedimos que se nos conduzca de la muerte a la inmortalidad no queremos decir en absoluto lo que piensan los cristianos: que quisieran vivir para toda la eternidad en su actual personalidad, de una u otra manera. Sin embargo, sentimos un claro deseo de escapar de la muerte y de su inseparable compañero el nacimiento. Lo que el hombre tiene ante sí es lo que el budhista llama Sansâra, la rueda de la vida.

La plegaria ahora es: Desde este ciclo de nacimientos y muertes condúceme a la inmortalidad -a la vida que está más allá del nacimiento y de la muerte, que no necesita sumergirse en los planos inferiores porque su evolución humana ha terminado y ha conseguido todo lo que la materia tenía que enseñarle.

Aunque la gente nunca parece darse cuenta de ello, esa idea predomina también en las escrituras cristianas. El cristianismo moderno padece ciertas obsesiones -no sé si se las podría llamar de alguna otra manera-, y una de ellas es el terrible concepto de un infierno eterno. Esa creencia ha edificado también una nube de incompreensión sobre muchas otras doctrinas. Toda la teoría de la salvación ha venido a significar la salvación de este infierno que no existe; un infierno eterno inexistente, siendo así que no significa eso en absoluto, y todos los pasajes que se supone que hablan de eso, que parecen tan incomprensibles, se vuelven claros y diáfanos cuando se

interpreta que realmente es el nacimiento del Cristo en el corazón del hombre lo que le salva.

El Cristo hablaba a menudo a la gente del ancho camino que conduce a la muerte o destrucción y de los muchos que por él caminan. Sus apóstoles, acercándose a Él le preguntaron una vez: *“Señor, ¿son unos pocos los que se salvan?”* entonces Él dijo: *“Estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida y pocos serán los que lo encuentren.”* En realidad, los hombres han interpretado estas palabras tan hermosas y perfectamente válidas en el sentido de que la mayoría de la humanidad será precipitada a un infierno eterno, que muy pocos, en verdad, llegarán a alcanzar el cielo: pero es totalmente ridículo atribuir esa idea al Cristo. Lo que Él quiso decir está perfectamente claro. Los discípulos le estaban preguntando cuántos entrarían en el sendero de la Iniciación y Él dijo: “Pocos”, lo cual es tan cierto en nuestros días como lo era entonces. Cuando Él dijo; *“Ancho es el camino que conduce a la muerte y muchos los que lo siguen”*, se refería al camino que conduce al ciclo de nacimientos y muertes. Desde luego, es verdad que ese camino es ancho y llevadero; no hay obstáculos de ninguna clase para seguir esa línea de desarrollo, y aquellos que lo hacen llegarán a la meta con facilidad, más o menos al final de la séptima Ronda.

Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la Iniciación, hacia el reino de los cielos. Cuando Cristo habla del reino de los cielos nunca dice el mundo celestial, el estado después de la muerte, el devachán, sino que siempre habla del cuerpo de los que se han salvado, de la compañía de los elegidos, es decir, de la Gran Fraternidad. Cuando se refiere a las condiciones de la vida entre la muerte y el nacimiento encontramos una serie de palabras muy distintas. Recuérdese el pasaje escrito por San Juan:

“Y he aquí una gran muchedumbre que nadie podría contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie, ante el Trono y delante del Cordero, cubiertos de blancas vestiduras y con palmas en las manos” — (Apocalipsis 7:9)

Cuando se habla de esas condiciones se habla de una vasta multitud que ningún hombre podría contar, no de unos cuantos que

encontraron su camino con dificultad.

El Espíritu del Discípulo

C.W.L. -Llegamos ahora al Prefacio del mismo Alcyone:

“Estas palabras no son mías: son del Maestro que me enseñó. Sin Él no podría haber hecho nada; pero con su ayuda he puesto mis pies en el Sendero.” — (A Los Pies del Maestro)

Él atribuye su progreso principalmente a la influencia y ayuda de su Maestro. Nosotros tenemos mucha ayuda de la que él recibió porque tenemos el mensaje de este libro que son las palabras del Maestro; pero, además, esta gran ayuda de su presencia y de su guía personal está lista y a punto para cada uno de nosotros. Esto debe quedar grabado en nuestras mentes como una realidad; debemos confiar en esto como un hecho absolutamente cierto. Igual que Alcyone fue ayudado, también serán ayudados aquellos que se dispongan a prepararse para recibir esa ayuda.

“Vosotros también deseáis entrar en el mismo Sendero, de modo que las palabras que Él me dijo también os ayudarán a vosotros si queréis obedecerlas. No es suficiente decir que son verdaderas y bellas; el que desee tener éxito debe hacer exactamente lo que se dice. Mirar la comida y decir que es buena no satisfará a un hambriento; tiene que alargar su mano y tomarla. Así pues, no basta con escuchar las palabras del Maestro; tenéis que hacer lo que Él dice, atendiendo cada palabra, aprovechando cada indicación.” — (A Los Pies del Maestro)

No basta decir: “Haré todo lo que está escrito en el libro”; sus enseñanzas tienen que impregnar cada parte de la propia vida. Hay que estar alerta ante las oportunidades. Hay una pequeña estrofa de una poesía al final del libro que expresa esto muy bien:

“Aguardando la palabra del Maestro, Atentos a la Recóndita Luz;

Escuchando para captar Sus mandatos En medio mismo de la lucha;

Reconociendo Su más sutil indicio A través de las testas de la

multitud;

Escuchando Su más leve susurro Por encima del ruidoso canto de la tierra.” — (A Los Pies del Maestro)

En medio de todo el bullicio, ajetreo y excitación de la lucha por la vida, debemos estar atentos todo el tiempo si se aspira a ser un discípulo del Maestro. Deben buscarse afanosamente las oportunidades de poner en práctica cualquiera de las enseñanzas. Después de todo, esto no es realmente difícil porque es principalmente cuestión de hábito. *Ce n'est que le premier pas qui coute* (sólo es el primer paso el que cuesta). Cuando se ha formado el hábito, es tan fácil estar vívidamente alerta para esto durante todo el tiempo, como lo es para el hombre de negocios que está buscando la oportunidad de hacer dinero. Es verdad que el hombre debería mantenerse en constante vigilancia, porque mientras está entregado a los negocios su deber es hacerlo bien. Pero si él puede estar ansioso por las cosas temporales, seguramente nosotros podríamos igualmente estar todavía más ansiosos por estas cosas de la vida superior.

Es muy importante que aquellos que deseen llegar a los pies del Maestro comprendan su actitud. Es la misma a la que nos induce el estudio teosófico. Pero la actitud es realmente lo que pretende el estudio, porque la Teosofía es para vivirla, no simplemente un sistema de educación. Por lo tanto, debemos tratar de sintonizar nuestras intenciones con las suyas, pero sin forzarlas en absoluto. Lo más inteligente para cualquiera de nosotros no será adoptar un punto de vista meramente porque es el del Maestro, sino comprender cómo Él ha llegado a ello. Deberíamos tener una confianza absoluta al adoptarlo, porque Él sabe mucho más que nosotros, pero no es esto lo que el desearía para nosotros. Nuestro intelecto debe estar convencido, y no sólo nuestros sentimientos influidos por su pensamiento.

El principal requisito es estar completamente convencido a nivel mental de que estas cosas son las más reales, permanentes e importantes. El cristiano, generalmente, afirma con certeza que las cosas invisibles son más importantes que las cosas que se consideran temporales; pero no actúa como si creyera en ello. ¿Por qué? Porque

no está convencido. El cristiano está completamente seguro en el plano físico de que el dinero es una cosa importante y que cuanto más dinero pueda conseguir mejor para él; pero no está igualmente convencido de que las cosas espirituales sean reales. Las cosas espirituales pertenecen al grupo de lo subjetivo que él califica de “religión” y, por alguna razón, no tiene la certeza y no ve el sentido práctico de estas cosas para él como lo ve en las que atañen a la vida ordinaria. Los que tratamos de progresar según estas directrices hemos de introducir precisamente esa cuestión del sentido práctico de las cosas del espíritu, esa absoluta y clara certeza de los reinos de lo invisible. El señor Sinnett dijo en su primer libro sobre Teosofía:

“Estas cosas deben ser tan reales para vosotros como la existencia de Charing Cross” – (del libro: “El Mundo Oculto” por Alfred Percy Sinnett)

Eso es verdad: deberían ser tan familiares como las cosas que vemos cada día.

Pueden llegar a ser así para nosotros mediante el razonamiento sobre ellas o a través de la intuición, o mejor aún, a través de la experiencia directa. Cuando hemos llegado a estar completamente convencidos por el intelecto de que una cosa tiene que ser así, esta cosa se convierte en un hecho para nosotros. Esta es, probablemente, una de las ventajas que tienen los estudiantes más antiguos sobre los más nuevos. Por muy entusiastas que puedan ser los nuevos, los más antiguos han tenido tiempo para vivir estas cosas y para hacer de ellas, poco a poco, grano a grano, por así decirlo, una parte de sí mismos. El conocimiento aumenta cada vez más, como dice el poeta. Hay algunos que tan pronto como oyen hablar de las realidades superiores despiertan en seguida al estado de absoluta certeza de las mismas gracias a una afortunada intuición, que en realidad es su buen karma de vidas pasadas. Pero para la mayoría de nosotros, cuyo karma no ha sido tan bueno como todo eso, el desarrollo gradual tiene mucha importancia. Desde luego, una persona puede ser miembro de la Sociedad durante treinta años y, transcurrido este tiempo, puede no saber más de lo que sabía al principio. Esto es una pena porque es una oportunidad que se pierde. Pero para aquellos que piensan

constantemente en la Teosofía y la viven, hay una sensación de seguridad que ha ido desarrollándose gradualmente. Las experiencias de la vida y el pensar en estas cosas han acumulado para nosotros, prueba tras prueba, hasta que hemos visto que tiene que ser así.

En muchos casos, los conceptos teosóficos han parecido difíciles e intrincados al principio, pero posteriormente parecen fáciles y sencillos. Han pasado a formar parte de nosotros mismos. Un niño copia una página de escritura y se siente muy orgulloso si no se equivoca, pero más tarde hará lo mismo sin pensarlo -el hecho de hacerlo se ha convertido en habilidad. Mientras estamos aun realizando esfuerzos para comprender, no hemos descubierto el valor de las verdades teosóficas; más tarde, éstas se convierten en un poder en nuestras vidas.

El sendero del hombre que consigue alguna experiencia personal es más fácil y rápido. Muy pocos de nosotros se quedan totalmente sin esa experiencia e incluso, un solo ápice de conocimiento directo de esa clase nos muestra -no tal vez que todo el resto es verdad, sino que es eminentemente probable. Hemos visto por nosotros mismos que una parte de lo que hemos aprendido lo es; descubrimos que con el resto ocurre probablemente lo mismo, puesto que toda la filosofía teosófica es coherente; y esta probabilidad es tan fuerte que prácticamente se convierte en nosotros en certeza.

“Si pasáis por alto una indicación, si omitís una palabra, ésta se pierde para siempre; porque Él no las repite.” — (A Los Pies del Maestro)

A.B. -Mucha gente no comprende que aquellos que oyeron estas cosas una y otra vez, si no tratan de ponerlas en práctica, se encuentran en peor situación, no en mejor, que las personas del mundo externo que no han oído nunca este mensaje. Obsérvese que no digo si ellos no las ponen en práctica, sino si ellos no tratan de ponerlas en práctica. Se requiere un tremendo esfuerzo, y esto es lo que se olvida demasiado a menudo. Es verdad que el Maestro nunca habla dos veces: hace una sugerencia; si no se aprovecha, no insiste; no repite lo que ha dicho. Sólo Sus discípulos, respondiendo a las condiciones del mundo, repiten una y otra vez las cosas que tienen que

decir, hasta que producen un impacto. Si sois discípulos aceptados, vuestro Maestro no os dirá que hagáis una cosa si esto no es posible. Si no tenéis en cuenta un consejo que Él os ofrezca, no volverá a repetirlo. Esto es así. no porque no sea bondadoso, sino porque no puede permitirse el lujo de perder el tiempo; tiene demasiado trabajo. Todas estas enseñanzas se le dieron a Alcyone porque él se esforzaba duramente todo el tiempo. Sólo aquellos que se esfuerzan denodadamente son los que pueden llegar a contactar con el Maestro. Ya sé que es precisamente este tremendo e incesante esfuerzo el que muchos de nosotros encontramos tan difícil, pero es lo que hace falta y sin esto no se puede entrar en el Sendero.

C.W.L. -Los que siguen al Maestro y tratan de hacer algo de su trabajo en el mundo, tienen que repetir constantemente; hay que repetir y repetir una y otra vez las cosas que se nos han encomendado, porque la gente no suele prestar toda su atención; pero cuando uno se pone en contacto con el Maestro, no debe adolecer de esa falta de atención; a partir de ese momento, una simple indicación será suficiente y, en verdad, si no se atiende, no se volverá a repetir, no porque el Maestro sea un instructor orgulloso, sino porque el discípulo todavía no está preparado.

El método utilizado por los Maestros para entrenar a sus discípulos tiene que entenderse. En realidad, es muy raro que ellos cursen ninguna orden directa. Yo mismo, cuando estaba en probación hace muchos años, mi primera pregunta fue: ¿Qué puedo hacer? El Maestro respondió:

“Eso te corresponde a ti descubrirlo.” Entonces aclaró: *“Estoy convencido de que si te digo lo que tienes que hacer, evidentemente, lo harás en el acto. Pero en ese caso, tú sólo tendrás el karma de la pronta y rápida obediencia; yo tendré el karma de la acción. Yo quiero que lo tengas tú; quiero que tú, por ti mismo, hagas las cosas buenas y te crees un buen karma. Eres tú quien tiene que tener la idea, no yo.”*

Los Grandes Seres muy raramente dan órdenes directas; pero a menudo, de algo que dice el Maestro, o incluso de alguna mirada que se desprende de sus ojos, uno forma una opinión respecto a si Él

aprueba o desaprueba alguna cosa; aquellos que están cerca de Él, muy especialmente en el caso del Maestro Kuthumí, aprenden muy rápidamente a darse cuenta de estas cosas; están siempre alerta ante cualquier indicación.

El Maestro Morya fue un rey en los primeros tiempos de su actual encarnación y habla con la autoridad de un rey. Él da órdenes directas a menudo y si desaprueba algo generalmente lo dice con toda claridad. El Maestro Kuthumí siempre ha expresado con más dificultad su desaprobación. Sus discípulos han aprendido a interpretar su mirada porque raramente dice una palabra de reproche. De modo que lo que pasa es que los discípulos vigilan muy atentamente cualquier cosa que pueda tomarse como un indicio. Cuando esto sucede se esfuerzan por captarlo porque saben que si se deja pasar esa indicación en particular no volverá a repetírseles. Como consecuencia de no haber atendido una sugerencia, al discípulo no se le hará ningún reproche ni le seguirá ninguna pérdida; pero sí tendrá menos posibilidades de recibirla en otra ocasión.

En “Los Maestros y el Sendero”, se ha explicado que los diferentes Maestros preparan a sus discípulos de modos diferentes, según sea el rayo al que pertenecen y según sea el esquema de trabajo que están destinados a seguir. En la línea del Manu y del Maestro Morya hay personas de la clase *kshatriya* -hombres del tipo dirigente, jueces, abogados, oficiales del ejército, hombres de estado. En la línea del Bodhisattva y del Maestro Kuthumí están los del tipo Brâhmana -maestros, sacerdotes, reformadores. Además de éstos hay otros cinco importantes rayos con sus características especiales. Un Chohan que ha pasado finalmente la sexta Iniciación está al frente de cada tipo, mientras que a sus órdenes hay varios Maestros. De este modo, en el 2º rayo, por ejemplo, un discípulo no necesariamente pertenece al Maestro Kuthumí; podría estar destinado al Maestro Djwal Kul.

Las Cuatro Vías de Acercamiento

C.W.L. -En los libros orientales se nos dice que hay cuatro caminos por medio de los cuales el hombre puede iniciar el Sendero Probatorio. Dicen que el método más frecuente de ese viraje es a través del compañerismo de los que ya están en el Sendero. Eso hace que vean su gloria y su belleza, y la necesidad de seguirlo. La influencia de un discípulo avanzado no queda limitada a las palabras que pronuncia: es la vibración de la vida que irradia de esa persona la que es tan poderosa. Este hecho está completamente reconocido en la India, donde existen muchos instructores de diferentes categorías en diferentes niveles, de diferentes grados de poder, que allí se denominan gurús. Cada uno tiene su propio grupo de seguidores y les enseña sus propias ideas sobre filosofía y algunas veces les da mantras para que los reciten, formas de meditación y prácticas de yoga a realizar. Sin embargo, no es de ningún modo con estas cosas que les ayuda. Lo más importante es que estarán con él. Si es un aristotélico que va de un lugar a otro, todos le siguen igual que los discípulos de Jesús viajaban con él en Palestina. Si vive en un lugar determinado, estos discípulos se reúnen con él, se sientan a sus pies y escuchan cualquier palabra de sabiduría que pueda expresar, pero el beneficio que obtienen no es tanto por lo que enseña como por la influencia de su presencia.

Este proceso es totalmente científico. Los vehículos superiores del gurú están animados de una serie de vibraciones más elevadas que las de sus discípulos, que han llegado más recientemente que él desde la vida mundana donde las vibraciones son de un nivel más inferior. Ellos no se han apartado por completo del lado egoísta de las cosas como lo ha hecho él. Tienen que preocuparse por sí mismos, descubrir sus defectos y buscar la solución para deshacerse de ellos y desarrollar algunas virtudes; en resumen, tienen que modificar su propio carácter y eso, normalmente, es un trabajo lento y pesado. En ese proceso pueden ser ayudados muchísimo si están en contacto constante con el gurú, quien ya tiene desarrolladas esas virtudes y extinguidos aquellos

defectos en el mismo. La presión de la vibración superior es constante, tanto que estén despiertos como dormidos, y están absorbiéndola y armonizándose con ella todo el tiempo. Este es un principio muy conocido en física: si juntáis cronómetros que no se mueven regularmente en armonía, el más potente atraerá gradualmente en concordancia al más débil, o se pararán al unísono.

La segunda manera de entrar en el Sendero de Probación es escuchando o leyendo las enseñanzas sobre el tema. Una persona que se interese en esta cuestión se apoya en algunas enseñanzas siguiendo estas pautas más elevadas; se entrega a su propia intuición, e inmediatamente busca satisfacer sus deseos de descubrir más sobre ello. Esta fue mi propia experiencia. A través de “El Mundo Oculto” dí con ello y en seguida se me ocurrió: “Si eso es así -y evidentemente lo es- si existen esos Seres tan Importantes, y si Ellos están dispuestos a aceptar nuestros servicios, y a darnos a cambio algo de su inapreciable conocimiento, entonces yo voy a ser uno de sus servidores. Recogeré las migajas que pueda y lo único importante a partir de ahora es aplicarme para trabajar y para encontrarme en esa posición de alguna manera.” Desde luego, hay muchas miles de personas que escuchan y leen las enseñanzas y, sin embargo, no reciben ninguna inspiración de las mismas. Eso es el resultado de las experiencias del hombre en vidas anteriores. Solo aquel que se ha puesto en contacto con la verdad y se ha convencido por sí mismo de su belleza y su realidad en vidas anteriores, siente al instante que esto es verdad cuando se pone en contacto con ello en esta vida.

A muchos de nosotros les parece extraño que alguien que conozca un libro de Teosofía, no quede absorbido por ella. La Teosofía es una enseñanza maravillosa, y tiene respuesta para una gran cantidad de problemas y, sin embargo, sabéis muy bien que cuando tratáis de prestar libros teosóficos a los amigos, la mitad de ellos los devuelven diciendo; “Sí, no cabe duda de que esto es muy interesante”, pero no han comprendido nada en absoluto, La comprensión de la que ahora nosotros disfrutamos es el buen karma de haber estudiado con anterioridad; cuanto más se sabe de una cosa ocurrida antes, más se descubrirá de la misma ahora. Esta es nuestra experiencia con

cualquier buen libro que hayamos podido leer, digamos, veinte años atrás. Leedlo de nuevo ahora, y veréis que descubrirís en él mucho más de lo que habíais descubierto antes. Podéis ver en él según el poder que aportéis a él.

La tercera modalidad por la cual algunas veces los hombres llegan al inicio del Sendero de Probación, es mediante lo que en los libros hindúes se denomina “reflexión iluminada”, eso significa que por medio de una preparación mental intensa y concentrada, un hombre puede llegar a descubrir que existe un plan de evolución; que deben existir Aquellos Seres que lo conocen todo sobre el mismo -los Hombres perfectos y evolucionados- y que tiene que haber un Sendero cuyo recorrido puede llevarnos hacia Ellos. El hombre que mediante dicho entrenamiento llega a esa conclusión, está entonces a punto para el Sendero; pero los que viajan por esta ruta, probablemente sean pocos.

De alguna manera, lo más remarcable es la cuarta opción -la práctica de la virtud. Esa es una idea está muy de acuerdo con las del cristiano en general, porque éste cree que todo lo que hace falta es ser bueno. Pero el teósofo recuerda que en los primeros tiempos del cristianismo, la purificación o la santidad que ahora ellos se han trazado como su meta, sólo se consideraba un primer paso. San Clemente habla de esto con osadía y dice que la pureza es simplemente una virtud negativa valiosa principalmente como una condición de la visión interna. Cuando se ha llegado a eso, entonces estáis a punto de aprender, de prepararos para la iluminación, la cual era la segunda de las etapas, y después de eso para pasar a la tercera etapa, llamada perfección. Recordaréis cómo habla San Pablo de esto. Dice:

“Hablamos de sabiduría entre aquellos que son perfectos, pero no a los demás.”

Esta virtud conduce al principio del Sendero, porque aunque el hombre que ha llevado una vida recta durante muchas encarnaciones puede no haber desarrollado su intelecto, sí adquirirá la suficiente intuición para ponerse en contacto con personas que sí sepan, por cuyo conducto puede ir hasta los pies de un servidor del Maestro. Sin embargo, hay que reconocer que ese método requiere miles de años y

muchas vidas. El hombre que practica la virtud y no desarrolla la mente, a la larga alcanzará el Sendero, pero es un proceso muy lento. Se ahorraría mucho tiempo si siguiera el consejo de San Pablo y adquiriera también el conocimiento.

Las Cuatro Cualidades

“Para este sendero se requieren cuatro cualidades:

Discernimiento, Carencia de deseos, Buena conducta y Amor”

— (A Los Pies del Maestro)

C.W.L, -Estas cualidades han sido formuladas una y otra vez en las diferentes religiones, pero esta traducción difiere ligeramente de cualquiera que se haya dado con anterioridad. En el caso de la primera cualidad, el discernimiento, ha sufrido muy poca variación. Ya he explicado las palabras utilizadas para esto por los hindúes y los budhistas, y cómo quieren indicar lo mismo que la conversión entre los cristianos, y cómo el discípulo tiene que unir el Ego con la personalidad. En el mismo Sendero, el proceso tiene que repetirse entre la Mónada y el Ego. El Ego es un fragmento de la Mónada descendido a lo más elevado del plano mental; también desciende para una serie de experiencias, para aprender a recibir y responder a las vibraciones que, de otra manera, no pueden ser recibidas por la Mónada en su propio nivel. De modo que el Ego, a su vez, tiene que aprender que forma parte de la Mónada, que existe sólo por esa Mónada y que, cuando esto está plenamente comprendido, el hombre ya está listo para acceder a la Quinta Iniciación y de ese modo convertirse en un Adepto.

Estas son las verdaderas definiciones de la disposición favorable para esas dos Iniciaciones; para la Primera, que el Ego y la personalidad se hayan unido, que no haya nada sino el Ego actuando en esta personalidad; y para la Quinta Iniciación, que no quede nada en el Ego que no sea aprobado o inspirado por la Mónada. En el momento en que la Mónada alcanza nuestras vidas aquí abajo lo hace como un dios de los ciclos. En todos los casos de Iniciación la Mónada irradia hacia abajo, y durante unos momentos se convierte en una con el Ego, igual como serán permanentemente uno en el momento en que

se llegue al adeptado. En otros determinados momentos, la Mónada también descende, como en el caso mencionado en “Las Vidas de Alcyone”, cuando Alcyone hizo la promesa al Señor Buddha.

Por uno u otro de los medios antes mencionados, el hombre llega a alcanzar el discernimiento -este conocimiento de lo que vale y no vale la pena seguir. Luego, descubre que tiene que desarrollar una segunda cualidad, a la cual el Maestro da aquí el nombre de carencia de deseos. La Dra. Besant lo tradujo en principio como desapasionamiento o indiferencia. Es el *vairagya* hindú, que significa indiferencia ante el resultado de la propia acción. La afirmación del señor Buddha sobre eso es un poco distinta. Para esta segunda etapa Él utiliza la palabra pali *parikamma*. Karma o kamma siempre quiere decir hacer o actuar, y *parikamma* significa preparación para la acción; así que Él llama a esa segunda etapa preparación para la acción, el grado en el que se insiste en aprender a hacer el bien por amor al bien, no en beneficio de algo que el hombre pueda conseguir en absoluto para él mismo. Esto no debe interpretarse equivocadamente. Mucha gente dice que la indiferencia ante el fruto de la acción significa que uno debe llevar a cabo su deber sin tener en cuenta el efecto sobre lo demás. Tal como este libro nos indicará más adelante, “tenéis que hacer lo que está bien, no tenéis que hacer lo que está mal”, cualesquiera que sean las consecuencias; pero esto no quiere decir que la gente tengan que seguir haciendo lo que les gusta sin pensar de qué modo sus actos afectan a los demás. En realidad, es ese mismo efecto el que determina si la acción es recta o equivocada. El discípulo del Maestro no piensa en el efecto sobre él mismo, sino que piensa insistentemente en el efecto en los demás.

La tercera cualidad, que es la denominada Buena Conducta, incluye las seis reglas que los hindúes llaman *shatsampatti*. En la forma pali, tal como la dio el Señor Buddha, esa cualidad es llamada *upachâro*, que significa 'atención' más bien que 'conducta' -la una es prestar atención a la conducta de la manera prescrita por esas seis joyas, como se las llama. Llegaremos al Maestro Kuthumí presentándolas ahora, a medida que avanzamos a través de este libro. Con Buddha se introdujeron como *samo*, “serenidad”, es decir, control de la mente;

luego dâmo, 'subyugación', es decir, control del cuerpo; luego, *uparati*, *titikshâ*, *samadhâna* y *saddhâ*, literalmente 'cesación, paciencia, intencionalidad, y fe'. Me tomé la molestia de localizar todas estas palabras en los diccionarios más importantes, y conseguí estas traducciones del Sumo Sacerdote Hikkaduwe Sumangala Thero, que era entonces el Jefe de la Iglesia Buddhista del Sur. Las palabras también representan la creencia común de esa Iglesia.

Son un poco diferentes de las traducciones que se dan en este libro. Lo que aquí se llama 'cesación' se traduce como 'tolerancia', porque la cesación de la que se habla es cesación del fanatismo y la superstición, prescindir también de cualquier idea de que vuestro camino es mejor que el de cualquier otro, y de la idea de que es necesario algún ritual o ceremonia. Paciencia es simplemente alegría en otra forma.

Intencionalidad es dirección determinada y equilibrio, conduciendo la propia vida hacia el foco del propio objetivo, y por consiguiente, también es firmeza; y la fe es la confianza en el propio Maestro y en uno mismo. Las cualidades son exactamente las mismas en ambos casos, pero el Señor Buddha habla de ellas especialmente desde el punto de vista de la necesidad de sabiduría, y el Señor Maitreya y el Maestro Kuthumi pone mayor énfasis en la necesidad del amor. Al instruir a Alcyone, el Maestro también apuntaba más a dar el significado práctico que la traducción literal de las antiguas palabras.

La última cualidad se llama Amor. En sánscrito es *mumukshatva*, lo que significa “el intenso deseo de liberación de la ronda de nacimientos y muertes y la unión con lo Supremo.” El Señor Buddha, en su esquema llamó a eso *anuloma*. que quiere decir 'orden directo', o sucesión. Su significado es que cuando el hombre ha desarrollado las demás cualidades, tiene que desear escapar de las limitaciones inferiores y convertirse en uno con lo Supremo para que pueda ayudar. Alcyone sigue luego diciendo:

“Trataré de explicaros lo que me ha dicho el Maestro sobre cada una de ellas.” — (A Los Pies del Maestro)

Y entonces es cuando empieza propiamente este libro.

Discernimiento

Los Verdaderos y Los Falsos Objetivos

C.W.L. -Llegamos ahora a la Sección I de este libro.

“La primera de estas Cualidades es el Discernimiento; generalmente se interpreta esta cualidad como el discernimiento entre lo real y lo ilusorio, el cual guía a los hombres para entrar en el Sendero. Es esto, pero también es mucho más; y tiene que practicarse, no solamente en los inicios del Sendero, sino en cada etapa del mismo, cada día y hasta el fin.” — (A Los Pies del Maestro)

Esas últimas palabras señalan justamente las dificultades que se encuentran en el camino de la mayoría de aquellos que ven la gloria y la belleza del Sendero, y que tratan de entrar en él y llegar hasta los pies del Maestro. Todos son buenas personas, entregados, cuidadosos, pero la personalidad es díscola y tienen que hacer frente a la gran presión de la opinión pública, Tal como ya expliqué. Existe además el hecho de que la humanidad se encuentra ahora tan sólo un poco más allá de la mitad de la cuarta ronda y está tratando de hacer en ella lo que será muy fácil de realizar al final de la séptima ronda. Aquellos que sigan hasta entonces dispondrán en sus vehículos físico, astral y mental, de materia mucho más desarrollada de la que ahora disponemos nosotros, con todas sus aspirillas en actividad en lugar de sólo una mitad, y todas las fuerzas que les rodeen serán cooperadoras y no obstaculizadoras como ahora.

Los Maestros están de nuestro lado y Sus fuerzas nos ayudan, La fuerza de la evolución, por lenta que sea, también está de nuestro lado, y el futuro es nuestro: pero el presente es una época muy dura para llevar a cabo algo de esta envergadura. A mitad de la quinta ronda, todas las personas cuya influencia está ahora actuando con dureza en contra nuestra en contraposición, habrán sido apartadas y no habrán quedado más que aquellas que siguen nuestro camino. Por esta razón,

en la séptima ronda las cosas serán extraordinariamente fáciles. Se podrá vivir en el mundo externo con todas las ventajas que ahora sólo pueden conseguirse en un monasterio bajo la dirección de un hombre desarrollado espiritualmente. Alguien podría pensar: “¿Por qué, entonces, no esperamos hasta la séptima ronda?” Muchos de nosotros hemos estado viviendo alegre y plácidamente durante los últimos veinte o treinta mil años y todos los que no sientan un intenso deseo de progresar o de ayudar al mundo, podrán continuar así otro millón de años, y no cabe duda que sería muy cómodo seguir así hasta el final; pero los que desde ahora hagan frente a las dificultades, tendrán el enorme privilegio de haber ayudado a impulsar la evolución y obtendrán la corona de la cooperación. Recordemos el viejo himno cristiano que explica cómo un hombre que llegó al cielo y miró a su alrededor, se encontró a si mismo algo diferente a los demás, y preguntó cuál era la causa. Finalmente, al encontrar a Cristo le preguntó por qué esto era así, y el Cristo le dio esta respuesta:

“Yo sé que tú has crecido en Mí y Mi vida es la tuya pero, ¿dónde están las gloriosas estrellas que deben brillar en tu corona? Ves allí gozosas multitudes adornadas con profusas gemas. Por cada alma que hacia Mi condujeron llevan ahora una joya.”

En las escrituras cristianas se afirma que los sabios resplandecerán con el brillo del firmamento, con la luz del cielo; pero aquellos que convirtieron muchas almas a la justicia, serán como las estrellas para siempre jamás -grandiosos soles luminosos que derramarán sus rayos de luz y calor y fuerza a millares de vidas. Esa es la diferencia entre hacer ahora el trabajo o dejarnos llevar por la corriente hasta llegar a la séptima ronda.

“Entráis en el Sendero porque habéis aprendido que sólo en él pueden encontrarse aquellas cosas que vale la pena alcanzar. Los que no lo saben, trabajan para obtener riqueza y poder; pero esto dura como máximo una vida solamente, y por tanto, no es real. Hay cosas más importantes que éstas -cosas que son reales y permanentes; una vez que las habéis vislumbrado, ya no deseáis nunca más aquellas otras.” – (A Los

Pies del Maestro)

A.B. -Esta cuestión de lo real y de lo ilusorio es profundamente metafísica; pero esto no nos concierne por ahora, pues el Maestro dio esta enseñanza a Alcyone como a un niño que era, y más aún, la enseñanza fue dada en el plano astral.

En esos casos, el Maestro se dirige tanto a la mente inferior como al Ego, y en esta ocasión el Maestro dio la enseñanza en una forma adecuada para la mente inferior de un niño muy lejos aún de lograr su completo desarrollo. Por muy viejo que el Ego haya podido ser, los cuerpos eran muy jóvenes, por lo que la enseñanza fue expuesta de una manera sencilla. para que al regresar el niño a su cuerpo físico pudiese entenderla en estado de vigilia.

Por ilusorio entendemos aquí todo aquello que no es divino; todo aquello que acontece en el mundo fenomenal; todo lo que pertenece a la personalidad, incluyendo incluso las cosas más elevadas que el hombre busca en su lucha por los bienes materiales. Siguiendo el pensamiento del Maestro podríamos decir que todo es ilusorio, excepto lo que forma parte de la Voluntad Divina. Los que tienen discernimiento saben cuáles son las cosas reales, por lo que actúan como agentes de Dios, haciendo Su voluntad, siendo El quien verdaderamente actúa. Esta no es una insinuación, en el sentido de que deberíamos abandonar la actividad material. El hombre debe hacer su trabajo mejor, no peor, pues es el agente de Dios que ejecuta Sus acciones en el mundo externo. “Yoga es acción”, dice el Gita y yoga es unión con lo Divino. En el caso del hombre que tiene esa unión, la acción debe ser experta, pues no es él quien hace el trabajo, sino Dios en él. Cuando Arjuna preguntó a Sri Krishna acerca de la lucha, el Señor le replicó que él Mismo había dado ya muerte al enemigo, y añadió: “Pelea, por tanto, ioh Arjuna!”

Cuando se han visto las cosas elevadas, dijo el Maestro, las otras ya no se desean. Esta idea es familiar a los estudiantes del Gita, en el que se dice: “Los objetos de sensación, pero no el gusto por ellos, abandonan al abstemio morador del cuerpo: y aún el gusto lo abandona después de que ha visto lo Supremo.” Cuando el hombre ha visto al Uno, verdaderamente se extingue en él el deseo por las cosas de los sentidos.

C.W.L. -Es un hecho que cuando se han visto las cosas grandes no se siente ya ningún deseo por las cosas pequeñas, y debe ser precisamente ese hecho el que nos induzca a frenar nuestros deseos por estas últimas. Es muy frecuente confundir la causa con el efecto y creer que con no aspirar a desear las cosas pequeñas (que aún cuando muy buenas en su lugar correspondiente las llamamos así para distinguirlas de las elevadas, o sea, las cosas espirituales) el hombre alcanza ya un elevado nivel. No es así. Esta es otra forma de engaño muy corriente respecto al ascetismo. Muchas personas practican lo que llamamos ascetismo como un fin en sí y, erróneamente, piensan que abstenerse de los placeres corrientes de la vida y procurarse molestias y penalidades en diversas formas, es altamente meritorio. Esto es un residuo del puritanismo que en alguna época dominaba en Inglaterra y en gran parte de Europa. Una idea esencial de ese puritanismo era que para ser bueno era necesario sufrir las mayores penalidades físicas. Cuando un hombre se sentía feliz de alguna manera, era cosa segura que estaba infringiendo las leyes divinas, pues no había sido creado para alcanzar la felicidad aquí abajo; su cuerpo era una cosa vil que debía ser reprimido de todas las maneras y, si en alguna ocasión el cuerpo se deleitaba haciendo cualquier cosa, esa persona podía tener la seguridad de que estaba obrando mal. Todo esto es una tontería y se deriva de la perversión de la verdad; y la verdad es que todas aquellas cosas que la mayoría de la gente estima como grandes placeres, dejan de ser considerados como tales por el hombre que, remontado ya a más alto nivel, tiene ante sí placeres superiores que substituyen con ventaja a los primeros.

La gente del mundo halla gran placer en muchas cosas que no tienen interés para aquellos que aspiran a una vida más elevada: las carreras de caballos, por ejemplo, la bebida, los juegos de azar y otras formas de diversión, como el baile y los naipes, que no son necesariamente perjudiciales, pero que pudieran compararse a los juegos de los niños. El niño, a medida que va creciendo, va abandonando sus juguetes. A los tres años le gustan los cubitos de madera y los muñecos: crece un poco y prefiere los soldaditos, las cometas y las canicas; crece algo más y deja de ocuparse de estas cosas; se dedica al criquet o al fútbol o a

algún otro deporte por el estilo que requiera actividad física al aire libre. Todo esto son gradaciones que va alcanzando el niño, y cada una es apropiada a su edad. Al crecer todavía más, prescinde de todas esas cosas que tanto le han divertido, no porque piense que deba hacerlo así sino, simplemente, porque ya ha perdido el interés por ellas; ha encontrado algo más adecuado a su grado de desarrollo. Pero es bien notorio que un niño de tres años no se transformará en un muchacho por el simple hecho de pretender perder el interés por todas las cosas de la primera infancia y sustituirlas por el críquet y el fútbol.

El hombre con un desarrollo avanzado no se preocupa por muchas cosas que la gente considera necesarias, y el hombre de mundo, probablemente encontraría la vida del discípulo intolerablemente fastidiosa, si tratara de llevar la vida que llevamos muchos de nosotros, sin interesarnos por ninguna otra cosa que no sea la Teosofía y los profundos problemas de la vida. El hombre de mundo diría que nosotros siempre estamos haciendo lo mismo y le parecería que no nos ocupamos de nada más: lo cual es perfectamente cierto, porque en las cosas que nos interesan quedan incluidas todas las demás. Pero ese hombre mundano no se convertiría en un hombre avanzado por el solo hecho de pretender o simular que ya no tenía interés por sus cosas, mientras está constantemente deseándolas en su corazón.

“En todo el mundo hay dos clases de personas -las que saben y las que no saben: este conocimiento es el que importa. La religión que un hombre profesa, la raza a la que pertenece, - estas cosas no son importantes.” — (A Los Pies del Maestro)

A.B. -El Maestro hace aquí una distinción realmente clarificadora. Divide a los hombres en dos clases, los que saben y los que no saben. Esa es la gran división desde el punto de vista oculto y cada uno debe preguntarse a cuál de estas dos clases pertenece. Las dos incluyen una gran diversidad de personas, porque las diferencias y las distinciones del mundo no tienen ninguna importancia. Los que no saben, trabajan por aquellas cosas que sólo duran una vida; pero el que ha visto claramente las cosas reales sólo tiene el único deseo de trabajar para el Logos, de armonizarse con su estupendo plan, y de ayudar en el desarrollo del mismo, aun cuando sea sólo en una parte muy pequeña.

Esta es la forma de medir nuestro conocimiento. El simple conocimiento cerebral que nos capacita para expresarnos inteligentemente y para enseñar a los demás, es todo ilusorio: el único conocimiento real es aquel que ha trascendido a nuestra vida. Hay muchas personas que tienen la costumbre de pasar revista al trabajo que han hecho durante el día reclusándose unos minutos por la noche antes de acostarse. Esta es una costumbre muy útil, pero el que la practique debe examinar no sólo lo que ha hecho, lo que ha sentido y lo que ha pensado, sino también cual ha sido su actitud. Aquel que en todo lo que ha hecho ha procedido pensando únicamente en sí mismo, ha perdido el tiempo en gran medida: pero el que todo lo ha hecho como parte del trabajo divino -como actos de sacrificio- obtendrá ayuda y no dificultades.

“Lo realmente importante es este Conocimiento -el conocimiento del Plan de Dios para los hombres. Porque Dios tiene un plan. y ese plan es la evolución. Cuando un hombre ha visto eso y realmente lo comprende, no puede evitar colaborar en él e identificarse con él, por ser tan glorioso y tan hermoso.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -El espíritu que impulsa a los hombres a reunirse en asociaciones políticas y de temperancia de diversas clases, con la idea de cooperación por el bien general, surge en su manifestación más elevada en el mismo momento en que el hombre ve el plan real del Logos para Su sistema. El hombre ve que este plan tendrá que consumarse algún día y que el plazo para que llegue tan feliz término depende del número de personas dispuestas a trabajar por él. Si todo el mundo pudiese ser inducido, en unas cuantas semanas o años, a ver el plan divino y a cooperar en él, todo lo que el Logos desea para los humanos se obtendría muy rápidamente. Precisamente, porque el hombre no tiene todavía el suficiente desarrollo para ver eso, es por lo que aún estamos tan alejados de esos resultados, y por lo que tantas tristezas, errores y perversidad existen sobre la faz de la tierra.

Muchos estudiantes de Teosofía conocen algo del Plan. No quiero decir que lo hayan visto; pero sí que han estado en contacto con quienes lo han visto, y saben, por tanto, qué es y cuál es la forma de

asociarse para trabajar por él. Cuando llega el momento de ver realmente ese Plan, se comprende que todo cuanto se nos ha dicho con entusiasmo es cierto. En el mundo se acometen con frecuencia buenas causas y reformas con entusiasmo y fuerza, pero, a menos que se conozca algo del vasto Plan de Evolución en general, para ver si esos trabajos contribuyen a dicho plan, es muy fácil equivocarse. La persona se adhiere a esos movimientos benéficos porque los estima urgentes y de utilidad. Un ejemplo es el movimiento que imbuje a la templanza tendiendo a suprimir el tremendo mal que significa el vicio de la bebida y a mejorar las condiciones del mundo si se puede conseguir desterrar esta costumbre. Se ha tratado de combatir este vicio, no convenciendo al hombre de lo estúpido y perjudicial de la embriaguez, sino prohibiendo la venta de licores y obligando a la gente a la sobriedad -un plan que en absoluto hace desaparecer el vicio de la bebida, sino que únicamente dificulta satisfacerlo. No es que combata aquí la ley de la prohibición; se puede decir mucho en su favor. Si estimamos conveniente restringir la venta de arsénico o de ácido prúsico, ¿por qué no hacer lo mismo con un veneno que ocasiona mayores males que los dos anteriores? Sólo intento exponer que este remedio no llega hasta la raíz del mal; pretende reformar por coacción, no por convencimiento.

En forma exactamente igual, los que se han percatado del horrible sufrimiento de los *submerged tenth* (en Inglaterra llamase así a la clase pobre de la sociedad, considerada una décima parte de la misma) buscan de todas las maneras remediar este grande y vergonzoso crimen: es lamentable que se haya llegado a pensar que el remedio estaba en el radicalismo e incluso en el anarquismo. No debemos censurar a nadie que trate altruísticamente de remediar los sufrimientos de su prójimo. En casos como éste, es su cerebro el que falla, no su corazón, lo cual les acarrea perdidas personales y sacrificios en su afán de mejorar las condiciones públicas. Es indispensable darse cuenta de que existe un plan de evolución humana para que lo estudien y puedan actuar de forma inteligente a la vez que altruista. Lo que hace falta es el discernimiento; el hombre ve solamente una parte del problema y en su afán de hallarle solución

procede en una forma que conduce a mayores inconvenientes que los que se trataba de corregir.

“Así, porque lo sabe, está al lado de Dios, firme ante el bien y resistiendo al mal, trabajando para la evolución y no por egoísmo.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esa es la piedra de toque que nos permite reconocer a los que saben; no por su religión o por su raza, sino solo y únicamente por el hecho de que luchan por el bien y en contra del mal. Siempre que encontremos una persona que sea leal a sus conocimientos más elevados y que lucha por lo que considera que es bueno y en contra de lo que considera malo, debemos ver en ella a un hermano o hermana que se ha alineado en el lado de Dios, independientemente de que podamos o no aprobar parte de su trabajo ni juzgar que sea satisfactorio para Dios. Hay muchísimas personas que son totalmente buenas y fieles a sus convicciones, pero que tienen lamentables limitaciones. Estas personas, devotas y fieles, sacrifican su energía y su tiempo con el fin de salvar almas para Cristo, según dicen; pero adolecen de las ideas más limitadas y fanáticas. En muchos casos padecen un sentimiento de franca antipatía que prácticamente llega a ser de odio hacia aquellas personas cuyas creencias difieren en alguna forma de las suyas.

Una de las características más notables del trabajo de la gran Jerarquía consiste en que en esos casos sus allegados extraen el bien y desechan del mal. Toman la fuerza que ese fervor y esa devoción engendran y la usan sin desperdicio, dejando de lado todo el mal que, en este plano por lo menos, impide en gran parte que el bien se manifieste. El fanatismo de muchas comunidades cristianas oscurece y obstaculiza en muchas ocasiones el amor y la bondad en forma tal que producen una impresión amarga. Los Hermanos de la Jerarquía deploran el fanatismo y advierten, más aún que otros muchos, el mal que ese fanatismo causa: pero, sin embargo, extraen toda la fuerza de amorosa bondad, devoción y buena intención, la utilizan y reconocen su mérito a los que la hacen fluir, y todos y cada uno de ellos obtendrán los beneficios correspondientes a su bondad, aun cuando, al mismo tiempo, por su fanatismo y por su cólera, obtendrán

exactamente los resultados correspondientes, de acuerdo con la ley kármica.

Por consiguiente, a nosotros nos corresponde ser caritativos en nuestras relaciones con esas personas y tratar siempre de fijar nuestros pensamientos en las cosas buenas; 'hacer brillar las perlas', como dice el Maestro, en lugar de estar constantemente atisbando defectos como muchos suelen hacer.

“Si está al lado de Dios es uno de nosotros, y nada importa que se llame hinduista, budhista, cristiano o mahometano; ni que sea indio, inglés, chino o ruso.” — (A Los Pies del Maestro)

A.B. -Esta es una cosa que los aspirantes al Sendero nunca deben olvidar, pues a menos de que la persona lo viva, estará aún muy alejado del Portal. Ahí nadie nos preguntará cuál es nuestra raza, cuál es nuestro credo, sino solamente qué es lo que hemos aportado a nuestro carácter en lo que a cualidades se refiere. Todos pasamos, sucesivamente, a través de razas diferentes. Ahora nos encontramos en una sub-raza en particular de una determinada raza raíz porque necesitamos adquirir las buenas cualidades que corresponden a esta raza y porque ella es la que nos las puede proporcionar, sean las que sean; sin embargo, hay muchas personas muy ocupadas en desarrollar las debilidades de esa determinada sub-raza. Probablemente sería muy correcto decir: “En ninguna otra raza podría yo corregir mis defectos y perfeccionar mi carácter”, pero no debemos presumir de que las prácticas y las virtudes inglesas, por ejemplo, son las únicas buenas, y ensalzarlas y glorificarlas con exclusión de las demás. Cada raza tiene su determinado papel en el drama evolutivo, cada una contribuye con su parte al grandioso conjunto. En cualquier raza en que nos encontremos, la nota que a esta raza corresponda en la armonía general es, por el momento, la que nos permite trabajar de la manera más fácil y más natural. Pero, trascenderemos esta raza y nos tocará después desempeñar nuevos papeles en las otras. Si esto se comprendiera, el hombre sería menos propenso al torpe orgullo racial y a la crítica de las demás razas.

Cuando advierto que alguien censura a otro, y cuando esa crítica lleva implícita la idea de que la falta censurada se debe a que se trata

de un inglés o de un hindú, inmediatamente comprendo que la persona autora de esos reproches está todavía muy engañada por lo ilusorio. Lo mismo ocurre cuando alguien trata de disculpar sus defectos aduciendo que son los que pertenecen a su raza. Nos es preciso adquirir las mejores cualidades de nuestra raza y sub-raza; no sus deficiencias. El hindú, por ejemplo, debe tratar de adquirir espiritualidad, indañabilidad, tolerancia y capacidad de acción, sin miras a sus resultados, pues esas son las cualidades que corresponde mostrar a la primera familia de la raza aria.

En ocasiones hallamos que la capacidad de acción sin miras a los resultados, participa de descuido y atolondramiento en el trabajo, de donde se sigue la errónea idea de que si el hombre debe ser indiferente a los frutos de la acción, la acción carece de importancia; siendo así que lo que verdaderamente debemos buscar es la acción perfecta con indiferencia a sus frutos. Con el inglés acontece muy frecuentemente lo inverso. Por lo general es muy competente y cuidadoso en la acción: pero es muy propenso a conceder gran importancia a los resultados de la misma, debido a que carece de la cualidad de la indiferencia. El trabajo de cada uno consiste en buscar lo que le falta: el hindú debe tratar de practicar la acción; el inglés la indiferencia, sin perder las cualidades que ya posee. Si tal se hiciese, las diferencias entre las razas servirían para el enriquecimiento de todas ellas, pues cada una podría adquirir de las otras aquello que le hace falta.

C.W.L. -Ser patriota, admirar a nuestra raza, sentir que algo le debemos y estar listos para servirla, son cosas muy buenas. Pero hay que precaverse, no sea que la admiración por nuestra raza surja del desprecio a las demás. Estamos relacionados permanentemente con la humanidad como un todo. Somos ciudadanos del mundo, no de una raza en particular. Ciertamente: el patriotismo es bueno, lo mismo que es bueno el amor a la familia; en ambos casos, sin embargo, no debemos llevar nuestra virtud hasta el extremo de poner el mal en lugar del bien. Ciertamente, el afecto familiar es una cosa espléndida; pero el que profesaban los barones de la Edad Media que los llevaba hasta el grado de asesinar a otras personas con el propósito de enriquecer a sus familias, no sino un exceso de virtud que se convertía ya en vicio. En la

misma forma el patriotismo es bueno; pero si nos lleva hasta agredir a otros pueblos, es malo. Si podemos hacer algo en favor de nuestra raza, sin dañar a los demás; si podemos demostrar que somos dignos miembros de ella, de manera que como consecuencia de nuestro paso por ella mejore alguna cosa, bien podemos sentirnos satisfechos. Lo mismo pasa exactamente con las religiones. Todos nosotros hemos pasado por varias de las grandes religiones. Cada una de ellas hace hincapié en determinadas virtudes, pero todas son necesarias para el progreso de la humanidad.

“Los que están a Su lado saben por qué están allí y qué deberían hacer y están tratando de hacerlo; todos los demás no saben todavía lo que deben hacer y por consiguiente a menudo actúan insensatamente.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -Nos hallamos aquí con un reflejo de las enseñanzas del señor Gautama el Buddha, de que todo mal se deriva de la ignorancia. El hecho de que aquellos que no saben procedan torpemente nos hace ver que el hombre malvado merece siempre nuestra compasión, no nuestro desprecio ni nuestro odio. Lo que más impresiona a la mayoría de la gente es que el malvado procede siempre de manera egoísta: en beneficio de sus propios intereses, según él, y de ahí nuestra inclinación a no tomar en consideración su ignorancia de las cosas. Pondremos un ejemplo: el de algunos millonarios que llegaron a su transitoria prosperidad perjudicando en sus negocios a muchas personas pobres a las que condujeron a la mendicidad. Esos millonarios son execrados por aquellas personas a las que arrebataron sus medios de vida y son considerados egoístas y brutales. Es cierto, pero cuando ellos actuaron de esa manera lo hicieron por ignorancia. Hicieron exactamente lo mismo que planearon: arruinaron a los demás creyendo hacer un buen negocio. Tal vez les hubiera sido posible acumular sus fortunas sin necesidad de causar la ruina ajena y nunca hubieran procedido así si hubieran sabido que con esa actuación estaban creando un karma infinitamente peor que el de las personas perjudicadas. En lugar de sentir execración hacia esas personas, sería sensato tenerles piedad por su ignorancia.

“Y tratan de urdir medios para ellos que imaginan

satisfactorios, sin comprender que todos somos uno y que, por tanto, tan sólo lo que el Uno quiere puede ser realmente satisfactorio para todos.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -La finalidad del utilitarismo es perseguir el mayor bien para el mayor número. Esto significa un gran progreso sobre la idea previa de tener sólo en cuenta el bien de unos cuantos, considerando a los demás como cantidad despreciable. Pero no se debe prescindir de la minoría; en verdad, todos y cada uno deben ser tenidos en cuenta, porque todos somos uno. Esto no lo podremos entender hasta que hayamos desarrollado la conciencia del plano búddhico, hasta cierto grado por lo menos, y aún entonces, solamente muy poco a poco podremos comprender en qué forma tan completa somos todos uno. Consideramos como un deber religioso creer que esto es así o como una especie de aspiración piadosa el aceptar que algún día todos seremos uno. Decimos: “Todos procedemos del mismo Padre Celestial y por lo tanto todos somos hermanos y todos somos uno”. Sin embargo, no comprenderemos la realidad y la profundidad de esto hasta que lo experimentemos en la conciencia búddhica.

No obstante, podemos hacer algunas sugerencias diciendo que todas las conciencias son una; que todo el mundo es uno: que todo el amor que hay en él es el Amor Divino; que toda la belleza que hay en él es la Belleza Divina; que toda la Santidad del mundo es la Santidad de Dios. Esto lo expresó el Cristo cuando un hombre se acercó a Él y le llamó 'buen Maestro', a lo cual el Cristo dijo: ¿Por qué me llamas bueno? No hay sino Uno que es bueno y ese es Dios. La bondad de cada hombre es la bondad de Dios que se muestra a través de él; y la belleza y la gloria del mundo tal como lo vemos, en la tierra y en el mar y en los cielos, no son sino parte de la Belleza Divina. Y al ir alcanzando los diferentes sub-planos, nivel tras nivel, vamos viendo cada vez más la belleza que se abre ante nosotros, hasta que aprendemos a ver toda la belleza a través de cada cosa bella. Todo es uno.

Cuando comprendamos esto, la gloria Divina será vista en todas las cosas y todas sus demás glorias a través de cada una de ellas, de modo que al contemplar un bello panorama, no sólo admiraremos la grandiosa escena, sino también todo cuanto ello sugiere: el todo

infinito, del cual lo que tenemos delante es sólo una pequeña parte. Y entonces la vida será para nosotros maravillosamente feliz y llena de amor. A través de esa felicidad experimentaremos algo de la Felicidad Eterna, y a través de ese Amor seremos conscientes del Amor Eterno. Solo así puede lograrse un gran progreso; sólo entonces, cuando nuestra conciencia esté en condiciones de sumergirse en la Suya, de tal manera que a través nuestro Él pueda ver toda su belleza y nosotros en El, podamos ser también conscientes de ella.

“Ellos van en pos de lo irreal en vez de lo real; hasta que hayan aprendido a distinguir entre los dos, no se habrán alineado del lado de Dios, y es por eso que este Discernimiento es el primer paso.

Más, aún después de hecha la elección, debéis recordar que hay muchas variedades de lo real y lo ilusorio, y que todavía debe discernirse entre lo recto y lo equivocado, entre lo importante y lo que no lo es, entre lo útil y lo inútil, entre lo verdadero y lo falso, entre el egoísmo y el altruismo.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -Todas estas son subdivisiones de la gran distinción entre lo real y lo irreal y su enumeración nos deja ver en qué forma debe ramificarse el discernimiento de arriba a abajo, hasta llegar a las pequeñas menudencias de nuestra actividad en la vida, si es que aspiramos a llegar al Sendero. Constantemente nos vemos obligados a decidir en una forma o en otra sobre pequeñas cosas, por lo cual nos es necesario tener presente de continuo la idea del discernimiento y mantener una constante vigilancia. Detenerse y pensar a cada momento es un proceso fatigoso. Muchos se cansan al intentarlo; la tensión constante que esto implica es demasiado para ellos. Esto es natural, pero el que no pueda sostener ese esfuerzo fracasara en su propósito: por tanto, aun cuando esto sea muy cansado, debemos seguir ejerciendo esa continua vigilancia.

“La elección entre lo recto y lo erróneo no debería ser difícil, puesto que aquellos que desean seguir al Maestro ya han decidido tomar lo recto a toda costa.” — (A Los Pies del Maestro)

A.B. -Quien se siente vacilar entre actuar bien y actuar mal, no desea

realmente seguir al Maestro. Quien decida seguirlo, pues, debe decidirse a proceder bien en todas las ocasiones y a cualquier costo, grande o pequeño, sin tener en cuenta las consecuencias que le puedan sobrevenir. En los Yoga Sutras se habla de las cinco grandes cualidades denominadas *yama* y que incluyen inofensividad, verdad, honestidad, y otras virtudes que se prescriben precisamente al comienzo del Sendero y de las que se dice que reciben el nombre de “los grandes votos que son universales”, lo que significa que deben recibir cumplimiento en todas las circunstancias y que ninguna ventaja para sí o para otros justificaría que el discípulo quebrante alguna. El hombre que ha llegado a este grado nunca hablará o procederá con falsedad, por grande que pueda ser la aparente ventaja que esto le produzca. Y esto deberá hacerse no sólo en cuestiones monetarias, sino en todo lo demás; por ejemplo, el hombre no buscará nunca una alabanza que no le corresponda. El hombre debe preguntarse a sí mismo si siempre escoge la verdad instintivamente, porque hasta que esto no sea así, estará todavía muy lejos del primer Portal. Sobre este punto el Maestro estima que no es necesario decir más; es bien claro y palpable.

C.W.L. -Esta idea no se refiere tan sólo a las cuestiones de conducta, sino también al hecho de que siempre hay una forma correcta y otra incorrecta de llevar a cabo cualquier cosa que haya que hacer. Quien no sea estricto en seguir esta regla, no desea realmente, en su interior, tener éxito. Con frecuencia oímos decir: “¡Cómo desearía ser clarividente! ¡Cómo desearía tener visión astral! ¿Cuál es el primer paso?” El primer paso es la purificación de todos los vehículos; hay que cuidar de no dar al cuerpo físico sino los alimentos más adecuados. Muchos desearían la visión astral, pero cuando llega el caso prefieren una buena comida. Sienten esa necesidad como resultado de la costumbre y, llegado el momento, olvidan todos sus deseos de visión astral. Esta tendencia, sin embargo, se debe simplemente a un hábito y cuando conocemos esta peculiaridad del cuerpo ya podemos emprender confiados la fatigosa tarea de desarraigar los hábitos malos o impropios y formarnos otros nuevos. Es alentador considerar que es posible convertir la fuerza del hábito en

un aliado nuestro, aun cuando al principio sea una fuerza contraria a nosotros, pues, cuando hayamos logrado formarnos nuevos hábitos, éstos harán su labor automáticamente y nosotros podemos ya olvidarlos para dedicar nuestra atención a otras cosas.

Por lo que a la conducta se refiere, no hay ningún problema de elección entre proceder bien o mal. Todo aquel que se interese en este libro o que quiera llegar a los pies del Maestro, no debe vacilar en actuar bien, al darse cuenta de esto, Confíemos en que ninguno de nosotros trate de defraudar a su prójimo (creo que todos hemos trascendido ya este punto): en que ninguno de nosotros sea culpable de la más ligera falta de veracidad, aun cuando fuere para conseguir un bien aparente. Es de creer que ninguno de vosotros obtenga sus medios de vida en forma reprochable, por ejemplo, en el negocio de la carnicería; probablemente ninguno de vosotros usa vestidos o adornos que sólo se puedan obtener dando muerte a los animales; algunas veces causando la muerte de los pájaros hembras en circunstancias peculiarmente crueles. Todos los que continúan usando esos artículos no desean, realmente, seguir al Maestro; prefieren seguir la moda.

La Vida de Los Cuerpos

“Pero el cuerpo y el hombre son dos cosas diferentes y la voluntad del hombre no siempre coincide con lo que el cuerpo desea. Cuando tu cuerpo desea algo, detenle y reflexiona si tú realmente lo deseas.” — (A Los Pies del Maestro)

A.B. -Aquí el Maestro da a su discípulo la orden clara de que cuando el cuerpo desee algo debe detenerse y pensar si realmente es él quien lo desea. Muchos hallarán muy difícil y muy fastidioso este continuo detenerse todos los días y durante todo el día: pero hemos de admitir que esto es una parte muy importante de la preparación. Es muy difícil, lo sé. Y es por ello que muchos aspirantes se cansan de hacer el esfuerzo.

Los que no persisten en este esfuerzo porque se cansan, no consiguen su propósito. Eso es todo. El esfuerzo para proceder así debe ser grande y prolongado: significa llevar una vida regulada de tal manera que no haya ni acto, ni palabra, ni siquiera un pensamiento precipitados, porque todas las actividades del discípulo, físicas, emocionales y mentales, deben quedar enteramente bajo su control.

C.W.L. -Para el que quiera realmente hacer el máximo posible en su progreso, vale la pena que realice un cuidadoso estudio de sus vehículos y vea exactamente lo que son. Aquí se nos dice claramente que el cuerpo físico desea cosas que el hombre no desea, y esto es igualmente cierto por lo que respecta a los cuerpos astral y mental. Si comprendemos la constitución de esos vehículos veremos que es muy probable que lo que ellos quieren no sea lo que al hombre le conviene. Estamos hablando de ellos casi como si se tratara de entes separados, y en cierto sentido lo son. Cada uno de estos cuerpos está hecho de materia viviente y la vida en ella los agrupa y adquiere una determinada clase de conciencia organizada.

En el cuerpo astral toma forma lo que llamamos el elemental de deseo que es prácticamente una entidad compuesta de la vida conjunta de las células astrales que constituyen el cuerpo. Cada una de esas

células en sí, no es sino una vida pequeña, consciente sólo en forma parcial, que pugna por ascender, o mejor dicho, por descender, ya que para esa partícula la evolución significa que baja hasta alcanzar el reino mineral. Cuando estas vidas se encuentran juntas en un cuerpo astral, podría decirse que celebran un convenio de asociación y actúan como si fueran una sola unidad, quedando así el hombre bajo la influencia de un cuerpo astral que tiene poderosos instintos propios, tan fuertes en realidad, que casi podría decirse que tiene voluntad propia. La forma en que ese cuerpo debe evolucionar consiste en recibir las vibraciones más groseras conectadas con todos aquellos sentimientos y emociones que nosotros no debemos desarrollar, como la envidia, los celos y el egoísmo; he aquí porque los intereses de ese cuerpo son tan frecuentemente contrarios a los nuestros. Las vibraciones de amor, simpatía y devoción -más rápidas, más delicadas- pertenecen todas a una zona más elevada del cuerpo astral y, consecuentemente, son de aquel tipo que este no quiere, aunque nosotros sí.

Las personas de vida desordenada que, según dicen, quieren ser libres y hacer y decir todo cuanto les venga en gana, en realidad son esclavas de su cuerpo astral. Pero no debemos recriminar por eso al cuerpo astral, ni considerarlo, al igual que los cristianos de la Edad Media, como un demonio seductor. El no sabe nada de nuestra existencia; no nos está poniendo tentaciones en absoluto; simplemente, trata de encontrar la expresión que necesita para evolucionar en la forma adecuada para él, lo mismo que hacen todas las criaturas.

Con frecuencia hay quien pregunta: “¿No deberíamos dar a ese elemental una oportunidad de evolución; no deberíamos permitirle que obtenga las vibraciones toscas que necesita?” No; esta es una filantropía equivocada que no debe practicarse en absoluto. Lo más amable que podemos hacer con la materia tosca del cuerpo astral -que está en él porque en alguna de nuestras vidas anteriores hemos permitido que las emociones bajas tuvieran una fuerte expresión a través nuestro- es arrojarla de nosotros y hacer que pase al cuerpo de algún salvaje, de algún perro o una vaca en donde sus vibraciones

puedan actuar sin dañar a nadie. El elemental del deseo tiene una astucia peculiar, Nos resulta imposible ponernos en su lugar y tener la conciencia que corresponde a tan bajo nivel de evolución; pero es evidente que siente que está rodeado de algo delicadamente superior - materia mental- y parece haber advertido por experiencia que si puede lograr que ese algo vibre en consonancia con su materia, obtiene vibraciones de mucha mayor intensidad y más abundantes que de otra manera. Si puede lograr que el hombre piense lo que quiere, es muy probable que se salga con la suya y por eso trata de hacer vibrar la materia mental. Si puede inducir pensamientos impuros, por ejemplo, conseguirá las emociones impuras que le agradan, o si puede despertar un sentimiento de celos, logrará sentir los celos enconados que es lo que desea. Y esto, no porque sea malo, pues para él todo se reduce a disfrutar de vibraciones groseras. Y de esta forma el elemental es con frecuencia un contrincante que derrota al hombre, aun cuando de hecho se halla muy abajo en la escala evolutiva. Al pensar así, es algo humillante darse cuenta de ser vencidos y utilizados como instrumentos por lo que aún no es ni siquiera mineral. Tenemos que enfrentarnos a esta situación y purificar el cuerpo astral contra su voluntad, modificando los malos hábitos que podamos arrastrar de nuestro pasado y sustituyéndolos por buenas emociones para el futuro.

Hay un elemental mental y también un elemental físico. Este último está encargado de la estructuración de los tejidos y del cuidado general del cuerpo. Cuando el cuerpo recibe un arañazo, un corte o una herida, el elemental físico es el que se apresura a hacer que los glóbulos blancos lleguen al lugar lesionado para construir nuevas células. Hay muchos detalles interesantísimos en el trabajo de este elemental del cuerpo físico; algunas de sus actividades son enormemente útiles para nosotros, pero, al mismo tiempo, algunos de sus impulsos no son convenientes.

“Porque vosotros sois Dios y sólo queréis lo que Dios quiere; pero debéis bucear profundamente en vosotros mismos para descubrir el Dios interno y escuchar Su voz, que es vuestra VOZ.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -El concepto de nuestra unidad con el Espíritu Uno es difícil de entender. Voy a deciros cómo llegué a ella por primera vez, si bien fue por un método que no se puede recomendar a los demás. En una ocasión estaba tratando de concentrar toda mi fuerza en el subplano atómico del plano mental, con el propósito de ver hasta qué punto es posible utilizar los caminos directos que conducen entre los subplanos atómicos de los diferentes planos. Para ascender de uno a otro plano se puede ir del plano físico, subplano por subplano, hasta el atómico físico; desde éste se puede pasar al subplano más inferior del astral y así, grado a grado, se puede llegar hasta el atómico astral y de ahí al mental inferior, y así sucesivamente. O bien se puede seguir el camino directo, pasando del atómico físico al atómico astral, y de ahí al atómico mental.

Había oído a algunos discípulos más avanzados que, para conseguir esta ascensión, existían otra clase de caminos, trazados, como si dijéramos, en ángulos rectos. Me habían dicho que si se pudiera enfocar la conciencia en uno de nuestros subplanos atómicos se podría obtener una línea de comunicación hasta el plano cósmico correspondiente. Por lo cual, centrándome totalmente en el subplano atómico mental, existía la posibilidad de ponerme en contacto con la división mental de un grupo de planos totalmente nuevos (o sea el plano mental cósmico) aparte ya por completo de todo lo que conocemos.

Desde luego, no contaba con ninguna esperanza de alcanzar ese plano, pero sí que existía la posibilidad de comunicación. Hice un intento y descubrí que estaba en condiciones de ver -lamento no poder describir esto- el subplano correspondiente en el plano mental cósmico, dos juegos completos de planos por encima de donde nosotros nos encontramos. En realidad, no pude alcanzarlo de ninguna manera (ni creo que ni siquiera un adepto pueda hacerlo), pero sí que pude verlo. Fue como si, estando en el fondo de un pozo estuviera mirando hacia arriba a una estrella; pero pude ver esa elevada conciencia. Lo único que entonces experimenté, con una intensidad que no puedo describir, fue el hecho de que si yo antes suponía tener voluntad, tener intelecto, tener emociones, todo eso no

era ya mío: era suyo; era su voluntad, su sentimiento, no los míos en absoluto. Jamás he olvidado esta experiencia que dejó impreso en mí este hecho con una certeza que no me es posible describir.

Esta certeza de que lo divino está en nosotros puede conseguirse también mediante la conciencia búddhica, como ya he explicado. En el momento en que la tenemos nos sentimos rodeados por un océano de conciencia y sentimos que somos parte de ella y, a la vez, sentimos que muchos más participan de ella al mismo tiempo que nosotros; y de hecho, además de estos sentimientos, comprobamos que todo es una sola conciencia que nos penetra a nosotros lo mismo que a los demás: que somos Dios. Esta comprobación nos imbuye un sentido de la más perfecta seguridad y confianza; el impulso, el estímulo más tremendo que podamos imaginar. Cabe pensar que muchas personas pudieran alarmarse al principio de estas experiencias, por parecerles que se estaban extinguiendo. No hay nada de esto; recordemos lo que dice el Cristo: *“Aquel que por Mi causa pierda su vida, la encontrará.”* Cristo representa el principio búddhico y sus palabras, pues, tienen ese significado. *“Aquel que por Mi causa -por el desarrollo del Cristo interno para que salga de su cuerpo causal en el cual ha estado viviendo durante tanto tiempo- se encontrará a sí mismo: encontrará una vida mucho mas grande y elevada.”* Se necesita valor para hacer esto y la primera vez es desconcertante sentirse por completo en el vehículo búddhico y advertir que el cuerpo causal, en el que se ha vivido durante tantos años se ha desvanecido. El que llegue a practicar una u otra de las dos experiencias que se describen sabrá, con absoluta certeza, que el Ser es uno. Esta idea no puede expresarse; pero esto se conocerá al tener la experiencia y a partir de ese momento, no habrá nada que haga desaparecer esa certeza.

“No confundáis vuestros cuerpos con vosotros -ni el cuerpo físico, ni el astral, ni el mental. Cada uno de ellos pretenderá ser el Yo Superior para conseguir lo que quiere. Pero tenéis que conocerlos a todos, y reconoceros a vosotros mismos como su dueño.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -El Maestro habla de estos cuerpos de una manera clara y concisa, como si fueran personas separadas refiriéndose, por supuesto,

a los elementales que ya hemos considerado, La tiranía de esos elementales es absoluta sobre la mayor parte de las personas, que no sólo no hacen ningún esfuerzo para librarse de ese dominio, sino que ni siquiera saben que llevan un yugo del que hay que desprenderse. La gente no establece una diferenciación entre ellos y sus cuerpos. La desastrosa creencia de que el hombre tiene un alma, ha sido causa de muchísimo daño en este sentido. Si la gente se diera cuenta de que el hombre es un alma y que tiene cuerpos, de inmediato empezaría a clarificar un poco las cosas. Mientras el hombre tenga la idea de que el alma es algo vago que flota por encima de él, hay muy pocas esperanzas de que esto se logre. Cuando notemos que los elementales comienzan a vibrar, deberíamos decir: “Esta emoción es una vibración de mi cuerpo astral y yo vibraré como yo quiera. Por el momento, yo soy el centro de este grupo de cuerpos y los utilizaré como me convenga.”

“Cuando se ha de hacer un trabajo, el cuerpo físico quiere descansar, pasear, comer y beber; y el hombre que no sabe se dice a sí mismo: ‘Quiero hacer estas cosas y debo hacerlas.’ Pero el hombre que sabe, dice: Esto que en mi desea, no soy yo, y debe esperar.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esto es muy notable en el caso de los niños. Cuando un niño quiere hacer alguna cosa, esa cosa constituye para él el cielo y la tierra; tiene que hacerla allí mismo y en ese momento, y si algo se lo impide piensa que el universo se derrumba. Los salvajes hacen lo mismo: son impulsivos hasta tal punto, que por cualquier nimiedad son capaces incluso de matar a un hombre. El hombre civilizado reflexiona: “Esperaré y tendré en cuenta lo que pueda suceder.” El niño se lanza a satisfacer su capricho y, frecuentemente, los mayores le regañamos y le reprochamos demostrando así que no conocemos bien su naturaleza. El niño dice: “lo olvidé”, lo que es absolutamente cierto; pero nosotros lo ponemos en duda porque sabemos que debemos recordar. Hemos olvidado tanto nuestra infancia como la de nuestra raza. Debemos decir al niño: “Sé que sientes un impulso, pero no debes hacer eso en este momento; causarías muchos trastornos a los demás. Lo harás en otra ocasión.” Así es como se progresa en

educación. Lo mismo sucede con el salvaje que con el transcurso del tiempo va aprendiendo que hay impulsos que no deben seguirse. Esto requiere varios nacimientos y generalmente se muere en el proceso; pero, gradualmente, va siendo primero menos salvaje y luego más civilizado. El hombre de evolución avanzada trata a su cuerpo como una entidad separada, como una cosa que él puede manejar.

“A menudo, cuando se presenta la oportunidad de ayudar a alguien, el cuerpo incita a pensar: ¡Cuánto esfuerzo será esto para mí! Que lo haga alguien más Pero el hombre le replica a su cuerpo: No me estorbarás para hacer el bien.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -Con relación a este punto, la Dra. Besant hace notar que son muchas las ocasiones en las que encontramos alguna tarea notablemente buena y que debe llevarse a cabo; pero que la mayoría se limita a decir: “Sí, hay que hacer eso. Algún día alguien lo hará; ¿por qué tengo que molestarme yo?” Pero los que son inteligentes dirán: “He aquí una buena labor que hay que hacer; ¿por qué no hacerla yo?” Y, de inmediato, empezarán a trabajar.

“El cuerpo es vuestro animal -el caballo en el que cabalgáis. Por tanto, debéis tratarlo bien y cuidarlo; no debéis fatigarlo; debéis alimentarlo adecuadamente, con alimentos y bebidas puras solamente, y mantenerlo siempre escrupulosamente limpio, incluso de la más leve mota de polvo.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -El concepto de que el cuerpo es un animal, es realmente útil; el símil es obvio y cuanto más de cerca lo sigamos, más cerca estaremos de proceder en la forma correcta. Supongamos que tienes un caballo, doy por sentado que eres una persona responsable y bondadosa que a la vez que quieres que el caballo haga su trabajo, comprendes que debe gozar de bienestar, de comodidad y de salud en el mayor grado posible. Antes que nada, pues, procurarás llevarte bien con tu caballo, le conocerás y harás que te conozca y que sienta que tu disposición hacia él es buena. Luego averiguarás qué alimentos le convienen y se los suministrarás en la cantidad adecuada, no dándole los que le perjudiquen. Al mismo tiempo, le harás trabajar, porque para eso tienes el caballo; pero jamás con exceso de ninguna clase.

Conocerás lo que puede hacer y procurarás que lo haga. Si has conseguido que confíe en ti, te obedecerá fácilmente y cuando le sugieras algo te obedecerá porque sabe que todo será para su bien y confiará en ti incluso en el caso de que esté asustado. Y de esa manera es como podrás conseguir de él el máximo rendimiento posible con la menor fatiga. Un mal entrenador aterroriza a veces a su caballo, pero después ya no podrá hacer que trabaje bien. Tú no buscas eso: deseas entenderte bien con el animal.

El cuerpo es exactamente como un caballo. Hemos de encontrar la mejor forma de tratarlo. Es un grave error aplicar métodos severos de Hatha Yoga. Debemos ser amables con él y conseguir el máximo del mismo sin someterlo a un trabajo excesivo, porque en una hora podemos causar daños que requieran muchos años de reparación. Grande es la intensidad y el ajetreo de la vida moderna. El hombre de negocios piensa que debe trabajar más, pero es frecuente que ese exceso de trabajo trastorne su organismo físico y que lo que está trastornado no vuelva a su condición normal. Es muy fácil organizar estos daños, porque el cuerpo es una maquinaria muy delicada; una maquinaria viviente. El cuerpo tiene un asombroso poder de recuperación y, en muchos casos, lo que conocemos por “un cuerpo fuerte” puede soportar muchísimos excesos. Pero el hecho de que el cuerpo sobreviva a esos excesos no es prueba de que no haya sufrido ningún daño. Al contrario, con frecuencia un exceso de esfuerzo deja huellas permanentes. Por lo tanto, todos los que traten de lograr un desarrollo oculto deben estar prevenidos de que hay que tener mucho cuidado y comprender bien que, como dijo nuestra Presidenta, lo que no tenemos tiempo de hacer no es trabajo nuestro.

Luego viene el tema de la alimentación. La teoría de que todos podemos vivir con cualquier clase de alimentos no es muy recomendable para el hombre con sentido práctico. Las personas difieren notablemente en disposiciones y capacidades. Hay un viejo adagio que dice que lo que para unos es carne para otros es veneno, y esto es cierto por lo que se refiere al valor de los alimentos. Existe la tendencia a creer que la gente que da mucha importancia a la alimentación se inquieta demasiado por asuntos puramente físicos.

Cierto, nunca conviene llegar a la exageración; hay que situarse en el punto medio. El mismo cuerpo es el que puede ir indicando que es lo que conviene y en que cantidades. Dentro de lo razonable podemos dar al cuerpo lo que desee y le agrade: pero nunca cosas que lo perjudiquen, como carne y alcohol. Nunca se le debe obligar para que tome algo por la fuerza, procurando siempre darle lo que requiera, entendiendo bien lo que se hace, para ganarse así la cooperación de la inteligencia que en el cuerpo pueda haber.

Es frecuente encontrar dificultades para pasar de la dieta de carne al sistema vegetariano. En Inglaterra los que empiezan a realizar este cambio suelen confundir las cosas con mucha frecuencia: su principal alimento ha consistido en carne, coles y patatas. Entienden que para pasarse al vegetarianismo han de suprimir la carne y alimentarse sólo con las coles y las patatas. Ahora bien, la patata es prácticamente almidón y la col es casi sólo agua. El ser humano no puede vivir sólo de almidón y agua, necesita una alimentación que le permita formar carne, huesos y sangre y esto requiere una gran diversidad de alimentos; fácilmente, pues, puede buscar la alimentación conveniente para su cuerpo y sujetarse después a ella con inteligencia. Los que sufren de indigestión es probable que estén tomando alimentos inadecuados; deben hacer la prueba con otros alimentos, pues casi siempre se puede encontrar la forma de corregir este padecimiento, excepto en algunos casos desesperados. Cuando los niños crían gusanos de seda para observar su metamorfosis en mariposas, tienen mucho cuidado en encontrar la clase de hoja que el gusano necesita comer; saben que sólo hay una clase de hoja que les conviene. Es evidente que por nuestra parte hemos de tener mucho cuidado con el animal que habrá de servirnos durante tantos años y hemos de alimentarlo adecuadamente con alimentos y bebidas puros.

Hay que tener mucho cuidado con la higiene. Hay muchas razones para esto; no sólo por cuestiones de salud, ni simplemente porque resulta una cosa refinada que debe hacerse, sino también porque el Maestro utiliza especialmente a aquellos que están en estrecha relación con él para derramar su fuerza. Esto, generalmente, lo confía a sus discípulos que están en contacto directo con Él; pero cualquier

persona que trata simplemente de vivir los principios que se exponen en libros como el que estamos estudiando está bajo su mirada y, por consiguiente, es posible que esa persona resulte necesaria y sea utilizada como un canal de fuerza. Podría suceder muy bien que en un lugar preciso no se encontrase un discípulo adecuado para canal de determinadas fuerzas, y que alguna otra persona no tan avanzada sí se encontrase en condiciones de servir para ese propósito. En ese caso, el Maestro podría utilizarla.

Hay mucha diversidad de fuerzas que el Maestro derrama con propósitos distintos; en algunos casos, una persona es la adecuada para canal de ciertas fuerzas, y en otros casos lo es otra. Observando el caso de dos condiscípulos vemos que uno de ellos siempre es utilizado para un tipo de fuerza y el otro para otro tipo diferente. Este derrame de fuerza es físico, astral, mental y búddhico y en el plano físico tiene lugar especialmente a través de las manos y de los pies. Por consiguiente, si el cuerpo físico de la persona estuviera en malas condiciones de limpieza en un momento determinado, el Maestro no podría utilizarlo porque no sería un canal apropiado. Esto sería parecido a hacer pasar agua limpia por una tubería sucia; en el camino se contaminaría. Es por esto que aquellos que están en estrecha relación con el Maestro son excesivamente cuidadosos de su higiene corporal. Cuidemos, pues, de cumplir con este requisito de la limpieza porque sin esto nunca podremos ser utilizados.

Otra cosa en la que hemos de tener cuidado, si queremos ser de utilidad, es la de evitar las torceduras y deformaciones, especialmente en los pies. No hace mucho tiempo visité durante unas cuantas semanas una comunidad cuyos miembros acostumbran a caminar descalzos, y quedé horrorizado al contemplar los pies torcidos y deformados de muchos de los estudiantes y al observar en qué forma tan seria esas deformidades impiden que sean utilizados como canal de las fuerzas del Maestro. El proceso natural para el derrame de fuerzas en condiciones ordinarias consiste en llenar el cuerpo del discípulo y dar salida por las extremidades, pero en aquellos casos en que un tratamiento antihigiénico de los pies ha producido deformaciones permanentes, el Adepto sólo puede utilizar la parte

superior del cuerpo, y como tal cosa implica el trabajo añadido de construir un dique o barrera en la región del diafragma del cuerpo del discípulo, es evidente que otros que estén libres de estas deformidades serán utilizados con mayor frecuencia.

“Porque sin un cuerpo perfectamente limpio y sano, no podéis realizar el árduo trabajo de preparación, ni podéis soportar su constante tensión.” — (A Los Pies del Maestro)

C.W.L. -En las actuales circunstancias la preparación para el Sendero es cosa verdaderamente árdua y el hecho de apresurarla requiere un esfuerzo incesante que no podremos soportar a menos que todos nuestros cuerpos, incluido el físico, estén en buenas condiciones. Por lo tanto, para el progreso rápido es necesaria una salud perfecta y cuando esa salud falla, de inmediato surge una demora. Aquellos que cuidan del progreso de un discípulo están muy pendientes de que no haya un esfuerzo excesivo y nunca le encomendarán un trabajo sin que tengan la seguridad de que puede ser perfectamente desempeñado por él y con un margen de capacidad adecuado.

“Pues tenéis que ser siempre vosotros los que controléis el cuerpo, no que éste os controle a vosotros. El cuerpo astral tiene sus deseos -docenas de ellos; quiere que os enfadéis, que digáis palabras hirientes, que sintáis celos, que codiciéis el dinero, que envidiéis a los demás sus posesiones, que Sucumbáis a la depresión. El cuerpo astral quiere todas esas cosas y muchas más, no porque desee perjudicaros, sino porque a él le gustan las vibraciones violentas, y le gusta cambiarlas constantemente. Pero vosotros no queréis ninguna de estas cosas y, por lo tanto, tenéis que saber distinguir entre vuestros deseos y los de vuestro cuerpo.” — (A Los Pies del Maestro)

A.B. -Imagino que la mayoría de las personas que piensan se dan cuenta claramente de que ellos no son sus cuerpos físicos; pero los ejemplos que aquí da el Maestro demuestran cómo de una manera continua se identifican con sus cuerpos astrales. Con mucha frecuencia notamos que hemos dicho, “estoy enfadado, me siento irritado”. Incluso aquellos a los que no les gusta mezclarse con sus

emociones bajas, se mezclan con ellas cuando son elevadas. Es probable que no digan 'me siento celoso', cuando son conscientes del sentimiento de los celos, porque aunque la persona pueda confundirse con sus sentimientos, trata de disimular los que son bajos, y en este caso se engañará a si misma pensando que el sentimiento no es de celos, sino de amor: "Estoy dolido porque fulana, a la que tanto quiero, ama a otro hombre más que a mí". El amor es tan amplio, abarca tantas virtudes, que al hombre le gusta escudarse en él y atribuirle infinidad de cosas que no le corresponden en absoluto. Por lo que a nosotros se refiere, es mejor examinar nuestros sentimientos y no jugar con esas cosas serias y engañarnos con palabras bonitas. En el caso que estamos estudiando, el hombre no se siente herido porque ame a su amiga, sino porque desea apropiarse de esa amiga para él mismo. Siempre que el hombre se siente ofendido está en el terreno del egoísmo, el polo opuesto al del amor. Tú, el ego real, no puedes tener celos; tu cuerpo astral sí; ni tampoco puedes sentirte colérico o irritado; estas son actividades propias del cuerpo astral.

El Maestro cita otros ejemplos: la avaricia, la envidia, la depresión. Los aspirantes al Sendero no son tan propensos a ser víctimas de los dos primeros atributos como del último. Generalmente, no nos preocupamos tanto de la depresión como de otros sentimientos, porque estamos en el error de que la depresión sólo nos afecta a nosotros. Decimos: "Si estoy triste o deprimido, es cosa mía". Pero esto no es cierto: la depresión también causa daño a los demás. El mecanismo de este proceso es muy conocido por los estudiantes de ocultismo. Las vibraciones de la depresión se extienden a nuestro alrededor y afectan los cuerpos astrales e incluso mentales de otras personas. Este mal es mucho más peligroso de lo que generalmente se cree, porque muchas de las personas que pueden verse afectadas por nuestros sentimientos pueden ser personas poco desarrolladas y también pueden estar expuestas a circunstancias que las impulsen a cometer crímenes.

Los que están familiarizados con la historia y las estadísticas de la criminalidad saben que un gran número de crímenes, especialmente asesinatos y suicidios, se cometen después de un período de depresión.

En el banquillo de los acusados es frecuente la disculpa: “tuve un irresistible sentimiento de desesperación; no pude contenerme”. Hay muchas personas poco evolucionadas que pueden verse afectadas de esta manera y algunas pueden sufrir cárcel y muerte, sin haber sido realmente responsables, o por lo menos habiéndolo sido sólo parcialmente, del crimen cometido por sus manos. Vivimos en un mundo donde muy pocos conocen estas leyes internas y nuestros tribunales imparten una justicia muy imperfecta por falta de un simple conocimiento de los rudimentos de la psicología.

Es posible que yo tenga una idea más clara de todo esto porque con frecuencia pasaba de un estado de exaltación a uno de gran depresión. Hay muchas personas con temperamentos parecidos: un día, el mundo les parece lleno de felicidad; brilla el sol, la naturaleza es hermosa; en todo hallan gozo y belleza. Luego sigue la reacción inevitable: les invade un sentimiento de profunda tristeza y todo el mundo se oscurece. Si se examinan las cosas con calma se comprende bien que las causas externas a las que debe atribuirse este cambio no bastan para originar semejantes resultados. Sin embargo, un temperamento de esta índole no deja de tener ventajas realmente, yo no hubiera podido expresarme con tanta efectividad si no hubiera nacido con esta condición; forma parte de las características del orador el conocer estos sentimientos en sus extremos. Como cualquier otro temperamento, tiene sus ventajas y sus desventajas, pero uno no debe dejarse arrastrar por estas violentas alteraciones del sentimiento.

No es fácil pensar que el hombre pueda librarse de este defecto diciéndose simplemente a sí mismo: “no debo sentirme deprimido; pero incluso los peores casos pueden vencerse teniendo siempre presente que no hemos de dejarnos dominar por esta tendencia, por los deplorables efectos que esto acarrea a los demás. Por consiguiente, no basta con realizar un esfuerzo para alejar de sí mismo estos sentimientos: hay que reemplazarlos por fuertes sentimientos de ánimo y alegría, a los que debe sumarse la calidez de sentimientos altruistas.

El cuerpo astral, como dice el Maestro, no se propone causarnos ningún daño. Procede en la forma en que lo hace porque está

constituido por la esencia elemental que va en su arco descendente y que evoluciona por medio de cambios de vibración violentos y constantes. Este deseo constante de cambios violentos del cuerpo astral es una cosa que debe ayudar al estudiante a darse cuenta de que este cuerpo no es él, sino algo que le ocasiona cambios de estado de ánimo sin una causa aparente, y que no son aprobados por la razón, porque son actividades independientes del cuerpo astral. Debemos percatarnos de ello y no permitir ser juguete de estas alteraciones. Hemos de estudiar nuestra naturaleza astral y hemos de encontrar cuáles son las cosas indeseables que aquella desea particularmente. Luego, hemos de decidir tranquilamente, no hemos de ceder ante ellas. Una vez hecho esto, no pensemos ya más en ellas; no cavilemos más. Escojamos las tendencias contrarias y pongámoslas en práctica durante todo el día. Si el cuerpo astral desea impacientarse, fijemos la mente en la paciencia; pensemos en ella en nuestra meditación matinal y practiquémosla durante todo el día. Si el cuerpo astral quiere sentirse celoso, observemos simplemente el hecho y dejemos de pensar en los celos: pensemos en el altruismo y practiquémoslo sin parar y entonces ya no habrá lugar para los celos. La mente no puede contener dos cosas opuestas a la vez.

Recordemos que las dificultades constituyen oportunidades para el que quiere ser ocultista. No da pruebas satisfactorias el discípulo que demuestra amor cuando todo a su alrededor es bondad, que da muestra de amabilidad con los que le son simpáticos y amables. Esto lo hace cualquiera. Los que aspiran a ser discípulos deben sentir la noble emoción cuando están recibiendo de los demás la emoción innoble. De otro modo sólo serán como los demás. Hay que tener esto presente al enfrentarse con las dificultades y con la tentación; el aspirante tiene que enfrentarse a ellas como oportunidades que se le presentan para liquidar sus deudas. Para un discípulo, cualquier persona o circunstancia con la que se encuentre, no son una tentación: son una oportunidad. Es entonces -cuando el discípulo cambia las emociones malas en emociones buenas- cuando empieza a parecerse a su maestro; es entonces cuando está demostrando las cualidades del Maestro.

Pensemos, pues, en nuestra meditación matinal en las cualidades que nos hacen falta; si somos irascibles, pensemos en la paciencia. De ese modo, cuando nos encontremos con una persona colérica o fastidiosa durante el día, primero responderemos con irritabilidad por la fuerza de la costumbre, pero un momento después de haber caído en el error, pensaremos en la paciencia. La vez siguiente pensaremos ya en la paciencia en el momento de estar cometiendo el error: un poco más de práctica y pensaremos en ella un momento antes y luego sentiremos todavía la irascibilidad, pero no daremos ya muestras de ella: finalmente, ni siquiera nos sentimos iracundos. El primero de estos estados de ánimo demuestra ya que la meditación está dando sus frutos.

Sé de algunas personas que se han hecho estos propósitos y que se han sujetado a estas prácticas durante algunos días o algunas semanas, que dicen: 'Ya no medito más sobre estas cosas: no obtengo ningún resultado. Mis meditaciones no me hacen ningún bien. No hago ningún progreso' Es exactamente igual que si una persona emprendiese un viaje de tres días hacia algún lugar y después de transcurridas una o dos horas se sentará y dijera: "no tiene ningún sentido este caminar; no llego a ninguna parte." Cualquier persona se da cuenta de la tontería de ese proceder en el caso físico; lo anterior, en el orden mental, no es menos torpe. La meditación debe producir sus resultados, en la misma forma que el caminar nos conduce a nuestra meta. Tan cierta es una cosa como la otra. Las reglas científicas actúan sin cesar y toda la fuerza que pongamos en juego tiene que producir sus resultados. Si no se obtiene de inmediato lo que uno se propone es debido a que todavía quedan algunas resistencias que vencer y que la fuerza está neutralizando hasta conquistarlas completamente. No pensemos en los resultados. Nos basta con pensar en la cualidad de la paciencia, o en cualquier otra que deseemos desarrollar y los resultados vendrán por sí mismos.

C.W.L. -Después de todo, no es muy difícil comprobar con alguna práctica que no somos el cuerpo físico; que éste no es sino una Vestidura; pero, por lo que respecta al cuerpo astral -nuestras emociones y nuestros deseos- presenta más dificultad, porque con

frecuencia nos parece una parte más íntima de nosotros mismos. En la vida diaria encontramos personas que sienten que ellas son sus emociones y sus deseos; hay algunas tan repletas de ellos que si pudieran imaginar que esas emociones y esos deseos se extinguiesen sentirían que ya no queda nada de ellas; toda la persona es deseo y emoción. Para una persona de esa condición es muy difícil separarse de su cuerpo astral: y sin embargo, esto es lo que hay que hacer. El hecho de que el cuerpo astral este incesantemente cambiando su temperamento debe ayudarnos a comprender que no es el ego, el 'yo'. Como alma no cambiamos; siempre deseamos lo mismo; el progreso para quedar en condiciones de ayudar a los demás a caminar por el Sendero de nuestros Maestros. Por lo tanto, queda muy claro que el cuerpo emocional no es el ego.

El elemental astral tiene una particular condición de continuidad porque los átomos permanentes atraen a su alrededor precisamente la calidad de materia que poseíamos en nuestra vida anterior. Por eso es difícil someter y controlar repentinamente esta entidad. Pero no obstante puede hacerse, y la mejor manera consiste en determinar por medio de un cuidadoso examen, cuáles son las actividades indeseables que el cuerpo astral quiere seguir. Todos tenemos nuestras dificultades especiales. Alguno es probablemente nervioso o irascible, o con inclinación a sentirse celoso, o tiene ambición de dinero. Cuando esto se haya aclarado, hay que proponerse corregir con calma esta deficiencia. Supongamos que se trate de la irritabilidad, que es muy común en las condiciones terribles y el ruido de la vida moderna. La persona debe grabar en su mente que dejará de ser irascible. Es muy importante hacer de esto un tema de meditación, teniendo presente que la forma no consiste en combatir el defecto, sino más bien en meditar en la virtud opuesta: la paciencia. Nunca debe pensarse en el defecto y en luchar contra él, porque de esa manera le añadimos una mayor vitalidad.

El mismo método debe aplicarse cuando se trata de ayudar a los demás por medio del pensamiento. Si tratamos de ayudar a alguien que tenga ese defecto de la irascibilidad, en lugar de pensar en ello y lamentarlo, y por consiguiente intensificarlo, debemos pensar: “Quiero

que esta persona se calme y tenga paciencia.” Así es como toda la fuerza del pensamiento va en la dirección de que esa persona tenga esas cualidades.

Al principio, cuando nos encontremos con una persona irascible, es probable que la fuerza de la costumbre nos haga sentirnos irritados también, aunque momentos después recordemos que ya no queremos ser irascibles ni coléricos, el hecho de recordarlo ya es algo, aun cuando sea después. Probablemente, la vez siguiente, o después de veinte veces, lo recordemos en el mismo momento y no después. En el tercer grado lo recordaremos antes de decir cosas irritantes; el sentimiento de irascibilidad todavía subsiste pero ya no lo exponemos. El siguiente paso es que ya no se siente ira en absoluto; está vencida y no volverá a molestarnos ni en esta vida ni en las vidas siguientes.

Para dominar la naturaleza astral también es necesario no tener sentimientos personales que puedan sentirse dañados u ofendidos. Los mejores sentimientos, como la comprensión y el amor hemos de fomentarlos en nosotros hasta donde nos sea posible. Pero hemos de tener sentimientos que no puedan ser heridos u ofendidos. Aquel que pueda sentirse herido en sus sentimientos está pensando en si mismo, y nosotros, si es que nos hemos entregado al Maestro, no tenemos derecho a hacerlo. Es posible encontrar personas tan primitivas que no adviertan un insulto; esto no es recomendable: lo que hace falta es advertir el insulto y prescindir de él, lo cual siempre es el mejor camino. Si alguien dice de nosotros cosas desagradables no hay que hacerle caso; los seres humanos han estado hablando mal unos de otros desde el principio de los tiempos y hasta que no hayamos alcanzado el adeptado las cosas continuarán de esta manera. Después de todo, lo que digan los demás no importa en absoluto. Sólo es una vibración pasajera del aire y no será más que esto mientras nosotros no permitamos otra cosa. Si alguien dice de nosotros algo desagradable, si no la oímos no nos hiere en lo más mínimo. Si sucede que sí la oímos y nos produce ira, horror y desesperación y todo lo demás, esto no son cosas que puedan imputarse al que profirió esas palabras: somos nosotros mismos los que nos estamos haciendo daño. Hay que tomarse estas cosas filosóficamente. Hay que decir: 'Pobre

hombre, poco sabe él de todo esto.' En esos casos hay que ser amable y bondadoso. Lo que dicen los demás tiene muy poca importancia porque nunca saben lo que dicen. Recordémoslo: "el corazón conoce sus amarguras". En todos los casos, el hombre tendrá sus razones para lo que dice y para lo que hace y lo que piensa; desde fuera nunca conocemos esas razones, porque sólo observamos las cosas superficialmente y, por lo general, de una manera completamente equivocada. Por lo tanto, mientras no alcancemos el plano búddhico, concedámosle el beneficio de la duda, o lo que es más sabio todavía, dejemos de atribuir motivos a nadie. Si los actos de alguna persona nos parecen impropios, la actitud más bondadosa es decir: "Yo no habría hecho eso; me parece equivocado, pero doy por sentado que esa persona tiene sus razones, aun cuando yo desconozca cuáles puedan ser."

Cuando alguien reacciona bruscamente, con frecuencia es porque las cosas le han ido mal y por eso se siente descentrado y entonces es posible que, después de su contratiempo, la primera persona con la que se haya topado y con la que haya hablado seas tú. No es que esté disgustado contigo. Ha sufrido algún trastorno; tal vez no le haya sentado bien la comida. Hay que aprender a ser condescendientes con los demás y a decir: "Pobre hombre, quizá no siempre se sienta tan amable y condescendiente como yo". Probablemente esa persona lamenta luego el haberse manifestado con brusquedad, o tal vez, quizá, ni siquiera se dé cuenta de haber dicho algo impropio.

Cualquier sentimiento de sentirse ofendido o herido nace de una mente egoísta. Si no estuviéramos pensando en nosotros mismos no podríamos sentir ninguna ofensa. Este pensar en nosotros mismos es precisamente lo que hay que desarraigar y arrojar. También los celos son consecuencia de pensar en nosotros. Aquel que piensa en lo mucho que ama a otra persona no se preocupa porque la persona amada ame a un tercero. El concepto engañoso de que somos un ser separado es la base y el origen de casi todas nuestras contrariedades.

La persona egoísta es en realidad una persona desfasada; vive todavía como le fue necesario hacerlo hace veinte mil años; ahora eso ya no resulta útil ni necesario; esa persona, simplemente, se encuentra

muy atrás en el tiempo. Hemos de modernizarnos. Nuestra vida y nuestros pensamientos están consagrados al futuro que el Gran Maestro del Mundo hará para nosotros y es por ello que debemos desechar todos estos conceptos anacrónicos.

Al examinarnos a nosotros mismos para descubrir las faltas que debemos corregir, hemos de preocuparnos de no caer en la actitud impropia del arrepentimiento y del remordimiento. Recordemos la historia de la mujer de Lot y no miremos hacia el pasado: esta es una ocupación que resulta inútil. Después de haber cometido una falta debemos decir serenamente: “cometí una tontería: no volveré a hacerlo.” Se atribuye a Tayllerand esta frase: “Cualquier hombre puede cometer un error; todos cometemos errores; pero el hombre que comete dos veces el mismo error es un necio.” Un Maestro dijo en cierta ocasión: “El hombre que nunca comete errores, nunca hará nada.” Si no nos inquietamos por lo que hemos hecho en vidas pasadas, ¿por qué hemos de inquietarnos por lo que hicimos ayer? Todo pertenece igualmente al pasado. El remordimiento es una pérdida de tiempo y energía. Mas todavía: es una de las formas del egoísmo.

Es fácil ser amable y bondadoso con aquellos que lo son con nosotros; pero si es que hemos logrado algún verdadero progreso, debemos prodigar amor aun cuando este no se nos devuelva. Cristo dijo:

*“Si amas a los que te aman, ¿qué recompensa te corresponde?
¿No hacen también lo mismo los publicanos?”* — (San Mateo 5:46)

Su mandato fue:

“Ama a tus enemigos y ruega por aquellos que te injurian.” —
(San Lucas 6:27-29)

Es entonces cuando un discípulo del Maestro puede demostrar lo que vale; cuando puede hacer lo que haría el Maestro; cuando, aunque la gente hable mal de él y lo denigre, piensa en ellos con bondad y amorosamente y encuentra excusas para aceptar sus torpezas. Esto es lo que hay que hacer. No basta con devolver amor y bondad, éstos hemos de derramarlos sobre aquellos que apenas saben lo que esto significa. Del Cristo se dijo que cuando fue injuriado no injurió; que

cuando sufrió no amenazó; pero encomendó su causa a aquel que juzga rectamente. — (Pedro 2:23)

Todos sufrimos injusticias y malos enjuiciamientos, y en ocasiones malos entendimientos. Nadie debe inquietarse por ello. El karma lo pondrá todo en su sitio.

“La venganza es mía. Dejaré todo saldado, dijo el Señor.” –
(Romanos 12:19)

Dejémoslo todo en sus manos. La justicia deberá cumplirse y todo lo que está mal quedará como es debido y los que ahora nos juzgan mal algún día comprenderán su error y lamentarán sus equivocaciones. No habrá ninguna injusticia. Todo quedará como debe ser.

El mismo Logos nos está poniendo constantemente ejemplos de Amor. Hay muchos que hablan mal de Él: muchos. Lo comprenden mal y lo escarnecen. Él no responde; el flujo constante de la vida divina continúa sin cesar. Una actitud así debe caracterizarnos en la misma medida que deseemos ser una expresión de la divinidad.

“Vuestro cuerpo mental desea pensar orgulosamente que es algo aparte, pensar mucho en sí mismo y poco en los demás.”
— (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -También aquí hemos de establecer la diferencia entre lo que el cuerpo mental desea y lo que nosotros deseamos. Tenemos la costumbre de decir: “Yo pienso esto y lo de más allá” pero, en nueve de cada diez casos, la realidad es que nosotros no pensamos; es la mente la que piensa. Muchos de nosotros hemos estado tratando de controlar nuestros pensamientos, pero si les pasamos revista podemos observar cuán pocos son los que se pueden atribuir a nosotros -al Ego- y cómo la mayor parte corresponden a la mente inferior. La mente inferior deambula de una cosa a otra, revolotea sobre la superficie de una gran variedad de cosas, sin concentrarse en ninguna de ellas. Por lo general, la mente no quiere centrarse en una sola cosa, sino que quiere ir de una cosa a otra para conseguir un cambio constante de vibraciones. Es muy probable que al hacer un examen de nuestras actividades mentales encontremos que hemos estado pensando en una infinidad de cosas triviales durante un corto espacio de tiempo. Por ejemplo, cuando caminamos por una calle observaremos que, si bien nosotros

no hemos estado pensando en una forma definida, hay algo que ha estado pensando todo el tiempo; ese es el cuerpo mental. Si no lo sometemos a control, pasará revista a una infinidad de cosas inútiles para nosotros, aunque no necesariamente malas, a menos que sean puramente egoístas. La mente también tiene la costumbre de la asociación de ideas por medio de lo cual irá confundiendo nuestros más bellos pensamientos hasta conducirnos hasta cosas triviales y completamente distintas. Hemos de controlar y modificar todo esto. Ya sé que es difícil estar siempre pendiente de lo que hace la mente, pero hay que hacerlo así, porque la mente es una fuerza poderosa; la más poderosa de las que tenemos en nosotros. Si conseguimos dirigir la voluntad mediante el cuerpo mental, hay pocas cosas que no podamos hacer por su mediación. Este enorme poder puede ser nuestro, seamos ricos o pobres, jóvenes o viejos, y constituye un valioso instrumento al servicio del Maestro si ejercemos una vigilancia constante hasta formar nuevos hábitos mentales. Con el pensamiento podemos hacer muchas cosas que de otra manera nos resultarían imposibles. Un pensamiento de afecto enviado a una persona de la que sepamos que está necesitando ayuda, puede ser un servicio mucho más valioso que la dádiva pecuniaria: puede producir resultados benéficos para toda la vida. Tal vez los resultados puedan no manifestarse en el plano físico, pero no por ello dejan de ser un trabajo real para el Maestro.

En el fondo de nuestra mente hemos de llevar siempre el pensamiento del Maestro y a Él hemos de volver siempre que el Ego no esté pensando realmente en algo que requiere su atención. Este pensamiento debe ser tan preciso como sea posible. Hay personas cuyo pensamiento en el Maestro es una especie de beatitud incierta, una especie de semi-éxtasis; una cierta clase de colapso religioso durante el cual no piensan realmente en algo preciso. En lugar de sumergirnos en un pensamiento que carece de precisión, hagamos que nuestra devoción hacia el Maestro tome una forma definida como ¿Qué puedo hacer para servirle, en qué dirección puedo utilizar la fuerza de mi pensamiento?

En este libro encontramos, una y otra vez, una marcada insistencia

sobre el hecho de que realmente sólo hay un pensamiento; de que sólo hay una voluntad; un sólo trabajo para nosotros. El pensamiento único es el pensamiento de servir al Maestro; la voluntad única es hacer ese trabajo; el trabajo único es la devoción hacia Él y en su nombre hacia el mundo. Aun cuando en el trabajo que hemos de hacer habrá la más compleja diversidad, todo será para el Maestro y para el mundo. En la mente del Maestro sólo hay un pensamiento: el servicio: y si queremos ser uno con Él, ese debe ser también nuestro único pensamiento. Esto implica que debemos capacitarnos para servir y en ese sentido esto incluye algún progreso para nosotros, no porque deseemos ser grandes, sino porque deseamos ser instrumentos eficaces.

Hay muchas personas que están desarrollando sus cuerpos mentales. Los grandes investigadores científicos lo hacen con la única finalidad de adquirir conocimiento. Quizá en ocasiones también tengan la idea de adquirir celebridad cuando hacen un descubrimiento, pero entiendo que esto es muy poco frecuente entre los hombres de ciencia. En el fondo, generalmente, desean que el descubrimiento sea de utilidad, pero ante todo, el hombre con una mentalidad científica siente un inmenso deseo de saber. Noble actividad de muchas almas que prestan grandes servicios a la humanidad. Nosotros también debemos esforzarnos en cultivar nuestros cuerpos mentales para hacer de ellos instrumentos delicados, eficaces, útiles. ¿Por qué? ¿Por qué afila su cepillo el carpintero? No con el propósito de tener un instrumento mejor afilado que el de cualquier otro carpintero, sino para poder trabajar mejor la madera; para poder realizar un trabajo bien hecho. Precisamente por razones parecidas es por lo que debemos entrenar nuestros cuerpos mentales. Pero siempre hemos de tener presente el pensamiento: “Estoy haciendo un instrumento para servir al Maestro”. Quien alcance este ideal quedará libre del orgullo espiritual y así evitará los tropiezos que sufren los que tan sólo logran un desarrollo intelectual.

“Incluso, aun cuando lo hayáis alejado de las cosas mundanas, todavía tratará de planear para sí, de haceros pensar en vuestro propio progreso, en vez de pensar en la labor de los Maestros y en ayudar a los demás.” — (A los Pies del

Maestro)

A.B. -Lo que más me ha llamado la atención en esta enseñanza del Maestro es la forma en que insiste reiteradamente en la idea de un pensamiento, una voluntad, un trabajo. Aparece esa unidad irradiando con tal fuerza, que sentimos que el Maestro sólo puede tener este pensamiento único; que se ha unido con el Uno en forma tan perfecta que no puede pensar en ninguna otra cosa; que no puede olvidarla, sea cual fuere el pensamiento que ocupe su atención. Este debe ser el ideal del discípulo. Debe estar siempre pensando en el trabajo del Maestro y en la ayuda a los demás. Cuando esto no sea así, es la mente la que piensa: no el hombre. El que vive siempre con esta idea ya tiene todo lo demás. Supongamos que en vuestra meditación pensáis en una virtud, ¿para qué la deseáis? ¿para ser admirados? ¿para poder alcanzar la iniciación?, ¿o bien deseáis esa virtud para poder ser mejores instrumentos en el trabajo del Maestro? Esa es la piedra de toque para dilucidar si es la mente la que piensa o si es el hombre.

Es muy conveniente hacer la prueba en uno mismo de una manera clara. Imaginemos el caso (y no lo creo inconcebible, aun cuando por regla general cuanto más evolucionada está una persona tanto más útil es) de que se presenta un trabajo en servicio del Maestro para el cual se requieren cualidades inferiores a otras que ya se hayan adquirido. ¿Desearíais llevar a cabo ese trabajo dándole preferencia a otro en que hubiera que emplearse más talento y habilidad? ¿Desearíais ser más insignificantes para poder ser más útiles? Esta será la actitud de aquel que tenga siempre presente el motivo único de ser útil en el servicio del Maestro. En este trabajo se presentarán innumerables oportunidades para cultivar nuestros cuerpos mentales, para dignificarlos, para hacer que sean más activos, más útiles. Si nos esforzamos en mejorar con ese propósito no corremos el riesgo de caer en la herejía de la separatividad. En el mundo externo hemos de estar constantemente buscando las oportunidades que otras personas hayan desechado por juzgarlas menos importantes. Un discípulo siempre está pendiente de lo que los demás han dejado por hacer para suplir esta falta. Una actitud así es síntoma de que la mente está empezando a ser controlada.

C.W.L. -El trabajo del Maestro debe predominar sobre todo lo demás en nuestras mentes. Si tenemos otros pensamientos, si tenemos otros móviles que nos empujen a la acción, entonces es la mente la que trabaja, no el Ego. He aquí una diferencia importante. La mente es ciertamente orgullosa; se cree separada y cuando ha abandonado ya toda clase de orgullos terrenales, tratara de hacernos sentir el orgullo de nuestro progreso, de nuestra posición con respecto al Maestro, o de algo por el estilo. Cuando más adelante hayamos logrado liberarnos de todos esos orgullos, la mente tratará de que sintamos el orgullo de no ser ya orgullosos. Pero no culpemos de esto al sutil elemento mental; él no tiene ninguna idea de nosotros; sólo trata de obtener las diferentes clases de vibraciones que le son necesarias para su evolución.

“Cuando meditéis, tratará de haceros pensar en las diferentes cosas que él desea, en vez de pensar en la única cosa que vosotros queréis. Vosotros no sois esta mente, sino que ella está a vuestro servicio, y así, también en este caso es necesario el discernimiento. Debéis vigilar constantemente, si no queréis fracasar.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -En la India se dice que la mente es el rajá o rey de los sentidos y que de todas las partes de nuestra naturaleza es la más difícil de controlar. En este punto, nosotros los occidentales, estamos con mucho en peores condiciones que los hindúes, porque de una manera especial hemos estado desarrollando la mente inferior y sentimos el orgullo de la rapidez con que pasa esa mente de un asunto a otro.

No obstante, por medio de un paciente esfuerzo podemos imponer a ese elemental la vigorosa fuerza de la costumbre; podemos conducirlo por un canal e inducirlo a comprender que nosotros, el Ego, queremos perseverar todo el tiempo en nuestra idea predominante, en relación con la cual hay infinitas ramificaciones, pues no hay nada que no pueda ser utilizado en servicio del Maestro. De esa forma, este curioso elemental ingobernable llegará a comprender por entero que le conviene más, cooperar con nosotros que actuar en contra de nuestros deseos; y a partir de ahí trabajará dócil y armónicamente con nosotros.

El Bien y El Mal

“El Ocultismo no transige entre lo recto y lo equivocado. Cueste lo que cueste, debéis hacer lo que es justo, lo que sea injusto no debéis hacerlo, no importa lo que el ignorante pueda decir o pensar. Debéis estudiar en profundidad las leyes ocultas de la Naturaleza, y cuando las conozcáis, debéis adaptar vuestra vida a ellas, utilizando siempre la razón y el sentido común.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Examinando las cosas serenamente se comprende que la vida es una serie de transacciones. El hombre hace siempre un poco menos de lo que sabe que debe hacer, tratando de evadir esta terrible pregunta: “¿Qué dirán los demás?” Sabiendo perfectamente qué es lo que debe hacer en un caso determinado, se escabulle un poco, se evade de las cosas, busca un camino intermedio para hallar el modo de proceder en la forma menos en desacuerdo con la opinión del medio entorno. Este miedo a la opinión ajena es debido en parte a una debilidad que, en su raíz, obedece a una especie de condescendencia. Este deseo está muy generalizado en la India; pero si queréis caminar por el Sendero propiamente dicho, nunca deberéis dejaros llevar por este sentimiento hasta el terreno de las transacciones cuando se trate de principios o de cuestiones importantes, tales como los grandes temas religiosos y sociales. Por ejemplo, tomemos el caso del matrimonio prematuro. En muchos casos estos matrimonios se consuman a edad muy temprana. He hablado ya una y otra vez públicamente de la crueldad que implica permitir que una niña llegue a la maternidad antes de alcanzar la edad adulta, y del mal que está practica conlleva para la vitalidad de la raza. Hay muchos que entienden que esto no debe ser así y lo reconocen francamente; critican que los demás casen a sus hijos demasiado jóvenes y, sin embargo, cuando les llega el turno, hacen lo mismo por miedo a lo que los demás pudieran decir si no actuaran así. De una persona así no se puede esperar que se convierta en un ocultista.

Dejando aparte, por el momento, las importantes cuestiones que

pueden afectar a escala importante al futuro de una nación, pasemos a considerar las pequeñas cosas de la vida diaria. En este campo tampoco debe haber condescendencia. Es necesario decidirse a proceder como es debido y a perseverar con firmeza en nuestro propósito. Comprendo muy bien que no sea posible alcanzar de inmediato la cúspide de nuestros ideales, de la misma manera que no es posible alzarse en un salto hasta la cima de una montaña. Pues el que desee llegar hasta esa cima, tendrá que dirigirse hacia ella paso a paso, acercándose cada vez más a su meta. Jamás hemos de rebajar nuestros ideales; es una cosa fatal. Como dice el Upanishad, “Una cosa es el deber, otra lo agradable; el hombre sabio prefiere el deber a lo agradable.”

En las cosas pequeñas de la vida diaria esforzaros por hacer lo que vuestra conciencia ordene que debe hacerse. No sois responsables de lo que otras personas estimen como los dictados de su conciencia, ni de que sigan o no lo que ella les pida; pero sí que sois responsables de actuar conforme a vuestra conciencia, sean cuales fueren los resultados aparentes; porque no es posible obtener malos resultados cuando se procede en la forma que uno estima que es la correcta. Evidentemente, hay que tener cuidado en no confundir los prejuicios, los caprichos o la imaginación con lo que debe hacerse, aquí el Maestro nos pone en guardia ante este peligro cuando dice: “Debéis estudiar en profundidad las leyes ocultas de la Naturaleza.” Determinad primeramente lo que es el bien y vivid de acuerdo con vuestro conocimiento.

El Maestro añade una importante sugerencia en la última parte de este pasaje: “...utilizando siempre la razón y el sentido común.” Tened siempre en cuenta los sentimientos de los demás, pero no dejéis nunca que se interpongan entre vosotros y lo que vosotros sabéis que es lo recto. Si tuviérais que elegir entre lastimar los sentimientos de otra persona o transigir con vuestra propia conciencia, escoged lo primero. Un ocultista siempre discernirá en sus relaciones con los demás entre la persona real y los prejuicios de sus diversos cuerpos. Jamás dañará a una persona, pero sí lesionará sus prejuicios antes que proceder indebidamente. Más aún: nunca lesionará ni siquiera sus prejuicios

innecesariamente pero, si esto es inevitable, comprenderá al mismo tiempo que realmente está ayudando a la persona y no perjudicándola, y que él mismo está siendo el instrumento para destruir una limitación que tiene oprimido al hombre interno. Incluso en esos casos, su acción debe llevarse a cabo de una manera bondadosa y considerada. Muchos lo encontrarán difícil. Es mucho más difícil proceder con razonada calma; una oleada de emoción no facilita la actuación. La emoción, buena o mala, implica un impulso que hace que el hombre camine sin gran esfuerzo por su parte. El que desee ser un ocultista no debe dejarse llevar por sus impulsos, como hacen la mayoría de los mortales; es necesario desarrollar la razón y el discernimiento, y con este esfuerzo y de manera inconsciente se empezará a desarrollar el buddhi.

C.W.L. -Normalmente, la gente, muchas personas, tiene sus prejuicios y suelen identificarlos con lo recto. Al haber nacido en un ambiente determinado, nunca se ha pensado en la conveniencia de someter a examen sus ideas y de ahí que se piense que el que no está de acuerdo con su manera de pensar está equivocado, mayormente cuando sus prejuicios son aceptados por la mayoría. Los prejuicios populares casi siempre están fuera de razón y, por lo tanto, no debemos permitir que nos influyan en asuntos que conciernen a lo recto y a lo equivocado. No es que vaya a decir que estos prejuicios no estén justificados, en algunos casos, y cimentados en la razón y que podemos hallar algo de ésta si profundizamos en los mismos, aunque, por lo general, no es precisamente la razón la que se estima, sino alguna otra cosa. Sin embargo, corrientemente, ese fragmento de verdad está falsificado y se aplica inadecuadamente debido a la cantidad de errores en los que se encuentra envuelto.

El ocultista nunca permitirá que se le obligue a actuar de forma inadecuada por temor a molestar los prejuicios de su prójimo, pero nunca ofenderá esos prejuicios sin necesidad: la razón y el sentido común deben orientarnos en todos los casos. Imaginemos que hay alguna cosa que deseáis hacer, seguros como estáis de que es una cosa buena e importante. Muy bien: pero no es necesario embestir con la fuerza de un toro bravo ante una puerta; podrá conseguirse ese

propósito pero a costa de mucho daño para uno mismo y para la puerta. Siempre hay que exponer un amable razonamiento en lo que se hace. Si al hacer algo nos dejamos llevar por la ira, esta oleada de emoción nos empujará en nuestro propósito; pero hacer eso mismo en forma amable y con serenidad, sin ningún sentimiento en contra de los que se oponen a nuestra actuación, es mucho más difícil, ciertamente, pero es evidente que ese es el camino a seguir.

No hemos de dejarnos llevar por los impulsos como hacen muchos. Ellos no pueden soportar ninguna oposición, ni pueden comprender las cosas, ni intentan realizar un esfuerzo para comprenderlas; se limitan a seguir su camino obstinadamente y dan por sentado que tienen la razón: sin embargo, a nosotros nos corresponde tomar en consideración a los demás; tener en cuenta sus sentimientos y admitir también la posibilidad de que ellos tengan razón y de que nosotros estemos equivocados en un caso particular.

“Debéis distinguir entre lo que es importante y lo que no lo es. Firmes como una roca cuando se trate de lo justo y de lo injusto, ceded siempre entre los demás en cosas que no tengan importancia. Porque debéis ser siempre amables y bondadosos, razonables y complacientes, concediendo a los demás la misma entera libertad que necesitáis para vosotros mismos.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -He aquí un hermoso y tierno pasaje que viene a suavizar el anterior el cual, considerado aisladamente, podría habernos parecido áspero. Ahora bien, como las cosas que en general busca el hombre son precisamente las que carecen de importancia, el ocultista puede aceptar fácilmente que todo el mundo actúe como le apetezca en la mayoría de los casos.

Para el ocultista, lo importante es lo que tiene que hacer él; refuerza su voluntad en lo importante que haya en ello y con relación a lo demás deja que todo el mundo actúe como le convenga. Cuando los demás advierten cómo transige el ocultista con todas esas cosas, se dan cuenta de que es una persona muy tolerante y, poco a poco, se van dejando conducir con facilidad en las cuestiones importantes casi inconscientemente de que están siendo conducidos. En lenguaje

mundano, esta cualidad se denomina tacto. En ocultismo se llama discernimiento.

El fanático carece de esta cualidad y por eso nunca alcanza el éxito, mientras que el ocultista siempre lo logra. El fanático jamás se apercibe de la diferencia entre lo importante y lo no importante, por lo cual nunca cede, ni siquiera en las cosas que nada significan: por este motivo, fustiga con torpeza a los demás, los cuales nunca podrán secundarlo, por mucha que sea la razón que le asista, y por muy importantes que sean los fines que persigue. Tratándoles con delicadeza se sentirían complacidos y terminarían por prestarnos su colaboración. Todo se basa en una realidad fundamental de la naturaleza. Tanto en el hombre como en el animal está el instinto de oponerse a quien trata de imponerse. El otro día presencié un caso de éstos. Un hombre intentaba conducir en una dirección determinada a un ternero tiraba de él con toda su fuerza y el ternero, por supuesto, afirmado en sus cuatro patas, meneaba el rabo y tiraba en la dirección contraria, sirviéndose asimismo de toda su fuerza. Si ese hombre hubiera utilizado un poco el sentido común, hubiera dejado de presionar al ternero; el animal hubiera hecho lo mismo y con unas cuantas palmaditas en el lomo y unas cuantas caricias, lo hubiera conducido a donde deseaba.

He aquí una lección provechosa; si los demás no hacen lo que uno quiere, busquemos el fallo en nosotros; casi siempre encontraremos que hay alguna cosa en nuestra manera de actuar que hace que los demás se vuelvan contra nosotros. Yo siempre utilizo este sistema. Cuando me encuentro con dificultades o fricciones que tienen que ver con mi trabajo en algún lugar, me retiro a meditar para averiguar qué es lo que hago que origina esas dificultades y para descubrir la forma en que debo hacer mi trabajo. Eso es mucho más cuerdo que pretender que los demás vayan por nuestro camino. Ciertamente, es posible forzar a los demás en cierta medida, pero, en principio, es una equivocación, y en la práctica esto acarrea contrariedades y dificultades. Esto demuestra la falta de las cualidades de líder, cualidades que el Maestro desearía que tuviéramos en el futuro. El Maestro necesita gente que tenga la habilidad de conducir a los demás

para que puedan ser de ayuda en lugar de ser causa de confusión.

C.W.L. -Dentro de unos setecientos años algunos de nosotros tendremos la oportunidad de trabajar en el desarrollo de la sexta raza-raíz y en el entretanto, mucho tendremos que hacer a fin de preparar a la humanidad para el advenimiento del Maestro del Mundo. Algunos estaremos viviendo cuando Él llegue y trabajaremos a sus órdenes, para lo cual tenemos que desarrollar las cualidades de líder. Lo primero que se requiere para esto es el tacto.

A la larga, como sea que un ocultista nunca deja de insistir en cualquier obra de importancia, siempre tiene éxito, aun cuando de momento encuentre oposición e impedimentos. La Revolución Francesa fue un ejemplo de esto. Los que iniciaron el movimiento liberador de Francia no pudieron controlar las tremendas pasiones del pueblo que desembocaron en crímenes y en una carnicería “y que anegaron al mundo en sangre.” No cabe pensar que esas personas hayan aprobado la locura, la diabólica orgía de sangre, la indecible oleada de crueldad, traiciones y terrorismo de ese período espantoso de la historia. El poder cayó en manos de una población enloquecida por la tiranía y la opresión que se mostró a un nivel inferior al de las bestias salvajes. No cabe imaginar que tan tremendas atrocidades hayan sido aprobadas por los que trabajaban en pro de la civilización. A la postre, y en cierta manera consiguieron sus propósitos y en la actualidad ese país, así como otros muchos, han logrado la libertad por la que lucharon aquellas gentes. Eso es lo que pasa con las grandes reformas que se llevan a cabo y con todos los demás trabajos que se acometen. A la larga tienen éxito, aun cuando no sea al momento.

Eso es lo que nosotros tenemos que hacer: no aceptar nunca la derrota y perseverar siempre en el trabajo: pero, para conseguirlo hemos de adquirir el arte de ayudar con habilidad. Muchas buenas personas quieren conducir a los demás, pero esa no es la manera. Hemos de hacer ver a los demás la delicia y el gozo y la gloria del futuro de la humanidad y del trabajo del Maestro, y ellos acabarán por seguirnos por su propia voluntad. Quien no sepa congeniar con los demás que busque el fallo en sí mismo. No hay que cavilar en los defectos ajenos, que seguramente son muchos, sino que hemos de ver

que es lo que hay en nosotros que nos impide acercarnos a ellos. Seguramente que al examinarnos bien encontraremos algún fallo en nosotros.

“Tratad de daros cuenta de qué es lo que vale la pena que hagáis y recordad que no debéis juzgar las cosas por su tamaño. Es mucho más meritorio hacer una cosa pequeña que sea de utilidad inmediata para el trabajo del Maestro que hacer otra de grande que el mundo considere buena. Debéis distinguir, no sólo entre lo útil y lo inútil, sino entre lo más útil y lo menos útil.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Como ya he dicho, las cosas que tienen importancia desde el punto de vista de lo real son precisamente aquellas que la gente no toma en consideración. Se interesan por lo que no tiene importancia. Se exige, pues, al discípulo que utilice el discernimiento y que no pierda el tiempo en las inútiles ocupaciones que llenan los días del hombre mundano.

Luego viene algo más sutil: no hay que juzgar el valor de una cosa por su tamaño. Las actividades de un hombre de estado que atraigan la atención de todo un país, desde el punto de vista del Maestro pueden ser cosas que carecen de importancia; simple polvo del camino. Algunas nimiedades llevadas a cabo por personas anónimas pueden ser infinitamente más importantes si están en perfecta armonía con el trabajo del Maestro.

Y viene luego una distinción todavía más sutil: la diferencia entre lo más útil y lo menos útil. Nadie puede abarcarlo todo, así que es preciso hacer lo que uno juzgue que es de mayor servicio para el Maestro. Todo aquello que ayuda al mundo es útil para el trabajo del Maestro; pero, como sea que el tiempo y la energía los tenemos limitados, hemos de hacer siempre lo más útil que nos sea dado elegir. El Maestro nos da un ejemplo típico en sus dos frases siguientes al decir que es más útil alimentar las almas que los cuerpos de los hombres. Ayudando a las almas atacamos la raíz de todos los males, ya que todos ellos, sin excepción, nacen de la ignorancia y del egoísmo.

“Alimentar a un pobre es una obra buena, útil y noble; pero

*alimentar su alma es más útil que alimentar su cuerpo.
Cualquier persona rica puede alimentar el cuerpo, pero sólo
aquellos que saben pueden alimentar el alma.”* — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Con frecuencia se ha reprochado a la Sociedad Teosófica el que no desarrolle actividades filantrópicas, tales como la distribución de alimentos y ropa entre los pobres. Algunas de nuestras ramas han hecho algo en este sentido, pero este no es su principal trabajo. Cualquier hombre rico y de buena voluntad puede hacerlo; pero hay muchas clases de trabajo que solamente pueden desempeñar los que saben. Podría parecer una fatuidad adjudicarnos el título de 'los que saben', pero en realidad esas palabras no implican ninguna alabanza para nosotros. Podemos comprender claramente que existen innumerables personas que nada tienen que ver con la Sociedad Teosófica y que están mucho más desarrolladas intelectualmente que muchos de nosotros; pero nuestro karma ha sido el estudiar estos temas y por eso sabemos más de ello que muchas otras personas estupendas que no lo han estudiado. Entre ellas hay muchas con un gran intelecto, espiritualidad y devoción que progresarán muy rápidamente cuando adquieran este conocimiento que nosotros ya tenemos de la forma en que debemos dirigir nuestras fuerzas. Quizá muchos de ellos nos dejarán atrás en el camino, pero, por nuestra parte, les daremos la bienvenida con entusiasmo, pues no hay envidias en nuestro sendero y todos los que por él caminamos celebramos el progreso de un hermano. Mientras tanto, este conocimiento teosófico es el “talento” que ha sido puesto en nuestras manos. Si no hacemos nada para los demás y nos limitamos a atesorar para nosotros todo el gozo que nos produce liberarnos de las inquietudes, la comprensión de los problemas difíciles, etc., estaremos haciendo exactamente lo mismo que el hombre de la Biblia que enterró su talento. Pero si hacemos todo lo posible para difundir la luz que nos ha llegado y para ayudar a los demás, habremos puesto nuestro talento a interés.

“El que sabe”, con su conocimiento, puede alimentar igualmente las almas de los ricos que las de los pobres. Y este trabajo no es menos práctico que los otros, aun considerándolo desde el punto de vista material. ¿Cuál es la causa de toda la pobreza y de todo el sufrimiento

que hay en el mundo? La ignorancia y el egoísmo. Si combatimos la ignorancia y el egoísmo exponiendo ante los hombres las leyes de la vida y mostrándoles por qué, necesariamente, deben ser altruistas, todavía hacemos más incluso desde el punto de vista material, a favor del bienestar y la felicidad de la humanidad en el plano físico que el que podríamos hacer dedicándonos a distribuir alimentos. No queremos decir que esto no sea bueno y necesario y que no deba hacerse. Hay que prestar atención a las necesidades del momento, pero es mayor servicio corregir las causas del sufrimiento. Estamos llevando a cabo lo que no puede hacer aquel que sólo se dedica a beneficios de orden puramente físico.

Siempre que se consigue algo de sabiduría y de conocimiento de esta índole, aquellos que lo han alcanzado se encuentran libres de otra clase de trabajos para que puedan enseñar. Por ejemplo, en las Actas de los Apóstoles podéis leer que en la Iglesia cristiana de los primeros tiempos sus miembros tenían comunidad de bienes y cuando se presentaba alguna dificultad en cuanto a la distribución de alimentos y se solicitaba la intervención de los apóstoles para solucionar esas dificultades, ellos contestaban: “No es cosa razonable abandonar la palabra de Dios para dedicarnos a servir la mesa”. Y les indicaban que eligiesen entre ellos a los que deberían ejercer esos trabajos y que acataran sus decisiones, pero que no pretendieran que aquellos cuyo trabajo consistía en difundir la palabra de Dios, se dedicaran al aspecto puramente material de las cosas. No es que pensarán que esas cuestiones no debieran ser atendidas, sino que quienes debían intervenir eran propiamente los que podían encargarse de esas actividades, y no de otras de carácter superior.

A.B. -Los miembros de la Sociedad Teosófica tenemos conocimientos que los demás no tienen; por eso la difusión de las enseñanzas teosóficas debe ser nuestra exclusiva actividad. Aquellos miembros que todavía no estén preparados para realizar ese trabajo (trátase de conferencias, de escribir o de enseñar en alguna otra forma) tendrán que hacer otra clase de trabajo mientras se preparan. Yo establecí la Orden Teosófica de Servicio para aquellos que no pueden enseñar, de tal manera que todo el que ingrese en la Sociedad

pueda encontrar algo en lo que ocuparse. Lo único que un miembro de nuestra Sociedad no puede hacer es permanecer ocioso. Todos los miembros deben estar activos en el servicio del Maestro.

C.W.L. -Es difícil comprender cuántas son las personas que están en condiciones de lograr rápidos progresos y a las que solamente les es necesario que pongamos estos conocimientos a su alcance. Creo haber observado esto más bien entre la juventud, porque mi trabajo es generalmente con gente joven. En todos los países me encuentro con docenas de jóvenes que estarían en condiciones de hacer rápidos progresos en el campo teosófico si esta enseñanza se pusiera a su alcance. Pero esto no se hace y cuando se dedican a las actividades del mundo, se convierten en personas magníficas de tipo corriente. Continúan así durante veinte o treinta encarnaciones o más, aun cuando están preparados para estudiar Teosofía y se interesarían mucho en la materia si les fuera presentada adecuadamente. En verdad que ese estado de cosas representa una seria responsabilidad de todos aquellos que poseen este conocimiento. Es, pues, nuestro deber prepararnos y estar atentos para difundir la Teosofía siempre que se presente una oportunidad idónea. Hay muchas personas que lo mismo podrían empezar ahora su desarrollo teosófico que después de veinte encarnaciones. Por supuesto, esto es cuestión de su karma, pero también lo es del nuestro el proporcionarles la oportunidad y presentarles la materia: que la tomen o que no lo hagan es asunto suyo. Hasta que no hayamos hecho todo lo que sea posible, no podemos saber si está en el karma de los demás el recibir o no esta ayuda.

“Si vosotros sabéis, vuestro deber es ayudar a los demás a saber. A pesar de lo sabios que podáis ser ya, en este sendero tenéis mucho que aprender, tanto, que también aquí es preciso el discernimiento, y debéis pensar con mucho cuidado qué es lo que vale la pena aprender. Todo conocimiento es útil, y llegará día en que tendréis todo el conocimiento; pero mientras sólo tengáis una parte, procurad que ésta sea la parte más útil. Dios es sabiduría tanto como amor, y cuanta más sabiduría tengáis, más podéis manifestar de Él.

Estudiad, pues, pero estudiad primero aquello que más os ayudará a ayudar a los demás.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Aquí el Maestro recomienda el estudio, pero indica al discípulo que escoja aquello que más le sirva para ayudar a los demás. Entiendo aquí que uno debe esforzarse en comprender la Teosofía a fondo y antes que nada, pero que también debe adquirirse el conocimiento y la educación de la época que lo conviertan en un hombre culto. Conozco a muchos miembros de la Sociedad Teosófica que, por diversas razones, son personas sin educación y que son conscientes de ello; también hay otros, fieles y devotos, que estiman que no hay por qué preocuparse por detalles de educación, que lo importante es llegar a la realidad de las cosas y presentar las verdades de la forma que sea. Ciertamente: pero el hombre sin educación está muy expuesto a presentar estos conocimientos en una forma tal que el hombre educado y culto los reciba con extrañeza e incluso con reserva. Algunas personas dicen que un hombre intuitivo al que le lleguen estos conocimientos, aunque estén mal explicados, trascenderá la forma y alcanzará su verdad; pero, desgraciadamente, la mayoría de las personas no son intuitivas y no tenemos derecho a que nuestra desidia añada un obstáculo más en el camino de alguien que, si se utilizara una forma más adecuada, podría ser inducido a tomarse interés en esta materia.

Así pues, nuestro deber, clara y categóricamente, es hacer nuestra presentación en la forma más perfecta posible.

“Ocuparos pacientemente de vuestros estudios, no para que los hombres puedan pensar que sois sabios, ni siquiera para que podáis tener la satisfacción de ser sabios, sino porque sólo el sabio puede ayudar sabiamente. Por mucho que deseéis ayudar, si sois ignorantes, podéis hacer más mal que bien.” –

(A los Pies del Maestro)

A.B. -He aquí un consejo especialmente importante para los miembros jóvenes. Con mucha frecuencia contacto con estudiantes influidos ya de este nuevo espíritu; sienten ansias de ayudar y a menudo se sienten inclinados a abandonar sus estudios. ¿Para qué nos sirven estos estudios?, se dicen. Mi consejo en esos casos siempre es el

mismo; “Continúa tus estudios y edúcate. Aunque entre las cosas que estudies haya mucho de superfluo, el entrenamiento de la inteligencia es de gran importancia. Es ahí donde reside la utilidad de tus estudios; te proporcionarán una mente lógica y exacta. Si no llevas a cabo esa disciplina mental, de ahora en adelante tu trabajo se verá entorpecido”

No basta con ser capaz de reconocer las verdades teosóficas: el que quiera ayudar a los demás en este conocimiento debe contar con la preparación intelectual necesaria para presentarlas bien. Si una persona carece de esa preparación se nota de inmediato por la forma que tiene de presentar una cuestión. No hay ninguna parte de mi entrenamiento de la que me sienta más satisfecha de haber llevado a cabo que la parte científica. En primer lugar, me ha permitido presentar las cosas en forma lógica y racional, lo cual atrae la atención de las personas cultas y educadas; y en segundo lugar, me facilita muchos ejemplos que causan impacto en los demás por estar relacionados con asuntos que pueden ser comprobados.

Los miembros de nuestra Sociedad que tenemos ya algunos años, si queremos, podemos ser de mucha utilidad para los jóvenes, aprovechando la oportunidad de explicarles en forma amena e inteligente la importancia de convertirse en lo que el mundo llama hombres educados. En el momento en que captamos estas grandes verdades, se apodera de nosotros la desazón ante nuestros estudios de menor calibre. Y por eso el Maestro dice a Su joven discípulo que necesita todavía entrenamiento intelectual que realizar: “Ocuparos pacientemente de vuestros estudios.”

C.W.L. -La historia nos hace ver con insistencia la sabiduría de este consejo. Muchas buenas personas, con la mejor intención, han fracasado lamentablemente, perjudicando su causa en mayor grado que los ataques de los adversarios. Con mucha frecuencia el trabajo teosófico se ha resentido debido a una presentación torpe o confusa, No deseamos que la Teosofía se vea atacada como consecuencia de nuestros defectos e incapacidades personales. Si se nos encarga un trabajo en pro de nuestra Sociedad y no podemos actuar en la forma requerida, pongamos manos a la obra y aprendamos a hacerla satisfactoriamente. Si se nos pide que leamos algo y no estamos

preparados para ello, aprendamos a hacerlo con propiedad. Si no estamos en condiciones de hacerlo en público, podemos tener la seguridad de que si estudiamos hasta saber lo suficiente y nos tomamos la molestia de prepararnos, estaremos en condiciones de ejercer esa actividad. Pero, de cualquier modo, hagamos algo y esforcémonos en hacerlo bien. Nuestro deber como teósofos es el de adquirir conocimientos gramaticales para conseguir una correcta expresión que nos permita explicar estos conocimientos en una forma aceptable ante aquellas personas a las que deseamos transmitirlos. Cualquier verdad, por muy gloriosa que sea, puede quedar eclipsada cuando se expone torpemente y confusamente. Nuestro deber es hacer las cosas lo mejor posible. Si queremos presentar esas verdades correctamente hemos de educarnos.

Se Veraz en lo Absoluto

“Debéis distinguir entre lo verdadero y lo falso; debéis aprender a ser veraces en todos los sentidos, en pensamiento, palabra y obra.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Podríamos quedar sorprendidos, a no ser porque hemos venido siguiendo tanto el pensamiento como la palabra del Maestro, al hallar aquí abordado este punto. Seguramente que el discernimiento entre lo verdadero y lo falso tendría que haberse tratado al principio. El Maestro lo aborda con posterioridad porque es una cosa muy difícil. Debemos ser totalmente veraces, nos dice, y lograr esto por lo que respecta al pensamiento, palabra y obra no es cosa fácil. Observaréis que el pensamiento está en primer lugar y ese es el orden que establece el Ocultismo que sitúa primero el pensamiento y después la palabra y la acción. El Señor Buddha también establece este orden cuando habla de pensamiento recto, palabra recta y acción recta.

“Primero en pensamiento; y eso no es fácil porque en el mundo hay muchos pensamientos falsos, muchas supersticiones absurdas, y nadie que esté esclavizado por ellas puede progresar.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Los teósofos pensamos que ya estamos totalmente libres de superstición; pero no estoy absolutamente seguro de que esto sea así. Existe la posibilidad, creo, de la existencia de una superstición teosófica. El que cree una cosa 'porque está escrito en la Biblia es, sin lugar a dudas, una persona supersticiosa hasta ese punto, porque no tiene una sólida base donde basar esa creencia. Y sin embargo, esa superstición no dista más que un solo paso de lo que implica decir: “Es así porque lo dijo Madame Blavatsky”, o bien “Así consta en La Doctrina Secreta”. Solo hay un paso, aunque hay una razón para admitir que Madame Blavatsky sabia mejor lo que decía que San Pedro, por ejemplo, o que cualquier otro de los autores de la antigüedad; pero, la afirmación no se convierte en más nuestra porque sea de Madame Blavatsky o porque sea atribuida a San Jaime o a San Pedro. Es preciso comprender esa verdad, hacer que sea parte de

nosotros mismos compenetrarse con ella y estar imbuidos de ella. Mientras no pasemos de leer las cosas y de repetirlas como lo haría un loro, no pasaremos de la superstición. Incluso la creencia en una cosa verdadera no pasará de la superstición si no contamos con otra base que no sea la de que este escrito en alguna parte. Cuando algo pasa a formar parte de nuestra estructura mental, ya podemos decir: “es una parte de mí mismo, y es mía; sé por qué lo creo y, por lo tanto, mi creencia es una creencia inteligente y no una mera superstición”. Me temo que en muchos casos hay creencias que no son inteligentes, aun cuando las cosas que se creen sean enteramente ciertas.

A.B. -Para algunas personas resulta tan difícil librarse de la superstición, cuya naturaleza consiste en tomar lo no esencial por lo esencial, que no se espera que nadie lo consiga hasta después de la primera Iniciación. Esto pone en evidencia que se trata de una cosa sutil y profunda que radica en la misma naturaleza humana. Nadie que este esclavizado por la superstición -dice el Maestro- puede progresar. Esta afirmación podría parecer desalentadora pero hay que fijarse bien en la palabra esclavizado. El Maestro no dice que nadie que sea supersticioso en alguna medida no pueda progresar, sino que dice que ese progreso no lo puede lograr el que sea esclavo de la superstición. La superstición tiene mucha fuerza para obstaculizar el progreso de la humanidad ¡Cuántas personas conocemos que son buenas, piadosas, caritativas, que llevan una vida de entrega y devoción, pero que son supersticiosos! Ellas piensan que sus creencias, sus formulismos, sus maneras de hacer las cosas tienen importancia, cuando la verdad es que todo esto carece de significado.

Por ejemplo, tomemos la práctica de la ceremonia que tiene como finalidad ayudar a los muertos. La Iglesia católica celebra la misa de difuntos; los hindúes celebran las ceremonias de Shraddha con el mismo propósito. Ambas ceremonias están inspiradas en el deseo de auxiliar a los fallecidos, y ambas consiguen su propósito, aun cuando en forma sumamente diferente. Sin embargo, tanto el creyente hindú como el católico, al aferrarse a esas formas serán supersticiosos. La buena voluntad y el fervor que pongan en ellas, el amor que logren hacer fluir sobre los desaparecidos, son las cosas reales y las que

consiguen los resultados. Los buenos deseos son muy importantes, aunque el carácter específico de la ceremonia externa no lo sea, porque el ropaje en que se envuelve el deseo es local y carece de importancia. Esa forma externa depende del lugar de nuestro nacimiento, porque nacemos en una religión lo mismo que nacemos en una raza o en un país. De todas las creencias supersticiosas en ritos y ceremonias, en la eficacia de las simples formas externas, debemos liberarnos. Durante mucho tiempo esa creencia tuvo mucha importancia; fue una cosa muy buena ya que la ceremonia es la única manera de impulsarnos a salir de nuestra indolencia y de nuestra indiferencia. Todas esas cosas externas son muletas; muy buenas para los que no pueden caminar sin ellas, pero una vez que ya podemos andar sin su ayuda, debemos alejarlas de nosotros.

“Por lo tanto, no debéis sostener una idea sólo porque otros la sostienen, ni porque se haya creído en ella durante siglos, ni porque esté escrita en algún libro que los hombres tengan por sagrado; debéis pensar al respecto por vosotros mismos, y juzgar si es razonable.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Estas son las palabras del Maestro Kuthumí. Estas mismas fueron las del Señor Gautama el Buddha, hace dos mil quinientos años, cuando le hicieron esta pregunta: “Son tantos los maestros y tantas las doctrinas que nos enseñan y todas ellas parecen buenas que, ¿cómo podremos escoger entre todas?” Su respuesta a esta pregunta se encuentra en el Kalama Sutta del *Anguttara Nikaya*:

“El Señor Buddha ha dicho que no se debe creer una cosa por el hecho de que haya sido dicha; ni en las tradiciones porque nos hayan sido transmitidas por los antiguos, ni en simples rumores; ni en los escritos de los sabios porque fueran sabios los que los escribieron; ni en fantasías que podamos sospechar que nos han sido inspiradas por algún ángel (o sea en la presunta inspiración espiritual); ni por lo que podamos deducir de alguna suposición sin fundamento: ni en lo que pueda parecernos una necesidad por analogía: ni en la simple autoridad de nuestros instructores o maestros. Debemos creer cuando el escrito, la doctrina o la afirmación queda corroborado por nuestra propia razón y nuestra conciencia.” “Por eso -continúa diciendo- yo os

digo: no creáis simplemente porque lo habéis oído, sino cuando la creencia sea la de vuestra propia conciencia y entonces actuad de acuerdo y con esplendidez.”

Uno de los ejercicios que los Maestros ponen a Sus discípulos es que decidan qué es lo que realmente saben y qué es lo que solamente creen. Es una estupenda práctica determinar que parte de nuestra estructura mental podemos considerar como perteneciéndonos realmente, qué parte es ya nuestra por haberla entendido y asumido y qué parte hemos aceptado simplemente porque nos ha sido dicha por los demás, sin ni siquiera haber pensado en ello. En todos los casos, un hombre nace en una religión, de la misma manera que nace en un país. Lo mismo pasa con una gran cantidad de costumbres. Por ejemplo, cuando salimos a cenar utilizamos una forma determinada de ropa. Esa es la costumbre y no hay que prescindir de ella en cosas que carecen de importancia, en cosas que no son un problema sobre lo correcto y lo incorrecto.

A.B. -Es un ejercicio muy útil examinar el contenido de la mente de vez en cuando y observar, primeramente, cuántas cosas creemos simplemente porque los demás las creen; segundo, cuántas cosas creemos simplemente porque son creencias antiguas: tercero, cuántas cosas creemos porque están escritas en los libros sagrados. Y cuando hayamos desechado todas las creencias de estas tres clases, observemos cuántas son las creencias que quedan y esto nos hará darnos cuenta de cuáles son las verdaderas bases de las que disponemos para establecer nuestras creencias. Es una ventaja practicar -como hice yo- el Libre Pensamiento. Sólo el que haya tenido esa experiencia comprenderá, pienso, qué significa desechar sus propias creencias religiosas cuando éstas han sido sinceras; sólo ése podrá saber qué significa el derrumbamiento total de lo que uno consideraba como fundamento de sus opiniones. Casi estuve a punto de morir; sufrí físicamente durante varias semanas. Pero, una vez que se ha pasado por esto, ya no es necesario volver a experimentarlo. Y esto fue debido a que cuando me puse en contacto con las enseñanzas teosóficas, aun cuando estaba segura de su enseñanza con perfecta convicción interna, la sometí a una prueba mental al ir la recibiendo.

“Recordad que aunque miles de personas estén de acuerdo sobre una cuestión. si no saben nada sobre ella su opinión no tiene valor.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esto es muy difícil de comprender para el mundo moderno. Parece ser que en la actualidad se estima que es suficiente acumular ignorancia para obtener de ella conocimiento. El ignorante debe contar con quien sepa dirigirlo.

A.B. -En cierto sentido, la cantidad de libros que hoy se publican es una desventaja. Estos facilitan la lectura pero sin reflexión, lo cual ocasiona volubilidad y superficialidad del pensamiento. Por eso siempre recomiendo a los demás que lean un poco y que, después, reproduzcan lo que han leído, no memorizándolo, sino considerando la idea del tema que han logrado captar. Sólo es nuestro aquello que realmente hemos pensado, y sólo pensando y entendiendo lo que hemos leído u oído podemos hacerlo nuestro. De otro modo, cuanto más leamos más supersticiosos nos volveremos. Seguiremos añadiendo más creencias a las que ya teníamos, sin ninguna base sólida.

En cierta ocasión emplee a un contable que llevaba muy mal la contabilidad. Cada vez que revisaba sus notas comenzaba un nuevo libro de cuentas y daba por sentado que de esa manera acabaría por poner las cosas en orden, En la actualidad sucede otro tanto: se desea siempre algo nuevo porque el ser humano no consigue ninguna verdadera satisfacción con la información adquirida. Aquellos miembros de nuestra Sociedad que, sin más, citan los libros del señor Leadbeater y los míos, también son supersticiosos. Por muy auténticas que sean las afirmaciones que citan, no son verdaderas para ellos; porque, si realmente las hubieran comprendido no sería necesario que las corroboraran con nuestra autoridad. Si en algún caso citan nuestras palabras deben citarlas sólo como opiniones y nunca tratar de imponerlas a los demás. Solamente existe una autoridad: la sabiduría.

“El que quiera hollar el Sendero debe aprender a pensar por sí mismo, porque la superstición es uno de los mayores males del mundo, una de las trabas de las que debéis desembarazaros totalmente.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Que la superstición es perniciosa y sutil queda evidenciado por el hecho de que es la tercera de las ligaduras de las que el hombre debe desprenderse en el sendero, después de la primera Iniciación. Su nombre en pali es silabbataparamasa, 'la creencia en la eficacia de las ceremonias o ritos de cualquier clase'.

“Vuestros pensamientos sobre los demás deben ser honestos: no debéis pensar de nadie lo que no sabéis.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Si creemos de los demás lo que solamente suponemos de ellos, con toda probabilidad nuestro pensamiento no pasa de ser una simple especulación. En realidad es muy poco lo que sabemos de aquellos con los que estamos en contacto y mucho menos todavía de aquellos que tratamos ocasionalmente; y, sin embargo, hay una charlatanería constante e inútil sobre lo que hacen, dicen y suponen los demás, la mayor parte de lo cual, y felizmente, es totalmente falso.

A.B. -Por regla general, las opiniones sobre los demás son falsas. Sólo podemos pensar sinceramente sobre los demás cuando efectivamente los conozcamos, cuando podamos ver sus pensamientos y entenderlos. Este conocimiento está fuera del alcance de la generalidad y sin embargo, todos tienen opiniones definidas sobre los demás; constantemente los juzgan y piensan en ellos sin benevolencia.

Un poco más adelante el Maestro dice: “Nunca atribuyas motivos a nadie”. Este es un consejo de grandísima importancia; de tanta importancia que si el mundo lo tuviera en cuenta, por lo menos la mitad de los problemas que hay dejarían de existir. Si una persona hace algo que no sabemos interpretar, dejemos las cosas tal cual, no inventemos posibles motivos. Una persona hace algo por razones que desconocemos, pero siempre suponemos un posible motivo. generalmente un motivo reprochable y nos aferramos a él inmediatamente y luego lo censuramos por lo que nosotros hemos pensado y hemos hecho. Al atribuir motivos reforzamos las fuerzas negativas que posiblemente actúan en la mente de la persona criticada, o contribuimos a crearlas si no existían. El Cristo dijo: “*no presentéis resistencia al mal*”; caso, aquel, donde debemos aplicar este consejo; no nos incumbe buscar el mal en la mente de los demás para combatirlo; no hagamos caso de él y morirá.

“No supongáis que los demás están siempre pensando en vosotros.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esto sucede constantemente; siempre que alguna persona dice o hace algo interpretamos que se refiere a nosotros. Por el hecho de que siempre estamos pensando en nosotros nos imaginamos que también los demás piensan en nosotros; pero si siempre estamos pensando en nosotros, lo más razonable es suponer que los demás también están pensando en ellos mismos, no en nosotros. Los demás se sitúan en el centro de su círculo, alrededor del cual giran todos sus pensamientos y sus emociones, y piensan de todo según les afecte. Giran constantemente en su círculo y por eso creen que todo el mundo tiene que girar también a su alrededor. Pero no es así. Evidentemente, cada uno está encerrado en su propio círculo, igualmente vicioso. Probablemente las nueve décimas partes de los casos en los que el hombre se siente ofendido tienen su origen en esta condición.

“Si un hombre hace algo que pensáis que os va a perjudicar, o dice algo que creáis que tiene que ver con vosotros, no penséis enseguida: ‘Lo ha dicho para ofenderme’. Lo más probable es que no haya pensado en vosotros en absoluto, porque cada alma tiene sus propias tribulaciones y sus pensamientos giran principalmente alrededor de sí misma. Si una persona os habla airadamente, no penséis: ‘Me odia, trata de herirme.’ Probablemente alguien o algo ha hecho que se enfade y, como sucede que se ha encontrado con vosotros, a su vez, descarga su cólera en vosotros. Él obra insensatamente, porque toda clase de enfado es una insensatez; pero por este motivo no debéis formar de él un juicio equivocado.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esto es sólo simple sentido común; pero, ¡qué pocos son los que lo practican! Cuando era sacerdote de la Iglesia de Inglaterra, en una ocasión, prediqué respecto a cierta prueba o tentación que suponía que podría presentárseles a los labriegos y a los campesinos que formaban mi congregación. Les expliqué de qué modo un hombre podía tropezar con una determinada clase de dificultades. Cuando mi servicio hubo terminado se presentó en la sacristía un campesino,

pálido de ira y me increpó por haber pronunciado un sermón dirigido a él con toda intención. Por supuesto, esto no se correspondía en absoluto con la verdad. Nunca lo supuse culpable de esa falta en particular, pero seguramente que mis palabras habían hurgado en su herida. Estoy completamente seguro de que aún ahora ese hombre sigue creyendo que quise aludir a su falta y que prediqué en contra suya.

En el ajetreo de la vida que llevamos es inevitable encontrarse con algunas fricciones que es necesario no tomarse en serio ni considerarlas de mayor importancia. Cuando caminamos por una calle de una ciudad populosa, a nuestro lado caminan cientos de personas, cada una de ellas absorbida en sus propios asuntos y cada una se esfuerza por abrirse camino sin pensar para nada en los demás. Es inevitable que unos y otros se den codazos y se empujen, pero nadie se tomará esto como una afrenta. Eso parecería ridículo. Lo mismo sucede a nivel mental y emocional. Entre las grandes multitudes es inevitable que se produzcan choques y roces emocionales y mentales. Hemos de considerarlos de la misma manera que lo hacemos cuando se trata de empujones físicos. aceptando que la persona que momentáneamente nos ocasionó determinada fricción mental, sólo estaba pensando en sus cosas y no estaba en absoluto pendiente de nosotros. No hemos de considerar esas pequeñas fricciones como cosas serias, del mismo modo que no damos importancia a los empujones y codazos que recibimos en la calle. Pero al mismo tiempo que debemos conservar esa actitud con respecto a la manera en que viven los demás, absortos como están en sus propios problemas, hemos de estar alerta para no dejarnos atrapar por los nuestros, hasta el punto de olvidar esas pequeñas cortesías que tanto suavizan la vida.

Un teósofo debe distinguirse del resto de las personas por su cortesía, su serenidad y su alegría inalterables. Sed amables, sed pacientes; siempre queda tiempo para ser amigables y atentos por mucha que sea la prisa que se tenga. No hemos de dejarnos arrastrar por la oleada de irascibilidad resultante de un esfuerzo nervioso tan propio de estos tiempos y de esas ciudades congestionadas por la multitud.

A.B. -La sugerencia que hace aquí el Maestro es muy sabia. No des por sentado que los demás están siempre pensando en ti por el mero hecho de que tu siempre lo estás haciendo. Los demás están pensando en ellos mismos, no en ti; están siempre preocupados con sus cosas, no con las tuyas. Contribuiría mucho a la felicidad de una nación el que la gente comprendiera esta idea y la pusiera en práctica. Cuando alguien te molesta en este ajetreo y en este tragar de la vida, no pienses que trata de herirte o que tiene malas intenciones hacia ti. A menos que estés seguro de que una persona quiera perjudicarte, es mucho mejor pensar lo contrario.

Imaginemos que alguien te habla iracundo, si tienes presente que no debes atribuirle motivos erróneos, ni tampoco dejarte llevar por la ira, harás muchos progresos en el control de ti mismo. En general, las personas recuerdan esto después. El que se domina a sí mismo no da muestras de su irritación, pero el que se controla a la perfección ni siquiera la siente. Aun cuando la persona que te habla con ira está cometiendo una falta, esto no es sino una muestra de debilidad por su parte, y el que desee convertirse en ocultista debe recordar que hay que ser condescendiente con las faltas de los demás. También hemos de recordar que el que habla con ira o contesta con irascibilidad o impaciencia, con frecuencia se encuentra bajo una tensión producida por alguna inquietud o ansiedad y no se encuentra en condiciones de refrenarlas o demostrarlas: está nervioso y por eso actúa de esa forma.

Verdaderamente actúa con torpeza, como dice el Maestro. Pero hemos de ser consecuentes. La mayoría de las pequeñas dificultades de la gente tienen este origen. Un esfuerzo excesivo es causa de que una persona se sienta ofendida por cualquier cosa. Piensa cuántas dificultades hay en el mundo: una serie de penas de todas clases que constantemente presionan sobre la gente y la llenan de inquietud. Por supuesto, nosotros no conocemos las dificultades de los demás, porque ninguna persona sensata va pregonando sus dificultades. La dignidad se lo impide. Pero si tenemos presente que esas dificultades existen, y si nos mostramos comprensivos, lograremos esa paz perfecta que es una de las metas de la enseñanza del Maestro.

“Cuando os convertís en discípulos del Maestro, siempre

podéis poner a prueba la sinceridad de vuestro pensamiento comparándolo con el suyo. Porque el discípulo es uno con su Maestro, y sólo necesita integrar su pensamiento con el pensamiento del Maestro para ver enseguida si concuerda. Si no es así, es que es un pensamiento malo, y el discípulo lo cambia al instante, porque el pensamiento del Maestro es perfecto, porque Él lo sabe todo.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Un discípulo aceptado puede poner a prueba su pensamiento en cada ocasión colocándolo junto al del Maestro. Si advierte alguna discrepancia comprenderá que su pensamiento es equivocado. Utilizando una analogía física, diremos que es como una nota musical falsa. El discípulo no necesita llamar la atención del Maestro; simplemente, pone su pensamiento junto al del Maestro y, si no hay armonía, se separa al instante de él y de inmediato se pone a trabajar para ponerlo a tono con el de su Maestro. No busca ninguna excusa; no intenta ver si su pensamiento puede ser acertado, porque si existe algún fallo se hace evidente inmediatamente. Los que no son discípulos aceptados no pueden hacer eso y por eso se presentan dificultades a muchos aspirantes. Al identificarse la conciencia del discípulo con la del Maestro, éste no aceptará a nadie contra cuyos pensamientos tenga que crear un muro que lo aísle.

C.W.L. -Se dice que el discípulo es uno con el Maestro. Esto es verdad en un sentido que sólo el Maestro puede conocer perfectamente. El discípulo también lo sabe, pero con menos perfección. Los que no han conseguido esa relación no pueden comprender lo intenso de esa unidad. El discípulo se convierte en un segmento exterior del pensamiento del Maestro, Le pertenece de una manera parecida a aquella en que la personalidad pertenece al Ego. El Ego hace descender una pequeña parte de sí mismo (esto no es del todo correcto, pero sí es un poco más exacto de lo que sería el concepto de la reflexión) a las condiciones de los planos inferiores en los que incluso el mejor cuerpo astral, mental y físico solamente pueden proporcionar una expresión imperfecta del mismo. Esto debe reconfortarnos cuando nos sentimos deprimidos por nuestras debilidades, aquí abajo. Debemos decirnos:

“Sea como sea, el Ego sabe más; por consiguiente, no debo desesperar. Es suficiente con hacer que descienda más de mí mismo a esta manifestación inferior para que mi personalidad sea una expresión más pura de lo que soy realmente allá arriba y así mis defectos disminuirán.”

En forma parecida, el discípulo no sólo representa al Maestro: es el Maestro en un sentido muy real; pero es el Maestro sometido a tremendas limitaciones: las limitaciones no sólo de los planos inferiores, sino también de la personalidad del discípulo que en absoluto ha sido trascendida perfectamente. Si el Ego del discípulo ha logrado un dominio perfecto sobre sus vehículos inferiores, de tal manera que no sean sino reflejos o expresiones de lo superior, estará en condiciones de expresar al Maestro mucho más perfectamente que ahora, pero incluso entonces habrá una limitación que podríamos llamar la de su tamaño porque el discípulo es un ego menor que el del Maestro a quien sigue, y por consiguiente sólo puede ser una representación suya incompleta. Más aún: sean cuales fueren los pensamientos del discípulo, éstos son los que también están en los cuerpos astral y mental del Maestro. En parte es por esa razón por lo que un discípulo tiene que someterse a un período de prueba durante el cual la imagen viviente de este está constantemente ante los ojos del Maestro. El Maestro quiere saber exactamente cuáles son los pensamientos y sentimientos de su discípulo a prueba, porque de otro modo Él podría verse incesantemente obstaculizado en sus cuerpos astral y mental por pensamientos y emociones que no estuvieren en armonía con el trabajo que Él está haciendo constantemente. Sólo después de que Él ha visto durante algún tiempo considerable que los pensamientos y las emociones que no armonizan son raros en el discípulo, es cuando lo acepta y Lo hace parte de Sí Mismo.

Aun entonces, el Maestro se reserva el derecho de interponer un velo entre Su conciencia y la conciencia de Su discípulo. El deseo más ferviente de éste es no ser excluido; pero en el plano físico todavía somos falibles y puede suceder que tengamos algún pensamiento o algún sentimiento indebidos. El Maestro no desea eso y aleja de él estos pensamientos. Ciertamente, hay un período posterior durante el

cual el Maestro renuncia incluso al poder de proceder de esa forma: cuando acepta al discípulo como Su “hijo”, pero esto sólo pasa cuando Él ya está completamente seguro de que no habrá nada que sea necesario excluir.

Como resultado de esta íntima asociación con la conciencia de su Maestro, el discípulo es capaz de situar su conciencia al lado de la conciencia del Maestro. No es necesario llamar su atención; el discípulo no trata de conocer su opinión sobre alguna cuestión simplemente, sigue esa línea de unidad para descubrir cuál es la idea que hay en la mente del Maestro con relación a ese asunto determinado. Preguntaréis, ¿de qué modo puede hacer esto el discípulo? Hay varias maneras según sea el grado de unión que se haya podido alcanzar. El discípulo puede imaginar una imagen viviente de su Maestro; puede elevarse hacia esa imagen con toda su fuerza y luego puede situar su pensamiento para ver si existe la mínima desarmonía o discordancia y, si la hay, debe cambiar inmediatamente su propio pensamiento.

Existe una gran diferencia entre el punto de vista oculto y el punto de vista del mundo. En el mundo, cuando existe una diferencia de opinión entre nosotros y otra persona, en seguida empezaremos a argumentar a favor de nuestra opinión y trataremos de mantenerla. En ocultismo nunca se discute; sabemos que quien está en un nivel superior sabe más que nosotros y nos limitamos a aceptar sus puntos de vista. Ni por un momento se nos ocurrirá mantener nuestra opinión en contra de la del Maestro, porque sabemos (y no es cuestión de opinión sino de verdadero conocimiento) que Él tiene acceso a toda clase de fuentes de información, y nosotros no; por consiguiente, Él sabe lo que dice. Su opinión está basada en un conocimiento mucho mayor que el nuestro. Después podemos buscar las razones de esa opinión (lo cual ya es otra cuestión), pero, por de pronto, no nos oponemos a ella ni hemos de pensar en hacerlo. Cuando el discípulo pone su pensamiento junto al del Maestro, no discute. Cuando tenemos un instrumento desafinado no discutimos que probablemente haya uno mejor: lo afinamos.

En el mundo oculto jamás se critica; se da por sentado que

cualquiera que esté trabajando por la Jerarquía lo está haciendo lo mejor que puede; y si esto es así, es a su Maestro a quien corresponde juzgarlo, no a nosotros. Evidentemente, si en alguna ocasión advertimos algún fallo en algún sentido, nos queda el derecho de hacer una pequeña sugerencia en la forma más delicada posible: “Si esto se hiciera de esta manera, o de la otra, ¿no te parece que sería mejor?” Criticar sin consideración a los demás censurando sus faltas sin tener en cuenta las dificultades que puedan tener y de las que no sabemos nada, es proceder totalmente ajenos a las actividades de un ocultista y de aquellos que aspiran a llegar a serlo. Nunca se actúa de esta manera porque se considera inadecuado.

Los que sienten verdaderos deseos de hollar el Sendero deberían seguir la costumbre de los discípulos del Maestro por lo que a esto respecta. Nunca se critica el trabajo de los demás; la mayoría hace lo que puede desde su punto de vista. Puede que nuestro punto de vista sea superior, pero sea como sea, los demás sólo pueden trabajar de acuerdo con sus propias luces, no según las nuestras. En nuestra Sociedad, cuando se le confía a alguien un trabajo, hay que darle una oportunidad; si no lo lleva a cabo de una manera satisfactoria habrá que elegir a otro para que lo haga, pero mientras tanto no debemos ponerle ningún obstáculo. Esa persona debe tener su oportunidad para demostrar de lo que es capaz para que actúe según las ideas que tiene en su mente. Es completamente impropio entrometerse con los demás.

Todavía es mucho peor criticar sistemáticamente y estar siempre pendientes de cualquier fallo o deficiencia. Este no es el modo de proceder de un ocultista. Con frecuencia oímos decir: “yo no puedo dejar de criticar, está en mi naturaleza”. Si esa es vuestra naturaleza es una naturaleza muy negativa y lo mejor será esforzarse por trascenderla.

Cuando decimos que una cosa es natural, humana, queremos decir que es la forma de proceder de la generalidad de los humanos, pero si una persona se propone dominar sus pasiones está esforzándose por ser algo mejor que la generalidad. Estamos aquí para cambiar nuestra naturaleza. Esto no significa orgullo; el aspirante está intentando

elevarse por encima del nivel de la persona de tipo medio, con el fin de trascenderlo, lo cual no podrá ser si sigue situado en ese nivel medio, o más abajo todavía. Todo el que quiera alcanzar ese progreso debe arrojar lejos de sí la costumbre de criticar.

En algunas ocasiones nos gustaría decir a los demás: “Sepárate del camino de tu yo superior y dale una oportunidad para hacer lo que pueda. Tu personalidad inferior está impidiendo al yo superior que haga con facilidad lo que desearía hacer.” Nadie debería decir jamás: “No puedo.” El que asume esa actitud juzga mal, y se condena al fracaso por anticipado. Por el contrario, hay que crear la forma de pensamiento: “Puedo hacer eso y lo haré”, y cuando digamos esto llevamos hecha la mitad del trabajo. Con mucha frecuencia fracasamos en nuestros esfuerzos; es muy natural. Al seguir esforzándonos de continuo estamos acumulando fuerza, lo cual, inevitablemente, nos conducirá hacia el éxito. Cuando tenemos un fracaso no hemos de resignarnos diciendo que lo hemos perdido todo, porque la fuerza que hemos conseguido, aunque no sea suficiente para un éxito inmediato, sin embargo es una ganancia substancial, y si seguimos aumentando esa ganancia cada vez más, llegará el momento en que el éxito coronará nuestros esfuerzos.

Entre estas dos actitudes existe una gran separación: sentarse y abandonarse a la desesperación o ponerse en pie y hacer algo. Se ha dicho que el mundo está dividido en dos clases de personas: las que se ponen en pie y hacen algo y las que permanecen sentadas diciendo: “¿Por qué las cosas no serán de otra manera?” Debemos integrarnos con los primeros y jamás hacer lo que hacen los otros que nunca dan un paso por sí mismos.

“Los que todavía no han sido aceptados por Él no pueden hacerlo; pero pueden ayudarse mucho parándose a menudo a pensar: “¿Qué pensaría el Maestro sobre esto? ¿Qué diría o qué haría el Maestro en estas circunstancias?” Porque nunca debéis hacer, decir o pensar lo que no podáis imaginar al Maestro haciendo, diciendo o pensando. Hablando, también debéis ser verídicos -exactos y sin exageraciones.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Si pudiéramos tener esto presente de una manera constante: nunca pensar, decir o hacer lo que el Maestro no pensaría, ni diría, ni haría, no necesitaríamos nunca hacer correcciones en nuestra vida. Quizá podríamos equivocarnos en nuestra apreciación de lo que Él pudiera pensar, o decir o hacer; pero, por lo general, nuestra vida sería de una pureza maravillosa y nos acercáramos a Él. Es posible que haya quien diga: “Si yo me parara a pensar de esa manera, nunca podría decir nada.” El mundo no sería más pobre por esto, ya que la mayor parte de lo que se dice no tiene ninguna utilidad. Si el hombre se detuviera antes de hablar para pensar seriamente: “¿Diría el Maestro lo que voy a decir?”, seguramente que hablaría muchísimo menos. Este proceso de buscar la armonía entre nuestros pensamientos y los del Maestro, es lento al principio; pero se va convirtiendo en un hábito y llega a ser tan rápido como un relámpago.

El pensamiento se mueve con la rapidez de la luz -posiblemente más todavía- y si, como nos dice la física, la luz recorre 300.000 kilómetros por segundo, para llegar con nuestros pensamientos a Inglaterra que está a una distancia de 20.000 kilómetros de la India, sólo se necesitaría el parpadeo de un relámpago de luz. La velocidad del pensamiento es un problema de la física oculta que todavía sigue entre brumas. Constantemente estamos intentando conocer nuevos hechos en el mundo oculto y haciendo tentativas de experimentación muy parecido a la manera como lo hicieron los antiguos alquimistas de cuyos esfuerzos surgieron los principios de la química que ha ido evolucionando hasta constituir una gran ciencia que abarca millares de hechos. Pienso que de esa incipiente experimentación de unos cuantos, con el paso de los años, surgirá un gran desarrollo de la ciencia oculta en general que será de gran importancia para el mundo.

Generalmente nuestros pensamientos no tienen la velocidad que les corresponde porque no nos hemos ejercitado para usarlos con la debida proporción, separadamente de la palabra y de la acción. Uno de los resultados de la meditación es el entrenamiento que conseguimos para utilizar nuestro pensamiento por separado de la palabra y de la acción. En este sentido, el éxito nos permite lograr resultados realmente maravillosos, La doctora Besant ha realizado estudios sobre

este particular. Le he oído decir que cuando habla delante del público, mientras pronuncia una frase, la siguiente se le presenta en su mente de tres o cuatro maneras diferentes, y ella, deliberadamente, selecciona la que juzga más efectiva mientras esta todavía pronunciando la frase anterior. Muy pocas personas son capaces de hacer eso, lo cual es el resultado de utilizar el pensamiento de una manera completamente separado de la acción y a una velocidad muy difícil de calcular, pero demuestra lo que se puede hacer. Es muy conveniente esforzarse en utilizar el pensamiento como pensamiento. El discípulo que ponga en práctica este principio de pensar antes de hablar o de actuar, hallará que esto le proporciona no sólo el resultado de armonizar su vida con la de su Maestro, sino también un valioso entrenamiento en el arte de pensar con rapidez.

“No atribuyáis nunca intenciones a otro; sólo su Maestro conoce sus pensamientos, y esa persona puede estar actuando por razones de las que no tenéis idea.” — (A los Pies del Maestro)

A C.W.L. -Todo ser humano es un enigma, incluso para los mismos que lo aman y lo tratan en la intimidad, y si en alguna ocasión -pasado mucho tiempo- alguien llega a penetrar las razones que determinan su proceder en uno u otro sentido, se sorprende de que esas cosas hayan sido la fuerza predominante en su modo de ser. Esto es mucho más probable en la India que en ninguna otra parte, puesto que la mente hindú difiere mucho de la nuestra en infinidad de cosas, y la mayoría de nuestros hermanos hindúes actúan impulsados por ideas que nunca tenemos los ingleses. Sus mentes son muchísimo más sutiles y sus actividades son el resultado de tradiciones totalmente ajenas a nuestra mentalidad. Es por eso que si no es razonable atribuir motivos a nadie por lo que hace o por lo que dice tratándose de personas de nuestra misma raza, mucho más irrazonable resulta cuando se trata de personas de un país extranjero que pertenecen a una cultura distinta. La inclinación a atribuir motivos es la causante de una lastimosa falta de comprensión y debemos desarraigarla. No nos incumbe el por qué se hizo esto o aquello. Hemos de despreocuparnos de ello.

“Si oís contar una historia contra alguien, no la repetáis; puede que no sea verdad y, aunque lo fuese, es más caritativo

callar.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Si oyes un chisme contra otra persona y lo transmites a un tercero desobedeces la orden directa del Maestro que te ha sido dada y dirigida a ti personalmente. Es cosa fácil contener la lengua; puede ser difícil controlar el pensamiento, pero con toda seguridad que podrás dominar el cuerpo. La historia que cuentes puede no tener importancia, pero si es falsa y la repites, estás diciendo mentiras y esto es de gran importancia para aquellos que se esfuerzan en prepararse para la Iniciación. Tal vez puede parecer duro el que hablemos de las mentiras, pero es así realmente y debemos enfrentarnos a los hechos.

Es evidente que no podemos perder nuestro tiempo averiguando si esas historias son o no ciertas, y por eso lo único razonable es no repetirlas. Dejando de lado el daño que nos hacemos a nosotros mismos y a nuestros propósitos, e incluso suponiendo que esa historia sea cierta, lo más justo es silenciarla. ¿Que razón cabe para dañar a nadie? ¿Por qué lesionar la reputación de otra persona?

Desde luego, si llega a nuestro conocimiento que un ladrón o un estafador está intentando sorprender a alguien que nada sospecha, nuestro deber es denunciarlo, o por lo menos prevenir a las personas que se encuentren en peligro de convertirse en sus víctimas; pero esto es muy distinto a dar pábulo a la maledicencia y a la murmuración. No obstante, es aún deber que hemos de cumplir con la mayor discreción y cuidado, y sin dejarnos llevar en lo más mínimo por sentimientos de indignación y mala voluntad.

“Antes de hablar, pensadlo bien, no sea que incurráis en inexactitudes.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esto se ha venido predicando durante muchos años y, sin embargo, todo el mundo sigue hablando con imprecisión. Generalmente se habla en forma exagerada. De algo alejado cien metros decimos que está a muchos kilómetros. Si cierto día hace un poco más de calor que el usual decimos que hace un calor infernal. Nuestro dominio de la lengua es pobre si no podemos encontrar palabras para expresar las diferentes gradaciones de nuestro pensamiento. Esto es una falta de precisión y de educación al mismo

tiempo, y me parece que no deberíamos pasar por alto esta falta. No en vano, seguramente, se atribuye al Cristo haber dicho que de cada palabra ociosa tendremos que dar cuenta el día del juicio.

“Sed sinceros en vuestros actos; jamás pretendáis ser distintos de lo que sois, porque toda vanidad es un obstáculo para la luz pura de la verdad que debería brillar a través vuestro, como irradia la luz del sol a través de un diáfano cristal.” – (A

los Pies del Maestro)

A.B. -Es muy difícil poner en práctica la verdad en la acción. Esto significa no hacer nunca nada ante los demás con el propósito de merecer de ellos una elevada opinión de nosotros y, cuando estamos solos, no hacer nunca cosas que nos avergonzarían cuando estamos delante de los demás: significa ser siempre perfectamente honestos. Que los demás nos vean tal y como somos, sin pretender aparecer como algo distinto. La mayoría de las personas tienen un ideal y desearían ser juzgados por los demás de acuerdo con ese ideal; por consiguiente, hay una cantidad de menudencias que hacemos cuando estamos a solas y que no nos permitiríamos cuando estamos en presencia de los demás, porque esas cosas no corresponden a la opinión que de ellos deseamos merecer.

Cuando os sintáis inclinados a hacer algo porque alguien está presente, reprimiros; si lo que vais a hacer es correcto, no tengáis en cuenta la opinión ajena; si no es correcto, no lo hagáis. Este sentimiento lo conozco muy bien porque lo he experimentado. Con frecuencia sentía que debía conducirme ante los demás en la forma que era de esperar de una escritora y conferenciante, etc. Hace algún tiempo este sentimiento me asaltaba en cosas completamente sin importancia. Por ejemplo, al caminar por un buque, donde nunca me sentía bien, tomé la costumbre de practicar algunos pasatiempos completamente inocentes con los viajeros de a bordo. Un día me asaltó la idea de que los demás pasajeros podrían juzgar mal el que yo de quien sabían que era una ocultista, perdiera el tiempo, en domingo, con juegos de ese tipo; temía su opinión desfavorable. Y entonces me dije: “si la cosa no es correcta, hay que dejar de practicarla; si es correcta, la opinión de los demás no cambia las cosas”. La señora

Blavatsky era muy notable en este sentido. Siempre hacia lo que le parecía bien y no se preocupaba lo más mínimo por lo que los demás pensarán de ella. Si los demás estimaban que su conducta no era la que debía esperarse de una ocultista, ¿qué importaba? La verdad era que los demás no sabían nada de estas cosas.

El ocultista nunca asume una actitud grave y solemne, ni trata de impresionar con su grandilocuencia, aun cuando ese sea el concepto que muchos tienen de él. La creencia del público sobre este punto es totalmente falsa. El ocultista se conduce con extrema naturalidad. Pienso que una de las razones por las que es conveniente llevar una vida realmente perfecta y franca, es porque esa vida puede servir, en grado menor, a preparar el camino para el gran Maestro que está próximo y puede allanárselo un poco. Porque los grandes seres no son siempre como el mundo los concibe. No se amoldan a lo que el mundo les prepara, sino que vienen a reformar el mundo; generalmente, a cambiar de forma radical el estado de cosas existente, y aun cuando son muy considerados con los sentimientos humanos, no lo son tanto con los prejuicios. Nosotros, mediante una vida franca y abierta podemos contribuir a preparar las mentes de los hombres, de tal manera, que cuando llegue el advenimiento del señor Maitreya, ya hayan suavizado algo sus prejuicios y no haya motivo para que sufran tanto como tendrían que sufrir de otra manera. Llevemos, pues, una vida perfectamente abierta, cuidando siempre de no caer por debajo de nuestro ideal. No debemos dejarnos llevar por el engaño de que la forma en que procedamos delante de los demás no tiene importancia; sino que hemos de cuidar siempre de ser correctos igualmente en privado que en público.

C.W.L. -Es muy cierto que no hemos de pensar que siempre existe falsedad en las pretensiones de los demás; pero hay que tener cuidado de que el esfuerzo por evitar esta tendencia no nos conduzca al extremo opuesto. Hay quien dice: “quiero que se me acepte tal como soy en realidad”, y de acuerdo con esta idea deja vislumbrar lo más bajo, grosero y vulgar de su condición. Los que hacen eso no dejan ver lo que son por naturaleza, sino una copia pobre y degradada de lo que deberían ser. Aquello que hay en el hombre de más noble, de más

elevado y mejor, es lo que mas próximo está a su Ego; por eso, para ser naturales deberíamos mostrar lo mejor. La simulación de virtudes, la mojigatería, es falta de sinceridad. Cuando encontramos a una persona que se dice ocultista y que elogia su grado de elevación y su tolerancia, aludiendo a sus grandes poderes y tratando de conseguir la admiración de la gente crédula, -al igual que los hipócritas de la antigüedad que “gustaban de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hombres” y como los escribas y los fariseos “*que simulaban prolongadas oraciones*” – (San Mateo 6:5 y 23:14)

Pronto se puede advertir que no se trata de un ocultista de verdad. El verdadero ocultista jamás cae en la mojigatería, aunque su decisión sea la de vivir de una manera mucho más elevada que lo que denominamos natural o común y corriente. La gente no siempre consigue reconocer a un Maestro, porque tiene una rígida idea de lo que debe ser un maestro, y el verdadero maestro viviente, no puede ser así. No se adapta a nuestros prejuicios y a nuestras ideas; es tal como es en su propio plano, y si estamos ofuscados con nuestros prejuicios, cuando aparezca puede suceder que no le reconozcamos. Hay quienes ya han decidido lo que el Maestro del mundo tendrá que hacer y decir, y la forma que tendrá de comportarse. No corramos el riesgo de quedar excluidos de Él a causa de nuestros prejuicios. Sabemos que predicará la doctrina del amor, pero la forma y los detalles de su prédica son cosas que sólo Él conoce. Reconozcámoslo de manera plena y estemos listos para seguirlo a dondequiera que Él quiera conducirnos.

El Altruismo y la Ley Divina

“Debéis discernir entre el egoísmo y la generosidad; porque el egoísmo se presenta bajo muchas formas, y cuando pensáis que finalmente habéis acabado con él en una de ellas, resurge en otra, tan potente como siempre. Pero, poco a poco, estaréis tan imbuidos del pensamiento de ayudar a los demás que no quedará espacio, ni tiempo, para ningún otro pensamiento sobre vosotros mismos.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Aquí el Maestro describe lo que yo creo que es el único camino para llegar a ser perfectamente altruista. En realidad, es posible liberarse de cualquier forma particular de egoísmo si concentramos en ello nuestros esfuerzos; pero, como dice el Maestro, el egoísmo vuelve a presentarse en otra forma. Trabajando de esa manera podemos emplear mucho tiempo matando una forma de egoísmo, como Hércules cuando trataba de matar a la hidra: tan pronto como le cortaba una de sus cabezas aparecía la otra. El camino, pues, que aquí se recomienda ataca al mal en sus raíces.

Uno de los valiosos resultados de la devoción, el más valioso de todos, pienso que estriba en eso; el pensamiento de otra persona, que es el objeto de la devoción, ocupa por completo la mente, y el hombre deja de ser egoísta sin ningún esfuerzo especial. Esa es la forma más adecuada de evolución: “crecer como crece la flor, inconscientemente, abriendo el corazón a los rayos del sol”. Todo esfuerzo es un signo de debilidad y es una gran ventaja encontrar un medio fácil para vencer nuestros defectos. Al eludir nuestros pensamientos y verter toda nuestra fuerza en un buen canal, la cualidad indeseable perece por si sola. Este es el mejor medio de corregir nuestras faltas, pues pensar en ellas, aunque sea con remordimientos, no hace más que vivificarlas.

Llenaros de pensamientos de ayuda a los demás y así, como dice el Maestro, no habrá ya tiempo ni lugar para que penséis en vosotros mismos. Y entonces, también seréis felices. Así lo he comprobado en mi propio caso. Cuando me sentía afligida, cuando me inclinaba a lamentarme de lo que me ocurría (no creo sentir ya esas inclinaciones,

pero hubo un tiempo en que sí las sentí), llenaba inmediatamente mi mente con pensamientos de ayuda y trabajo en pro de los demás. Afligirse por lo que a uno le sucede es una forma de egoísmo y sólo conduce a sentirse desdichado. Sin embargo, eso es lo que hacen muchas personas que se sientan y se lamentan: ¡Oh, que triste es esto! ¡Qué duro es esto! ¡Esto es muy doloroso para mí! ¡Esa persona no se preocupa por mí; no me busca, no me anela!, y así indefinidamente.

Todo esto no es más que egoísmo. El remedio, tanto para la aflicción como para el egoísmo, es hacer algo inmediatamente a favor de alguna otra persona. Id y trabajad. Vuestra mente no puede dar cabida a la vez a las dos cosas, y en el preciso momento en que dejáis de pensar en vosotros mismos, comenzaréis a sentirlos felices. Cuando podáis decir: “No quiero nada de los que me rodean; los amo y no quiero nada a cambio,” entonces seréis felices. Lo que generalmente llamamos amor es sólo un mínimo de amor, bien recubierto por una gruesa corteza de egoísmo. En el momento en que se siente dolor a causa del amor, ya está presente el egoísmo.

Esta lección es muy difícil para la persona afectuosa y emotiva; pero cuando se aprende bien, aporta paz y felicidad. Hablo por experiencia propia. Aprended a amar a los demás sin pedir nada a cambio y cuando podáis hacerlo encontraréis que son muchos los que os aman; pero mientras esperéis algo de los demás, su instinto natural les hará retraerse. Una dura lección, ciertamente, pero que una vez aprendida nos trae una paz incommovible, incluso en el caso de que una persona a quien amemos entrañablemente trate de ofendernos. ¿Qué puede importar? Sabemos que algún día volverá a nosotros y, mientras tanto, seguiremos prodigándole nuestro amor, como hasta ahora. Si somos presa del sufrimiento, tomemos la decisión en nuestra mente de no volver a inquietarnos por ello. Deciros a vosotros mismos: “No tengo en cuenta los sufrimientos de mi personalidad.” Después de todo, ¿quién somos nosotros -nuestra personalidad- para lamentarnos por nuestro sufrimiento o para esperar ser amados? Adoptad esta actitud ante el sufrimiento y lograréis dominarlo.

C.W.L. -El hecho de pensar en nuestros defectos es vigorizarlos. Este es un error muy frecuente de la Iglesia cristiana que recomienda

arrepentirse de los pecados y sentir remordimiento. Cuanto mayor es la tristeza y cuanto más la mente se ensimisma en el pecado, mayor es la propensión a cometerlo. Pero si en lugar de esto efectuamos algún trabajo en favor de los demás, la forma de pensamiento no se intensifica, muere de muerte natural, se agota y se olvida. Con frecuencia, una mórbida introspección hace de las faltas pequeñas grandes pecados. Nos hace pensar en los niños que constantemente arrancan las plantas para descubrir cómo tienen las raíces y ver en qué forma crecen. Ese es el caso de una persona que, habiendo emprendido un trabajo noble y bueno, empieza a dudar de sí misma. “No estoy segura de que mis motivos fueran puros; posiblemente inicié este trabajo por orgullo”, o bien, si ha logrado aliviar los sufrimientos ajenos: “Esto no es necesariamente altruista; es más bien que no pude soportar el sufrimiento ajeno y por ese motivo quise remediarlo.” En la Iglesia de Inglaterra se dice: “Señor, tened piedad de nosotros, miserables pecadores.” Puede que seamos pecadores, pero no es necesario llevar las cosas hasta el extremo de ofendernos a nosotros mismos con el adjetivo de miserables, convirtiendo también en miserables a los demás. No hay que lamentarse del pasado, es preferible trabajar para mejorar el futuro. Es inútil desear no haber hecho estas o aquellas cosas; es mejor decir: Ya está hecho; lástima; pero no importa, así están las cosas ahora; veremos qué se puede hacer para mejorarlas. Con esto no quiero decir que no sea posible, en un nivel de mucha elevación, alterar el pasado; pero realmente no es razonable que lo tomemos en consideración.

En el Noble Óctuple Sendero del Señor Buddha, el penúltimo peldaño es la recta conducta. Dijo a sus discípulos:

“Debéis tener mucho cuidado con lo que os permitís recordar. Si decís que no podéis evitar ciertos recuerdos, es que no tenéis dominio sobre vuestra memoria, sobre vuestra mente que es una parte de vosotros mismos. Es como si fuerais por la calle recogiendo todos los desperdicios que encontráis en el camino; estáis sobrecargando la memoria con todo lo inútil y perjudicial. Debéis recordar lo que conviene y tener cuidado de olvidar lo demás.”

Después enumera con detalle y claridad, todas las cosas que deben

olvidarse y menciona entre ellas todas las injurias que se nos han hecho: todas las supuestas ofensas que se nos han inferido. Esas son algunas de las cosas que debemos olvidar de un modo absoluto y permanente, mientras que entre las que debemos recordar están las palabras amables que se nos han dirigido, los actos bondadosos y todas las buenas cualidades que hemos encontrado en nuestros semejantes.

Hemos de aprender a amar a todos aquellos a los que tratamos. No es que tenga que ser a todos por igual. Esto no puede esperarse. El mismo Señor Buddha tuvo un discípulo favorito, Ananda, a quien amó más que a los otros, y el Cristo tuvo a su amado discípulo San Juan, que reclinó la cabeza en su pecho en la última Cena. De nosotros no se espera que amemos a todos los demás de la misma manera, que sintamos por todos el mismo amor que sentimos por el padre o por la madre, la esposa o el hijo; pero sí que se espera que tengamos una actitud de amor activo y de buena voluntad hacia todos y sin odio hacia nadie. Hay que asumir esta actitud sin esperar nada a cambio; en el momento en que empezamos a pedir algo, ya estamos exigiendo; estamos de nuevo bajo la acción del deseo, pensando de nuevo en nosotros, no en los demás. Sentir amor y no esperar nada a cambio es lo único que puede denominarse amor. Sin llegar a ese altruismo, el hombre queda preso en las redes de los celos, de la envidia y de muchos otros deseos, y su amor, en lugar de presentar el glorioso color rojo puro, aparece como un carmesí parduzco, de mal aspecto y de forma también desagradable, porque en lugar de prodigar sus rayos como la luz del sol, da la impresión de ganchos que vuelven a su punto de partida, formando una curva cerrada y con frecuencia no afectan más que al que los envía.

Los mundos se mueven por la acción del amor divino, el amor sin egoísmo, que fluye en grandes curvas abiertas y que nunca retorna ni proyecta retornar. Este amor fluye en otras dimensiones y en otros planos para hacer el trabajo de Dios en la propia forma de Dios. Esa es la lección que hay que aprender; lección difícil porque significa la destrucción de la naturaleza inferior, pero es el camino hacia la paz.

“También debéis distinguir en otro sentido. Aprended a

reconocer a Dios en todos los seres y en todas las cosas, prescindiendo de las malas que puedan parecer externamente. Podéis ayudar a vuestros hermanos por medio de lo que tenéis en común con ellos, es decir, la Vida Divina; enseñadles cómo despertarla en ellos, enseñadles cómo invocarla; así rescataréis a vuestros hermanos del mal.” – (A los Pies del Maestro)

A.B. -Esta es la lección final sobre el discernimiento entre lo real y lo irreal. Por muy mala que sea una cosa externamente, Dios está en ella, porque no podría existir si no estuviese Dios en su corazón. En las escrituras hindúes esta verdad aparece una y otra vez: “Yo soy la trampa del tahir”, dice el Señor en el Bhagavad-Gita. Estas palabras horrorizan a veces a la gente; pero son la verdad, porque el jugador tramposo tiene que aprender algo en esa forma ya que se niega a hacerlo en otra mejor. Quien no quiere aprender de los preceptos tiene que aprender de la experiencia de las leyes naturales. Lo que llamamos leyes de la naturaleza no son otra cosa que la expresión material de la Mente Divina.

Las leyes de la naturaleza son firmes como la roca: el que se golpea contra ellas se causa heridas en la carne y el dolor le enseñará a no reincidir en sus errores. Quien no puede aprender por el precepto y por el ejemplo (hay infinidad de ellos en el mundo), tiene que aprender por el dolor que origina la infracción de la ley. El hombre tiene que llegar a la unidad por las buenas o por las malas, porque la divina voluntad es la evolución, y la voluntad interna del hombre es una con la voluntad divina. Así interpreto yo el significado interno de las palabras del cántico hebreo: “*Si subo a los cielos. Tú estás allí*”. Es muy claro: todos sabemos que Dios está en los cielos. Pero el cántico prosigue: “*Si hago mi lecho en el infierno, ¡he aquí que Tú estás también allí!*” – (Salmos 139:8)

Ved, pues, lo divino en todo lo que os rodea; lo demás no os concierne. De esa manera, y sólo de esa manera, podéis ayudar a vuestro hermano, porque lo único que tenéis en común es la vida divina; todo lo demás es diferente, pero en esto sois sólo uno y os es dado usar esa unidad como palanca para ayudarlo de todas las

maneras. Cuando deseéis ayudar a alguien a vencer un defecto, recordad que esa persona está tan ansiosa de librarse de ese defecto, como lo podáis estar vosotros mismos; ese defecto le contraria y si pudiérais llegar hasta su interior veríais que su deseo es vencerlo. Esa es la forma adecuada de ayudar; este camino interior nunca hiere ni daña a nadie.

C.W.L. -Todo lo que existe en este plano, lo mismo que en cualquier otro, sólo es una manifestación de la vida divina y, por lo tanto, todo ello -tanto lo bueno como lo malo- tiene que ser una expresión de Dios. Nada puede existir sin que Dios mismo sea el corazón y la raíz de ello. Todas las Escrituras enfatizan esta realidad; nosotros lo tenemos en las Escrituras cristiana.

“Yo hago la luz y creo la Oscuridad; yo hago la paz y yo creo el mal; Yo, el Señor, creo todas estas cosas.” – (Isaías 45:7)

La gente no puede comprender cómo es que todo lo que llamamos malo también puede ser divino: pero nosotros debemos reconocer este hecho. Hay magos negros y gente mala de todo tipo, pero la vida que alienta en todos ellos es vida divina, porque no existe otra vida.

Si una persona trae el mal a su vida por su propia terquedad y estupidez, de ese mal, sin embargo, tiene que resultar el bien: es la única forma en que ese hombre puede evolucionar. El tramposo tiene que llevar a cabo sus fechorías, está en su mente el hacerlas. Sin embargo, está actuando dentro de la Ley Divina, y aunque esté procediendo mal, ese mal le acarreará el bien, porque, actuando como lo hace y fracasando, aprenderá a encontrar el camino del bien. Podría decirse que es el último recurso, pero es un recurso, y es por ello que debemos reconocer que está dentro de la Ley Divina.

Hay un sentido en el que absolutamente todas las cosas son Dios. Pero no es exactamente éste el sentido en que están escritas estas palabras: es el espíritu Divino en cada uno lo que lo constituye en hombre. Cuando al trascender la personalidad podáis ver cuán tan torcida está, cuanto se ha desviado, y podáis llegar hasta la vida divina que anima al hombre, podréis apelar a este recurso. Podéis tener presente que el hombre 'malo', en lo que representa como alma, desea

progresar tanto como podamos desearlo nosotros. Desea librarse del mal que lo acosa, que lo obsesiona, y que conturba su personalidad y, por lo tanto, si nos fuera posible llegar hasta ese alma traspasando la envoltura de dureza y de mal, se apresuraría a cooperar en nuestro esfuerzo de ayudar a su personalidad.

Casi toda mi vida he sido sacerdote y me he dedicado a actividades de ayuda, habiendo trabajado en algunos de los peores lugares de Inglaterra. Me he encontrado con muchos hombres que podrían ser juzgados como criminales incorregibles; pero jamás he hallado uno que no haya mostrado alguna chispa de bien en una u otra forma. Sea el amor a un niño, el amor a un perro lo único que da carácter humano a quien sólo parece ser un bruto, y un bruto peligroso; pero ahí está, latiendo en cierta forma, la vida divina y si nos es posible ponernos en contacto con ella en ese punto, ahí está la oportunidad de poder ayudarlo, apelando a esa vida que sólo en esa forma se hace manifiesta.

A.B. -Las últimas palabras del Maestro sobre este punto son: “*Así rescataréis a vuestros hermanos del mal.*” Aquí Él nos hace la sugerencia más fuerte; nos llama la atención hacia lo que debe ser el verdadero objetivo y finalidad de la vida del discípulo, pues su único propósito es llegar a ser un salvador del mundo. Esta sugerencia es mucho más fuerte de lo que pudiera ser cualquier otra dirigida a conseguir ventajas personales. El Maestro sólo vive para ayudar al mundo y mientras más logremos que el servicio sea la finalidad y el objetivo de nuestra vida, mejor reflejaremos en ella la hermosura moral del Maestro.

Eliminación del Deseo

A.B. -Ahora trataremos de la segunda cualidad que en sánscrito es *vairágya*, palabra que el Maestro traduce al inglés como 'desirelessness', y que en castellano llamaremos 'carencia de deseos'. Esta traducción es muy exacta. En el pasado utilicé para designar esta segunda cualidad la palabra 'carencia de pasiones', pero a partir de ahora traduciré este término de la misma manera que el Maestro.

“Hay muchas personas para quienes la cualidad de la 'Carencia de deseos' es difícil, porque sienten que ellos son sus deseos -que si prescinden de sus preferencias y sus aversiones no quedará ningún yo.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Prácticamente todos aquellos que sinceramente desean hollar el Sendero, sienten la verdad de la primera frase en la que el Maestro dice que es difícil la cualidad de “carencia de deseos”. Esta dificultad se debe a que el hombre se identifica con sus deseos. Mientras un deseo no satisfecho sea causa de infelicidad es que el hombre está identificado con sus deseos. Es conveniente aceptar esta realidad; admitirlo para sí, porque es muy fácil creer que uno ha logrado separarse de sus deseos cuando en realidad no es así. Muchas personas se congratulan pensando que han dominado su naturaleza de deseo, cuando lo que ocurre es que toda su vida, todos sus actos, demuestran lo contrario. Es mucho mejor aceptar la verdad -si es que todavía no lo hemos hecho- y de este modo estar bien dispuestos para ponerle remedio.

El primer paso es imbuirse de la idea “Yo no soy mis deseos”. En este caso podemos ayudarnos tal como ya dejé explicado respecto a los estados de ánimo: nuestros deseos, lo mismo que nuestros estados de ánimo, son cambiantes, y cualquier cosa que cambie no es el Ego, el cual jamás está sujeto a fluctuaciones. Por ejemplo, conozco a algunas personas que un día piensan: “¡Qué delicia es estar en Adyar, que bonito es pensar en todas las cosas que van a suceder” y al día siguiente se sienten deprimidos, desanimados. Ahora bien: ninguno de

esos estados de ánimo variables es el hombre: ambos son, simplemente, vibraciones del cuerpo astral, ocasionadas por el contacto externo.

Por este motivo se aconseja la meditación diaria, porque no es posible meditar bien hasta haber silenciado los deseos. Si meditáis concienzudamente y con regularidad, poco a poco iréis comprendiendo que existe un Ego más allá de vuestros deseos, y si continuáis con vuestras prácticas de meditación y durante el día asumís la actitud adecuada, empezareis a notar constantemente la existencia de ese Ego. Entonces ya no os identificaréis con vuestros deseos sintiendo 'yo quiero' 'yo deseo', sino que pensaréis 'yo no soy ése; ése es el yo inferior'.

Esta es la primera gran lección que el Maestro da respecto a la segunda cualidad. No es que antes de la iniciación ya hayamos adquirido con perfección la carencia de deseos; pero el Maestro sí espera que la poseamos hasta cierto punto, y lo que Él espera es la Ley. Para alcanzar la iniciación es preciso no sufrir ya esos cambios pasando de la depresión al júbilo.

C.W.L. -Son muchísimas las personas que no hacen ningún esfuerzo para diferenciarse de sus deseos y que acostumbran a decir: “Yo soy tal como Dios me ha hecho. Si tengo mal carácter o soy de voluntad débil, Él me hizo así.” “Si no tengo fuerza para resistir las tentaciones, es que soy así.” Estas personas no comprenden que son ellas mismas las que se han hecho así en sus vidas pasadas, y tienen por costumbre considerar su carácter como algo inalienable, como algo que les ha sido dado, como el nacer ciegos o cojos. No entienden que tienen que cambiar una naturaleza inconveniente. Tampoco saben que pueden hacerlo y, más todavía, con frecuencia ni siquiera se dan cuenta de que tienen que hacerlo.

En general, el hombre común y corriente no puede encontrar razones para emprender la penosa tarea de cambiar su carácter. Puede que algunos de ellos piensen que tienen que hacerlo para no ir al infierno: pero otros replicarán que ese cielo convencional debe ser enormemente fastidioso y que ellos esperan algo distinto. Es notorio que aunque la enseñanza de un cielo después de la muerte está muy

difundida, ejerce muy poca influencia en el carácter humano, debido posiblemente a su falta de verosimilitud. Hasta donde se me alcanza, la única teoría que me parece apropiada para inducir al esfuerzo de cambiar de carácter, es la Teosofía. Esta nos muestra aquello que es digno de llevarse a cabo, y también nos dice que tenemos la oportunidad y disponemos del tiempo necesario para lograr el éxito completo. Si un hombre comprende el plan de Dios y se propone cooperar con Él, tiene a mano las más poderosas razones para entregarse al trabajo en pro de la evolución y prepararse para ella. Entonces se da cuenta de que es posible realizar los cambios más fundamentales en su carácter y en su actitud, y que su éxito está totalmente asegurado.

El deseo inamovible del Ego es el del progreso; el del desarrollo del Yo superior, el de armonizar sus vehículos para poder usarlos como instrumentos. Siempre que hallemos en nosotros deseos que no sean parte del Ego o que no vayan de acuerdo con Él, sabemos que esos deseos no proceden del alma, y por tanto no diremos, 'yo deseo esto', sino, 'mi elemental del deseo está cambiando de nuevo; desea esto y lo de más allá; pero yo, el Ego, deseo progresar, deseo cooperar en el plan divino. Estos estados de ánimo, estos deseos no son míos' Mientras un deseo no satisfecho sea causa de infelicidad, el hombre tendrá que aceptar que todavía sigue identificado con los deseos de su elemental.

“Pero éstos son sólo los que no han visto al Maestro. A la luz de Su sagrada Presencia todos los deseos mueren, excepto el deseo de ser como Él. Sin embargo, antes de que tengáis la felicidad de encontraros frente a frente con Él, podéis lograr, si queréis, la carencia de deseos.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Esto nos hace recordar nuevamente los versos del Bhagavad-Gitâ:

“Los objetos de los sentidos, pero no el gusto por ellos, se retira del abstemio morador del cuerpo; e incluso el gusto por ellos se retira después que el ser humano ha visto al Supremo.”

Todo deseo muere cuando se ha logrado un vislumbre del único objeto digno de deseo. Por eso, al comprobar la presencia del Maestro,

el hombre queda libre, no sólo de los deseos, sino del deseo en sí. El deseo es una raíz que germina en muchos tallos, pero mientras quede la raíz ésta volverá de nuevo a germinar. Sin embargo, la unión con el Maestro liberará finalmente al hombre de la raíz de todos los deseos.

No obstante, dice el Maestro, antes de eso, si queréis, podéis llegar a la carencia de deseos. Estas dos palabras 'si queréis' son particularmente importantes. Nos hacen ver donde radica la dificultad. No se trata de habilidad; casi siempre es la voluntad de hacer algo lo que falta. Si en vuestro trabajo en el Sendero pusieseis la misma voluntad que ponéis en vuestro trabajo mundano, vuestro progreso será rápido en verdad.

C.W.L. -Aquí nos encontramos con una de las frases más bellas de este libro. En verdad que cuando veáis al Maestro y os déis cuenta de lo que Él es, todos los deseos inferiores se extinguirán en vosotros y todo vuestro ser quedará empapado de algo superior.

Muchos hablan del anhelo que sienten de llegar a la carencia de deseos, e incesantemente están dando cabida en sus mentes a los objetos de deseo, y se sentirían desgraciados si se quedaran sin esos deseos. En realidad, no desean llegar a esa carencia de deseos; pero eso es sólo superficial; en el fondo de su personalidad eso no existe. Conviene indagar sobre este punto, profundizar en lo más íntimo y ver si realmente hemos conseguido liberarnos de todos esos deseos inferiores. Frecuentemente, el teósofo cree que ha logrado esa liberación y piensa que es cosa de poca trascendencia, pero en muchísimas ocasiones esas cosas de poca trascendencia son de una gran profundidad. Aparentemente uno se libera de ellas pero vuelven a presentarse en formas diferentes y es difícil cerciorarse de si han sido vencidas realmente. Por suerte, no se espera de nosotros que nos liberemos totalmente del deseo en esta etapa de nuestro esfuerzo. La iniciación puede alcanzarse incluso existiendo todavía en nosotros algunas de estas cosas; pero después de haberla alcanzado, hay que arrancar totalmente esas raíces; sin embargo, es mejor empezar a arrancarlas ya desde ahora para que nuestro progreso sea más rápido y regular. Esto puede hacerse, porque el Maestro nunca sugiere algo que no podamos hacer, aunque sí pone ante nosotros muchas cosas

que ponen a prueba nuestra paciencia y nuestra fuerza moral, porque es necesario si deseamos progresar con rapidez.

“El discernimiento ya os ha mostrado que las cosas que más desean los hombres, como la riqueza y el poder, no vale la pena poseerlas. Cuando esto se siente realmente, y no son meras palabras, todo deseo por ellas cesa.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Los deseos de riqueza y poder se presentan en una gran variedad de formas, no solamente por lo que respecta al dinero o a la influencia social o política. Lo que la mayoría de la gente desea por encima de todo es la riqueza; pero en realidad, esto no es algo que sea conveniente alcanzar, porque sólo sirve para incrementar los deseos y no aporta la felicidad, tal como podemos observar en mucha gente rica que no constituyen en modo alguno una clase privilegiada de seres felices. Lo mismo pasa con el poder, tanto social como político: no deja de ser una escoria y un vano oropel: no es oro. El Gitâ dice que el hombre sabio se conforma con lo que le llegue, lo cual significa que hará un uso gozoso de lo que esté a su alcance, sin perder el tiempo y la energía ambicionando algo distinto.

Son pocos los que alcanzan elevadas posiciones sociales o políticas, pero la tentación del poder está latente con mucha frecuencia. El poder incluye todo deseo de avasallamiento sobre los demás; de intervenir en sus asuntos; de decirles qué es lo que deben hacer, en lugar de dedicarse a sus propios menesteres exclusivamente. Aunque los que ambicionan el poder político o social no son muchos, es frecuente entre los seres humanos el deseo de que los demás hagan lo que a nosotros nos parece que deben hacer. Todo esto hay que desecharlo, si es que realmente queremos progresar. Los que deseen alcanzar este progreso, pronto se darán cuenta, tal como nos ha sucedido a muchos de nosotros, que ya tenemos bastante trabajo solamente con dominar nuestra propia personalidad para que, encima, queramos intervenir en los asuntos ajenos. El Ego en los demás es el mismo que en nosotros y la forma en que debe manifestarse en ellos es una cuestión que sólo a ellos atañe, y no a nosotros. Por lo tanto, toda inclinación a intervenir en asuntos ajenos debe desecharse.

No tenéis ningún derecho a intervenir, excepto que sea vuestro

deber, y esto sólo pasa cuando tengáis una determinada autoridad limitada sobre una persona que haya sido puesta bajo vuestra tutela por la naturaleza, como en el caso de vuestros hijos, o en casos kármicos, por ejemplo, cuando se trata de personal a vuestro servicio o asalariados.

El dominio sobre vuestros hijos debe ser protector y sólo debe ejercerse cuando exista alguna debilidad que proteger; este dominio debe ir desapareciendo a medida que el Ego interno va desarrollando su capacidad para tomar posesión de sus vehículos. Con vuestros iguales (me sirvo de esta palabra en un sentido generalizado) queda claro que no tenéis ningún derecho a intervenir.

C.W.L. -A los seres humanos nos gusta intervenir en los asuntos de los demás porque creemos que podemos dirigirlos mejor de lo que ellos lo hacen, pero, evidentemente, esto no lo sabemos. El poder divino actúa a través de cada uno de nosotros; es mejor dejar que ese poder siga su ruta. Tened presente que el Cristo recordaba a los judíos lo que decían sus escrituras, “*Vosotros sois Dioses*” — (San Juan. 10:34 y Salmos 82:6) y les decía que eran hijos del Altísimo. Puede pasar que alguien no actúe de la mejor manera posible, y también puede suceder que algunos cometan errores, pero mientras sean sinceros y estén ansiosos de hacer lo mejor, todo marcha bien. Permitidle que batee aunque no sea tan buen bateador como vosotros. En algunos casos, de forma respetuosa y delicada y con tacto, se puede aconsejar; pero hay muchos casos en que esto resultaría incluso una impertinencia; en ninguna circunstancia se debe tratar de imponer una opinión a otra persona. Nuestra primera atención tendría que ser manejar bien nuestros propios asuntos, porque cada uno es responsable de sí mismo.

El Buen Deseo Único

“Hasta aquí todo es sencillo; sólo se precisa que lo comprendáis. Pero hay algunos que abandonan la persecución de los objetivos terrenales sólo para ganar el cielo, o alcanzar la liberación personal de los renacimientos; no debéis caer en este error.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El deseo de la liberación personal de la rueda de nacimientos se encuentra principalmente en la India, porque la mayoría de sus habitantes creen en la reencarnación. Para el cristiano en general, el cielo es una liberación de la cárcel terrena. Estas enseñanzas fueron dadas a un niño hindú y es por esto que, principalmente y ante todo, se refieren a las condiciones de la India, aunque las ideas puedan aplicarse también al mundo occidental. Nosotros, los teósofos, no nos sentimos inclinados a realizar grandes esfuerzos para alcanzar la felicidad del cielo, en la cual el hombre permanece cientos o incluso miles de años entre una y otra encarnación. Muchos de nosotros preferimos renunciar a todo este período de vida celestial para regresar rápidamente a la tierra a trabajar y es posible para aquellos que realmente lo desean. Esto exige, ciertamente, un determinado desarrollo, porque en esos casos es necesario servirse de los mismos cuerpos astral y mental en el nuevo cuerpo físico.

Esto no significa que el cuerpo astral y el cuerpo mental sean capaces de sentir la fatiga como el cuerpo físico. Y aún queda algo más a tener en cuenta: los cuerpos astral y mental que tenemos en esta vida son la expresión de nosotros al finalizar nuestra última encarnación. En el curso de la vida los vamos modificando considerablemente, pero eso sólo puede hacerse hasta cierto punto. Por ejemplo, hay un límite para la reparación o para el adecentamiento de un automóvil, y a menudo es preferible comprar un coche nuevo en lugar de tratar de conseguir que uno de viejo se convierta en otro de flamante y moderno.

Poco más o menos pasa con los cuerpos astral y mental. Para

cambiarlos de forma radical se necesitaría mucho tiempo y es muy posible que ese cambio sólo se conseguiría de forma parcial. Si las capacidades de un hombre en esta vida han aumentado considerablemente, tal vez resultaría mejor para su progreso dotarse de nuevos cuerpos astral y mental para expresarse, en lugar de tratar de remendar los cuerpos antiguos.

Pero una inmediata reencarnación no siempre es factible. No obstante, y dadas las condiciones del momento -por la necesidad especial de personas que trabajen con motivo del advenimiento del Maestro- podemos admitir que cualquier persona que haya trabajado bien en esta vida y tenga verdaderos deseos de reencarnar inmediatamente para poder continuar en el servicio, esté en condiciones de lograr sus deseos.

La vida post-mortem tiene establecido un curso ordinario para todos los hombres, y el que sigue este curso no necesita preocuparse; pero el que quiera tomar un derrotero diferente, tiene que hacer, por así decirlo, una solicitud especial de trabajo, o bien es necesario que otra persona lo haga en su nombre. Esta solicitud hay que someterla a una autoridad superior, quien concederá el permiso si lo juzga conveniente; pero es seguro que negará su visto bueno si cree que no es conveniente para el interés del solicitante. Sin embargo, pienso que los que se sientan inquietos sobre este particular, pueden sosegar sus mentes, porque aquellos que hasta ahora hayan trabajado bien, con seguridad que encontrarán nuevas oportunidades para continuar su trabajo. El que ansíe una pronta reencarnación debe hacerse indispensable, de tal modo, que se llegue a estimar que su pronto regreso es de utilidad. A veces, este proceder resulta también el medio más apropiado para hacer que los cuerpos astral y mental adquieran las condiciones necesarias.

“Si os habéis olvidado del yo por completo, no podéis estar pensando en cuándo se liberará ese yo, o en que clase de cielo tendrá. Recordad que todo deseo egoísta ata, por elevado que sea su objetivo, y hasta que no os hayáis liberado de él, no seréis completamente libres para dedicaros al trabajo del Maestro.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Hemos de tener presente que los planos astral y mental son planos materiales, aunque estén contruidos de materia mucho más sutil que la física. También son planos objetivos y están llenos de objetos de deseo. El deseo del cielo, que está en el plano mental inferior es, por consiguiente, un deseo del yo inferior, de igual manera que los deseos de las cosas terrenas, sólo que lo es de una forma más lejana e impalpable. La ventaja del primero de estos deseos sobre los segundos estriba en que éste reprime la naturaleza del deseo, puesto que no es posible satisfacerlo de inmediato, y así es como contribuye a que el hombre se libere del deseo en general y, al mismo tiempo, hace que elija placeres más refinados y que se goce con los placeres de la mente con preferencia a los más groseros. Sorprendentemente existen muchas personas a las que resultaría inútil decirles: “matad el deseo”, si se quiere ayudar a un hombre aficionado a los placeres de la comida, la bebida y el sexo, hay que poner ante él el deseo del cielo, para facilitarle el que vaya anulando el deseo de los placeres inferiores. Es por eso que muchas religiones hacen especial hincapié en el infierno y en el cielo. Incluso el Señor Buddha aludía a ellos cuando se dirigía a la gente corriente.

Los que deseen hollar el Sendero tienen que despojarse no sólo del deseo del cielo, sino también del de la liberación personal de la rueda de nacimientos y muertes, llamada moksha. La razón es bien simple y el Maestro nos la da aquí. Al olvidaros por completo de vosotros mismos ya no podréis estar pensando en cosas que os afecten. Tenéis que quedar libres del deseo de esas cosas, si tenéis en mente dedicaros al trabajo del Maestro.

Hay quienes desean servir al Maestro en esta o en aquella forma, pero el discípulo tiene que servir al Maestro en la forma que El decida y donde El disponga que se haga el servicio. Cuando el corazón está todavía atado a algo, no es posible un servicio de este tipo. Como dice uno de los Upanishads, “Mientras no se hayan roto los lazos del corazón, el hombre no puede alcanzar la inmortalidad.” Esto resultara un poco duro para el que piense que los lazos del corazón incluyen el atributo del amor, al que atribuimos un valor tan enorme. Pero la frase que citamos no dice que debemos romper el corazón, sino que hemos

de romper las ataduras del corazón para que el amor del mismo pueda ser ilimitado. No me entendáis mal; no interpretéis que digo que el amor no es conveniente. No es el amor el que ata, sino los elementos de egoísmo que con frecuencia van mezclados con él. El amor del Ego de una persona hacia el Ego de otra persona es imperecedero por su misma naturaleza; no nos es dado cambiar eso, aunque nos lo propusiéramos; pero cuando el amor del Ego se mezcla con el amor por la forma, empieza a ligar y así es como el mismo amor puede convertirse en una atadura.

La única manera para alcanzar las condiciones que dejan al hombre libre para desempeñar el trabajo del Maestro, es el esfuerzo constante para romper las trabas que lo constriñen. Si en vuestro amor encontráis algo que sea causa de sufrimiento es que hay en él algo que es origen del dolor, egoísmo que debe ser eliminado. Liberaros de esto y vuestro amor se hará más fuerte, más noble, más puro y por lo mismo se ennoblecerá, ya no podrá obstaculizar nunca el trabajo del Maestro. Imaginemos que sentís deseos de ir a cierto lugar donde se halla una persona con la que os complace encontraros; muy bien: abandonad la idea de ir a ese lugar. Esto no es sino un ejemplo del modo como, de una manera deliberada, podéis romper las ligaduras egoístas que os atan a determinadas personas o cosas. Romped esas ataduras.

Sólo digo esto a los que sienten un fervoroso deseo de progreso, no a los que quieran seguir un camino más amplio y más cómodo de progreso. A estos últimos no se les reprocha nada, tenedlo presente: cada uno tiene el derecho de caminar lentamente o rápidamente, según sea su elección. Pero me dirijo a los que buscan resultados; a los que sienten ardientes deseos de avanzar. El Maestro siempre está buscando personas de esa índole y no encuentra las suficientes. De nuevo hablo por propia experiencia porque, particularmente, me he encontrado con dificultades en este camino. Empecé a entrenarme y cuando me percataba de que sentía grandes deseos de estar con alguien, trataba de alejarme de esa persona. Digamos que si tenéis suficiente tacto y dominio, podéis desligaros internamente sin que los demás adviertan lo que estáis haciendo. Seguiréis siendo tan amables

como siempre, sin que vuestro comportamiento externo demuestre ninguna alteración; pero estaréis rompiendo las ataduras internas que abraja vuestro corazón. De esta manera, determinando con precisión lo que hemos de hacer y luego poniéndolo en práctica, es como nos ha sido posible realizar más progresos que los demás. Encontraréis más fácil este esfuerzo si tenéis siempre presente que no os será posible dedicaros por entero al trabajo del Maestro a menos que os hayáis librado de todas las ligaduras que os atan.

C.W.L. -Este pasaje nos muestra que el deseo del cielo corresponde a la personalidad, sin embargo, en un estado de desarrollo inferior al del discipulado, no es un inconveniente. Ocupa su sitio en el esquema de la evolución. El hombre primitivo está lleno de pensamientos y deseos de comer y beber, etc. etc. Sería completamente inútil mencionarle la carencia de deseos, porque antes tiene que pasar por un estado de deseos más elevados y refinados. Lo máximo que podríamos decirle sería: “Procura refinar tus deseos; hay cosas más importantes y mejores que esas en las que estás pensando y en el futuro no podrás elevarte hasta ellas si no estás preparado para dominar el torbellino de tus pasiones.” El hombre sólo puede elevarse paso a paso, y únicamente los más fuertes pueden ascender rápidamente hasta las grandes cimas del Sendero. Pero todos aquellos que lean este libro y quieran hacer lo que hizo Alcyone, deben decidirse inmediatamente a liberarse de los deseos egoístas, porque son ataduras. Como ya dije, incluso el mismo amor es una atadura del corazón si en él existe una mínima partícula de egoísmo; pero cuando el corazón está totalmente libre de pensamientos egoístas el amor es una bendición. Hasta que las ataduras del corazón queden rotas, hasta que el egoísmo haya sido desarraigado por completo, incluso el amor mismo puede ser un lastre lo mismo que una ayuda.

En la India, como en todas partes, ha habido poca claridad sobre este asunto, debido a que se confunde el amor (que no es egoísta) con el deseo (que es egoísta). Algunos filósofos tratan de endurecerse para llegar a sentirse indiferentes ante todo lo que ocurre; para evadir el sufrimiento evitando el amor. Este camino es equivocado; el resultado es unos seres evolucionados a medias intelectualmente, pero faltos de

emotividad. Debemos ser capaces de expresar grandes oleadas de sentimiento siempre que reflejen las emociones más elevadas del Ego, controladas estrictamente, y no oleadas astrales que nos sacudan a voluntad del elemental del deseo. Controlar la emoción matándola es como querer evitar el karma sin hacer absolutamente nada. El camino que el Maestro nos indica es el de aumentar nuestra utilidad para servir a la humanidad con nuestras acciones, nuestras emociones y nuestros pensamientos y cuanto más consigamos hacer por medio de estas tres actividades más redundará en el bien de todos.

“Cuando todos los deseos del yo hayan desaparecido, todavía puede quedar el deseo de ver el resultado de vuestro trabajo. Si ayudáis a alguien, queréis ver hasta qué punto le habéis ayudado: incluso tal vez queráis que aquel a quien habéis ayudado también lo vea y os lo agradezca. Esto sigue siendo deseo y, además, necesidad de confiar.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Esto es lo que el Bhagavad-Gitâ llama no trabajar por el fruto. Si vosotros estáis realmente trabajando no tendréis tiempo para fijaros en los resultados; para deteneros a examinar una parte del trabajo ya concluido. Tan pronto como alguna cosa ha quedado hecha, habrá otra a mano para hacer. Si estáis observando los resultados de vuestro trabajo estáis perdiendo el tiempo; si os detenéis a pensar en lo que habéis hecho, ¿cómo podréis dedicaros al siguiente trabajo? Y cuando se trata de ayuda personal, que es la más agradable de realizar (porque detrás de ella hay un amor personal), no miréis si la persona a la que habéis ayudado aprecia lo que habéis hecho. Esto sería tanto como correr detrás de una persona a la que se ha obsequiado con algo para ver si lo agradece y esperando que nos dé las gracias. El que actúa de esa manera no da, vende. Es un caso de regateo: tanto te doy y tanto me agradeces. ¡No regateéis! Recordad cómo el Cristo arrojó a los mercaderes del templo incluso cuando éstos daban cosas a cambio de sacrificios, diciéndoles: *“No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado.”* — (San Juan 2:16)

C.W.L. -No hay nadie más ocupado que el ocultista. Cuando termina una cosa empieza otra y no se detiene a examinar el resultado de lo que ha terminado. Imaginemos que actuáis de enfermeros en el campo

de batalla; vuestro deber es hacer lo mejor que podáis en un caso y pasar de inmediato a otro; no podéis perder tiempo observando el resultado final de vuestro trabajo; ni siquiera podéis deteneros para ver si, tal vez, el herido anterior escapó a la muerte. Esto es justamente lo mismo que ocurre con el trabajo del Maestro: no tenemos tiempo para pensar en los últimos resultados y, sobre todo, no tenemos tiempo para pensar en nosotros respecto a esos resultados. Es muy humano desear que nuestros esfuerzos se vean recompensados y quedar satisfechos cuando esto se consigue; pero tenemos que elevarnos por encima de esas fragilidades, porque la meta que deseamos alcanzar es superhumana. Si hacemos una cosa bien hecha hemos de estar contentos por ello, pero hemos de sentirnos igualmente contentos si el éxito corresponde a otra persona igual que si tuviera que ver algo con nosotros mismos.

El Maestro habla aquí del deseo de que el hombre que haya recibido la ayuda se dé cuenta de ello y se sienta agradecido. El que piense eso, no está dando en absoluto: está vendiendo. La única dádiva que se acepta en el campo del ocultismo es la de dar, como da Dios, derramando amor, como el sol derrama vida.

“Cuando derramáis vuestra fuerza para ayudar, tiene que haber un resultado, tanto si podéis verlo como no; si conocéis la Ley sabéis que esto debe ser así.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -En el libro “La Imitación de Cristo” se hace esta pregunta: ¿Quién servirá a Dios por nada? El discípulo debe trabajar por el trabajo en si, no para ver sus resultados, e incluso sin la felicidad y la satisfacción de pensar: “estoy sirviendo.” Tiene que entregarse al mundo porque lo ama. Evidentemente, tiene que haber un resultado, porque vivimos en un mundo de leyes y por eso el resultado no debe interesarnos. Con mucha frecuencia, la naturaleza de nuestro trabajo es tal que los resultados inmediatos no se verán en el plano físico, sino que sólo se participará en la realización de un resultado futuro: vendrá alguien que terminará el trabajo; pero sin los esfuerzos de los que colaboran sin ver los resultados, el trabajo no hubiera podido llevarse a cabo.

Sin confianza en la ley no podréis hacer un trabajo importante

porque todo trabajo grande es trabajo lento. Considerad, por ejemplo, el trabajo de un Manú; antes de que se alcance algo que pueda llamarse resultado pasan miles y miles de años. Incluso en la construcción de un gran edificio se observa algo parecido, porque es necesario hacer unos cimientos profundos. Nuestro trabajo es parecido a la construcción de los cimientos que no están a la vista; posteriormente, a alguien le corresponderá colocar una hilera de ladrillos sobre la superficie. y esto ya es visible. ¿Es que por eso los cimientos resultan inútiles?

Los resultados son inevitables. Trabajad, pues, con calma: trabajad en forma científica y nunca os sintáis apesadumbrados. Toda pesadumbre es consecuencia del deseo de ver el fruto. Puede pasar que trabajéis denodadamente durante todo el tiempo sin ver ninguna consecuencia y que algún día aparezca un resultado fulgurante, un químico, preparando una solución saturada, va poniendo la sal en el agua y durante algún tiempo el líquido no sufre alteración aparente; finalmente, se añade el último grano de sal y el líquido se solidifica instantáneamente. Lo mismo sucede con nuestro trabajo; de repente, aparecerá completo. Estamos preparando el campo para el advenimiento del Gran Maestro. Hemos de poner todo nuestro esfuerzo en el importante trabajo, serenamente, con confianza y pacientemente; sacrificándonos en todo al trabajo. Cuando el Señor Maitreya llegue, se servirá de todo el trabajo que nosotros hayamos hecho y su resultado quedará de manifiesto ante el mundo.

C.W.L. -Para obtener un gran resultado, es frecuente que se requiera el trabajo sucesivo de muchas personas, unas tras otras. Cuando hay que hacer un gran trabajo en el mundo ocurre que una persona, o un grupo de personas ven la necesidad y comienzan a hablar o a escribir sobre ello. Esa persona o ese grupo de personas serán ridiculizados y parecerá que su trabajo no obtiene ningún resultado; pero atraerán a su causa a algunos otros, hasta que, finalmente, la sociedad acepta la innovación. Lo que consiguieron estas últimas personas hubiera sido imposible sin el trabajo, aparentemente infructuoso, de los iniciadores.

Con mucha frecuencia, nuestro trabajo puede ser de una condición

que sólo sirva para preparar realizaciones futuras. A alguna otra persona le corresponderá dar el toque final a nuestro trabajo; entonces sus esfuerzos serán reconocidos y se le considerará como el que lo ha hecho todo. No debe importaros: no tenemos que esperar que se nos reconozca el mérito, sino que hemos de sentirnos felices por habérsenos dado la oportunidad de trabajar. No hay que pensar: “Esto es muy duro para mí” Nuestro karma ya tendrá en cuenta lo que hemos hecho, y lo que el mundo diga o piense ahora, carece de importancia. El que trabaje científicamente, comprensivamente, sin pensar para nada en el resultado, teniendo en cuenta únicamente que en algún tiempo y en alguna parte el buen trabajo será un beneficio, nunca se sentirá desalentado.

Cuando venga el Señor hará uso de todo nuestro trabajo, lo encauzará y le pondrá término y así parecerá que todo es su trabajo. En cierto sentido todo es su trabajo, porque nosotros hemos sido inspirados por El; sin embargo, una gran parte de ese trabajo pudo consumarse gracias al inadvertido y aparentemente inútil trabajo hecho de antemano por muchos seres humildes. El contar con la oportunidad de estar entre ellos es seguramente el mayor privilegio que podamos desear.

En todos los casos, el que conoce las leyes naturales puede utilizarlas. Esto es tan cierto por lo que se refiere a lo que estamos haciendo constantemente en los planos inferiores, como lo es respecto a las actividades físicas. Todos nuestros pensamientos crean una forma en el plano astral o mental y esta forma alcanza a la persona o cosa en que estamos pensando, revolotea alrededor de ella y finalmente se descarga, para bien o para mal, según la calidad de nuestros pensamientos. No es más difícil crear una forma de pensamiento capaz de ayudar que una capaz de perjudicar. Todo estriba en la actitud mental. Puede pensarse: “Mi actitud mental es una cosa que sólo me concierne a mí y ahora.” Pero vuestra actitud mental también afecta a los demás y también tendrá sus efectos sobre vosotros al día siguiente, o al mes siguiente, o incluso al año siguiente, porque genera pensamientos que vuelven a recaer sobre vosotros. Todo pensamiento se intensifica y busca repetirse a sí mismo. A

nosotros, pues, nos corresponde que nuestros pensamientos sean benéficos en todos los sentidos, puesto que aunque sean invisibles para el ojo humano, llevan a cabo su trabajo infaliblemente.

“Por esto debéis obrar rectamente, por consideración a lo recto, no con esperanza de recompensa; debéis trabajar por consideración al trabajo, no por la esperanza de ver el resultado; debéis entregaros al servicio del mundo, porque lo amáis y no podéis dejar de entregaros a él.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El amor es, ciertamente, el más importante motivo. En toda la enseñanza que contiene este libro, y algunos otros que se han derivado de Él, se observará cuán fuerte y constantemente se insiste en esta necesidad del amor como motivación de la vida, como la explicación de todas las cosas, y como panacea para todos los males. Se debe a que el amor será la pauta predominante en la enseñanza del Maestro del Mundo cuando llegue el que traten de él en forma tan insistente las enseñanzas de los que en su pequeño radio de acción se esfuerzan en preparar su venida.

Otra cosa que el estudiante puede observar en todo el libro es que el Maestro da por sentado que todos nosotros estamos realmente ansiosos de trabajar y que el trabajo constituye nuestra única aspiración. Ciertamente, es el mejor medio para conducirnos a ese estado mental, Si es que todavía quedan adheridos a nuestras mentes fragmentos de otro tipo de ideas. El hecho de ver con claridad que en su mente no hay nada más que el pensamiento del servicio, es el mayor incentivo para hacer de nosotros lo que él desea.

Nuestra personalidad se interpone con frecuencia y debemos despejar el camino y proporcionar una oportunidad de trabajo al Ego, porque mientras mantengamos cualquier reserva, mientras exista todavía algo que no estemos preparados para abandonar en pro del servicio del Maestro, nos estamos interponiendo en nuestro propio camino. No es frecuente encontrar a quien no tenga ya ninguna reserva; que desee entregarse por entero al servicio del Maestro; que no se detenga ante nada, y que lo dé todo. Es raro encontrar personas así; pero las que tuvieren esta cualidad progresarán mucho y rápidamente.

Poderes Psíquicos

“No deseéis poderes psíquicos; éstos llegarán cuando el Maestro sepa que es mejor para vosotros que los tengáis.” – (A los Pies del Maestro)

A.B. -El término 'poderes psíquicos' abarca todas las manifestaciones de los poderes de la conciencia a través de la materia organizada, tanto en el cuerpo físico, como en el astral o en el mental. Todos los poderes intelectuales son, por lo tanto, poderes psíquicos. La diferenciación que se ha venido estableciendo entre los poderes de la mente por la acción del cerebro y las diversas clases de clarividencia y poderes parecidos, es, pues, una diferenciación inapropiada. La gente habla contra la adquisición de poderes psíquicos, siendo así que al hacerlo están constantemente utilizando esos poderes a través del cuerpo físico. Se muestran contrarios a la visión astral, mientras están utilizando la visión física. Carece de sentido mostrarse contrario a la visión astral mientras no se está preparado para asumir la posición lógica de algunos yoguis hindúes que consideran tanto el uso de los sentidos físicos como de los super físicos, como un obstáculo. Estos hombres son perfectamente lógicos; no consideran valioso ninguno de estos sentidos porque piensan que por su mediación sólo consiguen ponerse en un contacto más íntimo con los mundos de la ilusión de los cuales desean escapar. Particularmente, no estoy de acuerdo con esa actitud; me parece preferible gozar de buena salud y servirse de todas nuestras facultades en todos los planos; pero hasta que podamos adoptar una actitud íntegra, en parte resulta un poco absurda la oposición a los poderes psíquicos.

Lo que sí es cierto, es que al principio de ejercer nuestros sentidos astrales, siempre existe la posibilidad de que nos extraviemos. Pero también es cierto que nuestros sentidos físicos pueden engañarnos. Algunas ilusiones ópticas, por ejemplo, son el resultado de una mala digestión, o de trastornos hepáticos, aunque no incluyo entre ellas muchos otros casos que, siendo en realidad una manifestación de la visión etérea o astral, son achacados por la medicina a trastornos

físicos. El ejemplo más corriente de la forma en que nuestros sentidos nos engañan, es el del movimiento del sol: sabemos que el sol no se mueve, pero vemos que sí lo hace.

Los sentidos deben ser corregidos por la razón de que esta es de condición superior a las percepciones sensoriales. La visión astral engaña constantemente cuando se empieza a ejercitarla. Y es por eso que todo aquel que está siendo entrenado por un maestro es sometido a un curso práctico completo y definido. Se le pregunta que ve y al principio sus respuestas son casi todas inexactas: luego se le llama la atención sobre sus equivocaciones y se le dan las explicaciones del caso.

Supongamos que en una persona que no está siendo entrenada por un maestro empieza a despertarse esa visión. Esto pasa con frecuencia, porque en el curso normal de la evolución se están desarrollando los sentidos astrales y muchas personas comienzan a tenerlos. En ese caso, una persona se encuentra en las mismas condiciones que un niño en el plano físico. Habréis observado que una criatura extiende la mano para asir una vela encendida que se halla en el extremo de la habitación. Estas equivocaciones del niño son corregidas por las personas mayores; la criatura irá advirtiéndole que los objetos que desea se hallan a cierta distancia cuando se le lleve hasta ellos. Y así, nuestro niño astral -podemos dar este nombre a la persona que comienza a ejercitar sus facultades astrales- comete muchos errores que no tendrían mayor importancia si estuviera rodeado de personas mayores. Tampoco la tendría si la persona utilizara el sentido común. Pero, desgraciadamente, la persona que recibe una comunicación astral, o que tiene una visión astral, piensa con frecuencia que es un ser elegido entre el resto de los mortales, al que se ha concedido una revelación especial. Los que comienzan a despertar sus sentidos astrales sin contar con la orientación de parte de un instructor, no se encuentran, pues en las mismas condiciones en que está un niño que está guiado por sus mayores, y por eso es que se les presentan muchas dificultades.

C.W.L. -Los que se convierten en discípulos de los maestros pasan por un largo curso de entrenamiento con respecto a la visión de los

planos superiores y a las impresiones de orden superior en general. Creo que a muchas personas este entrenamiento les resultaría muy fastidioso. Un discípulo adelantado hará pasar ante el que comienza varios objetos distintos y le preguntará que es lo que ve. Por regla general, el principiante, en los comienzos se equivoca por completo porque no puede enfocar el objeto. No advierte la diferencia entre el cuerpo astral de un fallecido y el de un ser viviente, ni la que hay entre un hombre real y la forma de pensamiento creada por algún amigo. En esta y en otras formas el observador sin entrenamiento está sujeto a sufrir engaños. El que le está enseñando le mostrará con paciencia estas cosas y también le enseñará la forma de reconocerlas, indicándole las pequeñas diferencias.

No hay que suponer que, por el hecho de que este entrenamiento sea necesario, los sentidos astrales no sean dignos de confianza de una manera especial. Todos los sentidos son poco merecedores de nuestra confianza mientras no estemos entrenados, e incluso después de ello, cuando no los utilizamos de acuerdo con la inteligencia racional. En un amanecer, si el tiempo es bueno, podemos ver que el sol se eleva; sabemos perfectamente que no es así, y sin embargo lo vemos. Con relación a las cosas que se encuentran aparte de la experiencia general, hay quienes dicen que no creen lo que no ven, pero que si vieran alguna cosa la creerían. Hay quienes van más allá cuando dicen que quedarán convencidos de una cosa si es que pueden tocarla. Una sencilla prueba dejará ver la falacia que esto entraña. Tomemos tres recipientes y pongamos en cada uno de ellos agua a distinta temperatura; muy caliente, helada y templada. Pongamos una mano en el agua caliente y la otra en la fría. Mantengámoslas así durante unos minutos y luego pasemos ambas manos al agua templada. La mano que hemos metido en el agua caliente nos dirá que el agua templada está muy fría, y la otra mano nos hará creer que está muy caliente. Esto nos demuestra que nuestros sentidos no son siempre fiables. Su testimonio debe someterse al fallo de la razón y esto hay que hacerlo lo mismo con los sentidos astrales y mentales que con los físicos.

El que desee poderes psíquicos tiene que trabajar para desarrollarlos

y, muy a menudo, pueden transcurrir varios años antes de que el hombre pueda estar seguro de su fiabilidad en todos los casos. Es difícil comprender la extensión que alcanza el área de esta visión clarividente. Citaré un ejemplo: en el plano astral hay dos mil cuatrocientas una variedades diferentes de lo que recibe el nombre de esencia elemental, y el que desee adquirir confianza y hacer bien este trabajo y hacerlo con rapidez tiene que aprender a diferenciar todas estas variedades la una de la otra, y a saber cuándo deben utilizarse. El trabajo se puede hacer sin ninguno de estos conocimientos, pero con un desperdicio comparable al de echar un cubo de agua sobre un hombre para lavarle el dedo meñique.

Sin embargo, se nos dice que una de las cosas que hemos de evitar es el desperdiciar energía. La energía es un capital y estamos obligados a obtener de ella el máximo posible. Somos responsables de lo que desperdiciamos, así como de dejarla ociosa y no hacer nada con ella.

Sería inútil, por parte de un discípulo del Maestro, el decir 'ya sé'. Este no es el espíritu con que nos aproximamos a estas cosas. Siempre estamos deseosos de adquirir más información, pero siempre con el fin de servir mejor, con la idea de ser de mayor utilidad. Esa es la idea, y con seguridad que no habrá conocimiento que nos sea perjudicial en el trabajo que tengamos que hacer. Todo lo que el ocultista sepa le capacita para ilustrar algunos puntos y, en ocasiones, para entender otros que sin esos conocimientos no podría comprender. Se nos dice que al final de esta evolución obtendremos todo el conocimiento; que quedaremos libres de toda ignorancia. Todo nuestro trabajo se encamina en esa dirección y, ciertamente, nos es necesario conseguir una información espléndida para desempeñar trabajos importantes cuando nos llegue el turno. Mientras tanto, es una sabia actitud utilizar plenamente los poderes que ya tenemos, sin desear los psíquicos, hasta que el Maestro juzgue conveniente que los desarrollemos.

“Forzarlos demasiado pronto, a menudo produce como consecuencia mucha perturbación: muchas veces, al que los posee le engañan los falaces espíritus de la naturaleza, o se envanece y piensa que él no puede equivocarse; y, en

cualquier caso, el tiempo y la fuerza que emplea para conseguirlos podría emplearse en trabajar para los demás.” –
(A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Los traviesos espíritus de la naturaleza, de los cuales existe una gran diversidad, pueden causarnos muchos trastornos. La mayoría de ellos son pequeñas criaturas que encuentran muy divertido el que una entidad de la talla del hombre haga lo que ellos dicen y obedezca sus órdenes. Travesuras de esas las hacen con mucha frecuencia, simplemente haciéndose pasar por Julio Cesar o por Napoleón Bonaparte, o por cualquier otro personaje de repercusión histórica cuyo nombre se les ocurra y constituye una gran diversión para ellos el ver que personas de una evolución superior a la suya hacen lo que ellos sugieren. Podría ser que esto no nos resultara muy agradable; pero sí debemos utilizar la razón y el sentido común para investigar esas visiones.

Si en alguna ocasión oís una voz astral, no lleguéis de inmediato a la conclusión de que se trata de la voz de un maestro o de un elevado arcángel. Los fallecidos, algunas veces, se las ingenian para comunicarse y darnos consejos, y los espíritus de la naturaleza suelen hacer sus travesuras con frecuencia, y por eso lo más probable es que seamos juguete de alguna de ellas. Por tanto, escuchad la voz con calma: es un fenómeno interesante, no precisamente por lo que se pueda obtener de él, sino porque cualquier cosa que se aparte de lo corriente es interesante en sí, y porque siempre hay algo que aprender en relación con ello. Pero tampoco neguéis que exista una comunicación: esto también sería una torpeza. Puede juzgarse el que una cosa sea improbable, pero no puede afirmarse que sea imposible. Escuchad con respeto la revelación, pero, a menos que tengáis buenas razones, no dejéis que esto afecte vuestra conducta en forma alguna. Nuestra acción debe ser la consecuencia de nuestras decisiones, siguiendo el curso de nuestro pensamiento racional, no dejándonos influir por lo que alguien pueda decir, sin que nosotros sepamos quién es.

Muchísimas personas tienen revelaciones que creen que van a reformar el mundo. Aunque por lo general son buenas, casi nunca

tienen nada de extraordinario y suelen ser vagas e indefinidas en su enseñanza. Por lo general, siempre son mejores que las limitadas y estrechas teorías ortodoxas. En la mayoría de los casos tienen conexión con la enseñanza teosófica y con el Nuevo Pensamiento - Teosofía y agua, predominando el agua. Generalmente, estas enseñanzas son dadas con intenciones perfectamente honestas por parte de alguien desencarnado que ha comprobado algunos hechos importantes de la vida y que desea darlos a conocer a los que ha dejado en este mundo, pensando que si esas ideas elevadas fueran aceptadas, el mundo sería mucho mejor, por lo que trata de difundirlas inspirado en la teoría de la parábola de Dives, de que si alguno de los muertos viniera, se arrepentirían, olvidando, por supuesto, la sabia respuesta de Abraham:

“Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco serán persuadidos cuando alguno se levante de entre los muertos” –
(Lucas 16:31)

Este hombre olvida que él mismo, mientras vivió en este plano, jamás prestó atención a los mensajes de los espíritus. El que reciba esos mensajes -lo cual puede pasar con mayor o menor frecuencia a todo individuo con percepciones psíquicas- debe recibirlos con todo respeto; pero, al mismo tiempo, sin excitarse más de lo conveniente. Muchos de los que reciben mensajes de esos se imaginan que han sido elegidos para revolucionar el planeta; pero esto no es fácil. Cuando se nos informa de ellos, aplicamos, si es necesario, algunas pruebas para determinar la verdad y la validez de esas comunicaciones. Hay muchos que no cuentan con esos medios a su disposición, pero les bastaría utilizar el simple sentido común, aplicándolo a las experiencias suprafísicas, para proceder correctamente en relación con ellas. Dos son las actitudes que suelen adoptarse: o las aceptan ciegamente o se burlan de ellas y las ridiculizan. Ambos extremos son insensatos. Todo aquel que ha estudiado estas cosas sabe que realmente se nos transmiten esos mensajes; pero la mayor parte de ellos proceden de quienes no pueden decirnos nada nuevo ni exacto. Un muerto, si es lo suficientemente inteligente, puede aprender muchas cosas que no pudo aprender en su vida física: pero la mayoría de los desencarnados

no aprovechan esta oportunidad, sino que siguen muy satisfechos con las mismas limitaciones y prejuicios que tuvieron en la tierra.

Las experiencias suprafísicas están aumentando porque se aproxima el advenimiento del Maestro del Mundo y eso es bien sabido en todos los planos. En el plano físico hay mayor expectación originada por su venida que la que hay en esferas completamente ajenas a las actividades teosóficas. Hay muchas personas que sienten la proximidad de su advenimiento y que, por lo tanto, son más propensas a recibir esas comunicaciones. Las invitan por su actitud expectante. Por consiguiente, es cierto que habrá mucha información, correcta o incorrecta, con relación a la venida del Señor. Él mismo dijo hace algún tiempo que habrían de llegar muchos falsos Cristos. El cristiano probablemente entienda que los falsos Cristos son anticristos, quienes de una manera deliberada engañarán a la gente. Pero la mayoría serán seres de muy buena intención, persuadidos sinceramente de que representan al Cristo, y esta sincera persuasión los hará peligrosos, porque el pueblo, sensible a su buena fe, será arrastrado por ella.

La actitud teosófica con relación a los falsos Cristos puede expresarse así: es de lamentar que algunos puedan ser inducidos a creer que alguien, que sólo será una persona corriente, es el Maestro del Mundo. Sin embargo, si las enseñanzas son buenas y la gente las sigue noblemente y de buen corazón, mejorarán sus vidas. El hecho de que tengan impresiones equivocadas sobre algunos puntos no alterará el karma de sus buenas vidas. Sería preferible que recibieran diáfananamente toda la verdad, pero no debemos caer en el error de que el que está equivocado con respecto a determinada verdad importante, está necesariamente equivocado en todo lo demás, porque no es así.

Sin embargo, espero que nosotros, los estudiantes de Teosofía, nos libremos de este error en particular, porque esperamos este advenimiento con una claridad y de una manera definida que no tienen la mayoría de las sectas. A medida que se vaya aproximando el momento tendremos que utilizar, una y otra vez, nuestro sentido común, sin negar nunca cualquier posibilidad, pero utilizando siempre el juicio y la razón. Podemos adoptar la actitud de Gamaliel:

“Si este consejo o este trabajo es de los hombres, vendrá a nada;

pero si es de Dios no podrás trastornarlo; no vaya a ser que te encuentres peleando contra Dios.”

Tomemos, pues, cualquier cosa que haya de bueno, venga de la fuente que fuere.

Los maestros influncian a muchas personas sin preocuparse de que conozcan o no los elementos que utilizan; por lo tanto, hemos de estar preparados para encontrar, aparte de las organizaciones teosóficas, otras fuerzas con nuestra misma meta. Y mientras seguimos nuestro camino y servimos a nuestra Sociedad con firmeza, con fuerza, con fidelidad y con lealtad, afirmándonos en ella porque, obviamente, ese es el camino que nos corresponde, tenemos que evitar condenar o hablar en contra de cualquier otra forma de expresión que proceda de otras fuentes y que pueda seguir la misma dirección, aunque comprendamos que esas manifestaciones puedan no ser puras o perfectas. A partir de ahora y hasta el momento del advenimiento, el poder espiritual fluirá de muy diversas maneras. La misma Jerarquía está derramando sobre el mundo torrentes de influencia que, posiblemente, no alcancen a los que están completamente entregados a la vida mundana, pero que tienen gran valor para aquellos que son sensitivos; para los que están en condiciones de recibir este beneficio significará el hallazgo de un nuevo cielo y de una nueva tierra.

Es cierto que habrán acontecimientos extraordinarios. La Luz de Asia, que es una fiel transcripción de los libros budhistas en lo que se refiere a la vida del Señor Buddha, explica, una y otra vez, cómo varias entidades no humanas supieron de su venida y se regocijaron, y como devas y espíritus de la naturaleza en todas partes, sintieron su maravillosa influencia magnética y se congregaron cuando iba a suceder algo especial: el momento de su nacimiento: cuando estaba próximo a alcanzar el Buddhado, y en su primer sermón. Esta idea encierra una gran verdad. Siempre que va a ocurrir alguna manifestación del poder superior, las otras líneas de evolución son más sensitivas que la humanidad. Debido a que el hombre está mayormente dedicado al desarrollo de su mente inferior, y debido a que durante mucho tiempo ha descuidado el lado oculto de las cosas encerrándose por completo en sí mismo, en realidad, y por lo general,

es menos sensitivo que los seres de evolución inferior. He conocido gatos y perros más sensitivos a las influencias superiores que muchos seres humanos: no quiero decir que puedan alcanzar más beneficios de esas influencias, pero sí que las advierten en casos en que para el hombre pasan desapercibidas.

Cuando el Señor venga, con toda seguridad seguirá la línea de experimentación practicada por los que hicieron la preparación y la conducirá a feliz término, y por eso es probable que deje este mundo en condiciones completamente distintas a las de su llegada. No sólo predicará su religión, sino que muy bien puede ocurrir que se introduzcan muchas otras reformas como consecuencia de su enseñanza. No se puede decir nada de una manera clara, desde luego, porque es probable que, ahora como antes, haya oposición.

No creo que se pueda afirmar que vaya a arrastrar al mundo con su prédica. Probablemente tengan que venir muchos maestros antes de que su doctrina pura logre la aceptación del mundo en general. Cuando vino hace dos mis años, el mundo apenas tuvo conocimiento de Él. Es de suponer que la vida del Maestro y de los que colaboren con Él no será cosa fácil. El mundo en general siempre está dispuesto a inventarse y a hacer circular informes mal intencionados, de modo que hemos de estar preparados para afrontar gran cantidad de molestias y contrariedades, si no algo peor. Los intereses creados se sentirán hostigados por las reformas que Él pueda proponer. Estos mismos intereses lo asesinaron la vez pasada, sólo a los tres años de haber comenzado su prédica. No sabemos que ocurrirá esta vez, pero confiamos en que, por lo menos, en cada país exista un núcleo de gente que consiga que le sea útil permanecer entre nosotros más de tres años. La Orden de la Estrella de Oriente se ha puesto claramente a trabajar para preparar su venida, con un absoluto conocimiento de lo que esto significa y de los probables alineamientos de sus enseñanzas. Es posible que haya otros muchos individuos u organizaciones inspiradas en el mismo trabajo y probablemente sin los medios de obtener los conocimientos que nos ha tocado en suerte alcanzar. Esperamos que nuestro servicio haga posible lo que antes no lo fue. Lo esperamos, pero no lo sabemos. Lo único que nos corresponde es

trabajar de la mejor manera posible.

Aquellos que, por el karma, están destinados a trabajar con el gran Señor del Amor, están ahora encarnando necesariamente. Como resultado y con frecuencia, sabemos a menudo del nacimiento de niños extraordinarios. Tienen que nacer ahora para que se hallen en la plenitud de su vida cuando Él llegue. Es muy probable que existan algunas diferencias con los demás niños, y no debe sorprendernos saber que algunos jóvenes recuerden sus nacimientos previos o que tengan otras experiencias suprafísicas; todo esto es perfectamente natural y cabe esperarlo por la época especial en que vivimos. La Doctora Besant orientó en alguna ocasión sobre la forma de comportarse cuando se presente algún caso semejante. Dijo:

“No hay que excitarse mucho con relación a estas cosas, y no hay que dar por sentado demasiado pronto el que esos niños hayan sido aquella u otra persona, porque son una rara excepción los que conocen quienes fueron en sus vidas pasadas. Hay que tener en cuenta que los niños de este tipo son extraordinariamente sensitivos, por lo que hay que extremar la bondad y la amabilidad con ellos. No hay que tener para ellos palabras o actitudes bruscas de ningún tipo, porque están dotados de una sensibilidad mucho más delicada que la de los niños corrientes. Hay que alejarlos de multitudes y de vecindades inconvenientes. No hay que dejarles que conozcan más que a unas cuantas personas y hay que rodearles de un magnetismo armónico que no debe cambiarse con demasiada frecuencia. No hay que enviarlos a la escuela, sino que hay que mantenerlos en una atmósfera doméstica de cordialidad.”

A.B. -Aquí el Maestro da otra razón por la que no debemos desear obtener poderes psíquicos; el tiempo y la energía que se necesita para ello pueden emplearse en trabajos a favor de los demás. Observad con cuánta insistencia el Maestro señala que nuestro interés debe estar dedicado siempre al servicio, y a la liberación de todas las formas de egoísmo. En lugar de emplear el tiempo y la energía para adquirir poderes psíquicos en beneficio propio, hay que emplearlos en el servicio a los que nos rodean. Si el Maestro advierte que ya utilizáis todo el poder que tenéis en servicio de los demás, de tal modo que ya

se os pueda confiar un poder mayor porque existe la certeza de que lo usaréis en forma desinteresada, se hará cargo de ello. Si podéis decir, sinceramente, que estáis utilizando de manera altruista todas las facultades de las que disponéis, podéis tener la seguridad de que ya estáis a punto de recibir nuevos poderes. Pero son muy pocos los que pueden decir eso, y si no podéis ser de esos, entonces poneros a trabajar hasta conseguir esa condición.

Ese es el significado de la parábola de los talentos que se puede interpretar tanto dando a la palabra talento su sentido literal, como el antiguo u original de cierta medida o peso de moneda. Un hombre emprendió un viaje y dejó a sus sirvientes una cantidad de dinero: a uno le dio cinco talentos, a otro dos, y a un tercero, uno nada más. A su regreso preguntó que uso se había hecho de sus talentos. Los que recibieron cinco y dos talentos, respectivamente, habían comerciado con ellos y podían reembolsarlos con interés. Pero el sirviente que recibió sólo un talento, lo había guardado y sólo pudo devolverlo sin aumento. El patrón se lo quitó, mientras que a los otros dos criados que le sirvieron con lealtad en cosas pequeñas, les dio autoridad en muchas cosas más. Y dijo:

“A todo el que tiene le será dado y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.” — (San Mateo 25:29)

Esto parece paradójico, pero el sentido oculto de estas palabras es muy claro. Al que use sus poderes plenamente, más le será otorgado; al que no los use, y por lo tanto, desde el punto de vista oculto no los posea, perderá incluso la posibilidad de utilizarlos; se le atrofiarán.

Nadie puede lamentarse por no recibir de los Maestros toda la ayuda a la que piensa que es acreedor. Sólo existe un medio para ponerse en contacto con los grandes Maestros y éste no es otro que el de ser útiles a nuestro prójimo. Eso es lo único que los Maestros tienen en cuenta; no miran la capacidad de la persona, sino su utilidad. Me puse en contacto con mi Maestro en esta encarnación cuando no sabía de su existencia y, por lo tanto, ni siquiera pensaba en llegar hasta él. Es cierto que durante muchas vidas ya había sido su discípulo, pero no fue eso lo que motivó que Él se me revelara; lo hizo porque yo estaba realizando el máximo esfuerzo para ayudar a los que estaban cerca de

mí -al pobre, al miserable, al fracasado; porque para Él era satisfactorio derramar influencia sobre mí, puesto que yo la hacía llegar a millares.

Y por eso, en lugar de estar clamando al Maestro en vuestras meditaciones pidiéndole que se os revele, mirad que trabajo útil hay que hacer en vuestra ciudad o en vuestro pueblo y hacedlo. Al Maestro no le interesa que su instrumento sepa o no que Él lo está utilizando. Hay muchos seres esparcidos por todo el mundo que están prestando ayuda a los demás, que están siendo inspirados por el Maestro. Muchos hay fuera de la Sociedad Teosófica que también reciben esa inspiración.

“Los poderes llegarán en el transcurso del desarrollo -deben llegar; y si el Maestro ve que sería útil para vosotros el que los tu viérais antes, os enseñará a desarrollarlos sin peligro.

Hasta entonces, estáis mejor sin ellos.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Con frecuencia se oye decir: “Yo se de esos maravillosos poderes que hacen a sus poseedores mucho más útiles. Me gustaría poseerlos.” No es nada censurable, pero es preferible seguir el consejo que se nos da aquí y esperar que lleguen de manera natural, o incluso hasta que el Maestro nos diga cómo desarrollarlos. ¿estará él dispuesto a hacerlo? sí; cuando estemos listos. Mi propia experiencia me lo confirma. Yo no tenía ninguno de esos poderes, ni tampoco pensaba en adquirirlos, porque en los primeros tiempos de nuestro movimiento creíamos que para desarrollarlos era indispensable haber nacido con algunas condiciones psíquicas y yo no tenía ninguna. Sin embargo, un día, en un viaje que hice a Adyar, el Maestro me hizo una sugerencia en ese sentido. Me aconsejó que realizara una determinada clase de meditación, y me dijo: “Entiendo que obtendrás buenos resultados” Hice la prueba y los obtuve. Lo mismo se le dirá a todo aquel que trabaje en pro del Maestro cuando llegue su momento. Podemos estar seguros de ello. De qué manera nos hará conocer su deseo, no podemos predecirlo, pero, de algún modo, lo hará.

El medio más indicado para prepararse para ese esfuerzo, con seguridad que es el de utilizar plenamente los poderes que ya poseemos. Cualquier persona que lo esté haciendo, sin pensamientos

egoístas, estará en vías de recibir nuevos poderes.

De nuevo volvemos a la parábola de los talentos. Recordad que los que hicieron un buen uso de sus talentos pudieron seguir adelante y les fue confiado un trabajo más grande: se les dijo:

“Has sido fiel en las cosas pequeñas; te confiaré otras muchas cosas; entra en el gozo de tu Señor.” – (San Mateo 25:23)

Son muy pocos los que se detienen a pensar en el significado de estas palabras -el gozo del Logos; el gozo de los Maestros. No es un placer, no es una vaga felicidad, no es la entrada en el cielo. Su gozo es la creación de los mundos; es el festín de Baco en los Misterios griegos y de Shri Krishna entre los hindúes.

El Logos decidió emprender el maravilloso trabajo de la evolución; ese es el gozo de nuestro Señor; el gozo de llevar a cabo este plan estupendo de derramar su amor sobre el universo; y si estamos preparados para entrar en el gozo del Señor, tenemos que compartir este trabajo y la felicidad que esto entraña. Si no utilizamos todos los poderes que ya tenemos, el Maestro no nos dará su ayuda para obtener otros. Esperará hasta ver que estamos ya haciendo pleno uso de lo que tenemos. La gente no siempre comprende esto. Quieren convertirse en trabajadores invisibles, a los que nosotros les decimos: “Sed primeramente trabajadores visibles. Si toda vuestra vida está llena de deseos de colaborar en el plano físico donde sois plenamente conscientes, tened la seguridad de que también seréis útiles en los otros planos.”

Pequeños Deseos

“Debéis precaveros también contra algunos pequeños deseos que son corrientes en la vida diaria. No deseéis jamás brillar o aparecer como inteligentes.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Son muchos los que desean pasar por inteligentes, destacarse entre los demás. Pero quien haya visto al Maestro cara a cara ya no puede pensar en distinguirse personalmente. El que ha visto esa gloria se da cuenta al instante de que todo el brillo que él pueda producir no es sino una débil lucecita comparada con el sol. Esa idea no se le ocurre ya, y si la tuvo, se extingue en él. El que imagina que su pequeña lucecita puede deslumbrar al mundo es que no ha percibido luces elevadas y no tiene puntos de comparación.

No obstante, para servir al Maestro, hemos de utilizar todas las cualidades que tenemos de todas las maneras posibles. Las luces con las que contamos no han de permanecer ocultas bajo el celemín. No sólo es necesario el poderoso faro del Maestro del Mundo; también lo es que iluminen la costa las lucecitas. Tan brillante es la luz del faro que muchos se deslumbran; y hay quienes nunca levantan la mirada y no advierten su existencia. Para éstos sirven las luces menores, más al alcance de su comprensión. Podríamos ayudar mucho a los que no se encuentran en condiciones de recibir la ayuda de los Grandes Seres. Cada uno ocupa su lugar, pero no hay que desear brillar para satisfacción personal; eso sería ridículo.

“No tengáis ganas de hablar. Es bueno hablar poco; todavía es mejor guardar silencio, a menos que estéis completamente seguros de que lo que queréis decir es verdadero, bueno y provechoso. Antes de hablar mal pensad cuidadosamente si lo que vais a decir posee estas tres cualidades; si no es así, no digáis nada.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Los que gustan de estar hablando constantemente, no siempre pueden decir cosas sensatas y es por eso que dicen cosas que más valdría no oír, y contribuyen a incrementar la tremenda murmuración

que existe en el mundo. Y de ese modo ocasionan grandes males al dejarse dominar por la lengua, en lugar de ser ellos los que la dominan. Y aquí tenemos una enseñanza que con frecuencia he oído decir al Maestro: piensa antes de hablar si lo que vas a decir es cierto, bondadoso y capaz de ayudar, y si no posee estas tres condiciones, cállate. Esto te hará tardo para hablar y gradualmente iras advirtiéndolo que hablas menos, lo cual es muy conveniente.

Las personas que hablan mucho desperdician las energías que deberían emplear en cosas útiles. Por lo general, el que habla mucho trabaja poco. Tal vez pensareis que estas indicaciones sobre el hablar podrían aplicarse muy bien a mi persona, puesto que siempre estoy dando conferencias. Pero, aparte de mi trabajo, no hablo mucho. He perdido la capacidad de hablar de fruslerías, por lo cual es frecuente que los demás se sientan desconcertados ante mi silencio. En Occidente, y con frecuencia, tengo que esforzarme para hablar, porque el silencio se toma como aspereza de carácter, como orgullo o como muestra de pocos deseos de agradar. Como es natural, carezco de facilidad de expresión cuando no tengo nada definido y útil que decir. Hablad, pues, cuando tengáis buenas razones para ello; cuando lo que vais a decir sea conveniente, cuando el hablar sea consecuencia de vuestra amabilidad hacia los demás, No es este tipo de hablar lo que debe evitarse, sino el hablar inútil. Cada palabra inútil es un ladrillo que vais colocando en la pared que os separa del Maestro, y esta es una consideración seria para los que quieren llegar hasta Él.

El que habla mucho no puede decir verdad. Es posible que no diga falsedades de manera consciente e intencionada, pero no siempre podrá hablar con exactitud, y la inexactitud es una falsedad. Es difícil hallar algo peor que vivir en una atmósfera de falsedad como la que se crea cuando se dicen inexactitudes. Con frecuencia recibo cartas que son un montón de palabrería con algo de realidad en el centro. En todas las cuestiones de la vida corriente aprendemos a prescindir de las exageraciones: cuando recibo cartas quejándose de otras personas - y recibo muchas de esta clase- juzgo la base que puedan tener, en primer lugar, por mi conocimiento del carácter del que escribe e interpretando también el estado de ánimo en que pudo haber estado al

escribirlas. El Manú dijo que el que ha dominado la lengua lo ha dominado todo, y un instructor cristiano dijo:

“La lengua es un miembro pequeño que se jacta de grandes cosas. Mirad que grandes incendios produce una chispa. Y la lengua es un incendio: un mundo de iniquidad; la lengua es, entre todos nuestros miembros, la que ensucia todo el cuerpo.”

— (Santiago 3: 5-6)

Dominar la lengua es dominar la naturaleza inferior. Los pequeños inconvenientes con que tropieza el hombre son, en su mayoría, el resultado de sus palabras ociosas; la reacción que producen. Los dolores de cabeza, las indisposiciones, la depresión, etc. son sus resultados. Si las personas que sufren esas contrariedades practicaran el silencio, su salud física mejoraría muy pronto, tanto porque ya no desperdiciarían su energía nerviosa que derrochan con su charlatanería, como porque no estarían pagando constantemente las deudas kármicas que resultan de su palabrería ociosa. Hemos de recordar que Pitágoras exigía a sus discípulos dos años de silencio; hemos de dar importancia a este hecho porque él fue el Maestro al que ahora conocemos con el nombre de Kuthumi, el instructor de Alcyone y también de monseñor Leadbeater.

En la India hay muchos yoguis llamados *munis*, que han hecho voto de silencio, como su nombre indica. En ese país siempre se ha reconocido la importancia del silencio. Conozco a una persona que ha dado cumplimiento a esos votos durante diez años, de lo que ha derivado una gran paz y dignidad porque ha podido conducir su vida mucho más espiritualmente que si no lo hubiera hecho. Mientras vivamos en el mundo es evidente que, para la mayoría de nosotros, resultaría imposible cumplir un voto semejante, porque estamos obligados a hacer en él trabajos de todo tipo; pero sí que podemos y debemos seguir el espíritu de esta enseñanza, guardando silencio siempre que podamos, sin ofender a los demás.

La necesidad de observar y juzgar constantemente nuestros actos también es válida como entrenamiento para un mayor recogimiento. Tenemos que decir algo, pero, de antemano, decidimos no decir más de lo que sea justo para la regla de bondad y utilidad. Hacerse el

propósito de cumplir con esta regla durante todo un día, es una buena práctica; decidir por la mañana no pronunciar una sola palabra ociosa durante todo el día; así, por lo menos, se habrá conseguido vivir bien un día. Nuestros hermanos jainos utilizan esta clase de ejercicios para entrenarse en la observación de sí mismos y en el control de la memoria: por la mañana se proponen no hacer determinada cosa durante todo el día, aunque esa cosa carezca en absoluto de importancia; al observarse a sí mismos de ese modo, van adquiriendo la costumbre de controlar sus hábitos y sus inclinaciones, lo que viene a traducirse como la extinción del hábito de la negligencia. El Señor Buddha insistió mucho en este defecto de la negligencia en la conducta, es decir, en la falta de reflexión que hace que la persona cometa tantos disparates.

C.W.L. -Los que ocupan todo su tiempo en ociosa locuacidad, no siempre hablan de manera inteligente y útil; más todavía, no pueden ser sinceros. Los que siempre están hablando a la ligera, dicen necesariamente algunas cosas que no son ciertas, aunque esas falsedades no sean intencionadas. Dicen toda clase de inexactitudes, y luego se disculpan diciendo: “No tuve la intención de falsear, por consiguiente no tiene importancia.” Lo que produce resultados no es lo que se quiere hacer, sino lo que se hace. Si cometéis una torpeza, no altera el carácter de la misma el hecho de que no haya habido mala intención; el karma no se modifica por esta circunstancia. La buena intención, si es de carácter claro, puede aportar sus beneficios: pero la torpeza cometida acarreará mal karma físico. Cuando una persona dice algo y luego se corrige: “Sí, me equivoqué; esto no era así.” ha dicho una falsedad aun cuando fuera sin intención; pero, sea como sea, ha hecho una afirmación falsa. Disculparse diciendo que no tenía intención de decir una falsedad es como tratar de disculparse por haber disparado contra otro accidentalmente diciendo que no sabía que la escopeta estaba cargada. Debía haberse dado por supuesto que el arma estaba cargada hasta cerciorarse de que realmente no lo estaba.

Sería una práctica muy conveniente decidirse a asegurarse de no haber dicho nada durante el día que no fuera verdadero, bondadoso y

útil. Estaríamos todo el día muy silenciosos, pero seguramente el mundo no perdería gran cosa por ello, y sería muy conveniente para nosotros. Desde luego que de esta manera no podríamos mantener una conversación rápida y animada, porque tendríamos que detenernos continuamente para pensar. Estas reglas se basan en las leyes de una moral superior, y el que quiera hacer rápidos progresos debe tratar de ponerlas en práctica. Debe modificar su carácter para estar en condiciones de observarlas, aunque ello le conduzca a entrar en conflicto con los métodos de la vida mundana. Esto puede parecer quizá muy rígido: pero, si después de examinarlo con detalle, encontramos que lo que nos exige una vida superior es demasiado duro, tendremos que esperar una o dos vidas más, antes de poder lograr verdaderos progresos. No es posible hacer las dos cosas: llevar una vida fácil sin hacer ningún esfuerzo, y lograr un rápido progreso; pero sí que podemos hacer una sola de las dos, y no podemos hacer ningún reproche al que estime que todavía no puede realizar los esfuerzos necesarios.

“Es bueno llegar a acostumbrarse, desde el primer momento, a pensar cuidadosamente antes de hablar; porque cuando alcancéis la iniciación debéis fijaros en cada palabra, no sea que digáis lo que no debe decirse.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esto podría causar confusión al que no conozca los hechos referentes a la Iniciación. Si alguien pensara en divulgar lo que constituye realmente un secreto de la iniciación, antes de pronunciar las palabras habría olvidado lo que constituye el secreto. Así es como lo que realmente es secreto queda perfectamente a salvo; nunca ha sido divulgado y nunca podrá serlo. Pero si existe un gran peligro para el iniciado que sea irreflexivo en sus palabras, porque puede colocarse en una situación muy embarazosa. A mí se me ha confiado determinada información de diversas clases en la que no puedo ver peligro alguno si se publicara en los periódicos; pero se me dijo que no la divulgara, y así lo hago: no sé por qué se me exigió ese secreto. Una promesa es una promesa y debe cumplirse como cosa sagrada. Si algunos no están de acuerdo con esa actitud sobre estas cosas, sería preferible que abandonaran de inmediato todo pensamiento de

progreso oculto.

“Mucho de lo que se habla corrientemente es innecesario y necio; cuando se trata de chismes, es dañino.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Con frecuencia, lo que nosotros calificamos de charla innecesaria se sostiene con el propósito de proporcionar a los demás un rato agradable, puede ser que esto no sea nada más que la mala costumbre de pasar el tiempo charlando, cuando podríamos ocuparlo mucho más útilmente en pensar. Sin duda existen ocasiones en las que nos vemos obligados a decir algo que no es absolutamente necesario para complacer a los que podrían interpretar mal nuestro persistente silencio. Pero, además de esto, hay mucha charla innecesaria que no persigue los fines anteriores, sino que es sólo hablar por hablar, lo cual es una tontería. Los verdaderos amigos pueden guardar silencio y, sin embargo, disfrutar de la mutua compañía, existiendo una íntima comunión de pensamiento: pero si se trata de personas que se angustian cuando la conversación se interrumpe, será indispensable seguir hablando constantemente, lo cual será motivo de que se digan muchas cosas que sería mejor silenciar. Las personas muy locuaces no son sabias y, por regla general, no son buenos pensadores.

“De modo que más vale que os acostumbréis a escuchar, más bien que hablar: no expongáis opiniones a menos que se os pidan directamente.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Hay muchas personas que no pueden oír una cosa que les parezca errónea o incompleta sin contradecir inmediatamente, dando pie así a discusiones y desarmonías. Hemos de comprender que no nos corresponde corregir opiniones ni rectificar a nadie que pueda estar equivocado. Lo que si nos corresponde es buscar la ocasión para ayudar a los demás en forma mesurada, y si se nos pregunta nuestra opinión sobre cualquier asunto, exponerla con calma y ecuanimidad, no con espíritu de oposición. No debemos presuponer que nuestra opinión sea de gran interés para los demás; muchas veces no lo es y, por consiguiente, es una torpeza exteriorizarla. Una persona puede estar completamente segura de que una cosa presenta un aspecto determinado y nosotros podemos saber muy bien que esto no es así; pero lo más conveniente es dejarla hablar, porque es posible que esto

le agrade y a nosotros no nos perjudica con ello. Puede creer que la tierra es plana o que el sol gira a su alrededor; cosa que sólo a él le incumbe. Si uno se hallara en las condiciones de un maestro de escuela encargado de corregir a los niños, debería corregirlos con calma y dulzura; ese sería su deber, pero no hay nadie que desempeñe el papel de maestro de escuela del público en general.

Desde luego, al oír una acusación contra alguien, nuestro deber es decir: “Perdone usted, pero no está en lo cierto: eso no es verdad”, y hasta donde sea posible exponer la verdad ante la gente. Esto tendría lugar en el caso de una persona indefensa; sería nuestro deber el defenderla.

“En resumen, pues, las cualidades son: saber, osar, querer y callar; y la última de las cuatro es la más dura de todas.” – (A los
Pies del Maestro)

C.W.L. -Los Rosacruces sostienen que el que desee progresar en ocultismo tiene que decidirse a: saber, osar, querer y callar. Hemos de conocer las verdades de la naturaleza y atrevernos a servirnos de ellas. Para usar los grandes poderes que nos sean otorgados, hemos de contar con una voluntad fuerte que pueda controlarlos y, al mismo tiempo, controlarnos a nosotros mismos. Y entonces, cuando podamos hacer todo esto, debemos saber lo suficiente para silenciarlo.

Ocúpate de tus Asuntos

“Otro deseo muy común que debéis reprimir seriamente, es el de inmiscuirnos en los asuntos de los demás. Lo que otro haga o diga o crea, no es cuestión vuestra, y debéis aprender a dejarle completamente solo. Él tiene perfecto derecho a pensar, hablar y actuar libremente, mientras no interfiera con los demás. Vosotros mismos reclamáis la libertad de hacer lo que creéis que es mejor; a él debéis concederle la misma libertad, y cuando la ejerza, no tenéis ningún derecho a hablar de él.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -No debemos intervenir estorbando las creencias y las acciones de los demás mientras esas acciones, obviamente, no redunden en perjuicio de los demás. Si una persona actúa de una forma inadecuada para sus vecinos, nuestro deber, en algunos casos, puede ser hacerle una sugerencia; pero, incluso en esas circunstancias, es preferible que las cosas sigan su curso hasta que se arreglen por sí mismas.

Los anglosajones presumimos mucho de la libertad; pero estamos muy lejos de ser realmente libres, porque estamos dominados por la costumbre en un grado casi inconcebible. No podemos vestir como nos plazca, ni salir de paseo cuando quisiéramos. Para algunos, sería preferible vestirse al estilo griego -probablemente una de las formas más hermosas de vestir- pero si alguien vistiese la túnica y saliera a la calle, se vería rodeado por la multitud y, posiblemente, sería arrestado por interrumpir el tráfico. En cualquier país realmente libre, podríamos vestir y actuar como nos viniera en gana, siempre que nuestra conducta no fuera causa de molestias para los demás. Pero, en realidad, no gozamos de una verdadera libertad; no podemos desviarnos de la línea que siguen los demás, o por lo menos, sólo podemos desviarnos muy ligeramente, porque de lo contrario se originan muchas molestias y contrariedades. Es lamentable, porque una libertad verdadera sería muy conveniente para todos, especialmente para los que sienten la inclinación de meterse en los

asuntos ajenos.

A.B. -Pienso que la mayoría de nosotros sentimos tanto entusiasmo y estamos tan convencidos del valor de lo que hemos aprendido, tan convencidos de su gran importancia, que deseamos que los demás piensen como nosotros: y a veces incluso queremos forzarles a ello. Este es un defecto de casi todos aquellos que tenemos un temperamento entusiasta. Pero el hombre sólo puede aceptar con agrado lo que ya tiene en su interior, aunque ese conocimiento no haya llegado hasta su cerebro y, por lo tanto, no pueda darle plena voz. Mientras no llegue a ese estado preliminar no está en condiciones de aceptar una verdad que se le presente desde el exterior, y tratar de imponérsela es hacerle más mal que bien.

Igualmente, la conciencia no puede crearse desde fuera; sólo es el fruto de la experiencia pasada. Por consiguiente, la aceptación de toda enseñanza y consejo implica que la presentación externa ha puesto en movimiento el conocimiento poseído por el hombre interno, y que este conocimiento ha llegado hasta el cerebro. Todo lo que un instructor puede hacer en esas condiciones es hacer llegar al plano físico del hombre el conocimiento que ya posee en otros planos. Uno de los grandes Maestros ha hecho observar que muchas personas reciben el conocimiento teosófico fuera de sus cuerpos, mientras duermen. El hombre real aprende de esa manera, y el conocimiento así adquirido puede volver a dársele un instructor del plano físico con palabras que le ayuden para que ese conocimiento llegue a su cerebro. Eso es todo lo que el instructor del plano físico puede hacer.

Tenemos que llegar a comprender, por medio de sucesivos desengaños, que no podemos conducir por un camino a alguien que no esté preparado para recorrerlo, y así es como vamos adquiriendo mucha calma y nos preparamos para prestar nuestra ayuda cuando esta pueda resultar útil, suspendiendo nuestra actividad y estando a la espera, cuando no podamos ayudar, esto es, cuando la persona no se beneficie de nuestra ayuda. Esa actitud es juzgada por el ignorante como indiferencia, cuando la verdad es que la persona más avanzada sabe perfectamente cuando puede ayudar y cuando no.

Los que no están preparados para determinar con exactitud cuándo

pueden ayudar, deben seguir una política de tanteo. Sugerid un pensamiento: si es recibido con indiferencia, o si es rechazado, podréis ver que la persona a la que os dirigís no está en condiciones de recibir vuestra ayuda. Después podéis esperar o podéis iniciar otro camino, según el caso. Esto es mucho mejor que querer imponer lo que sabéis. No agobiéis a esa persona mentalmente vertiendo sobre ella todos vuestros conocimientos y confundiéndola con ellos. Nos gusta pedir la libertad para nosotros, pero nos negamos a concedérsela a los demás. Este fallo es serio, porque los demás tienen el mismo derecho que nosotros para formarse sus puntos de vista y expresarlos.

Suele presentarse el fallo inverso. No lleguéis al extremo de pensar que tenéis la obligación de aceptar las opiniones ajenas. Estáis en el más completo derecho para no aceptarlas. Podéis decir sinceramente: “No, no estoy de acuerdo con eso”, o bien podéis guardar silencio; pero lo que no podéis hacer es atacar a otro porque éste no acepte vuestra opinión. Cuando oigáis a alguna persona hacer una afirmación, utilizad en primer lugar vuestro sentido común; serviros de vuestra razón al oír cualquier aseveración. Dejad libres a los demás, pero no os esclavicéis vosotros.

“Si pensáis que se equivoca, y podéis hallar una oportunidad para decirle privadamente y de un modo delicado por qué pensáis así, posible que podáis convencerle; pero hay muchos casos en los que, incluso eso, sería una intervención inadecuada. Por ningún motivo debéis comentar la cuestión con una tercera persona porque ésa es una acción muy ruin.”

— (A los Pies del Maestro)

A.B. -En ocasiones podéis ayudar a alguna persona de quien sepáis que está procediendo en forma no acorde con la moralidad; pero en esos casos se requiere una gran circunspección, porque es sumamente fácil causar más daño que beneficio. Sólo puede tratarse de prestar ayuda en esas condiciones en forma privada y muy amistosa, tal como el Maestro lo indica. Si la persona de quien se trata es testaruda en sus opiniones, dejadla que aprenda por experiencia propia, muy buena maestra por fortuna.

Si una persona sostiene una idea equivocada y os la expone, no es

necesario decirle que está en un error, a menos de tener la seguridad de que tiene más confianza en vuestro juicio que en el suyo propio, o por lo menos de que habrá de considerar seriamente lo que vosotros le digáis; en muchos casos se pondrá en condiciones de no encontrar su error por sí mismo, y vale más dejar que así suceda. Con frecuencia me visitan algunas personas para darme a conocer acontecimientos que van a ocurrir, según sus creencias; por lo general, las escucho con calma y atentamente y sin expresar ninguna crítica. Cuando la profecía no se cumple, la persona que la hizo advierte su error, pero uno la deja que saque sus conclusiones por sí mismo. Es inevitable que sucedan estas cosas cuando muchas personas se están poniendo en contacto con el ocultismo. Muchas veces caen en confusiones porque gran parte del andamiaje de sus juicios derrumba y muchos vislumbran que su criterio se está destruyendo en medio de los terremotos que están ocurriendo. Lo único que hay que hacer en esas circunstancias es mantenerse en calma, firmes y serenos; gradualmente las cosas se irán poniendo en claro; lo que es falso, pasará; las cosas reales subsistirán.

“Si presenciáis un caso de crueldad hacia un niño o hacia un animal, vuestro deber es intervenir.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -En un caso de crueldad con un niño o con un animal, nuestro deber es intervenir, porque el fuerte está abusando del débil, que debe ser protegido, ya que no puede hacerlo por sí mismo. Por lo tanto, en cualquier caso en que se esté maltratando a un niño o a un animal, el deber del más fuerte es intervenir para no dejar que se infrinjan los derechos del débil, ni que se le despoje de su libertad. Así pues. intervenid siempre que presenciéis una crueldad con un niño y tratad de que vuestra intervención sea efectiva.

“Si veis que alguien quebranta las leyes del país, debéis informar a las autoridades.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Se ha hablado mucho de este pasaje y son varios los que omiten acatarlo. Es un caso curioso, porque es una realidad que el que oculta un crimen, ya sea antes o después de cometido, es un cómplice del hecho, y la Ley así lo estima. Hay quien dice: “¿Pero es que vamos a convertirnos en espías para ver si se infringe la Ley?”

Evidentemente, no: nadie os ha designado como detectives para ver si

se viola la ley.

La ley constituye la cohesión de un país; establece el orden en bien de todos; por consiguiente, el deber de todo ciudadano es apoyarla. Además, es preciso tener sentido común. Nadie está obligado a obedecer leyes anticuadas aunque sigan vigentes en el código. Ni es necesario que nadie se dedique a poner sobre aviso a las autoridades sobre infracciones insignificantes. Tomemos, por ejemplo, el caso de violación de la propiedad ajena. Si veis que una persona cruza un pasaje de un parque privado, pienso que no estáis obligados a denunciar esa minucia. Si se os pregunta sobre ello, desde luego estáis obligados a declararlo. Examinemos el contrabando aduanero. Tengo que aceptar que todo buen ciudadano tiene que cumplir la ley de aduanas y no efectuar ningún contrabando. Asimismo, debo señalar que si vemos que algún viajero está pasando de contrabando alguna mercancía, como cigarrillos o algo así, no es preciso que informemos a las autoridades, porque la infracción no daña a nadie.

Por lo que a mí se refiere, reconozco que no debo violar esa ley, porque si es ley, hay que cumplirla y si es una mala ley hay que utilizar los medios constitucionales para cambiarla. Tenemos algunas leyes que son difíciles de cumplir. En muchas partes es obligatoria la vacunación. Personalmente me opongo a dejarme vacunar y me niego a someterme a esa ley, excepto en casos de fuerza mayor. Tengo que estar dispuesto a ir a prisión antes que permitirlo, porque es una cosa indebida. Todas estas cosas son una cuestión personal en la que cada uno tiene que obrar según su razonamiento.

En la India se establece de forma clara cuáles son los crímenes que deben denunciarse; evidentemente, deben denunciarse todos los crímenes serios. El que presencia un asesinato o un robo tiene el deber de denunciarlo, pero por lo que respecta a una infinidad de pequeñas infracciones, en la India no se considera a nadie cómplice de las mismas por el hecho de no haberlas denunciado.

A.B. -Siempre que se conoce una infracción es deber de todo ciudadano oponerse a ella. Es uno de los deberes elementales de la ciudadanía. El otro día se presentó una objeción contra esa enseñanza. Un estudiante vino a decirme que en este libro había algo que él no

podía aceptar: pensaba que equivalía a una sugerencia en el sentido de que debíamos estar espiando constantemente y acechando los asuntos ajenos. No hay nada de eso, desde luego: pero sí que cuando sabemos que se ha infringido la ley hemos de intervenir porque la ley es la que cohesiona a un país; la que establece y mantiene el orden y la que proporciona unidad a la población. Por lo tanto, es deber de un ciudadano apoyarla; nadie tiene derecho a ocultar que va a cometerse un crimen, porque el que hace eso, participa en el mismo. Está reconocido legalmente que a la persona que tiene conocimiento de un crimen y no lo denuncia se la considera legalmente cómplice y estará sujeta a las penas legales. Deduje que mi objetor no midió bien sus palabras, puesto que un país cuyos ciudadanos no aceptan este simple deber, ni lo cumplen, degenera por falta de espíritu cívico.

“Si tenéis a vuestro cargo la instrucción de otra persona, puede ser deber vuestro hablarle amablemente de sus faltas.”

— (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esto es evidente. Se nos encarga que cuidemos de un niño, de un alumno, de un sirviente, porque somos mayores de edad y tenemos más conocimientos. Si no les advertimos para nada de las faltas que cometen se pierde la ventaja de nuestro conocimiento y de nuestra experiencia; es por eso que si faltamos a nuestro deber no hacemos lo que se nos ha encomendado.

“Excepto en esos casos, no os metáis en los asuntos de los demás y aprended la virtud del silencio.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Pensad en lo distinta que sería la sociedad si este consejo se pusiese en práctica. En lugar de estar constantemente en guardia contra sus vecinos, cada uno podría vivir su vida franca y libremente, porque todos dejaríamos actuar a los demás como lo estimaran conveniente, y la tolerancia y la buena voluntad mutuas substituirían al intervencionismo y a la maledicencia. Nuestra quinta raza, que es la que ahora domina en el mundo, es agresiva, combativa y de espíritu crítico; pero hemos de esforzarnos por vivir la vida de la raza futura, la sexta raza-raíz, a la que debe llegarse por la tolerancia y por la buena voluntad en activo. Esto nos conducirá hasta la idea generalizada de la fraternidad, sobre la cual tendrá que establecerse la sexta raza.

C.W.L. -No parece una cosa muy difícil ocuparse de los propios asuntos, pero son muy pocos los que lo hacen. Esto significa que la intervención y la maledicencia, por desgracia tan corrientes en la actualidad, deben ser reemplazadas por una actitud general de tolerancia y buena voluntad. Si alguien hace algo fuera de lo normal, me temo que mucha gente llega de inmediato a la conclusión de que lo impulsan motivos insanos. Esta no es una conclusión correcta; esa persona puede que tenga sus razones particulares, y sea como sea, a menos que su conducta sea totalmente incorrecta o molesta para los demás, debemos dejar que prosiga su camino y que actúe como mejor le parezca.

Como muchos de los demás defectos comunes en nuestros días, esto es el resultado de un exceso de las prerrogativas de la quinta raza y de la quinta sub-raza. Nuestra raza está desarrollando las facultades críticas de la mente inferior y esto, llevado al extremo, nos hace proclives a la agresividad, a la combatividad y a la discusión. Se espera de los que aspiran a conseguir un progreso oculto que cultiven la cualidad de buddhi, la cualidad que une, la que sintetiza, en lugar de analizar, y la que trata de hallar los puntos de convergencia en lugar de los de divergencia. El desarrollo de esa cualidad será el trabajo de la sexta raza-raíz y, de una manera subsidiaria, de la sexta sub-raza que ya está alboreando en América, Australia y en algunos otros lugares.

La Sociedad Teosófica proclama la idea de la fraternidad, y un medio de practicarla es buscar lo que merece elogio, no lo que entraña censura. Si se busca, en todos los hombres y en todas las cosas puede encontrarse algo digno de elogio y algo merecedor de censura; y todas las razones están a favor de los que buscan las buenas cualidades, no las cosas dignas de reproche. Tendríamos que aspirar a esto para encontrar un equilibrio; dejemos la tarea de buscar defectos al resto de los mortales que, con seguridad, seguirán haciendo este trabajo con más gusto del que podríamos tener nosotros. Es muy válido el ejercicio de ir buscando las cosas buenas, porque mientras no empecemos con esta práctica, no comprenderemos en realidad las muchas cosas buenas que hay en todos los seres. Cuando lo hagamos empezaremos a encontrar toda clase de hermosas cualidades en personas que hemos

venido juzgando desfavorablemente. Es fácil formarse opinión de alguna persona a la que no conocemos bien, basándola únicamente en una o dos cosas; si algún día la encontramos llena de ira, la juzgamos como persona irritable: si la encontramos alguna vez descontenta, la calificamos ya entre las personas de mal carácter. Es probable que hayamos tropezado con esa persona en un mal momento y que su vida, en general, no esté tan teñida de esos defectos como suponemos.

Si, inevitablemente, tenemos que equivocarnos algunas veces, que sea del lado bueno; concedamos a las personas una parte más del crédito que se merecen, que con esto no se les ocasionará ningún perjuicio, ni a nosotros tampoco, un Maestro dijo en una ocasión: *“En todo hombre hay bien y en todo hombre hay mal.”* Procurad no juzgar mal a una persona, porque si esperáis de ella malas acciones y no las comete, tendréis la preocupación de veros obligados a reconocer que vuestro juicio era erróneo. Es mucho mejor pensar demasiado bien de centenares de personas que pensar demasiado mal de una sola siquiera. Vivamos la vida búddhica, al menos hasta el grado de esforzarnos por buscar las cosas buenas y no las malas, no sólo en pro de la verdad y la justicia, sino también porque sabemos que nuestros pensamientos son poderosos, que el pensar mal de otro lo estimula a ser malo, y que el pensar bien de él aminora el mal y ayuda al bien a manifestarse.

Una de las cosas principales que tenemos que aprender es no permitir que la mente inferior nos domine y nos haga atribuir motivos indignos a los demás. Nuestra experiencia de la naturaleza humana nos ha demostrado que esta es cosa falible; que los hombres no siempre se gobiernan por consideraciones inegoístas; de aquí que la tendencia natural sea la de buscar en la conducta de los demás algo egoísta, en lugar de buscar algo elevado, pero no hemos de dejarnos arrastrar hasta el nivel de la sospecha y la maldad; no sólo en favor nuestro, sino en bien de los demás, es necesario que busquemos primero el motivo elevado y, aunque no podamos encontrarlo, demos crédito a la buena intención de la persona. Cuando pensamos en un motivo malo lo intensificamos con nuestro pensamiento, porque la mente es muy receptiva. Si un hombre ha tenido un tropiezo y le

concedemos crédito en cuanto a sus buenas intenciones, pronto sentirá vergüenza de sus bajos motivos y los cambiará por otros más elevados. Además, al atribuir a todos nuestros amigos los mejores motivos posibles, podemos estar seguros de que en nueve casos de cada diez acertamos. Desde luego, el hombre de mundo dirá con cinismo respecto al que proceda de ese modo: “¡Vaya un tonto!” Es preferible ser un tonto haciendo el bien en esta forma que ser el hombre listo que no puede pensar bien de nadie.

En la práctica, no hay nadie que sea deliberadamente perverso. Por consiguiente, hemos de evitar el error común de pensar que aquellos que hacen lo que llamamos mal, lo hagan por motivos perversos. Por ejemplo, no hemos de caer en la injusticia de dar por sentado que los que comen carne piensen en lo que están haciendo, ni que al hacerlo sepan que están actuando mal. Por lo general, no actúan en contra de sus sentimientos; se limitan a seguir una costumbre, inconscientemente. Son muy buenas personas; de hecho, en la edad media, buenas personas se quemaban las unas a las otras sin preocuparse para nada de reflexionar. Pero uno de los Maestros dijo: *“Nuestro objetivo no es hacer buenas personas, sino hacer fuertes poderes espirituales para el bien.”*

Buena Conducta

Control de la Mente

“Las seis reglas de conducta que se requieren especialmente, el Maestro las expone como sigue:

- 1.- Dominio de la mente.*
- 2.- Dominio de la acción.*
- 3.- Tolerancia.*
- 4.- Alegría.*
- 5.- Aspiración única.*
- 6.- Confianza.*

Sé que algunas de estas cualidades se traducen a menudo de modo diferente, como ocurre con los nombres de las cualificaciones; pero en todos los casos utilizo los nombres que el Maestro mismo empleó al explicármelas.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Como dice Alcyone, las traducciones que el Maestro da para estas cualidades son un tanto diferentes de aquellas a las que estamos acostumbrados. Las tres primeras no difieren de las traducciones que hemos venido utilizando durante muchos años, pero las tres últimas son algo distintas, aunque su significado, desde luego, es el mismo. El tercero de estos puntos de buena conducta lo he traducido con el nombre de “tolerancia”, que es el que el Maestro utiliza aquí, pero sé que a muchas personas no les parece apropiado. El término sánscrito es *uparati*, que significa literalmente “cesación”. Tomamos la palabra cesación en el sentido de no continuar con la crítica y el descontento; y el lado positivo de esta virtud es, por lo tanto, tolerancia.

La cuarta, *titiksha*, la he traducido siempre como paciencia; evidentemente, la idea de alegría es la misma, ya que una persona que tiene paciencia es necesariamente alegre. Aquí, el Maestro, que es - permítaseme esta palabra- risueño, se sirve de una expresión que enfatiza este aspecto de dicha cualidad, y es conveniente que todos

meditemos sobre este punto. Después aparece la aspiración única, que en sánscrito está expresada como samadhana, que yo he traducido como equilibrio y aquí observamos que la idea es también la misma, ya que una persona con una unidad de propósito tiene equilibrio, y viceversa. Por último viene shraddha, que he traducido siempre por confianza, y de nuevo aparece invariable el significado, porque siempre he definido la confianza como la total creencia en el Dios interno y en el Maestro. Es muy conveniente observar bien las diferencias lo mismo que las semejanzas, porque esto nos ayudará a penetrar mejor el significado de los términos.

“Dominio de la mente. La cualidad de carencia de deseos nos indica que el cuerpo astral debe ser dominado; también indica lo mismo por lo que respecta al cuerpo mental. Significa dominio del temperamento, afín de que no sintáis cólera o impaciencia; dominio de la mente, para que los pensamientos sean siempre serenos y tranquilos; y (a través de la mente) dominio de los nervios para que estén lo menos alterados posible.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Dominar el temperamento es precisamente una de las cosas más difíciles, porque estamos realizando el experimento de superarnos en la evolución (lo cual significa el refinamiento de nuestros vehículos para que sean cada vez más sensitivos), mientras, al mismo tiempo, seguimos en la vida mundana. Nuestra victoria será mucho más amplia precisamente a causa de estas dificultades, el vencimiento de las cuales evidenciará que hemos progresado más en la fuerza de voluntad que el monje o el ermitaño.

A veces, el hombre tiene éxito al desarraigar los sentimientos de ira, pero, a pesar de esto le resulta difícil dominar totalmente los vehículos externos; todavía puede subsistir un sentimiento de impaciencia cuando la fuerza que lo originaba ha desaparecido por completo. Esto no es tan malo como tener el sentimiento y no demostrarlo; pero hemos de librarnos incluso de eso, porque si no lo hacemos proyectaremos ante los demás una impresión equivocada. Observando clarivamente el cuerpo astral de un hombre de tipo corriente, se advierte que todo ese cuerpo no es más que una masa giratoria que en

lugar de tener colores y estrías definidas circulando en la forma adecuada, tiene en su superficie cincuenta o sesenta pequeños vórtices o torbellinos en violenta agitación, cada uno de los cuales, por la velocidad de su movimiento, forma un grueso nudo parecido a una verruga. Si examinan esos vórtices, se advierte que todos ellos se formaron como consecuencia del estallido de las pasiones, o de las pequeñas zozobras, sentimientos ofensivos, celos envidias e incluso quizá de odios sufridos por el hombre durante las últimas cuarenta y ocho horas. Los vórtices mayores que se perpetúan durante más tiempo, se forman cuando el hombre renueva varias veces el mismo pensamiento con relación a la misma persona.

Mientras un hombre permanece en ese estado le resulta totalmente imposible pensar con la claridad y la precisión que podría conseguir en otras condiciones; si quiere pensar o escribir sobre cualquier tema, sus ideas tienden a estar tenidas o desfiguradas por esos vórtices, aunque él se haya olvidado ya de los sentimientos que los formaron. El hombre olvida sus sentimientos de disgusto, sin apercibirse de que los electos todavía permanecen en él; hay muchas personas que mantienen siempre, más o menos nítidamente, el mismo número de vórtices.

Los prejuicios aparecen muy claros ante la clarividencia astral o mental. La materia del cuerpo mental debe tener una circulación rápida; no en todo el, pero si en determinadas áreas o zonas. Generalizando, la materia tiende a situarse según su densidad, de tal modo que la más tosca, aunque hasta cierto punto se desliza por todo el cuerpo, tiende a gravitar hacia la parte más inferior del ovoide, por lo que la gente en la que predominan los sentimientos y los pensamientos egoístas parecen un huevo que descansa sobre el extremo mas ancho, mientras que aquellos que son notoriamente altruistas, o que han logrado un desarrollo oculto, parecen huevos colocados en su extremo más estrecho. En el cuerpo mental hay cuatro zonas o sectores, de igual manera que en el cerebro hay departamentos a los cuales corresponden determinados tipos de pensamientos.

Imaginemos un hombre intransigente en materia religiosa. La materia mental, en lugar de fluir con libertad en su departamento

correspondiente, va acumulándose hasta formar un amasijo y empieza a superponerse y a echarse a perder. Como sea que sus pensamientos en cuestiones religiosas tiene que pasar por la división correspondiente del cuerpo mental, nunca pueden ser acordes con la verdad, porque sus vibraciones se ven afectadas por lo que literalmente constituye una verdadera enfermedad que se ha generado allí. Sus conceptos propenden al prejuicio hasta que se someta a curación mediante un deliberado control y purificación de la mente. Sólo entonces podrá aprender a pensar en verdad, es decir, a ver las cosas tal como las ve la divinidad, que conoce absolutamente la totalidad de su sistema tal como es exactamente.

Los prejuicios no son necesariamente contra las personas o contra las cosas; en algunos casos pueden ser a favor, incluso así, hay en ellos una falta de verdad y se manifiestan igualmente como corrupción del aura. Uno de los casos más corrientes es el de la madre que no puede admitir que, desde el principio del mundo, haya habido un niño como el suyo. Otro ejemplo, es el del artista que es incapaz de encontrar nada bueno en ninguna escuela que no sea la suya.

Todo esto, desde el punto de vista de la fuerza psíquica, es como una llaga por la cual se derrama la fuerza de voluntad incesantemente. Esas son las condiciones del hombre común y corriente; pero cuando se trata de un hombre de temperamento belicoso el caso es peor todavía: toda su persona es una llaga carente de fuerza, porque la derrama toda. Si queremos conservar nuestras energías y realizar un buen trabajo con ellas, como debe ser si queremos llegar a ser ocultistas, lo primero que hay que hacer es vigilar todas esas vías de desperdicio. Supongamos que deseamos sofocar un incendio; tenemos que contar con una toma de agua. Hay que bombearla a alta presión y no debe existir en absoluto ningún derrame de agua por los cilindros o tuberías. Tratándose de nosotros, esto significa serenidad y dominio mental.

Parece ser que el hombre de tipo medio tiene muy poca o ninguna voluntad; cuando se le presenta una dificultad, se deja agobiar por ella y se lamenta y se queja en lugar de dirigir su voluntad para dominar el inconveniente que se le presenta. Son dos las razones que determinan

esa debilidad. El grado de poder que se manifiesta en cada hombre varía según la realización de su verdadero Ego -según el grado en que el ego único, la Deidad- se manifiesta desarrollado en él. En esencia, todos somos de igual fuerza, pero los hombres difieren unos de otros según el grado en que manifiestan en sí la Fuerza Divina. El hombre común y corriente no ha desarrollado mucho esa manifestación, y si algo ha hecho en ese sentido, lo está desperdiciando.

Muchos de nosotros deberíamos comprender más plenamente la presencia del Maestro y deberíamos hacer llegar otras diversas buenas influencias desde los planos superiores hasta el cerebro físico. Esas influencias tienen que descender a través de los distintos vehículos; tienen que reflejarse de uno a otro. Examinemos el reflejo de un grupo de árboles sobre la superficie de un lago o de un río. Si la superficie está en calma obtendremos una reproducción perfecta y podremos ver las hojas con toda claridad; pero la más mínima agitación del agua altera por completo la imagen reflejada. Si hay una tempestad, la imagen se destruye por completo. Esto es exactamente cierto respecto a los cuerpos astral y mental. Tenemos que conservarlos en calma y serenidad para poder recibir mediante su conducto las influencias superiores. Con frecuencia se pregunta; ¿Por qué no recordamos todo lo que hacemos durante el sueño? Esta es una de las razones: porque nuestros vehículos no están lo suficientemente aquietados. Puede que alguna que otra vez se encuentren suficientemente calmados para transmitirnos algo, pero incluso así, la impresión es por lo general muy confusa, porque el conducto no es perfectamente claro. Es como ver algo a través de un vidrio de mala calidad, en lugar de utilizar un cristal fino: todas las proporciones se perciben completamente alteradas.

Cuando hayamos conseguido mantenernos en calma, podremos trabajar en medio de perturbaciones y molestias, pero, por supuesto, es necesario un gran esfuerzo para mantener los cuerpos en calma en semejantes condiciones. Es un esfuerzo de tal naturaleza, que no todos pueden soportarlo: pero la fuerza se irá adquiriendo paulatinamente.

El ocultista, mediante el auto-control, aprende a trabajar simultáneamente en dos planos, es decir, aprende a estar parcialmente

fuera de su cuerpo físico al mismo tiempo que está trabajando en ese plano, de tal manera, que mientras está escribiendo o hablando, puede estar haciendo otras cosas con su cuerpo astral. He oído decir, por ejemplo, que al estar dando alguna conferencia, algunas personas del auditorio han observado entidades astrales que suben a la plataforma para hablar conmigo. Esto ha sido visto correctamente; con frecuencia esas entidades suben a hacerme preguntas o a sugerirme que haga algo, mientras la conferencia sigue su curso. Esto es solamente un pequeño ejemplo que ahora me ocurre, pero con frecuencia hay casos de trabajos mucho más serios que hay que hacer en los cuales el ocultista usa su conciencia en esa forma complicada.

Esta doble concentración también se pone en práctica con frecuencia en la vida ordinaria. Hay señoras que mientras están conversando pueden hacer labores de ganchillo o media, porque el hacer esto ha llegado a ser para ellas una actividad mecánica. En algún tiempo tuve muchos negocios con los grandes bancos de Londres y allí pude observar a hombres acostumbrados a sumar rápida y correctamente largas columnas de números, a la vez que tarareaban alguna tonadilla para entretenimiento de sus compañeros de trabajo. Debo confesar que esto, a mí, me resultaría completamente imposible; pero lo he presenciado muchas veces.

A.B. -En la sección sobre la carencia de deseos, el Maestro ya trató del dominio del cuerpo astral y de las numerosas formas del deseo, y en la lección del discernimiento habló mucho sobre la verdad que implica la purificación del cuerpo mental. Ahora vuelve a tratar del dominio de la mente y de las emociones; una emoción es una combinación de pensamiento y de deseo. Las emociones son deseos penetrados por el elemento del pensamiento. En otras palabras, la emoción es deseo mezclado con pensamiento. Cuando el Maestro habla aquí del control del temperamento se refiere a la emoción, porque la impaciencia y los sentimientos similares proceden del cuerpo de deseos y parte del cuerpo mental. El que aspira a ser ocultista no debe dejarse arrastrar por su temperamento, porque mientras no logre controlarlo de tal manera que las emociones no lo trastornen, no estará en condiciones de ver las cosas con precisión y

claridad. Las vibraciones emocionales originarán la correspondiente excitación en la materia mental, y todos los pensamientos del hombre quedarán trastornados y perturbados, lo cual no le permitirá ver las cosas correctamente.

El Maestro añade que el pensamiento tiene que estar en calma y sin alteración; esto es necesario, porque sólo en esas condiciones las influencias pueden descender a la mente inferior desde la superior. Creo que es en “El Mundo Oculto” donde el señor Sinnett, cita una carta del mismo Maestro en la que le indica que si desea escribir en forma útil, debe mantener la mente en calma para que los pensamientos de la mente superior puedan reflejarse en ella, como las montañas en un lago tranquilo.

Es una idea muy buena. Cuando queráis escribir una carta sobre algún tema serio -sobre Teosofía, por ejemplo- o concebir un artículo, sentaros quietamente durante unos minutos; sosegaros antes de comenzar a trabajar. No es una pérdida de tiempo porque al empezar a trabajar os daréis cuenta de que vuestro pensamiento fluye con calma y sin esfuerzo, y no tendréis que hacer una pausa a la mitad del trabajo para reflexionar sobre la forma de seguir adelante. Eso será así porque la mente superior se estará reflejando en el espejo de la mente inferior. Esta práctica es importante, especialmente para aquellos que no pueden substraerse a las cosas del exterior a voluntad.

Para practicar la concentración puede hacerse uso de las perturbaciones exteriores. Cuando yo era niña me hacían estudiar las lecciones en una habitación donde otros niños recibían clases diferentes, y así fue como adquirí la capacidad de concentrarme en mi tarea mientras a mi alrededor se realizaban actividades diferentes. A consecuencia de ello ahora tengo el poder de trabajar sin sufrir perturbaciones por lo que está sucediendo a mi alrededor, aunque debo confesar que me resulta difícil hacer cálculos en esas circunstancias. Siempre he sentido gratitud hacia mi profesora, la señorita Marryut por esto. Este poder se adquiere con la práctica y es de gran utilidad en muchas formas. Por ejemplo, descubrí que también podía usarlo estando parcialmente fuera de mi cuerpo, como cuando escribí una de las vidas de Alcyone.

En el hogar hindú esta cualidad adquiere desarrollo como una consecuencia natural, porque se acostumbra a hacer diferentes cosas en la misma habitación donde, por lo general, corretean los niños y donde tiene lugar muchos pequeños acontecimientos. En la escuela del pueblo y también en el hogar se enseña a un grupo de niños cosas diferentes al mismo tiempo, todo en voz alta y a cada cual una materia distinta, estando el maestro pendiente de todos ellos para corregir los errores que vayan cometiendo. No quiero decir que este sea el método ideal de enseñanza; pero los niños aprenden a concentrarse, cosa que después les será de gran utilidad.

Si podéis adquirir ese poder de concentración, mucho mejor y, por consiguiente, si os veis en la necesidad de vivir entre el ruido, no lo lamentéis; antes bien, aprovechadlo. Ese es el camino que sigue el estudiante de ocultismo. Menciono esto en especial porque con esas medidas es como se forman los ocultistas. Aprender a trabajar en condiciones difíciles significa progreso y esta es una de las razones por las que algunos han conseguido progresar y otros no tanto. Por lo que a mí se refiere, siempre he tratado de recibir todas las cosas tal como vienen, en lugar de entregarme a lamentaciones. De ese modo se aprovechan todas las oportunidades.

“Esto último es difícil, porque cuando tratáis de prepararos para el Sendero, no podéis evitar que vuestro cuerpo se vuelva más sensible, de modo que sus nervios se alteran fácilmente ante cualquier sonido o impresión, y registran agudamente cualquier impacto; pero debéis hacer todo lo que podáis.” – (A los Pies del Maestro)

A.B. -El Maestro dice que es difícil dominar los nervios. Esto es porque el cuerpo físico es aquel sobre el cual el pensamiento ejerce menos poder. Podéis afectar con una cierta facilidad vuestros cuerpos astral y mental porque están formados de materia más delicada y más dúctil a la acción del pensamiento; pero la materia física, que es más densa, es mucho menos sensible y, por lo tanto, mucho más difícil de dominar. Sin embargo, con el tiempo, controlaréis el cuerpo físico.

El discípulo tiene que ser sensitivo y, sin embargo, tiene que dominar de forma completa los nervios y el cuerpo. A medida que se

va adquiriendo una mayor sensibilidad, más difícil es la tarea; hay muchos ruidos que las personas corrientes ni siquiera advierten y que constituyen una tortura para los sensitivos. Hay ciertas enfermedades que producen una excesiva sensibilidad de los nervios; en estos casos el simple ladrido de un perro puede hacer que una persona sufra convulsiones. Este ejemplo es suficiente para demostrar hasta qué punto puede agudizarse la sensibilidad de los nervios.

Los nervios de un estudiante de Ocultismo no pueden estar enfermos -si lo estuvieran no estarían sometidos a entrenamiento-, pero pueden compararse a una cuerda muy tensa que vibra al menor contacto. Sus nervios pueden adquirir tal sensibilidad que se vea obligado a ejercer un gran esfuerzo de voluntad para no sentirse irritable. La tensión del cuerpo puede llegar a ser tan grande que, en algunos casos, como por ejemplo en el de Madame Blavatsky, lo más inteligente puede ser a veces permitir que el cuerpo haga lo que le venga en gana para evitar su destrucción completa, lo cual podría ocurrir. Era necesario que esta señora conservara su cuerpo para llevar a cabo un determinado trabajo y, por consiguiente, no podía permitirse que su tensión corporal llegara al punto de ruptura. Sin embargo, este caso fue muy excepcional: el estudiante que quiera seguir la enseñanza del Maestro debe sujetarse a lo que Él dice y esforzarse hasta donde pueda por conseguir el control de sus nervios. Puede fracasar una y otra vez, pero no importa. Las últimas palabras del Maestro sobre este punto son: “Debéis hacer todo lo posible.” Esto es todo lo que Él pide y, por lo tanto, no permitáis que los fracasos os desanimen; continuad como mejor podáis.

Hay casos en que causas internas ocasionan una condición de trastornos semejantes debido a una escrupulosidad exagerada en la que tienen propensión a caer muchos estudiantes. Entre los aspirantes existen dos tendencias: la de ser descuidados y la de estarse atormentando. En el segundo caso la conciencia puede llegar a una condición parecida a la de un nervio lesionado por el esfuerzo. Entre los mejores estudiantes es frecuente conceder importancia a los pequeños fracasos. Evitad que vuestras cavilaciones sobre estas cosas os las hagan aparecer como crímenes serios. Caminad entre los dos

extremos. Nunca podríais ser en extremo escrupulosos antes de cometer una falta, pero con facilidad podéis haceros desgraciados después de haberla cometido. No os complazcáis rumiando vuestras faltas y fracasos. Limitaros a determinar la razón de vuestro fallo y esforzaros de nuevo. De esa manera ahogaréis las tendencias que os condujeron a esos fallos, mientras que si pensáis en ellos sólo conseguiréis vigorizarlos.

C.W.L. -El cuerpo físico es aquel sobre el cual la voluntad tiene menos poder. Con frecuencia se oye decir: “¡Oh, si podéis hacer una cosa con vuestro cuerpo físico; todavía podéis dominar vuestros sentimientos; pero es muchísimo más difícil dominar los pensamientos” Ya que la idea general es que esto es lo más difícil. En cierto sentido, es así: por el hecho de que la materia mental es mucho más sutil y más activa, hay mucho más que controlar por lo que respecta a movimiento e iniciativa. Por otra parte, el cuerpo mental está mucho más próximo al Ego interno y, por lo tanto, se desenvuelve mucho mejor; el Ego, en el cuerpo mental, tiene muchas más fuerzas con las que influir de las que tiene aquí abajo en el plano físico; y además, la materia física es mucho menos sensible. El hombre juzga que esto es más fácil porque tiene el hábito de controlar el cuerpo físico, pero no el mental.

Suele decirse que es fácil controlar el dolor físico, pero que no es posible dejar de sentir el sufrimiento mental. En realidad, las cosas son completamente a la inversa. El sufrimiento emocional o mental dejan de existir cuando el hombre logra comprenderlos y arrojarlos fuera de sí; pero un dolor físico agudo es más difícil superarlo, aun cuando sí puede atenuarse en gran parte despojándolo de su elemento mental. La Ciencia Cristiana procede así cuando declara que el dolor no existe; sólo deja el lado físico y éste es relativamente pequeño.

Hemos de aprender a dominar la mente para eliminar la parte mental del dolor físico, porque, como discípulos del Maestro, hemos de convertirnos en extraordinariamente sensibles. En esas condiciones constituye motivo de sufrimiento sentarse cerca de un hombre que ingiera alcohol, que fume o que se alimente de carne. Es una absoluta tortura caminar por las calles comerciales de una ciudad con su

tremenda acumulación de toda clase de ruidos molestos. Todo eso lo absorbe el cuerpo físico que sufre estremecimientos, pero si uno se detiene en ello, la cosa se agrava mucho más, mientras que si se consigue no fijar la atención, la molestia se atenúa. El discípulo que se esfuerza por alcanzar los planos superiores, tiene que aprender a eliminar la parte mental, desechando todo pensamiento que pueda intensificar esas molestias.

Los que hacen de la meditación una práctica, advertirán que son más sensitivos que los que no meditan y, a causa de esto, la tensión que sufre su cuerpo físico es a veces enorme.

Hemos oído decir con alguna frecuencia que Madame Blavatsky solía tener estallidos de violencia. Es cierto, pero existía una razón poderosa para ello, porque su cuerpo físico se encontraba en unas condiciones deplorables: probablemente no pasaba una sola hora sin que tuviera algún sufrimiento físico agudo. Su cuerpo estaba viejo, desquiciado, agotado; pero era el único disponible para llevar a cabo el trabajo que debía realizarse y se vio obligada a conservarlo; no le fue posible desecharlo como lo podríamos hacer muchos de nosotros. En una ocasión tuvo la oportunidad de hacerlo, pero dijo: No; lo conservaré hasta terminar “La Doctrina Secreta”, que era la obra que ella se había propuesto hacer. Esto se traducía en que su cuerpo físico se encontrase en unas terribles condiciones de tensión y, en algunas ocasiones, para atenuarla, dejaba que su cuerpo actuara a su capricho. Evidentemente, hubo muchos que no podían entender esas cosas; pero los que estábamos a su alrededor sabíamos muy bien que todo aquello no tenía un gran significado. Nos tocó observar casos muy sorprendentes. En ocasiones solía aparecer despectiva, iracunda en apariencia por motivos pueriles, y cuando los que no la conocían y se encontraban a su alrededor se alejaban de ella atemorizados advertíamos que, si en medio de su excitación, alguien le preguntaba repentinamente sobre alguna cuestión filosófica, al instante todo cambiaba como si su insólita actitud hubiera sido cercenada con un par de tijeras; inmediatamente desaparecía la ira y procedía a responder a la pregunta. Una persona cualquiera, estando poseída por la ira, no hubiera podido hacer una cosa así. Muchas personas,

interpretando mal su carácter, se alejaban de ella, pero yo sé perfectamente que a veces tenía que dejarse llevar por su temperamento para evitar que su cuerpo se partiera.

“La mente serena significa también valor para que podáis enfrentaros sin miedo a las pruebas y dificultades del Sendero.” – (A los Pies del Maestro)

A.B. -El valor es una cualidad a la que se concede enorme importancia en las escrituras hindúes. Tiene su raíz en el reconocimiento de la unidad del Ser. “¿Qué temor, qué decepción habrá para quien ha visto al Ser?” se pregunta; y también se utiliza la frase 'el impertérito brahman'. En mi libro “Hacia el Templo”, recomiendo a los estudiantes que mediten sobre el carácter ideal, empleando la lista de cualidades que da Shri Krishna en el principio del capítulo decimosexto del Gitâ. La primera cualidad que se menciona allí es *abhayam*, intrepidez, valor.

El valor nace al comprobar que sois el Ego divino interno y no vuestros vehículos externos, que son los únicos que pueden sufrir daño. Todas las diferencias de poder entre los hombres dimanar del grado de fuerza que ha desarrollado el Ser interno. Cuando comprobáis que sois divinos, sabéis que vuestro poder o vuestra debilidad dependen de la fuerza que haya desarrollado el Ego que hay en vosotros: y así, vuestro refugio, cuando sintáis temor, consistirá en invocar vuestro poder interno.

Esta auto-realización como Ser es algo que ha de lograrse mediante la meditación. Los que practican una meditación matinal deben incluir en ella el esfuerzo de la realización del Ser; algo de la fuerza que obtiene por medio de ese esfuerzo se mantendrá durante el curso del día, lo cual ayudará a conseguir el valor necesario para progresar en el Sendero. En él hay muchas dificultades que exigen fortaleza y paciencia, si es que se afrontan y se las vence, y esas cualidades sólo son formas del valor. No conozco otro modo de adquirir esa cualidad que no sea por medio de la comprobación.

C.W.L. -En todos los sistemas de entrenamiento oculto se insiste mucho en la necesidad del valor. El hombre que entra en el Sendero

tiene que arrostrar murmuraciones, calumnias y falsedades. Esto ha sido siempre lo que le toca en suerte al que quiere elevarse sobre el nivel de sus semejantes, Para afrontar todo esto hace falta fuerza moral para poder mantenerse en la posición adecuada, actuando de forma correcta, sin tomar en consideración lo que puedan pensar o decir los demás. Esa fuerza es necesaria para poner en práctica las enseñanzas de este libro, y también lo son la plenitud de fortaleza y determinación. También es necesario el valor físico. En el Sendero hay muchas dificultades y muchos peligros no expresamente simbólicos o correspondientes sólo a planos superiores; en el curso de nuestro progreso nos llegarán muchas pruebas para desafiar nuestro valor y nuestra fortaleza y hemos de estar preparados para ello. El hombre pusilánime no progresará en el Sendero, en donde se requiere no simplemente bondad, sino también fortaleza de ánimo y no dejarse abatir por la sorpresa o por el temor.

Sé de una sociedad ocultista en Inglaterra que, durante muchas semanas, se dedicó a invocar a unos a determinados fantasmas que, a la larga, tuvieron que presentarse válidamente; cuando eso sucedió nadie tuvo la entereza de ánimo para investigar aquello. De la misma manera, hay quienes tratan de conseguir resultados en los planos superiores, pero que se atemorizan cuando se presentan esos resultados. La primera vez que una persona abandona su cuerpo físico durante el período de vigilia, puede sentirse alarmado por la inquietud de si volverá o no a su cuerpo. Debe entender que no tiene una mayor importancia volver o no volver. La persona está acostumbrada a determinadas limitaciones y cuando estas desaparecen de repente, lo más probable es que no le queda ninguna base en la que apoyarse. Al seguir avanzando en el camino, iremos advirtiéndole que el valor -valor pleno, ánimo decidido- es una cosa en extremo necesaria. Hemos de hacer frente a toda clase de fuerzas: esto no es un juego de niños.

Cuando comprendemos y recordamos que somos uno con lo Divino, ya no tenemos miedo a nada; pero hay veces, cuando el peligro se presenta inesperadamente, en que el hombre se olvida y retrocede temeroso. El Ego interno es impasible, absolutamente invulnerable ante las cosas pasajeras, y por eso, si podemos comprender que

nosotros somos ese Ego y no los vehículos externos, dejaremos de tener miedo. Al asaltarnos el temor en alguna ocasión, lo que procede es acudir a los poderes internos, no pedir ayuda a alguien del exterior. La enseñanza común cristiana sobre este punto ha resultado un desastre. Se recomienda recurrir a la oración como refugio, lo cual no es otra cosa más que pedir, lo cual no debe hacerse cuando se trata de aspiraciones elevadas. La palabra plegaria viene del latín *precari*, que significa pedir; sólo eso. Si sostenemos que Dios es todo bondad, debemos seguir el consejo del Señor Buddha:

“No os lamentéis, ni claméis, ni oréis: abrid los ojos y mirad. La luz os rodea por todas partes, sólo hace falta que arranquéis la venda de vuestros ojos y miréis. Y es una luz maravillosa, resplandeciente, mucho más de lo que el hombre pueda imaginar o pedir en la oración y es para siempre jamás.”

Sé que hay personas que tienen por costumbre pedir la ayuda del Maestro cuando se encuentran en dificultades. Podemos estar seguros de que el pensamiento del Maestro siempre está cerca de nosotros y que podemos llegar hasta él; pero, ¿para qué molestarle por algo que está en nuestra mano realizar? Es cierto que podemos apelar al Maestro si así lo deseamos, pero también es cierto que si podemos apelar al Dios interno nos acercaremos más al Maestro que no solicitando débilmente su ayuda. Reconocemos en el ser humano el derecho a esta apelación, pero sabiendo de que forma el Maestro está ocupado en Su trabajo en beneficio del mundo, no hemos de solicitar su ayuda mientras quede algún recurso para sortear la dificultad por nosotros mismos. No hacerlo así es falta de fe; es falta de confianza no sólo en nosotros mismos, sino también en el poder divino. La práctica de la meditación también tiene que prepararnos para hacer frente a las emergencias inesperadas, de tal modo que no lleguen a trastornarnos. Los que han penetrado el sentido de las leyes internas deben permanecer tranquilos ante cualquier eventualidad que les sobrevenga, comprobando que proceder de esa manera es una condición imprescindible para progresar realmente y que el trastorno resultante de una explosión histórica dejará sus huellas en los vehículos sensitivos de un discípulo hasta mucho tiempo después.

“Significa también la firmeza, para no tomar en serio los contratiempos que se presentan en la vida de cada uno, y evitar la continua ansiedad de las cosas triviales en las que mucha gente desperdicia la mayor parte de su tiempo.” – (A los Pies del Maestro)

A.B. -La entereza es la cualidad a la que seguidamente hace alusión el Maestro; es la cualidad necesaria para que el discípulo no sea zarandeado de uno a otro lado por cualquier viento que sople. Esta sujeción a las fuerzas externas es motivo de interminables inquietudes, porque el hombre, al no ejercer control sobre sus asuntos, no puede por lo mismo decidir una línea de acción definida. La inquietud es lo que hace envejecer; no el trabajo. La inquietud es la tendencia a volver una y otra vez sobre una línea de pensamientos penosos. Para una persona timorata es difícil librarse de este hábito en una u otra de sus diferentes formas.

En algunos casos la mente muestra una inclinación a dramatizar y a vivir luego el drama de su propia creación, hasta cierto punto, yo mismo hice algo parecido. Menciono esta y otras experiencias personales porque pienso que de esta manera podré decirles lo que quiero de una forma más vivida y útil que si lo hiciera solamente mediante pensamientos abstractos. La mayoría de los estudiantes es posible que hayan caído en esta dramatización mental, porque todos tenemos muchos puntos de semejanza. Cuando pensaba que alguno de mis amigos posiblemente se habría sentido molesto por alguna palabra o algún acto que yo hubiera hecho, imaginaba mi próximo encuentro con esa persona, las primeras palabras, toda la conversación que iba a desarrollarse. Llegado el momento, cuando nos encontrábamos, no sucedía nada de lo que yo me había pensado, porque las primeras palabras de mi amigo eran completamente diferentes de las que yo había imaginado. En algunas ocasiones, a las personas les da por imaginar una escena desagradable y se ponen a pensar en el modo de actuar en esas imaginarias condiciones, hasta que llegan a una penosa condición mental, origen de muchos sentimientos y emociones. Lo que se ha imaginado nunca sucedió y es posible que tampoco suceda nunca; todo se reduce a un simple

derroche de energía.

Todas estas cosas son simplemente molestias innecesarias que debilitan la naturaleza mental y emocional. La única forma de vencer este hábito es situarse fuera de la escena para observar si el primer pensamiento de la serie es cosa sobre la cual se tiene o no algún dominio. Si se puede controlar hay que hacerlo; si no, no tiene objeto pensar en ello y hay que esperar, simplemente, a que la cosa suceda, lo cual, con toda posibilidad, no va a pasar. Es inútil dejar que la mente se ocupe de posibles acontecimientos futuros; es igualmente inútil permitir que se inquiete, una y otra vez, por cosas ya pasadas; no es posible modificar los sucesos ocurridos y por eso es evidente la inutilidad de inquietarse por ellos.

Muchas personas hacen de su vida una pesadumbre rememorando su pasado: “Si hubiera hecho esto, o si no hubiera hecho lo de más allá, quizá no hubiera estado abocado a esta preocupación.” Supongamos que esto sea cierto; la cosa ya está hecha y no hay pensamiento que modifique el pasado. La gente se desvela por la noche y vive inquieta durante el día pensando en cosas ya pasadas que son inalterables, o pensando en la posibilidad de futuros acontecimientos. Esta actitud mental es comparable a la de un motor o a la del corazón cuando falta la resistencia normal; esto causa mayor desgaste que el trabajo, lo mismo para el motor que para el corazón. Hay que reconocer la ineficacia y los perjuicios de esta actividad mental desordenada y hay que ponerle fin, aprendiendo a utilizar en su lugar las fuerzas disponibles. Aconsejar esto parece una tontería, pero esta actividad mental desordenada que muchos padecen no debe permitirse y el aspirante a discípulo tiene que evitarla, cueste lo que cueste.

C.W.L. -La inquietud es la peor de todas las dificultades mentales. Es una barrera para obtener todo lo que pueda llamarse progreso. En esa condición mental es imposible situarse en la actitud que se necesita para la meditación. Hay quien se inquieta por el pasado: otros por el futuro; y cuando han desechado un motivo de inquietud ya tienen otro que lo substituye y de ese modo nunca pueden encontrar un estado de calma que les permita meditar con posibilidades de éxito.

El mejor remedio para esto es reemplazar el pensamiento de

inquietud por un pensamiento del Maestro; pero, para hacerlo, se necesita una fuerza que no todos poseen. Pretender restablecer la calma instantáneamente en un cuerpo astral o mental en semejantes condiciones es tratar de impedir el oleaje de un mar tempestuoso valiéndose de una tabla que presione las olas. Posiblemente, lo mejor en esos casos es dedicarse a alguna actividad física: arreglar el jardín o dar un paseo en bicicleta. No puede haber calma permanente hasta que los vehículos trabajen rítmicamente a la vez; consiguiéndolo, pueden emprenderse todas las demás prácticas con razonables posibilidades de éxito.

Con frecuencia, la gente sufre la inquietud de sus defectos. Todos caemos en faltas y tenemos nuestros fracasos de vez en cuando; sería preferible que esto no sucediera, pero todavía no es posible, porque si estuviéramos libres de fallos y defectos ya seríamos Adeptos. Desde luego, es una equivocación no prestar atención a esas cosas y pensar que no tienen importancia; pero es igualmente una equivocación inquietarse por ellas sin necesidad. En un estado de inquietud la mente gira alocada, sin propósito alguno, una y otra vez. Si os ha tocado viajar a bordo de un barco, con mal tiempo, tal vez habréis advertido que algunas veces la hélice sale fuera del agua girando velozmente en el aire. Esta forma de girar causa más daño a la maquinaria que el mismo trabajo regular, y sólo se trata de una cuestión mecánica; lo mismo sucede exactamente con la inquietud.

En nuestra Sociedad se presentan dificultades periódicamente. He presenciado gran parte de ellas en mi tiempo. Recuerdo muy bien la excitación que en 1884 produjo el caso Coulomb, y cómo muchos teósofos sufrieron grandes trastornos y ansiedad e incluso llegaron a ver destruida su fe en la Teosofía, por suponer que la señora Blavatsky los había estado engañando. Todo esto no tenía ningún valor. Nuestra fe en la Teosofía no se basa en los asertos de la señora Blavatsky ni de ninguna otra persona. sino en el hecho de que es un sistema perfecto y satisfactorio que permanece así aun en el caso de que la señora Blavatsky hubiera tratado realmente de engañar, lo cual no fue así, evidentemente. Si fundamos nuestra creencia en bases personales, fácilmente puede derrumbarse, pero si la establecemos en principios

que comprendemos bien, seguirá firme incluso en el caso de que algún jefe que haya sido acreedor a nuestra confianza nos traicione.

“El Maestro enseña que no importa lo más mínimo lo que le alcance a uno desde el exterior; tristezas, disgustos, enfermedades, pérdidas -todas estas cosas no deben significar nada para él, ni debe permitir que afecten la serenidad de su mente. Son el resultado de acciones pasadas y cuando llegan, tenéis que soportarlas de buena gana, recordando que todo mal es transitorio y que vuestro deber es permanecer siempre alegres y serenos. Eso pertenece a vuestras vidas anteriores, no a ésta; no podéis alterarlo, así que es inútil preocuparos por ello.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Aquí el Maestro nos da una razón contra la inquietud, una razón que muchos no apreciarán. Dice que no tiene absolutamente ninguna importancia lo que le suceda al hombre externo. Las cosas que nos llegan desde fuera quedan por completo más allá de nuestro control, porque nosotros mismos las hemos propiciado en el pasado; son nuestro karma.

Sin embargo, esto no quiere decir que no sea posible para nosotros hacer algo para contrarrestarlas. Por el contrario, podemos hacer mucho; podemos encauzarlas debidamente y podemos modificar en gran manera sus efectos sobre nosotros. Si alguien nos propina un golpe directo capaz de derribarnos y nosotros cambiamos nuestra posición de manera que sólo recibamos el golpe de soslayo, su efecto será comparativamente más ligero. Todo depende de la posición en la que nos coloquemos. Si afrontáis toda aflicción que os sobrevenga con la actitud del que liquida una deuda que le conviene liquidar, la pena os parecerá ligera el que sabe cómo afrontar la vida vivirá tranquilo y feliz en medio de las dificultades, mientras que el que desconozca la manera de hacerles frente podrá quedar destrozado por penas que, en su mitad, son imaginarias.

De qué manera las molestias y el dolor que nos aquejan son resultado de la mente, podemos determinarlo cuando sufrimos físicamente; si lo consideramos desde fuera, por decirlo así, advertiremos que el sufrimiento disminuye considerablemente.

Podemos comprenderlo de otra manera estudiando los animales. Un animal que se ha roto una pata irá a comer satisfecho arrastrando la pierna herida. Ahora bien, esto no lo puede hacer el hombre, pero si el caballo, y los fisiólogos nos dicen que el caballo tiene un sistema nervioso más delicado que el del hombre y que sus nervios son más sensibles al dolor que los nervios del hombre. No me interpretéis mal, y vayáis a pensar que estoy diciendo que los animales no sufren, o que sus sufrimientos no tienen importancia. Al contrario. Pero el hombre intensifica y prolonga su sufrimiento por la forma en que lo conserva en su mente.

Si aprendéis la forma de reprimir el efecto del dolor en vuestro cuerpo astral, habréis aprendido a atenuar el dolor considerablemente. Los miembros de la Ciencia Cristiana atenúan mucho el dolor porque lo despojan del elemento mental que, por lo general, se mezcla con él y lo aumenta. He tenido algunas experiencias de esta clase cuando me he visto obligada a dar mis conferencias bajo la acción de agudos dolores físicos; el resultado ha sido que durante mi conferencia no sentí el dolor. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que mi mente estaba ocupada totalmente en mi conferencia. Si os fuera posible retirar por completo la atención de vuestro cuerpo físico, como tendríais que hacerlo al pronunciar un discurso, cualquier dolor físico que os aquejara desaparecería en gran parte. Si tenéis un control mental completo podéis proceder así y podéis dejar que las cosas externas afecten solamente al cuerpo externo. Algunos logran hacerlo bajo la acción de estímulos poderosos. Hay casos en que un soldado herido en el campo de batalla no siente su herida hasta que ha cesado la lucha; y, ciertamente, algunos de los mártires religiosos no sentían las llamas que los rodeaban por el éxtasis que les producía el estar sufriendo por su Señor. De la misma manera, si un niño sufre un accidente, la madre olvidará los dolores que pueda tener, al lanzarse a rescatar a su hijo.

Es posible aprender esta clase de control sin la ayuda de estímulos externos para poder neutralizar en gran parte los efectos del dolor sobre los cuerpos astral y mental. No digo que sea fácil; pero sí que puede hacerse. Personalmente, no creo que merezca la pena dedicar una gran energía o realizar un gran esfuerzo para obtener un resultado

tan pequeño como es el evitar un dolor puramente físico. En lugar de dedicar la energía de la mente al servicio del cuerpo, como hacen muchos, hay que utilizarla en algo que de mayores resultados. Si asumís ante la vida la actitud correcta veréis que las cosas externas carecen de importancia y dejareis que produzcan sus efectos solamente en vuestro aspecto externo. Estas cosas tienen que seguir su curso hasta el final y su único valor estriba en la fuerza que podéis obtener por medio de ellas. Mirándolas de esa manera obtendréis una gran paz mental.

Todo mal es transitorio. Podéis comprobarlo si examináis el ciclo mayor de vuestra vida y estudiáis nuestro pasado: no precisamente en detalle, porque los detalles no tienen importancia, sino con una visión extensa y generalizada. Si advertimos con cuanta frecuencia nos hemos visto asaltados por la angustia y el dolor (amigos que han muerto, enfermedades, contrariedades de todo tipo) y cómo todo se ha ido disipando, podremos estimar la poca importancia de estas penalidades. Es muy importante realizar el esfuerzo, porque el presente tiene para nosotros una apariencia tal que ahoga con sus pequeñas ansiedades nuestro conocimiento más profundo. Esta forma de examinar vuestro pasado os hará más fuertes y cuando os alcance alguna desgracia, podréis pensar: “¿Por qué inquietarse? Ya pasará.”

Estoy seguro de que, por mi parte, no hubiera podido llevar la vida que llevo si no me hubiera negado a dejarme inquietar, si no hubiera reaccionado ante las circunstancias. Día tras día se me han estado presentado dificultades y si me hubiera dejado agobiar por ellas, hubiera muerto en una sola semana. Tiempo atrás tomé parte en muchos movimientos de índole parecida a aquellos en los que ahora colaboro y siempre han venido acompañados de dificultades. Lo mejor es no anticiparse a las contrariedades, pero sí afrontarlas cuando éstas lleguen y, hecho esto, olvidarlas por completo.

Dice el Maestro: vuestro deber es permanecer siempre alegres y serenos. En una ocasión se hizo la advertencia de no echar escoria en el crisol del discipulado. El mal y el peligro de hacerlo así llega a un punto extremo en lugares como Adyar, donde cualquier escoria (cualquier forma de confusión, de sospecha, de ansiedad, de duda y de

cosas parecidas) adquiere mucha más fuerza que la que le puso la persona que la originó. Si en ocasiones no podéis dominar la depresión, el enfado o cualquier otro sentimiento inadecuado que tengáis, guardadlo sólo para vosotros. No dejéis que salga y envenene la atmósfera, haciendo las cosas más difíciles para los demás. Después de este entrenamiento mirareis con sorpresa vuestra anterior condición y no podréis entender por qué semejantes trivialidades os causaron tanto malestar.

C.W.L. -El hombre que sabe, permanece tranquilo y sereno, incluso en medio de lo que para los demás sería motivo de serias contrariedades. El que no sabe, sucumbe con frecuencia a causa de la actitud que asume ante ellas. Una gran parte de nuestros sufrimientos sólo son producto de nuestra imaginación. La condonación que exige el karma, casi siempre es pequeña; pero la actitud errónea del hombre lo duplica frecuentemente e incluso lo multiplica por diez; no es sensato atribuir esto al karma pasado, porque es más bien el karma de nuestra presente insensatez; es lo que el señor Sinnett llama 'karma al contado'.

La cantidad de deuda que hay que saldar no puede modificarse; el karma exige un determinado sufrimiento; pero de la misma manera que puede incrementarse, también puede reducirse. Un esfuerzo por nuestra parte puede poner en movimiento nuevas fuerzas y puede convertir el efecto de un golpe directo en un golpe ligero, como dijo nuestra Presidenta, lo cual se traducirá en una disminución del dolor. Cada vez que aportamos nuevos esfuerzos ponemos en juego nuevas energías; y, de ese modo, no hay nada que pueda concebirse como injusticia o interferencia con el karma. La fuerza que pudo haberse utilizado de otra manera, la hemos usado para atenuar el golpe kármico.

Todo mal es necesariamente transitorio. Hubo un rey persa que usaba este lema: “Incluso esto pasará.” Es un buen lema que lo mismo puede aplicarse al placer que al dolor; a la buena que a la mala fortuna, según sea lo que se tercie en la ocasión. Lo único que no pasa es el progreso real y la felicidad interna consiguiente, que perduran para siempre. Sea como sea, nuestro sufrimiento actual pasará; hemos

sufrido en vidas anteriores y hemos llegado a ésta. Si lo entendemos de ese modo será una gran ayuda para nosotros. Las cosas que nos conturbaban mucho en los primeros años de nuestra vida hoy nos parecen desprovistas totalmente de importancia. Decimos: “Es verdad, todo aquello no tuvo ninguna importancia; ahora me pregunto por qué me inquietaba tanto por todo.” El sabio aprende oteando su pasado y dice; “Con seguridad que todo lo que hoy me agobia también carece de importancia.” Es cierto que todas esas cosas no tienen importancia, pero se necesita sabiduría para llegar a esa conclusión.

“Pensad más bien en lo que estáis haciendo ahora, lo cual estructurará los acontecimientos de vuestra próxima vida, porque eso sí que podéis cambiarlo.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Vuestra próxima vida dependerá, en gran medida, del karma que creéis en la presente. Más todavía: pronto llegará el Maestro del Mundo; actualmente existe una gran agitación; la fuerza que está siendo derramada es tremenda y como sea que todo ello nos afecta en gran proporción, los que nos estamos esforzando para preparar su advenimiento podemos no sólo modificar nuestra próxima vida, sino también lo que nos reste de la presente.

El karma del discípulo entregado a este trabajo es más intenso que el de la mayoría. Posiblemente habrá muchas cosas que el hombre del mundo hace constantemente sin que desemboquen en malos resultados; pero si un hombre próximo al Sendero hiciera esas cosas ello le acarrearía un mal karma. Tratándose de un discípulo, todo lo que le suceda a él le sucede también al Maestro, porque Él lo ha convertido ya en parte de sí mismo. “No hay quien viva para sí y no hay quien muera para sí.” Esta verdad es general para todos, pero los que se encuentren a la vera de los Grandes Maestros tienen que ser doblemente cuidadosos, especialmente en todo aquello que represente un obstáculo en el camino de un condiscípulo en el ocultismo, porque esto crea un karma muy serio.

“No os abandonéis jamás a la tristeza o a la depresión. La depresión es mala porque contagia a los demás y hace que sus oídas sean más penosas, a lo cual no tenéis ningún derecho. Por esta razón, si alguna vez os alcanza, libraros de ella en

seguida.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Todos los que sufren seriamente de depresión probablemente moverán la cabeza y dirán; “Buen consejo, si pudiera seguirlo.” Como ya he dicho, el pensamiento sobre el efecto negativo que nuestra depresión puede ocasionar a los demás, nos facilitará la fuerza necesaria para desecharla, cuando todo otro recurso haya sido inútil. La depresión es mala porque afecta a nuestros condiscípulos y a todos los demás en general, haciendo que su camino sea más difícil. Nada que no se derive de nosotros mismos, de nuestras vidas pasadas, de nuestro propio karma, puede afectarnos. De aquí que tengamos que ser muy cuidadosos para que nadie sufra daño por culpa nuestra. Si alguien ha dicho algo desfavorable de otro, hemos de pensar: “No voy a contarlo a nadie; no haré ni diré nada que pueda ser motivo de dolor para nadie.” También hemos de tomar la decisión de no ser jamás un instrumento del mal karma ajeno. Si ofendemos o dañamos a alguien, ciertamente, no seremos otra cosa que instrumentos de su mal karma; pero este papel no es digno de ser desempeñado. Hemos de ser los instrumentos del buen karma, ayudando a los demás y allegándoles bendiciones y bienestar; el mal karma debe actuar a través de otros canales; no a través nuestro.

“También en otro sentido debéis controlar vuestro pensamiento: no permitáis que vaya a la deriva. Sea lo que fuere lo que estéis haciendo poned vuestra atención en ello para que pueda quedar a la perfección.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Debería resultar tarea fácil fijar nuestro pensamiento en cualquier cosa que estemos haciendo, para que quede hecha de manera perfecta. Por ejemplo, si estamos escribiendo una carta, debemos concentrarnos en ella para conseguir una carta tal como debe ser la de un ocultista. Un hombre corriente escribe sus cartas de manera descuidada, sin fijarse demasiado en lo que hace; dice lo que tiene que decir, sin esforzarse especialmente para ver si la carta está bien hecha. Se considera novedoso que las cosas pequeñas, como escribir cartas, por ejemplo, tengan que estar bien hechas. Yo recibo muchas cartas y tengo que decir que un gran número de ellas no cumplen los requisitos que yo mismo me exijo para las que yo escribo.

Con frecuencia su manera de expresarse es defectuosa y están escritas con una caligrafía tan mala que su lectura ocasiona mucha pérdida de tiempo.

Esa forma descuidada tiene mucha importancia para los ocultistas y para aquellos que se esfuerzan por llegar a serlo. La carta de un ocultista tiene que estar redactada cuidadosamente y bien escrita, tanto que se haga a mano como a máquina. Tiene que presentar un buen aspecto; causar placer a la persona que la recibe. No quiero decir que sea nuestra obligación escribir con signos caligráficos, hacer una obra de arte de cada carta que escribamos, cosa que ya no se corresponde con nuestra época. Aparte del Ocultismo, por simple deferencia hacia quien escribimos hemos de hacerlo en forma clara y legible. Si escribís mal a causa de vuestra precipitación y para economizar un poco de tiempo, tened presente que vuestra economía del mismo significa quizá una pérdida cuatro veces superior para el que recibe vuestra carta. No tenemos derecho a hacer eso.

Todas las cartas que escribamos deben ser unos buenos mensajeros; hemos de hacer que cada una de ellas sea como un mensaje del Maestro. Tanto que traten de negocios como de cualquier otro asunto, deben ir repletas de buenos sentimientos. Podemos hacerlo al momento; mientras estamos escribiendo la carta hemos de tener en mente potentes pensamientos bondadosos; esto afectará la carta sin que, por nuestra parte, sea necesario nada más; pero, al poner la firma, hemos de dedicar un momento a estampar en ella una corriente de buena voluntad. Al escribir a un amigo hemos de derramar afecto en nuestra carta, de tal modo que cuando la abra este afecto fraternal le alcance. Si la carta va dirigida a un hermano teósofo, poned en ella un pensamiento de cosas elevadas y del Maestro, para que lleguen hasta su mente los pensamientos elevados que los teósofos desean recibir siempre. Si estamos escribiendo a alguna persona necesitada de una cualidad en particular, debemos derramar esa cualidad en la carta, aprovechando de ese modo la oportunidad de dar lo que se necesita. Esforcémonos, pues, para que nuestras cartas queden bien escritas y, a la vez, que tengan alma.

Se puede prestar el mismo servicio cuando se trata personalmente a

las personas. Muchos de nosotros establecemos contacto con diferentes personas durante el día; tenemos que hablar con ellas y, algunas veces, hemos de estrecharles la mano. Podemos aprovechar este contacto personal físico para afluya nuestra vitalidad, el vigor de nuestros nervios, el afecto, o lo que juzguemos más conveniente. Nunca hemos de dar la mano a nadie sin dejar algo de cualquiera de esas cosas; es una oportunidad. Nuestra aspiración -si deseamos llegar a ser discípulos del Maestro- es aprovechar esas ocasiones de servicio. El que no es útil a sus semejantes de una u otra manera, no está en vías de ser aceptado. Pienso que no debe considerarse una ofensa pensar que el hombre en general, al hacer una nueva amistad, piensa siempre en sacar algún provecho de su nuevo amigo. Puede que no sea un beneficio material, pero si ventajas sociales; en la manera de proporcionarse diversiones; en sacar provecho de cualquier tipo que sea. Nuestra actitud tiene que ser precisamente la contraria: “He aquí una oportunidad para mi; ¿puedo dar?” Al ser presentado a un extraño, lo observo y derramo sobre él un buen pensamiento, de cualquier clase que sea; ese pensamiento se quedará allí y ya se identificará cuando llegue el momento. Los discípulos del Maestro proceden de esa manera al caminar por las calles o al viajar en los tranvías o en las barcas que llevan a las ciudades. Están pendientes de aquellos casos en que sea necesario un buen pensamiento y lo dan, siempre que tienen oportunidad; cien veces, quizá, en el curso de una mañana o de una tarde.

Cuando saludemos a alguien debe ser con sinceridad, no simplemente de manera automática. Cuando se utiliza el nombre de Dios para saludar invocando sus bendiciones, como es costumbre entre los musulmanes, por ejemplo. suele no pasar de una mera fórmula; pero a veces son buenos deseos cordiales y en ellos está realmente el pensamiento de Dios. Decimos “Adiós”. Pocos saben que esto es una contracción de “Dios sea con vosotros.” Pero nosotros deberíamos saberlo y decirlo con intención. Todas estas cosas parecen pequeñas, pero son las cosas pequeñas de la vida cotidiana las que establecen la diferencia. Son exponentes del carácter y van moldeando este último, y si practicamos con cuidado estas pequeñeces, pronto

seremos cuidadosos, bien controlados, exactos en todas las cosas, tanto en las grandes como en las pequeñas. No es posible tener un carácter cuidadoso en las cosas grandes y ser descuidado en las pequeñas. Con un carácter así se corre el peligro de olvidar ser cuidadoso en el momento preciso; así pues, hemos de ser constantemente cuidadosos. Más todavía: muchas pequeñeces constituyen una cosa grande y, con algo de práctica, podemos aprender a proporcionar no una pequeña ayuda, sino una gran ayuda a una persona al darle la mano o al escribirle una carta.

Dice el Maestro: “Sea lo que fuere lo que estéis haciendo, poned vuestra atención en ello”. Esto abarca incluso las cosas que hacemos con el único fin de proporcionar descanso a nuestra mente, como la lectura de novelas o periódicos. El mejor descanso, aparte de la relajación y el sueño es, por lo general el cambio de un ejercicio a otro, así que cuando estamos leyendo algo con el fin de disfrutar o de descansar, la mente tiene que ser nuestra servidora, no tiene que esclavizarnos. Si estáis leyendo una historia centrad en ella vuestra mente y tratad de comprenderla; tratad de entender la idea del autor. Con frecuencia la gente lee en una forma con tanta divagación que al llegar al final de la historia han olvidado el principio; leen en forma tan confusa que no son capaces de explicar el argumento, ni de apercibirse de la enseñanza de la obra. Si queremos entrenar nuestra mente, cuando estamos leyendo por placer hemos de hacerlo bien. Y lo mismo cuando tratamos de descansar. Hay millones de personas que no saben cómo acostarse para descansar adecuadamente. No saben que diez minutos de relajación valen tanto como dos horas de estar acostados, tensos y forzados. Incluso para lograr un descanso satisfactorio es necesario un control mental sosegado. Este control, como cualquier otra cosa, llega a formar un hábito y los que lo practican se encuentran con que ya no pueden hacer las cosas descuidadamente; si quieren descansar tienen que hacerlo en la forma apropiada.

“No dejéis que vuestra mente divague; antes bien, tened siempre buenos pensamientos en su trasfondo, dispuestos a salir en el momento en que esté libre.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Esto debería ser fácil para cualquier hindú, porque desde niño se le enseñó a repetir buenas frases durante los momentos en que no trabaja. En la India, incluso la gente corriente tiene esa costumbre. Con frecuencia podéis observar que un hombre, al terminar su trabajo empieza a recitar reiteradamente ciertas palabras; “Ram, Ram, Ram, Sitaram, Sitaram, Sitaram.” Podría juzgarse que esta es una simple practica; pero no es así, porque tiene un efecto real sobre la persona que recita esas palabras; mantiene su mente desocupada con un pensamiento sedante y elevado. Es infinitamente mejor que dejar a la mente divagar a su aire ocupándose, la mayoría de las veces, de los asuntos de sus prójimos y dejándose llevar hasta la murmuración, causa de daños innumerables. Por supuesto que el que pueda dominar su mente sin necesidad de la repetitividad externa, hará mejor en proceder así; pero la mayoría no hacen ni una cosa ni otra.

Es una buena práctica, recomendada por muchas religiones, elegir por la mañana alguna frase para memorizarla. Esta frase acudirá a la mente por sí misma durante el día y ahuyentará a otros pensamientos inconvenientes, mientras la mente esté desocupada. Podéis elegir alguna buena frase o sentencia de algún libro y, repitiéndola unas cuantas veces por la mañana (cuando os estéis vistiendo, por ejemplo), con el pensamiento centrado en ella, lograréis que acuda a vuestra mente por sí misma durante el día. Podemos advertir cuán fácil es para la mente esta repetición automática observando cómo una canción de moda, una tonadilla alegre la impresiona y se apodera de ella, que la repite una y otra vez. Durante muchos años he conservado en el fondo de mi mente el pensamiento de los Maestros y ahora está siempre allí, de tal manera que en cualquier momento en que mi mente queda libre de trabajo, automáticamente vuelve a Ellos.

C.W.L. -En el fondo de nuestra mente hemos de tener siempre pensamientos del Maestro para que se manifiesten en ella siempre que no esté ocupada en otro trabajo. Mientras estemos leyendo o escribiendo una carta o realizando algún trabajo físico, no estaremos pensando de manera activa en el Maestro; pero al iniciar el trabajo decimos: “En obsequio del Maestro haré esto bien.” Al haberlo dicho así, se está pensando en el trabajo; no en Él, pero finalizada la tarea, el

pensamiento del Maestro vuelve a aflorar en la mente. Con ese pensamiento no sólo se logra que la mente este bien ocupada, sino también que nuestro pensamiento en otros asuntos sea mas claro y fuerte. En ocasiones se practica esta repetición de los nombres de Dios con la finalidad de establecer una base para la mente. En la India es muy frecuente que mientras esperan un tren o van por un camino, la gente habla consigo misma en voz baja y, a veces, se les puede escuchar algún nombre sagrado que repiten una y otra vez. Una de las críticas que los misioneros acostumbran a hacer de los 'gentiles' es la de que son dados a las vanas repeticiones. El mahometano camina recitando textos; siempre tiene en sus labios el nombre de Alá. Puede que en algunos casos no piense mucho en Él, pero hay veces que sí tiene algún significado. Es cierto que una persona puede decir muchas de estas cosas rutinariamente, sin pensar en ellas; un cristiano puede repetir sus oraciones mientras su pensamiento deambula todo el tiempo por otra parte. Incluso un sacerdote puede recitar sus oraciones sin concentrar en ellas su pensamiento, porque las conoce de memoria: puede pronunciar las palabras del Ave María y del Padrenuestro sin pensar para nada en Nuestra Señora ni en nuestro Padre que está en el cielo. En cualquier religión es fácil no trascender la forma; no pasar de la corteza externa ni llegar al espíritu interno; pero eso no ocurre más entre los hinduistas y budhistas que entre los cristianos; me inclinaría a decir que no pasa tanto entre los primeros. Es cosa comprobada que la repetición de un nombre como 'Rama, Rama, Rama', ayuda a mantener el pensamiento de la deidad en la mente de la gente y que, cuando se consigue, con toda seguridad es bueno. Si podemos pensar en el Maestro con la misma presteza y con el mismo resultado, sin que tengamos necesidad de repetir su nombre, mucho mejor: pero es infinitamente mejor todavía la repetición verbal que no tener ni el pensamiento.

En el mundo mental existe un determinado tipo de vibración adecuado para ese sentimiento de devoción; con el tiempo, esa vibración se constituye en hábito y, de ese modo, la devoción aflora fácilmente e impregna el carácter. Este hábito también sirve para evitar los malos pensamientos. Si la mente está vacía, cualquier

pensamiento pasajero puede penetrar en ella e influirla; esos pensamientos, por lo general, son malos, o cuando menos inútiles. Proceden de la gran cantidad de pensamientos que flotan a nuestro alrededor y que representan el nivel mental del país; pero nosotros aspiramos a algo superior. Queremos ponernos en condiciones de elevar a nuestro hermano de tipo medio y esto no nos es posible hasta haber alcanzado nosotros mismos un nivel más elevado.

“Utilizad el poder de vuestro pensamiento cada día con buenos propósitos; sed una fuerza en la dirección de la evolución.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Hemos sido educados en la ingenua teoría de que lo único que hace falta es que seamos buenos; pero no es suficiente ser piadoso y abstenerse de hacer cosas malas; hemos de lanzarnos a la lucha y hacer algo con nuestra bondad y con nuestra piedad. ¿Con que finalidad estamos en la tierra? ¿Por qué ocupamos un lugar, si no es para hacer algo? Sentarnos y ser buenos (aunque sea mejor que sentarnos y ser malos, evidentemente) no es sino un estado negativo. Estamos aquí para ser canales de la Fuerza Divina. Nosotros, la Mónada, surgimos de Dios tiempo ha, como radiante chispa del Fuego Divino. Es cierto que, como dice “La Doctrina Secreta”, ‘la chispa arde poco’ -muy poco, en muchísimas ocasiones- pero nosotros podemos inflamarla con el fervor de nuestro entusiasmo, fe y amor, hasta convertirla en ardiente llama que de calor a los demás.

“Pensad cada día en alguien a quien conocéis que esté triste, o que sufra, o que necesite ayuda, y enviadle pensamientos de amor.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El poder del pensamiento es tan real y tan claro como el dinero o como el agua que vaciamos desde una botella a un vaso. Si enviamos a alguien una corriente clara de esta fuerza, podemos tener la absoluta seguridad de que llegará a su destino, aunque no lo veamos. Conocemos muchas personas cuyo dolor y cuyo sufrimiento pueden verse muy atenuados por medio de una corriente de esta fuerza que les enviamos. Si en alguna ocasión ocurre que no sabemos de ningún caso en particular, podemos enviar nuestro pensamiento generalizando, porque éste ya encontrará algún destino ente los

muchos que sufren.

Si conocéis a alguna persona que, (como la Dra. Besant, por ejemplo) esté en contacto con multitud de seres necesitados y tristes, podéis enviarle pensamientos de devoción y fuerza para que ella tenga algo más que poder derramar. Lo mismo pasa con los Maestros. Cuando alguien les envía un pensamiento de devoción, como respuesta, Él hace descender un pensamiento que posee la naturaleza de una bendición. Pero, además de esto, se añade algo del caudal de la fuerza del Maestro, quien la utiliza para el bien de los demás.

A.B. -Tengo que confesar que, hasta que lo leí, no se me ocurrió realizar una práctica clara y regular de esta forma mental de ayudar a los demás. Ciertamente, una cosa excelente. Elegid por las mañanas a alguna persona para ayudarla durante el día en vuestros ratos de ocio; desgraciadamente, son muchísimas las personas necesitadas de ayuda. Después, durante el día, cuando vuestra mente este libre, en lugar de dejar que se convierta en hospedaje para toda clase de huéspedes, utilizadla para enviar a la persona elegida pensamientos de fuerza, de bienestar, de felicidad o de lo que sea más necesario. Esta práctica es un paso superior a la repetición verbal de buenas frases.

De una u otra manera, como sea, cerrad vuestra mente a los pensamientos inconvenientes, hasta que ésta sea lo suficientemente fuerte para poder prescindir de estas ayudas. El pensamiento del Maestro debe estar continuamente en vuestra mente; este pensamiento es uno de los que siempre proporcionan ayuda sin estorbar ninguna de las actividades mentales elevadas. No sólo no rechaza otras formas de ayuda, sino que proporciona a estas una fuerza mayor. Transcurrido el tiempo, ocupará todo vuestro horizonte mental y entonces, como consecuencia de esto, todo lo que hagáis lo haréis mejor y con más firmeza.

“Apartad vuestra mente del orgullo, porque el orgullo es hijo de la ignorancia.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Los estudiantes de Ocultismo suelen ser víctimas de un descarado y sutil orgullo. No pueden dejar de hacer ostentación de que saben un poco más de los hechos reales de la vida que los que no los

han estudiado. Sería una torpeza no admitirlo, pero es preciso tener mucho cuidado de no caer en el desprecio hacia los que no han estudiado estas cosas. Sobre esto, ciertamente, los estudiantes de Ocultismo están por encima del hombre corriente, pero pueden muy bien existir otras materias en las que los demás estén muy por encima de ellos. El que conoce a fondo la literatura, la ciencia, las artes, por ejemplo, ha empleado mucho más tiempo y se ha tomado mucho más trabajo para estudiar que no muchos de los que se han dedicado a estudiar Teosofía, y sin ninguna duda merece nuestro reconocimiento por lo que ha hecho y por su labor altruista. No es un ejemplo de sabiduría despreciar el trabajo ajeno, sino comprender que estamos progresando todos por igual.

Muchas personas tienen un elevado concepto de sí mismos; les satisface juzgarse siempre benévolamente; se conceptúan muy buenas personas. Pero lo que sirve de base a su propia estimación no es siempre lo que el Ego aprueba. En cambio, cualquier cualidad que se desarrolle en el Ego es pura. Por ejemplo, si se trata de un afecto, esa cualidad estará siempre libre de celos, de egoísmos, de envidias. Es un reflejo del amor divino hasta donde el Ego puede reproducirlo en su propio nivel. En ocasiones nos enorgullecemos de nuestros progresos, lo cual se asemeja al orgullo de un niño de cuatro años, muy satisfecho de su crecimiento, cosa que puede ser muy explicable a su edad, pero no si se trata de un joven de veinte años. Nuestros poderes intelectuales, de devoción, de afecto, de simpatía, existen en nosotros en grado muy pequeño en relación con lo que tendrán que llegar a ser. Por lo tanto, en lugar de sentirnos halagados por nuestras cualidades, hemos de esforzarnos para que éstas aumenten.

La meditación es una gran ayuda en estos casos. Si un hombre decide desarrollar sus afectos y medita sobre ellos tratando de vigorizarlos, se sorprenderá del grado que, en un corto tiempo, ha alcanzado en él esa cualidad.

El orgullo, dice el Maestro, siempre es hijo de la ignorancia. Cuanto más sabe un hombre menos caerá en el pecado del orgullo, porque más fácilmente comprenderá que no sabe. Especialmente esto será una verdad para él si tiene la suerte de ponerse en contacto con alguno

de los grandes Maestros. Los que lo consiguen jamás volverán a sentir orgullo, ni siquiera el orgullo de no ser ya orgullosos, porque al pensar que pueden hacer alguna cosa o que poseen alguna cualidad, invariablemente se aposentará en su mente esta idea: “He visto esta cualidad en el Maestro, y ¿qué es lo que vale la mía al lado de la Suyas?”

Las virtudes de los Maestros tienen un desarrollo tan magnífico que es una cura instantánea contra el orgullo el conocer a uno de Ellos. Sin embargo, el desaliento nunca viene por parte del Maestro. En la vida diaria pensamos que podemos hacer alguna cosa en cualquier sentido y cuando nos ponemos en presencia de un experto en ese sentido, de inmediato vemos nuestra insignificancia en relación con el gran hombre y nos sentimos oprimidos y desanimados. Pero este no es el sentimiento que nos inspira el Maestro. Nos damos cuenta cabalmente de nuestra incompetencia y de nuestra insignificancia pero, al mismo tiempo, en Su presencia, comprobamos nuestra potencialidad. En lugar de ver que hay un abismo infranqueable, nos alcanza esta idea: “Yo puedo hacer esto. Me propongo imitarlo.” Ese es el estímulo que siempre nos proporciona nuestro contacto con el Maestro. En Su presencia penetran en nosotros las palabras del Apóstol:

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.” – (Filipenses 4:13)

La fuerza del Maestro nos hace pensar: Nunca más me sentiré deprimido; ya no puedo estar triste; nunca más caeré en el error de la irascibilidad que ayer me embargó; vuelvo la vista hacia atrás y veo las ridiculeces que me han inquietado: ¿de ahora en adelante, qué es lo que puede preocuparme? posiblemente, después, fuera ya de la influencia directa de esos rayos divinos, volvamos a caer, olvidando que esa influencia puede seguir alcanzándonos, aunque sus rayos no sean visibles y directos y de que podemos vivir siempre en el aura del Maestro si así lo deseamos.

“El que no sabe cree que es grande, que ha hecho esta o aquella cosa importante; el sabio sabe que sólo Dios es grande, que toda obra bien hecha es sólo Dios quien la hace.” –
(A los Pies del Maestro)

A.B. -Aquí tenemos una gran lección del Gitâ. Es la voluntad una la que actúa a través de todos. Todo trabajo es hecho por el todo, no por

las partes, y lo más que nos es dado es convertirnos en buenos conductores para la labor de la actividad divina. Nuestro alardear es tan necio como lo sería el de uno de los dedos de la mano. Convertiros en órganos sanos de la voluntad divina y encontraréis que el Actor único os está utilizando, porque ya os habéis capacitado para ser aprovechados.

Y he aquí que hemos vuelto a nuestro punto de partida: hemos visto ya que la realización del Ser aniquila todo temor; ahora vemos que también destruye todo orgullo. Esa es la única verdad fundamental. Es positivo observar de qué manera todas estas cosas multiformes nos conducen a la verdad única: la Vida Una inmanente en todos los seres.

C.W.L. -Dios está en cada uno de nosotros y cualquier bondad o cualquier grandeza que exista en el hombre, no es sino Dios que resplandece en él. Todo lo que hacemos, Él lo hace a través nuestro. Esto puede parecer extraño. Juzgaréis, tal vez, que destruye el sentido de individualidad, pero esto sólo es debido a que la realidad de esta relación no puede ser captada por nuestro cerebro físico. No sin razón, los cristianos de la Edad Media acostumbraban a decir: “A Dios sea la gloria.” Enorgullecernos de cualquier cosa que hayamos hecho equivaldría a que uno de los dedos de la mano, mientras estamos tocando el piano, se envaneciera por haber hecho sonar tal o cual nota, por haber enriquecido tal o cual tono; siendo así que, de hecho, todos los demás dedos tuvieron su protagonismo, todos actuaron, no con una voluntad separada, sino como instrumentos del cerebro que los ponía en marcha. Todos somos los dedos de Su mano, las manifestaciones de Su poder. Sé muy bien que nos resulta prácticamente imposible demostrar esto de manera absoluta; pero, cuanto más desarrollemos la conciencia superior. más claramente lo percibiremos y, algunas veces, durante la meditación, en momentos de exaltación elevada, alcanzaremos un vislumbre momentáneo de la unidad.

Dominio de la Acción

“Si vuestra mente es lo que debería ser, tendréis pocas preocupaciones en vuestros actos.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Estas palabras hacen hincapié en que el pensamiento es más importante que la acción, cosa bien sabida por todo estudiante de Ocultismo. Este punto de vista es exactamente el contrario de la idea general; pero es el correcto, porque el pensamiento precede a la acción. Puede existir lo que se llama acción espontánea, pero esto sólo significa que para encontrar el pensamiento precedente hemos de retroceder mucho, posiblemente hasta una vida anterior.

Cuando se ha acumulado fuerza suficiente -pensamiento en la mente en cualquier dirección- y se presenta la ocasión para que ese determinado pensamiento se manifieste como acción, ésta se realiza incuestionablemente. Todo pensamiento en determinada dirección no es más que un aumento de la fuerza impulsora hasta que, finalmente, la fuerza almacenada nos conduce inevitablemente a la acción. El hindú estima, muy correctamente, que la acción o karma está integrada por tres partes: pensamiento, deseo y acción. Es cierto, podéis actuar en una de vuestras vidas en forma premeditada, pero sólo por lo que se refiere a un pasado inmediato, a un acto cometido por el impulso del momento. Cuando la actividad del pensamiento ha terminado, el acto, que es la última parte de la acción completa, debe realizarse como resultante del impulso acumulado. De ese modo puede suceder que, agotado ya todo vuestro poder de pensamiento, y habiendo puesto en juego toda vuestra capacidad de control, en la primera ocasión, vuestro pensamiento se traduzca en acción. También puede quedar en latencia durante mucho tiempo mientras no se presente la oportunidad de manifestarse; pero, tan pronto como las circunstancias lo permitan, la acción tendrá lugar.

He aquí la gran importancia de comprender el mecanismo del pensamiento. Conservadlo bien y dirigidlo por buen camino, porque nunca podréis saber cuándo surgirá la ocasión para que el próximo pensamiento cristalice en acción. Es por eso que los Grandes

Instructores del mundo confirieron siempre una gran importancia al pensamiento, y es por eso que en este libro también se le recuerda al estudiante. Es oportuno recordar aquí que manas, la mente, es actividad en sí. Tenemos en la Mónada los tres aspectos de voluntad, sabiduría y actividad que vienen a manifestarse en atma, buddhi y manas. Y aquí se reconoce también que el pensamiento se manifiesta en acción.

C.W.L. -Es incuestionable que el pensamiento precede a la acción. Hay ocasiones en las que actuamos sin pensar, pero sólo es aparentemente, porque esas acciones son la consecuencia de pensamientos anteriores: el hábito de pensar en determinados asuntos o en determinada forma nos conduce, inevitablemente, a actuar instintivamente. Cuando alguien hace una cosa y dice: “No pude evitarlo; no pensé en ello”, en realidad es que está dando expresión, como acción, a pensamientos previos, quizá de encarnaciones anteriores. Si bien, por lo general, el hombre no usa en su actual encarnación el mismo cuerpo mental que en la precedente, sí tiene la misma unidad mental, que es el núcleo de su cuerpo mental anterior, una especie de epítome del mismo, que va conservando de vida en vida el impacto del tipo de pensamiento a que el hombre ha estado acostumbrado. Con frecuencia se ha dicho que el hombre solo puede transferir a su cuerpo causal, de vida en vida, las buenas cualidades. Esto es estrictamente cierto.

Con frecuencia se ha dicho que el hombre sólo puede transferir a su cuerpo causal, de vida en vida, las buenas cualidades. Esto es estrictamente cierto. El cuerpo causal está integrado de materia de los subplanos superiores del plano mental (primero, segundo y tercero), y la materia de estos subplanos no puede vibrar en respuesta a las cualidades inferiores o menos deseables. Por lo tanto, el hombre sólo puede asimilar el bien, lo cual es una suerte, porque de lo contrario asimilaría mucho mal, lo cual significaría un retraso en lugar de una ayuda en nuestra evolución. Pero, también es cierto que el hombre lleva en sí los átomos permanentes de los diversos planos (mental, astral y físico) y es por ello que las cualidades correspondientes se transfieren a los nuevos vehículos como cualidades inherentes.

Por eso aportamos posibilidades de cualidades, más bien que cualidades de hecho. Madame Blavatsky solía denominar a esto, entre otras cosas, 'Reservas de materia', esto es, fuerzas que tendrán que actuar cuando encuentren la materia apropiada, pero que permanecerán en latencia hasta que esa materia se concentre nuevamente alrededor del Ego. Así, cuando un hombre actúa “sin pensar”, procede según la importancia que hayan tenido esos antiguos pensamientos. Esta es una de las razones por las que hemos de vigilar cuidadosamente nuestros pensamientos; nunca sabemos cuándo se traducirán en actos. El hombre que se deja influir por un mal pensamiento pensando que nunca dejará que le arrastre a la acción, puede llegar fácilmente a ella sin apercibirse.

Puede hacerse muy buen uso de este conocimiento para ayudar a los niños. Cuando el Ego toma bajo su control los nuevos vehículos, los familiares y los amigos pueden ayudarle mucho estimulando las buenas cualidades a medida que éstas se vayan manifestando, y no dando a las malas ninguna oportunidad para que se manifiesten. Ayudamos enormemente a los niños cuando conseguimos que sus buenas cualidades se traduzcan en actos y se conviertan en hábito, antes de que las malas puedan afianzarse en él. Estas últimas, tarde o temprano tendrán que manifestarse, probablemente porque el mundo externo las pondrá en evidencia, pero si las primeras ya están firmemente asentadas, las malas tendencias encontrarán mucha dificultad para impactar. Y entonces, será de plena voluntad del Ego actuar a través de sus vehículos en oposición a esos impactos, y en semejantes casos esas malas tendencias quedarán desarraigadas en el curso del período de esa vida, y en la siguiente encarnación el Ego volverá completamente libre de ellas.

“Sin embargo, recordad que para ser útiles a la humanidad, el pensamiento debe traducirse en acción. Para el buen trabajo no debe existir la indolencia, sino una actividad constante.” –

(A los Pies del Maestro)

A.B.- He aquí una advertencia importante: el pensamiento, para que sea bueno, ha de traducirse en actos. Este es un punto en el cual muchos de nosotros pecamos por defecto: tenemos en la mente

pensamientos que no se traducen en acción y que son fuentes de debilidad. El Maestro Morya dijo en una ocasión que un buen pensamiento que no se traduce en acción es como un cáncer mental. Este es un símil muy gráfico que nos puede ayudar a comprender que esos pensamientos no son simplemente negativos, sino que son absolutamente dañinos. No debemos debilitar nuestra fibra moral con buenas resoluciones que no lleguen a ponerse en práctica, que se conviertan en obstáculos y que hagan más difícil poner en práctica esos buenos pensamientos cuando de nuevo se presenten. No dejéis las cosas para después; no las “aparquéis”: llevadlas a término. Muchos de nosotros obstaculizamos nuestro desarrollo con resoluciones que no ponemos en práctica. Dice un proverbio inglés que el camino del infierno está pavimentado de buenas intenciones.

Una buena intención que no se lleve a la práctica se transforma en una fuerza para el mal porque actúa como una droga que embota el cerebro. Tened cuidado en controlar vuestros pensamientos y cuando os llegue un impulso de servicio procedente del Ego, ponédlo en práctica; no lo dejéis para mañana. Este dejar las cosas para después es la causa de que muchos seres estén perdiendo el tiempo. Es frecuente encontrar personas muy buenas que se hallan ahora lo mismo que hace diez años, cuando las conocimos. Y así es como hay personas que pasan los años con las mismas dificultades y las mismas tentaciones; con las mismas debilidades y la misma fuerza. A un miembro de la Sociedad Teosófica nunca debe pasarle una cosa así, porque todos nosotros hemos de saber algo de la forma en que actúan estas leyes.

Que esto sea así se debe en gran parte -creo yo- a que no comprendemos que los buenos impulsos que no se llevan a la práctica, se convierten en obstáculos. Si ponéis en práctica todos los que recibáis os irán llegando cada vez más y más. No hay circunstancia externa propicia ni ampliación de conocimiento que puedan suplir la falta de esfuerzo y de resolución para poner en práctica lo que ya sabemos. Vuestro pensamiento debe traducirse siempre en acción. Haced de esto una norma de conducta. Comprendo que no siempre os será posible poner en práctica de inmediato vuestro pensamiento,

porque las circunstancias del momento os lo pueden impedir; pero ya llegarán las oportunidades. En tales casos continuad pendientes de vuestro pensamiento, no lo desechéis. Que sea como un fruto que está madurando. Si procedéis así, el pensamiento que acariciáis no os perjudicará y tan pronto como llegue su momento lo traduciréis en acción.

“Pero tiene que ser vuestro propio deber el que hagáis -no el de otra persona, a menos que sea con su permiso y con objeto de ayudarla. Que cada uno haga su propio trabajo, a su propia manera; estad siempre dispuestos a ayudar donde haga falta, pero sin interferir nunca. Para muchas personas lo más difícil de aprender en el mundo es ocuparse de sus propios asuntos; pero eso es precisamente lo que debéis hacer.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Esta es una advertencia para aquellos que tienen una naturaleza muy activa, una naturaleza *rajásica*. Consideremos ahora el otro aspecto de la cuestión: por una parte, hay que combatir la pereza pero, por la otra, hay que evitar la intromisión. Las personas muy activas son propensas a meter el dedo en todos los pasteles, como dice el refrán. Pero los pasteles ajenos son ajenos y no debemos poner la mano en ellos. Recordaréis con cuanta frecuencia, en el Bhagavad Gitâ -que es un evangelio de actividad, pues su constante conminación es 'actúa, actúa'-, nos previene en contra de la actividad indebida. El deber de otro -dice- está lleno de peligros.

La razón es clara. Si tú, con tu particular clase de actividad mental, te metes en los asuntos de otra persona, que también tiene su particular clase de actividad mental y que es distinta de la tuya, puedes tener la seguridad de que entorpeces su trabajo. Su acción es el resultado lógico de su actividad mental; no es, ni puede ser, el resultado propio y adecuado de la tuya. La persona de tipo enérgico debe comprender que mezclarse en asuntos ajenos sólo ocasiona confusión. Particularmente, me gustaba arreglar las cosas de los demás según lo que, de acuerdo con mi punto de vista, yo creía que era lo que debían hacer, naturalmente, pero en el transcurso del discipulado comprendí que ésta no era la manera de trabajar.

Aunque la manera de actuar de una determinada persona no sea la mejor desde un punto de vista abstracto, puede que sea la mejor desde su punto de vista personal. En apoyo suyo tiene lo mismo la fuerza de sus faltas que la de sus virtudes y marca la línea de evolución adecuada que le corresponde. Supongamos que una persona, para escribir, coge la pluma de una manera especial, que no es la mejor; si intervenís y lográis que coja la pluma de otro modo, lograréis que escriba peor, no mejor. Perderá la ventaja de su prolongada práctica en la forma antigua, y le costará mucho trabajo adaptarse a la nueva. Desde luego, si es él el que quiere cambiar la forma de escribir porque está convencido de que hay una mejor manera y solicita vuestra ayuda, ya es distinto; tiene derecho a hacer lo que mejor le parezca y contará con su fuerza de voluntad para este cambio.

Es evidente que una persona fuerte puede dominar fácilmente a otra durante algún tiempo. La historia está llena de grandes personajes que durante su vida dominaron a los demás pero cuyo trabajo se hundió con su muerte. Olvidaron que eran mortales y que debieron formar un sucesor capaz de sustituirlas; el fatal desmoronamiento de toda su actividad al ocurrir su desaparición, no fue otra cosa que el karma de su error y de su egolatría. Esto pone de manifiesto que esos hombres no comprendieron las condiciones de una actividad fecunda. No se percataron de que un trabajador, un líder de masas, tiene que rodearse de colaboradores capaces, y debe darles su confianza, dejándoles a su libre albedrío dentro de su radio de acción, en su línea de trabajo; estos líderes no se dieron cuenta de que no se debe intervenir en todos los detalles, cosa que, por lo demás, tampoco es posible.

El mundo es un conglomerado de diversidades, que son expresión de la unidad inmanente. Las clases inferiores obedecen la ley, porque se ven impelidos a ello debido a su desconocimiento de la realidad. Pero el hombre goza de una libertad relativa; de cierta libertad dentro de un gran círculo de leyes externas a cuya acción no puede oponerse, pero dentro de las cuales puede proceder como mejor le parezca. El desarrollo del hombre consiste en hacer su trabajo a su manera. El plan divino es tal, que a medida que el ser humano va progresando, se le confiere cada vez más libertad, según se va haciendo acreedor cada

vez a una mayor confianza de que sabrá utilizarla sabiamente; y así es como, poco a poco, paso a paso, el hombre alcanza su libertad plena. El animal, en el peldaño más bajo de la escala, obedece perfectamente, inconscientemente; el Maestro, en la cima de la misma, obedece perfectamente, de manera consciente; todos los demás estamos en algún punto situado entre ambos extremos.

Hemos de tener presente que la intromisión concierne también a lo mental y que la no intromisión tiene que ver también con la calificación previa, con el dominio de la mente. La intromisión mental es muy poderosa. Tomemos el siguiente ejemplo: Uno de nosotros tiene un defecto determinado que está tratando de erradicar, resultado, quizá, de alguna debilidad de carácter, tal vez una manera inadecuada de pensar o de actuar, o una inclinación producida por antiguos hábitos. Sea como fuere, la persona está intentando corregir su defecto. Otra persona entra en sospechas sobre esa determinada debilidad o defecto; sospechas que, sin pensar, han causado un daño.

Esta persona no se da cuenta de que, con un pequeño impulso, contribuye a afianzar la acción indebida de la primera. Las dos fuerzas opuestas, el hábito y el esfuerzo, estaban nivelando el fiel de la balanza y el pensamiento sospechoso hizo que se inclinara hacia un lado. Por eso es tan malo sospechar. Siempre es malo. Si, por desgracia, la sospecha es cierta, añade un impulso a la mala inclinación; si no fuera cierta, podría coadyuvar más a que la otra persona cediera de nuevo a su debilidad. De las dos maneras se arroja un mal pensamiento sobre esa persona, por lo cual y en cualquier caso, la sospecha es mala. Nuestro deber es pensar siempre bien de los demás, aunque nuestro pensamiento sea mejor que sus prácticas; de esa manera sólo enviaremos pensamientos buenos a los demás que contribuirán a su bien.

También es importante tener presente estos hechos porque, más pronto o más tarde, una gran cantidad de malos pensamientos es proyectada por las fuerzas negras contra todo aquel que está avanzando rápidamente en el Sendero. Cuando estéis siendo el blanco de una avalancha de mal lanzada sobre vosotros para empujaros a las malas acciones, debéis comprobar el nefasto trabajo de la sospecha y

tenéis que extremar la vigilancia sobre vuestros pensamientos y sobre vuestros actos. Tenéis que pensar en lo que os está pasando, y limitaros a reconocer los hechos sin sentirnos víctimas de la ira o del resentimiento; y cuando os veáis arrastrados por el torbellino del odio, tened presente que vuestro deber -para decirlo con una frase bíblica- es sujetar vuestra mente y limitaros a poner en movimiento una fuerza adicional de naturaleza contraria que neutralice las malas fuerzas que os acosan. Hacedlo así y el mal lanzado contra vosotros no os dañará; por el contrario, sacaréis provecho del mismo, porque os ayudará a conocer vuestras debilidades, las sacará a la luz, cuando de otro modo podrían haber quedado ocultas. Vuestra simple decisión ante el ataque os fortalecerá y os conducirá a un estado de elevación en el que ya no podrán causaros más que pequeños efectos.

Por lo tanto, realizad a la perfección vuestro trabajo y dejad a los demás que hagan el suyo, a menos que ellos soliciten vuestra ayuda. Haced vuestro trabajo con el máximo de vuestras capacidades y dejad que también los demás realicen el suyo al máximo de la suyas.

C.W.L. -Muchas de las intervenciones en las cuestiones ajenas se deben a los prejuicios religiosos. Los cristianos ortodoxos estiman que es incumbencia suya intervenir en las cuestiones de los demás. Se preocupan por salvar las almas de los demás, en lugar de aceptar que cada cual tiene que salvarse a sí mismo. Evidentemente, y sin duda alguna, nadie tiene derecho a intervenir entre la individualidad y la personalidad de otra persona, en ninguna circunstancia. Los inquisidores estimaban que tenían el derecho de atormentar a los demás para salvar sus almas, obligando a sus cuerpos a decir tal o cual cosa. Ni siquiera llegaron a pensar, según entiendo, cómo podían hacer que un hombre creyera determinadas cosas; pero estimaban que era suficiente el que su cuerpo dijera que la creía, para que esa afirmación, aunque falsa, tuviera la virtud de salvar su alma. Si realmente los inquisidores creían eso (me resisto a creer que haya habido alguien que realmente aceptara tan monstruosa falsedad), tenían una base para justificar sus horribles procedimientos, porque cualesquiera que fueran los horribles suplicios a que sujetaban los cuerpos de sus infortunadas víctimas, sólo duraban unos cuantos días

o unas cuantas horas y no eran nada en comparación con las horribles penalidades eternas de las cuales estaban salvando las almas. En esas circunstancias el torturar a un semejante llegaba a ser una acción meritoria. Nos resulta muy difícil comprender que haya habido quien tuviera este criterio y sin embargo es notorio que hubo muchísimos que lo sustentaron, aun descartando a aquellos que utilizaban los poderes de la Iglesia con fines políticos.

“Porque si tratáis de empezar una labor más elevada, no debéis olvidar vuestros deberes ordinarios, porque hasta que éstos no se hayan hecho no estaréis libres para otro servicio. No debéis comprometeros con nuevos deberes en el mundo; pero aquellos que ya tenéis a vuestro cargo debéis cumplirlos debidamente -todos los deberes evidentes y razonables que vosotros mismos aceptéis, es decir, no deberes imaginarios que los demás traten de imponeros. Si vais a hacer Su trabajo, tenéis que realizar el trabajo ordinario mejor que los demás, no peor; porque también debéis hacer eso por consideración a Él.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Por lo general, cuando una persona se pone en contacto con el ocultismo, a mi parecer, es cuando empieza a hacer su trabajo ordinario peor y no mejor de lo que lo hacía antes. Pero esto es una total equivocación. Su desbordante entusiasmo en sus estudios, y su esfuerzo por llegar hasta las cosas superiores, encierran un peligro a la vez que una ventaja; y el peligro estriba precisamente en que los trabajos cotidianos le parecen poco importantes. Esta idea encierra algo de verdad y en eso radica el peligro; los errores son peligrosos solamente porque en su fondo existe algo de verdad. Es lo poco de verdad que hay en un error lo que le da importancia; no la envoltura de falsedad que oculta el poco de verdad.

La ejecución perfecta de los deberes que tengamos que desempeñar en la vida del mundo es lo que pone de manifiesto que la fuerza descendente de los planos superiores está siendo utilizada en forma apropiada. *“Yoga es destreza en la acción”* — (Bhagavad Gitâ 2:50)

Si un hombre ya se ha disciplinado en los planos superiores, su actividad en los inferiores será correcta; pero no lo será si todavía no

ha logrado esa disciplina. Esto último, sin embargo, es preferible a la indiferencia en cuestiones espirituales. La actividad incorrecta de una persona que se esfuerza ya en este terreno puede causar mucho daño temporal; pero no un daño permanente, porque su propósito interno es bueno.

El discípulo tendrá que esforzarse para cumplir sus deberes del plano físico mejor que los demás. Es frecuente que, cuando un discípulo actúa con torpeza pueda intervenir el Maestro para corregir sus actividades. Por eso el Maestro pone a prueba al chela, y a esto se debe que ese período de prueba se prolongue con frecuencia. Generalmente, el hombre necesita un tiempo determinado para moderar su entusiasmo y para actuar de manera ponderada y premeditadamente.

El discípulo es válido, en primer lugar, por su utilidad para los demás. El aspirante no debe pensar nunca que su trabajo esotérico es más importante que el exotérico. El teósofo que descuida su rama y su trabajo por la Sociedad para dedicar su atención a su propio progreso en las cuestiones esotéricas, comete un error. Si, por ejemplo, descuida su trabajo externo en favor de sus estudios, actúa mal. El estudio es bueno pero, debe supeditarse a su utilidad; tenéis que estudiar para ser más útiles, no tenéis que dejar de ser útiles para poder estudiar. Y cuando surge un conflicto entre vuestros deberes y vuestros estudios, los primeros son los que cuentan.

En todas estas cuestiones hemos de recordar siempre que el sendero del ocultismo es tan angosto como el filo de una navaja. Podemos dedicar todo nuestro tiempo vígilico a realizar pequeños servicios a los demás, pero en este caso muchos no serán los procedentes, y la mayoría de ellos no los haremos bien. De la misma manera que hemos de dedicar algún tiempo a comer, a fin de tener fuerzas para trabajar el resto del tiempo, debemos dedicar algo de este a la meditación y al estudio y a considerar qué clase de trabajo hemos de hacer y cómo hemos de llevarlo a cabo. Este punto ya fue abordado por el Maestro en la sección del discernimiento. Toda Su enseñanza tiende a dirigir al discípulo hacia el camino del medio; si éste lleva un consejo hasta el extremo, sólo logrará caer de nuevo. Se ha dicho que la mejor ruta de

una nave no es la línea recta, sino la que resulta de ir de uno a otro lado. La vida del discípulo tiene alguna semejanza con esto; el Maestro es el capitán que está en el puente y va señalando las estrellas que sirven de guía, y ayuda al discípulo con el fin de que las siga con la mayor exactitud posible. Hay muchas personas que se aferran a una buena idea y que se dejan llevar por ella hasta la muerte.

El Maestro le dice al discípulo que no debe comprometerse con nuevos deberes mundanos. El que ha hecho votos de servir al Maestro deberá comprender la importancia de estar siempre dispuesto para servirlo en la forma y en el lugar que Él considere oportuno. Puedo dar un vívido ejemplo de mi propia experiencia. Cuando era joven y me fueron arrebatados todos mis hijos en contra de mi voluntad, luché contra esa separación poniendo en juego todos los recursos legales a mi alcance; pero perdí el pleito y la ley rompió mis ataduras; me liberó del deber maternal de proteger a mis hijos. Tan pronto como pudo hacerlo, mi hija regresó a mi lado; había dejado de verla y de escribirle durante diez años, pero ella no me olvidó y regresó para verme. Por aquel entonces yo vivía con Madame Blavatsky, quien me hizo esta advertencia: “Ten cuidado de no atar de nuevo los lazos que ya rompió el karma”. Si después de haber hecho votos de servir al Maestro hubiera reanudado mi vida anterior, hubiera procedido mal. Evidentemente, no quiero decir que mi deber era descuidar a la niña; ella vino a vivir con nosotros y permaneció a nuestro lado hasta que se casó; pero ocupaba el segundo lugar, no el primero.

Vosotros sois los responsables de los deberes que tenéis que desempeñar; nadie más; sois responsables ante el Maestro; nada más que ante Él. Si alguien trata de imponeros algo que imagina que es deber vuestro, y vosotros os dais cuenta de que no lo es, limitaros a expresar vuestra disconformidad; de buena manera, pero firmemente. Sois vosotros los que tenéis que decidir. Tenéis que hacerlo así, tanto que acertéis como que os equivoquéis; si os equivocáis, sufriréis; pero la decisión tiene que ser vuestra. Nadie debe interferir en esta responsabilidad de una persona consigo misma y con su Maestro. Vosotros sois los responsables ante vuestro Maestro y, en servicio de Él, tenéis que hacer vuestro trabajo mejor que los demás.

C.W.L. -El deber que tiene el ocultista de hacer bien su trabajo ordinario queda expuesto en las religiones antiguas. En la historia de la juventud del Príncipe Siddharta, que llegó a ser el Señor Buddha, por ejemplo, se explica que dedicaba mucho tiempo al estudio y a la meditación; pero cuando tuvo que conquistar a su esposa dando pruebas de destreza en deportes viriles, puso de manifiesto que le era posible sobresalir en éstos lo mismo que en las cosas superiores. En el Bhagavad Gitâ se dice que yoga es destreza en la acción; es proceder como se debe en forma cuidadosa, atinada y cortés. Los discípulos de los Maestros tienen que saber equilibrar sus vidas; tienen que saber cuándo hay que dejar a un lado las cosas ordinarias y cuando no.

El que haya hecho votos de servir al Maestro dedicándole todo su tiempo y toda su energía, no debe emprender nada que no sea en Su servicio. No debe permitir que los demás le impongan obligaciones que él no reconozca como tales. Fácilmente imagino que puede que haya quien juzgue que los miembros de la Sociedad Teosófica tengan que acudir a reuniones sociales diversas. Alguien dirá: “Gustosamente dedico algo de mi tiempo a cultivar mis amistades”; pero sería mucho mejor para esa persona dedicar la mayor parte de su tiempo disponible a cualquier trabajo por la Sociedad.

A esta instrucción relativa a los deberes del discípulo se le dio mucha importancia en el caso de Alcione mientras estuvo en Adyar bajo la dirección de su Maestro. Por ejemplo, en cierta ocasión se vio en el caso de tener que dedicar el día entero a una ceremonia relacionada con un familiar de parentesco muy lejano. La cuestión se sometió al Maestro, quien dijo:

“Teniendo en cuenta que el resto de la familia puede hallarse conturbada o sufriendo, sí, puedes ir cuando gustes, pero sólo durante una hora; y durante todo ese tiempo ten mucho cuidado de no repetir nada que no entiendas; de no decir en ningún sentido nada a ciegas, y de no permitir que otros hagan por ti lo que tú puedas hacer por ti mismo; esto por lo que se refiere a las ceremonias y a las bendiciones”.

Tolerancia

“Debéis sentir una tolerancia perfecta hacia todos, y un sincero interés por las creencias de los que profesan otra religión, tanto como por la que vosotros profesáis. Porque su religión es un camino hacia lo más elevado, igual como lo es la vuestra. Y para ayudar en todo, tenéis que comprenderlo todo.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Pienso que la tolerancia es una de las virtudes de las que se habla más; pero una de las que menos se practica. Esta es una de las virtudes más difíciles de adquirir, porque cuando una creencia es firme se tiene en mucha estima y se crea la tendencia a querer imponerla a los demás. Esta agresividad ha sido la causa de todas las guerras y persecuciones religiosas, públicas o privadas; pero incluso esa misma agresividad es mejor que la indiferencia que tan frecuentemente se confunde con la tolerancia. Indiferencia no es tolerancia, y nunca debemos confundirlas.

Actualmente, y por lo que respecta al Estado, existe muy poca persecución religiosa, pero hay todavía mucha persecución social y familiar. En algunos estados donde predomina el libre pensamiento, todavía queda algo de persecución. Los libres pensadores fueron perseguidos tan enconadamente que ahora sienten grandes deseos de venganza, aunque, evidentemente, al pensar de esta manera están violando directamente sus principios. Es de esperar que sólo sea la reacción ante la persecución de que han sido objeto por parte de los partidos religiosos y que pronto terminará.

En el mundo todavía existe mucho del espíritu religioso que dio origen a la persecución, y hay casos en que el Estado se ve obligado a imponer pública sanción, como en la India, por ejemplo, para evitar los disturbios y contratiempos que se pudieran originar. La tolerancia aparente que suele existir entre los miembros de diferentes credos en los países en que existe diversidad de religiones, más o menos equiparables en cuanto al número de sus adeptos, generalmente es el resultado del temor mutuo.

El estudiante de ocultismo debe aspirar a aquel sentimiento de bondad que nace del reconocimiento de que, en cada uno, el Ego es el que está recorriendo su camino. Esa es la única actitud correcta y nada que no sea este reconocimiento podrá hacer que la tolerancia sea una virtud bien difundida. Hemos de reconocer que cada uno tiene su peculiar manera de alcanzar su elevación y hemos de dejar a todos en entera libertad, lo cual implica no solamente que no deberemos tratar de convertir a nadie a nuestra religión, sino también que no tenemos que tratar de imponerles nuestros argumentos y nuestras opiniones, ni socavar las creencias que puedan servir de ayuda a cualquier persona. Esta indulgencia perfecta debe ser nuestra aspiración; y esa actitud está tan alejada como los polos opuestos de nuestro planeta, de lo que suele llamarse tolerancia -esto es, ese sentimiento semidespectivo de que las cosas religiosas carecen de importancia y no son más que una especie de cuerpo de policía para conservar el orden. La religión de los demás debe ser sagrada para nosotros, porque es sagrada para ellos. La Logia Blanca no permitirá la entrada en la Fraternidad a nadie que no haya logrado adoptar esta actitud en grado considerable.

C.W.L. -Es posible que hoy exista una mayor tolerancia de la que ha habido desde los tiempos del gran Imperio Romano, una tolerancia parecida a la que había entonces. Se nos cuentan muchas cosas de la manera cómo los romanos trataban a los primitivos cristianos. Una cuidadosa investigación ha hecho que descubriéramos que las grandes persecuciones de las que tanto se habla no ocurrieron jamás y, en cambio, vemos que fueron los mismos cristianos los que crearon esas dificultades. No quiero negar que las condiciones de la época no fueran un tanto bárbaras, pero, por lo que parece, los primeros cristianos eran algo turbulentos y cuando chocaban con las autoridades no era a causa de su religión, sino debido a lo que decían y a lo que hacían. Los romanos no recibieron con beneplácito la fraternidad que los cristianos predicaban y cuya idea, más o menos, era la siguiente: "Sois mon frère ou je te tuerai". (sé mi hermano o te mataré). En muchos casos se negaban a celebrar pequeñas ceremonias que se estimaban como muestra de lealtad; rehusaban quemar un poco de incienso en los altares y ofrecer al Emperador una copa de

vino, actos más o menos equivalentes a quitarse el sombrero en Londres, ante el paso del rey. El imperio Romano fue el más tolerante del mundo para con las religiones. No le interesaba en absoluto qué Dios era el que adoraba la gente, sencillamente, porque no creían en los dioses. Tenían un enorme panteón con templos dedicados a todos los dioses y cuando se dieron cuenta de que el Cristo estaba siendo adorado, de inmediato le erigieron una estatua. Su tolerancia, pues, no era otra cosa que indiferencia.

Muchos de los romanos de la antigüedad están hoy encarnados en la raza inglesa. Hay muchos que son tolerantes con todas las creencias, por la única razón de que ellos no tienen ninguna creencia. Consideran a la religión como un pasatiempo femenino, sin ninguna importancia por lo que a los hombres respecta. Ésa no es la tolerancia que nosotros tenemos que agenciarnos. Nosotros hemos de aceptar que las creencias de los demás también son caminos de superación. Cuando alguien entra en una iglesia o en un templo de una religión que no es la suya, tiene que adaptarse a las costumbres del lugar, no sólo por seguir la costumbre, sino por respeto a los que no piensan como él y por respeto a una religión diferente a la suya propia. Hay algunas personas que cuando entran en una iglesia se resisten a hacer la acostumbrada genuflexión reverencial ante el altar e incluso presumen de darle la espalda. Sé de algunos que han entrado en una mezquita sin descalzarse. No tenemos nada que hacer en un templo o iglesia de otra religión si no estamos preparados y dispuestos para conducirnos en forma de no herir los sentimientos de los creyentes. El que crea inapropiado hacer una genuflexión ante el altar de una iglesia católica, que se quede fuera, y el que crea que no debe descalzarse al entrar en una mezquita, que no entre en ella.

Todos los seres humanos son manifestaciones del Ser Único, y por eso deberán respetarse las formas que tomen las aspiraciones ajenas. Frecuentemente, hay manifestaciones pueriles; pero el hombre bueno no debe burlarse de ellas, ni tratar de poner a nadie en contra de las mismas, porque no hay que esperar que el hombre de escaso desarrollo intelectual se sitúe en el punto de vista del más evolucionado. La tolerancia debe conducirnos siempre hasta el punto

conceptual de los antiguos romanos, 'puesto que soy hombre, nada que sea humano debe serme extraño', y a tratar de comprender el punto de vista ajeno; incluso como simple ejercicio, este método pronto permitirá que veamos cuán numerosos son los ángulos en los que la mente humana puede reflejar la verdad. El mundo resultaría muy monótono si todas las cosas se hicieran de la misma manera. Sería como una cárcel donde todas las cosas se hacen a la misma hora y de la misma manera.

Hay algunas grandes divisiones, como por ejemplo la que existe entre católicos y protestantes. Cada una de estas sectas religiosas se acerca al cristianismo desde un punto de vista particular, y en los dos lados hay muchas personas que son incapaces de comprender el punto de vista de los otros. El católico estima que su ritual debe ser muy ceremonioso; que ese ritual tiene que ser tan bello como sea posible para gloria del Dios al que adoran y para impresionar a la gente. Tienen la profunda convicción de que el ritual y las ceremonias y la belleza que los circundan constituyen la ayuda más poderosa en sus devociones. El protestante, al contrario, estima que todo eso es inadecuado y perjudicial, porque distrae la mente del significado interno. Con toda probabilidad, el protestante interpreta que si se viera obligado a concurrir a todas esas ceremonias, no podría conservar en su mente las cosas internas. Lo que es motivo de tan profunda impresión para el católico, para el protestante más bien sería motivo de distracción, un estorbo para su devoción interna.

Hay muchas personas que sienten que su devoción y sus aspiraciones son confusas e inciertas cuando sólo se ponen en práctica métodos subjetivos de adoración. La forma externa les propicia mucha ayuda y bienestar; ¿por qué no han de servirse de ella? Los que en las ceremonias, en las esculturas, en las pinturas, en las manifestaciones físicas, encuentran una satisfacción y una inspiración intensas pertenecen, de manera clara, a uno de los siete rayos de vida, a una de las siete líneas del esfuerzo humano que conducen al trono de Dios. Los que no son partidarios de estas cosas, los que encuentran en ellas más bien motivos de distracción y confusión, también siguen su línea correspondiente; dejémosles que la sigan: ¿por qué impedirselo?

De la misma manera que cada uno tiene su propia lengua -el idioma del país en el que nació- todos tenemos lo que podría llamarse un lenguaje religioso, es decir, una forma de dar rápida expresión a nuestros pensamientos, a nuestros sentimientos y a nuestras aspiraciones. Sería una verdadera insensatez despreciar a un francés porque no habla nuestra lengua, y también es una insensatez despreciar al que no profesa nuestra religión. En francés se dice “maison” en lugar de “casa”; las dos palabras significan lo mismo; sería tonto sostener que una de esas dos palabras es mejor que la otra.

Me viene a la memoria el famoso señor Lillyvick, personaje de la novela de Dickens Nicolás Nickleby quien, al saber que “eau” significa 'agua' en francés, llegó a la conclusión de que esa lengua es pobre.

También hay un cuento de una pobre mujer de la época de las guerras napoleónicas que pedía a Dios la victoria del ejército inglés, y cuando alguien le dijo que, probablemente, en el otro lado alguien estaría pidiendo la victoria de los franceses, respondió: “Eso no importa, ¿cómo va a entenderlos Dios si hablan un idioma tan disparatado?”

No hay razón alguna para que una persona no siga el camino que le parezca mejor para llegar hasta Dios. Lo que hace falta, para que haya paz y armonía, es que todos aceptemos esta realidad. Cada uno de nosotros debe decirse: “Prefiero mi camino, pero estoy completamente de acuerdo en que todos los demás gocen del mismo privilegio, que sigan el camino que mejor les acomode.” Esto no es pedir demasiado y, sin embargo, son pocos los que están dispuestos a aceptarlo. Cada uno cree que lo que es mejor para él tiene que ser lo mejor para los demás. El hombre con un criterio amplio comprende que hay multitud de caminos; que todos esos caminos conducen a la cima de la montaña, y que cada uno tiene que tener libertad para escoger el que más le guste.

Y aquí, confieso que existe una determinada inclinación que me resulta imposible comprender: la devoción religiosa que emplea para la Deidad términos empalagosos sacados de poemas de amor y de novelas. Me causa extrañeza, porque me da la impresión de irreverencia, aunque sé perfectamente que todas esas palabras son

sinceras y bien intencionadas. Es posible que los partidarios de ese lenguaje me tilden de frío y falto de emoción, pero mi inclinación es considerar las cosas con sentido común y tratar de razonar sobre ellas para comprenderlas. Los libros devocionales escritos para personas de un determinado nivel tienen, en todas las religiones, una notable similitud. Por ejemplo, si comparamos los libros de los católico-romanos con los que emplean los devotos de Sri Ramanujacharya, encontraremos un notable parecido. Igualmente, la vida de un buen cristiano es la misma que la de un buen budhista, un buen hindú o un buen musulmán, o que la de cualquier buen seguidor de otra religión. Todos practican las mismas virtudes; todos se esfuerzan por alcanzar idénticos fines; todos condenan el mismo mal.

“Pero, para adquirir esta tolerancia perfecta, primero debéis liberaros del fanatismo y de la superstición.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Fanático es aquel que sólo tiene en cuenta sus propias opiniones y desdeña las ajenas. En cierta ocasión, una buena señora de la secta más radical de los evangelistas -y en realidad excesivamente fanática-, dijo que nadie debería leer ningún libro que no hubiera sido escrito justamente desde el punto de vista de sus creencias religiosas. Esa es la posición del fanático; no leer jamás nada escrito desde un punto de vista que no sea el suyo, por miedo a ver tambalearse sus opiniones. Este es un concepto radicalmente opuesto al de aquel que busca la verdad, al del que busca actuar en forma elevada. Éste trata de leer todo cuanto le sea posible respecto a un tema en particular, para poder ver desde cuántos ángulos distintos los rayos de la verdad se han reflejado sobre la mente humana y han sido refractados por ella. Si queréis llegar a la verdad tenéis que estudiar todas las opiniones y puntos de vista distintos para poder asimilar la pequeña o la gran verdad que puedan contener. También es conveniente estudiar las supersticiones humanas; porque, como dice con una hermosa frase del Upanishad, “Sólo la verdad conquista, no la falsedad.” Las supersticiones derivan su fuerza del fragmento de verdad que contienen. Debéis encontrar ese fragmento de verdad. El fanático, desde luego, solo verá la falsedad que hay en ellas, pero vosotros debéis conocer algo de todas las religiones; no estudiándolas con

espíritu misionero, sino de una manera comprensiva. Lo mismo cabe hacer respecto a las cuestiones políticas y sociales.

Asimismo, debéis destruir la superstición que en el curso de este libro se habrá de calificar como uno de los tres mayores pecados que ocasionan daño en este mundo, por ser un pecado contra el amor. La religión y la superstición están tan mezcladas, que es necesario separarlas en la mente por medio de una cuidadosa definición. Mi definición favorita de la superstición, aun cuando no la abarca por completo, es la de tomar lo no esencial por esencial, confundir un aspecto sesgado, con un aspecto importante. En las controversias religiosas, la pugna se establece por cuestiones no esenciales y, por regla general, cada uno de los polemistas sostiene una confusión diferente de la verdad. Otra definición de la superstición -que tampoco la abarca por entero- es que es una creencia que carece de fundamento racional. Y es por eso que muchas verdades pueden ser supersticiones porque el que las profesa no tiene para ello buenas y sólidas razones. El Señor Buddha dijo que la única base sólida para creer una cosa es que esté de acuerdo con la razón y el sentido común, de manera que podamos decir que la conocemos. Si aplicamos este examen a la gran mayoría de los conceptos religiosos, todos ellos tienen cabida dentro del término superstición. Para la gente en general, esto carece de importancia, pero para los que quieren hollar el sendero es indispensable dejar de lado, por el momento, todo aquello que no quede aprobado por la razón y por la intuición. Como sea que el sentido superior que permite reconocer la verdad a primera vista se va desarrollando poco a poco, también poco a poco podréis ir conquistando más parte de la verdad. De ese modo, iréis adquiriendo una profunda convicción interna, y cuando se os presente una verdad sabréis reconocerla. Este sentido corresponde a la visión óptica del plano físico. Es la facultad de Buddhi, la razón pura. Todos debemos someter a este examen nuestras creencias, porque hemos heredado muchas que, para nosotros, no son más que supersticiones. Procediendo así, y en la medida en que esta actitud mental vaya constituyéndose en hábito en nosotros, nos iremos liberando de la superstición e iremos desarrollando la tolerancia.

C.W.L. -Con frecuencia, la superstición ejerce tal dominio sobre la mente humana, que se ha llegado a decir que, sin ella, no es posible tener religión. Es cierto que existe mucha confusión en materias religiosas, y que muchas de ellas no son razonables; pero todas esas creencias tan difundidas tienen detrás de ellas, probablemente, un fragmento de verdad. Por regla general, las supersticiones no son simples invenciones, sino que más bien son deformaciones o exageraciones de la verdad.

Nuestra Presidenta citó en cierta ocasión un ejemplo muy conocido de superstición entre los hindúes. Hubo una vez un hombre muy virtuoso, que era dueño de un gato, y estaba tan encariñado con él que, para poder poner en práctica sus ceremonias religiosas le era indispensable atar al animalito a una de las patas de su cama. La gente llegó a creer que el tener atado el gato de esa forma era una parte imprescindible de la ceremonia y, con el transcurso del tiempo dejó de prestarse atención a la ceremonia propiamente dicha y de esta práctica sólo quedó la tradición de que debía atarse un gato a la pata de una cama.

Los escribas y los fariseos, a los que Cristo acusó de hipócritas, comparándolos con sepulcros blanqueados, adolecían de una forma parecida de superstición. Pagaban sus diezmos en menta, anís y comino con religiosidad, porque tenían la obligación de pagar diezmos sobre todo lo que poseían, y acataban escrupulosamente todo lo que constituían nimiedades, pero pasaban por alto lo esencial de la ley: la justicia, la misericordia y la fe.

En la Gran Bretaña, especialmente en Escocia, la superstición de guardar fiesta el domingo, es causa de muchas complicaciones, y ese día resulta insoportablemente fastidioso. La idea era reducir parte del trabajo ese día, para poder dedicarse a las cosas espirituales. Sin embargo, los oficios divinos han ido reduciéndose, y hay más borracheras y más libertinaje los domingos que en los demás días de la semana; un caso bien claro de tomar lo no esencial por esencial. Como sea que hay un día a la semana dedicado a la observancia de las prácticas religiosas, el hombre parece interpretar que no tiene importancia el que durante los demás días se observen o no los

preceptos e ideales de este tipo. He podido observar que los que no hacen fiesta los domingos -hindúes, buddhistas, etc., reciben un influjo mayor por parte de su religión que no los cristianos. No quiero decir que los que no hacen fiesta los domingos sean todas personas intachables; entre ellos hay de todo, como ocurre entre los cristianos; pero sí que para ellos la religión tiene un significado mayor que para el cristiano de tipo medio, que parece creer que, por el hecho de asistir una vez a la semana a las prácticas religiosas, ya ha cumplido con todas sus obligaciones.

La superstición ha sido definida también por nuestra Presidenta como el hecho de profesar una creencia sin una base racional. Es perfectamente racional creer en la rotación de la tierra; en la existencia de lejanos países que no conocemos; en la realidad de los átomos y de los electrones que no caen dentro del radio de acción de nuestra visión física, porque para ello tenemos buenas razones. Pero hay muchas creencias populares que no son de este tipo. La creencia ordinaria del cristiano en el fuego eterno y en el castigo sin fin, no es más que una forma peculiar de superstición perniciosa. No existe ninguna base racional para aceptar esas cosas, pero si decís esto a un cristiano os dirá que sois ateos y que os estáis burlando de su religión. El primero que aseguró tal cosa, pudo no haberla creído; pero millones de personas lo han hecho después, convirtiéndose así en víctimas de la superstición.

Según el concepto cristiano, lo único que debería tener importancia en lo relativo a esta cuestión, son las palabras del Cristo. Según entiendo, hay ocho pasajes en los que se supone que habló de este castigo eterno, y todos y cada uno de ellos ponen de manifiesto que no tienen nada que ver con la idea popular que se les atribuye. Hay un valioso libro relativo a este tema titulado “*Salvator Mundi*” escrito por un célebre clérigo cristiano, el Reverendo Samuel Cox; en él examina con gran minuciosidad el original griego de lo que se supone que dijo el Cristo y demuestra prestamente y de manera concluyente que no hay base en las Escrituras para sostener la creencia en los castigos eternos. Ciertamente, no puede haber una base racional, porque si Dios es un padre amoroso esos castigos son absolutamente imposibles.

Cabría esperar que los cristianos hubieran ya desechado esta horrible superstición, causa de grandes daños en el mundo, pero todavía existen millones de seres víctima de la misma e incluso la sostienen como enseñanza. No hace demasiado tiempo, en un catecismo católico-romano para niños encontré la antigua idea del infierno como lugar de castigo eterno, expuesta con la misma torpeza de siempre. Pensando en esta enseñanza podríamos deducir que vivimos todavía en la época más brutal de la Edad Media, al considerar que aún se está impartiendo esta enseñanza a los niños. Es una cosa muy lamentable. Muchas sectas cristianas han abandonado ya esta creencia; pero la más antigua y numerosa de ellas se aferra todavía a esta afirmación medieval. Hay algunos sacerdotes que, individualmente, lo explican tal como podríamos hacerlo nosotros, pero la enseñanza escrita que dan a los niños es horrible y blasfema, porque hace que comiencen la vida con una idea totalmente errónea de la Deidad y llena sus mentes de miedo y crueldad, en serio detrimento de su carácter y de su evolución.

La enseñanza del Señor Buddha fue espléndida con respecto a la creencia y a la razón. El primer Concilio que tuvo lugar después de su muerte para determinar cuáles de las muchas versiones que circulaban debían ser aceptadas como dichas por él, estableció antes que nada la regla siguiente: “Lo que sea contrario a la razón y al sentido común no es enseñanza del Buddha.” Descartaron todo aquello que no era satisfactorio desde ese punto de vista, diciendo: “Esto, evidentemente, está en contra del sentido común; él no pudo haberlo dicho.” Probablemente hayan prescindido de dos o tres cosas buenas que no les fue dado entender, pero salvaron la religión de una superstición enorme. Los fundadores de las grandes religiones -a excepción de Mahoma- no dieron sus enseñanzas al mundo en forma escrita. No obstante, se dice que el Señor Buddha escribió un libro que conservan los adeptos y que no ha sido publicado para el mundo. Por regla general, han pasado dos o tres generaciones antes de que las enseñanzas hayan tomado forma escrita y es por ello que esos escritos han sido recopilados de muchas fuentes. Por ejemplo, en el libro de Isaías, los eruditos han creído encontrar ocho orígenes diferentes de tradición: tres de Isaías, una tras otra, luego una de un comité, etc. Las

enseñanzas religiosas sufren deformación cuando los que las transcriben anotan, no lo que saben, sino lo que han oído decir y luego discuten sin ton ni son.

La confusión aumenta por el hecho de que al predicarse una nueva religión esta se esparce como una oleada conquistadora sobre las religiones ya existentes, pero sin aniquilarlas. Un general hábil, al conquistar un país, trata de legislar de acuerdo con la idiosincrasia de los conquistados, con miras a minimizar las dificultades; de esa manera las religiones se han ido adaptando a las diferentes comunidades que las fueron aceptando. Así es como chinos y japoneses reverencian a sus antepasados siguiendo la costumbre tradicional de Shinto pero han aceptado la ética budhista, mientras que en Ceilán todavía subsiste una religión materialista cuya idea es que nada del hombre trasciende de una vida a otra. más que su karma; a pesar de lo cual, hablan de sus vidas pasadas y esperan alcanzar el nirvana en una vida futura. Los cristianos también adoptaron las festividades de las naciones en las que propagaron su fe: pero dándoles nombre de santos cristianos.

En todas partes se hallan huellas de viejas tradiciones -las danzas de Ceilán, el culto de Kali en la India, etc.- las cuales con frecuencia se toman por lo esencial, dando como resultado una prolífica fuente de supersticiones.

Puede suceder que sepamos que una cosa es cierta sin que podamos razonar el por qué; este es otro aspecto de la cuestión. El Ego sabe, y basa en buenas razones su conocimiento; pero en algunos casos no puede hacer llegar sus razones al cerebro físico, aunque el conocimiento tenga la certeza de una realidad. Así, cuando se nos presenta una nueva verdad, sabemos de inmediato si podemos o no aceptarla. Esto no es superstición sino una intensa convicción interna. No creo que se pueda encontrar una persona que tenga esa intensa convicción interna por lo que respecta al infierno. Creen que serán arrojados al fuego eterno porque eso les han enseñado. Tal vez parecería que equivale a dar preeminencia a la intuición sobre la razón; pero hemos de tener presente que la palabra 'buddhi' que traducimos como 'intuición' se conoce en la India como 'razón pura'.

Es la razón del Ego, que es de tipo superior a la de los planos inferiores.

El Maestro continúa con ejemplos de superstición:

“Debéis aprender que no es necesaria ninguna ceremonia; tampoco pensaréis que, de alguna manera, sois mejores que los que no las practican. Sin embargo, no debéis condenar a los demás que todavía necesitan las ceremonias. Que hagan lo que quieran; sólo que ellos no deben interferir con vosotros que conocéis la verdad -no deben tratar de obligaros a aquello que vosotros ya habéis superado. Sed indulgentes con todos; sed bondadosos con todos.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El Maestro dio mucha importancia a la cuestión de las ceremonias, posiblemente porque la vida de un joven de la casta brahmánica a la que Alcione pertenecía comienza a saturarse de ellas más o menos a la edad que él tenía entonces. Un muchacho de su edad sufre la tendencia de creerse muy importante, porque las ceremonias de su upanaya o iniciación en sus plenos privilegios de casta, lo convierte en el foco de atención de los demás. La vida de un brahmán ortodoxo está repleta de ceremonial. Hay que asumir determinadas posturas y hay que recitar ciertos textos al levantarse, al bañarse, al comer y casi en todos los demás actos. Probablemente, algunos de los que rodeaban a Alcione trataban de conseguir que se apegara a todo esto con precisión, por temor a que la educación moderna y los amigos europeos que tenía lo desviarán de su viejo culto tradicional; por eso el Maestro puso en guardia a su discípulo diciéndole que esas ceremonias no eran necesarias y que al practicarlas o al dejarlas de practicar tuviera cuidado de no caer en el error y en la simpleza de creerse por ello superior a los demás. Las ceremonias cristianas difieren de las hindúes y budhistas en que, por lo general, se celebran colectivamente. Entre estos últimos, la adoración tiene casi siempre una forma individual; pero entre los cristianos es principalmente colectiva. Aunque todas estas ceremonias no son necesarias (excepto para aquellos cuyo temperamento se inclina tanto en favor de ellas que no pueden ser felices sin practicarlas) son, sin embargo, de índole científica, porque ponen en juego fuerzas de los planos internos en

formas perfectamente definidas.

Muchas son las maneras en que las fuerzas espirituales pueden derramarse sobre el mundo. La celebración de la Misa, la Sagrada Comunión o Sagrada Eucaristía, son formas instituidas por el mismo fundador del cristianismo para derramar, por medio de su Iglesia, lo que solemos llamar la Gracia de Dios, es decir, determinadas fuerzas espirituales de los planos superiores, fuerzas, desde luego, no supranaturales, sino suprafísicas. Él estableció esas formas para que el sacerdote, cualquiera que sea su naturaleza, al celebrar la ceremonia sirva de canal de distribución de esas fuerzas. Sería más conveniente que el sacerdote fuera en verdad un hombre puro, lleno de pensamientos de devoción y de servicio, pero el ceremonial está de tal modo constituido en beneficio de los hombres, que es efectivo en el caso que sea. El concepto cristiano sobre este particular es que tienen que existir una profusión de templos para que las fuerzas irradien por todas partes y nos alcancen a todos. Esta ceremonia de la Misa hace un bien enorme a millones de personas; pero decir que es indispensable para la salvación, sería supersticioso.

Según sean las ceremonias, así son las fuerzas que se derraman sobre el mundo. Todas ellas, independientemente de su grado de espiritualidad, actúan por la acción de las leyes naturales, y si su beneficio debe sentirse en el mundo físico, tiene que haber un mecanismo físico para que se manifiesten. Es un caso semejante al de la electricidad; esa fuerza nos rodea constantemente y siempre está activa, pero si queremos realizar un trabajo determinado y en algún lugar en particular, debemos proveernos de un mecanismo físico especial a través del cual esa fuerza pueda actuar.

A.B. -Dice el Maestro que no hay ceremonias necesarias, y así lo reconocen todas las religiones. En la India, el hombre más elevado y más respetado por los demás es el sannyasi, que no practica ninguna ceremonia en absoluto. Rompe y arroja lejos de sí la hebra sagrada, su posesión más importante, que le fue confiada cuando era niño al ser iniciado en su casta, y que ha venido utilizando durante toda su vida como el símbolo más sagrado, hasta convertirse en sannyasi.

Las ceremonias son necesarias mientras el hombre no ha alcanzado

la comprensión y el verdadero conocimiento, mientras ellas puedan ayudarlo a sentir rectas emociones, a tener la mente tranquila y aspiraciones nobles. La gran mayoría de la humanidad está todavía poco desarrollada y necesita toda clase de ayuda posible. Por eso, ningún hombre sabio condenara las ceremonias aun cuando para él ya no sean necesarias. El Bhagavad-Gitâ, que es el evangelio del sannyasi, dice:

“No perturbe el sabio la mente de los ignorantes aferrados a la acción; antes bien, haga toda acción actuando en armonía conmigo.” — (Bhagavad-Gitâ 3: 26)

El niño que está aprendiendo a andar se agarra a todo lo que está a su alcance capaz de sostenerlo: las sillas, las patas de la mesa, las paredes. De ese mismo modo, las ceremonias son puntos de apoyo útiles para aquel que todavía no puede sostenerse solo. Según la persona se va desarrollando sus ceremonias son más refinadas, más hermosas, más simbólicas, hasta que, finalmente, llega a un punto determinado en el que ya no le son necesarias y prescinde de ellas. Hay dos clases de seres que no practican ceremonias: los que están por encima de ellas y los que todavía están por debajo.

Cada uno tiene la responsabilidad de decidir el momento en el que debe abandonarlas: cada cual tiene que decidir por sí mismo. Nadie puede abrogarse la responsabilidad de decidir cuándo una persona tiene que convertirse en yogui. Lo mismo sucede con las ceremonias. No debe criticarse ni al que decide seguir practicándolas ni al que decide abandonarlas. Puede que a veces una persona decida seguir asistiendo a las mismas, aunque ya no le sea necesario a causa de la posición que representa en su comunidad. Únicamente él mismo es el responsable de su elección, y nadie debe condenar a los que las practican, ni tampoco a los que no las practican.

Las ceremonias pueden ser lo mismo perjudiciales que beneficiosas. En el antiguo hinduismo había una regla estricta que prohibía pronunciar una determinada fórmula ante la multitud; esa regla no tenía por finalidad impedir que unos determinados beneficios alcanzaran a la gente, como se ha supuesto, sino que, muy al contrario, tendía a evitar el daño que ciertas vibraciones pudieran ocasionar a

algunas personas. Por eso el Manú estipuló que sólo deberían asistir a las ceremonias del shraddha los brahmanes ilustrados y de buena conducta. Una persona que posee un determinado poder pero que no sabe cuándo debe usarlo ni cuándo debe reprimirlo, puede dotar a la fórmula de cierta fuerza que produzca daño a los asistentes a una ceremonia; por esa razón, el que ha empezado a captar ese poder puede optar por no concurrir a ella. Por ejemplo, una vez que asistí en Gaya a unas ceremonias de shraddha observé que, de haber yo contribuido con mi fuerza, hubiera podido perjudicar a los sacerdotes, pues algunos de los mantras que estaban recitando tenían un poder excesivo. Por supuesto que ellos no pusieron en movimiento esa fuerza, porque eran hombres ignorantes y de vida no muy pura. La señora Blavatsky aconsejaba a los estudiantes de ocultismo que no se mezclaran con la multitud, a menos que estuvieran en perfecta empatía con ella, no precisamente por el efecto que podía repercutir en sus propias auras, sino porque su fuerza podría ser mayor motivo de mal que de bien. En esos casos, es preferible que una persona dotada de conocimiento, se abstenga de concurrir a ciertas ceremonias, mientras que aquellos que no sepan cómo pronunciar la fórmula, la manera de poner en movimiento el poder que realmente hay en ella, puedan acompañar a los demás, sin importar que clases de personas puedan ser.

“Ahora que vuestros ojos se han abierto, algunas de vuestras antiguas creencias, de vuestras viejas ceremonias, puede que os parezcan absurdas; tal vez, en realidad, lo sean realmente. Sin embargo, aunque ya no toméis parte en ellas, respetadlas en consideración a esas buenas almas para las que todavía son importantes. Las ceremonias ocupan su lugar, tienen su utilidad; son como esas líneas que os sirvieron de pauta en vuestra niñez para escribir derecho y parejo, hasta que aprendísteis a escribir mucho mejor y más libremente sin ellas. Hubo un tiempo en que las necesitásteis; pero ahora ese tiempo ha pasado.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Inevitablemente, al ir creciendo en años y en conocimiento, algunas de nuestras antiguas creencias se nos van apareciendo como

irreales e incluso absurdas; pero debemos considerarlas con benevolencia y con simpatía, igual como miramos a una niña que acaricia un montón de andrajos haciéndose la ilusión de que se trata de una muñeca. Desde cierto punto de vista, la actitud de la niña puede parecer grotesca, pero deriva para ella un servicio real, porque va desarrollando en ella el instinto maternal; ella no ve los andrajos; ve un niño, y al acariciar y mimar a su imaginaria criatura desarrolla la ternura y la protección maternal y el cuidado del débil y el desamparado. Y por eso, cuando sonreímos ante esa niña, nuestra sonrisa es tierna y amable. Lo mismo tiene que suceder con nuestras viejas creencias y con las ceremonias; tuvieron su tiempo; rindieron su utilidad.

Al encontrar una tribu salvaje practicando ceremonias que pueden parecernos realmente absurdas, o al hallar, como suele pasar en la India, un andrajo atado a un árbol, como un signo de ofrenda, no debemos menospreciar la pobre expresión externa de la devoción del salvaje o del aldeano; debemos considerar el sentimiento que lo anima. Sus humildes ofrendas pueden tener para ellos tanto significado como para nosotros las más costosas: se inspiran en el mismo sentimiento, en el mismo espíritu.

Las ofrendas exteriores son innecesarias; la única ofrenda aceptable es la del corazón, y cuando va acompañando la ofrenda, cualquier cosa se convierte en aceptable. En el Gitâ se dice:

“Incluso una hoja, una flor, un fruto o un poco de agua, ofrecido con devoción, es aceptado por el Supremo.” – (Bhagavad-Gitâ 9:26)

Sería un acto duro y falto de fraternidad arrancar un andrajo de un árbol, por ejemplo, como se ha hecho algunas veces: demostraría una completa falta del sentimiento de unidad.

C.W.L. -Sed siempre amables y benevolentes con la niñez; tanto la que está integrada por niños como la que está constituida por humanos en su actual estado de desarrollo. Nuestra Presidenta os ha mencionado una niña que, imaginando que está jugando con una muñeca acaricia un puñado de andrajos. Esto, evidentemente, es una superstición, pero a nadie se le ocurrirá reñir a la niña por ello. En el

plano físico no hay sino un manojo de harapos, pero en la imaginación de la niña quizá hay una cosa viviente con todo tipo de cualidades. No es posible perturbar esa idea en la mente infantil sin causar un daño en el desarrollo de los buenos sentimientos que se están despertando.

También ha mencionado la costumbre popular de la India de atar unos harapos a un árbol como ofrenda a la deidad. El misionero cristiano, por lo general, se sentirá muy contrariado por esto, evidenciando así su misma ignorancia, porque la ofrenda ha sido hecha con la máxima buena fe. El alma relativamente primitiva e infantil tuvo buena intención y debemos considerar su proceder como en el caso de la muñeca, es decir, como la intención que lo inspiró. Arrojan por la boca un poco de agua u ofrecen una flor -pequeña ofrenda, en verdad- pero, ¿por qué menospreciarla? El mismo Cristo dijo que aquellos que dieran tan sólo un vaso de agua en Su nombre y en Su servicio, no podrían quedar sin su recompensa. Al mismo tiempo, hemos de tener presente que, con toda probabilidad, no habrá una sola persona por primitiva que sea que piense que la estatua o la forma son una realidad; por el contrario, todos experimentan cierto sentido de la Deidad que la forma o la estatua representan.

“Un gran Instructor escribió una vez: ‘Cuando era niño hablaba como niño, comprendía como niño, pensaba como niño; pero cuando me hice hombre abandoné las cosas infantiles.’ Sin embargo, el que ha olvidado su niñez y ha perdido su simpatía por los niños, no es el hombre que puede enseñarles o ayudarles. Así que miradlo todo con bondad, con amabilidad, con tolerancia; pero, por encima de todo, miradlos a todos de la misma manera, budhistas o hindúes, jainos o judíos, cristianos o mahometanos.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Aquí tenéis una descripción exacta del ocultista: es el hombre que no ha olvidado su niñez. Ha alcanzado su edad adulta, pero recuerda todo lo que le ha sucedido y así puede ayudar a los demás. Para poder entrenarnos en este poder de comprensión hacia los demás y de ayuda para todos, es muy buena la práctica de traducir nuestros pensamientos religiosos al lenguaje especial de una determinada religión exotérica; de fijar nuestro pensamiento en sus fórmulas.

Todos tenemos un lenguaje particular propio con el cual nos explicamos las cosas a nosotros mismos, hasta que llegamos a cierta etapa en la que hablamos una lengua común para entendernos con los demás. El discípulo hará bien estudiando algún lenguaje o forma de expresión distinta a la suya. Los que nacieron en el seno del cristianismo pueden hacer prácticas de hablar y pensar en términos hinduistas; aprenderán entonces a verlo todo desde el punto de vista hindú y se maravillarán al observar cuán distintas de lo que se imaginaban son todas las cosas. De la misma manera, los hindúes, deberían estudiar y pensar en los mismos términos utilizados por los cristianos.

Shri Ramakrishna Paramahansa, el gurú de Swami Vivekananda se sometió a este entrenamiento. Estudió, una tras otra, diferentes religiones y durante el tiempo necesario siguió los métodos y las prácticas de cada una de ellas. Al estudiar el cristianismo, oró en forma cristiana, pensó en términos cristianos e incluso vistió ropas cristianas, continuando así con cada una de las demás religiones, aprendiendo a identificarse con cada una de ellas. Para facilitar su esfuerzo, hizo uso de toda la ayuda externa que le fue posible imaginar. Cuando trató de comprender el aspecto maternal en la naturaleza -representado en Occidente por la Virgen María y por las Shaktis en el Hinduismo, se vistió como mujer y pensó en sí mismo como si se tratase de una mujer. Verdaderamente, los resultados que logró obtener de esas prácticas fueron magníficos, porque dejaron de afectarlo por completo todas las diferencias externas de las religiones.

¡Cuán diferente es este proceder del que siguen los demás! Y, sin embargo, solamente podemos prepararnos para el discipulado aprendiendo a identificarnos con todo lo que nos rodea. Shri Ramakrishna era básicamente un bhakta, un individuo de temperamento emocional, e hizo su aprendizaje por el camino de la devoción.

El estudiante debe esforzarse durante algún tiempo en pensar como un hindú, como un budhista, como una mujer; como alguien que no sea él. ¡Cuán pocos son los que se esfuerzan por sentirse como una mujer, por ver las cosas como ellas! Entiendo que tampoco no son

muchas las mujeres que se esfuerzan realmente en verlas cosas desde el punto de vista masculino; pero esta renuencia es mayor por lo que respecta al hombre; el hombre siempre quiere sentirse varón. Me parece que incluso entre los teósofos es frecuente no prestar atención al hecho de que nuestra Sociedad no reconoce ninguna diferencia en cuanto a sexos.

Aprended también a comprender como apreciaríais las cosas si os sucedieran en un ambiente al que no estáis acostumbrados. Tenéis que curaros del hábito de considerar todas las cosas desde vuestro exclusivo punto de vista; eso es contrario al ocultismo. Hacedlo así y el mundo os lo reprochará; vuestra imparcialidad y vuestra simpatía se interpretarán como indiferencia; pero no importa en absoluto. He sido acusada de 'demasiada hindú' en Occidente y de 'demasiado cristiana' en Oriente, porque en Occidente hablo en términos occidentales, cosa que no agrada a los hindúes y en Oriente me expreso en términos orientales, lo cual no agrada a los habitantes de Occidente. Mi respuesta a esas acusaciones siempre ha sido que hablo a la gente en el lenguaje que entienden.

Estas acusaciones y estas censuras son el resultado de considerar las cosas desde un punto inferior, en lugar de hacerlo desde el más elevado. Aprender muchos lenguajes religiosos es una lección necesaria para el que ha de llevar el mensaje a muchas tierras. Esto no es una verdad nueva, como tampoco lo es el censurar esta manera de actuar. El gran reproche lanzado contra San Pablo fue que él lo era todo para todos. Este Apóstol escribió:

“Porque, aunque sea libre de todos los hombres, me he hecho siervo de todos ellos para poder salvar a los más. Y ante los judíos me he vuelto judío para poder ganar a los judíos; para los que están bajo la ley, me pongo bajo la ley, para poder ganar a los que están bajo la ley; ante los que están fuera de la ley, me coloco fuera de la ley (no estando fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo) para poder ganar a los que están fuera de la ley. Ante los débiles me hago como débil para poder ganar a los débiles. Yo soy todas las cosas para todos los hombres, para poder por todos los medios salvar a

algunos.” — (Corintios 9:22)

Siendo uno de los hombres más estrictos se transformó en uno de los hombres más liberales; pertenecía a una de las sectas judías más rígidas y se convirtió en el Apóstol de los Gentiles, una maravillosa transformación.

El ocultista profesa todas las religiones o ninguna de ellas, según queráis expresarlo; no pertenece exclusivamente a ninguna, sino inclusivamente a todas. Esto es lo que se entiende por tolerancia. La razón de que sea conveniente evadir las controversias es porque en la polémica podemos caer en la intolerancia; es difícil ser completamente imparcial si se quiere ser efectivo en el debate, cuando se argumenta contra un prejuicio unilateral. Exponed siempre la verdad desde el punto de vista de la unidad, no desde el de la diferencia; solamente así podréis ayudar a todos, y a todos por igual. Sólo entonces podréis ver lo bueno en todo y en toda cosa, con una visión amplia, mirando a través de lo defectuoso.

C.W.L. -El teósofo aspira a una fraternidad sin distinción de raza, credo, casta, sexo o color. Esa fraternidad puede vivirse mejor cuando podemos penetrar en los sentimientos y en los pensamientos de las otras razas, de los otros credos y del sexo opuesto. El hombre olvida que ha pasado por muchas encarnaciones en cuerpo femenino; la mujer olvida que ha pasado por muchas encarnaciones en cuerpo masculino. Aunque no resulta fácil llevarlo a cabo, es un ejercicio magnífico para un hombre esforzarse en situarse en el lugar de la mujer y entender la manera de ver la vida según ella; y también lo es para una mujer tratar de ver de qué manera el hombre entiende las cosas. Los dos puntos de vista son sorprendentemente diferentes en muchos aspectos. El que puede identificar su conciencia con la de las personas del sexo opuesto, ya ha dado un paso hacia adelante en la fraternidad que trasciende la idea de sexo. Cuando un hombre ya ha tratado de comprender el punto de vista de sus hermanas, o de su madre, o de su esposa, puede ampliar esa práctica a las personas de otra religión y de otra raza distinta a las suyas. Es un ejercicio muy válido, porque cuando ya se puede comprender realmente el punto de vista de los demás, la perspectiva personal se amplía en grado

parecido.

Por lo que respecta a la tolerancia, en el Talmud hay una hermosa historia sobre Abraham, quien, habiendo recibido la visita de un viajero al que iba a dar de comer, según costumbre del desierto, le pidió que alabase antes a Dios, y cuando el viajero se negó a ello manifestando que él no sabía nada acerca de Dios, Abraham montó en cólera y lo arrojó de su casa, decidido a negarle la comida. Entonces, el Señor vino a él, cosa frecuente en aquellos tiempos, y le dijo: “¿Por qué lo has arrojado de tu casa?”, a lo que Abraham contestó muy indignado: “Señor, se negó a reconocer tu nombre; es un infiel de la peor condición.” “Sí, dijo Dios, pero yo lo he tolerado durante sesenta años; con toda seguridad tu debías de haberlo tolerado durante una hora.”

Muchos teósofos profesamos todavía alguna religión externa, pero pienso que deberíamos ser capaces de decir que no pertenecemos a ninguna religión en exclusiva, sino a todas ellas en conjunto. Por ejemplo, yo soy sacerdote cristiano, pero, al mismo tiempo, soy un budhista porque hice mis votos y adquirí el compromiso de tomar como guía al Señor Buddha. Al hacer esto, no se me exigió que renunciara a ninguna otra religión. El Budhismo es tal vez la religión más liberal entre todas; no se nos pregunta qué es lo que creemos; se nos recomienda seguir las enseñanzas del Señor Buddha y vivir de acuerdo con ellas. Un cristiano, un musulmán o cualquier persona de otra religión dicen que consideran que la enseñanza es buena y que se proponen seguirla, y con sólo eso se hacen budhistas, sin tener que abjurar de su religión previa. Teosofía es la verdad que subyace en todas las religiones. Estudiamos religión comparada no sólo con la idea de ver que las verdades teosóficas aparecen en todas las religiones, sino también para comprender las diferentes formas en que se presenta la verdad y ponernos en condiciones de impartir nuestra ayuda a través de todas ellas.

Nuestra Presidenta nos ha hecho ver lo valioso que es hacerlo así. Ella habla como hindú a los hindúes; les cita pasajes de sus Escrituras apoyando lo que dice y utilizando términos sánscritos, los cuales, para ellos, tienen tanta fuerza como la sonoridad de la lengua latina para

los católico-romanos. Cuando se dirige a los budhistas dice lo mismo, pero utilizando las palabras del Señor Buddha y sirviéndose de la terminología budhista. En el mundo occidental la oiréis dirigiéndose a los cristianos en los términos de ellos y sin tergiversar en lo más mínimo su religión o sus creencias, sino simplemente hablándoles en lenguaje cristiano. Evidentemente, ella posee un gran conocimiento de todas esas religiones. Cuando conozcamos la verdad que subyace en todas ellas, aunque no podamos compararnos con ella en cuanto a conocimiento ni en cuanto a facilidad de expresión, estudiando los fundamentos de cualquier religión en particular, seremos capaces de comprenderla bien y de poder presentar, en sus correspondientes expresiones, la verdad que esa religión contiene, explicando el significado de muchos puntos oscuros para los demás. He oído hablar al Coronel Olcott en forma parecida y en muchísimas ocasiones. Él no era un hombre de educación universitaria, pero sí que era un excelente conferenciante práctico. Hablaba con soltura a auditorios hindúes, parsis y budhistas, y los hombres doctos de esas diversas escuelas quedaban convencidos de que el Coronel les había proporcionado nuevas luces en sus respectivas religiones. Lo cual demuestra que la Teosofía es la llave maestra para todas las religiones. En las grandes Convenciones de nuestra Sociedad que se celebran en Adyar, hay evidencia de este mismo hecho en otra forma, porque allí se reúnen personas de muy distintas razas y religiones y ninguno de los asistentes deja de quedar profundamente impresionado, no sólo por la tolerancia, sino por la afectuosa fraternidad que allí reina.

Contentamiento y Alegría

“Debéis soportar vuestro karma de buena gana, cualquiera que éste sea, aceptando como un honor que el sufrimiento os alcance, porque esto demuestra que los Señores del Karma piensan que sois merecedores de ayuda.” – (A los Pies del Maestro)

A.B. -Para nominar esta cualidad -como ya se ha dicho- se utilizó originalmente la palabra Paciencia. La paciencia puede considerarse como una virtud un tanto negativa; sin embargo, lo que hay que hacer no es sólo tener una paciente resignación ante lo inevitable, sino afrontarlo con alegría; recibir con una sonrisa toda contrariedad. La palabra alegría nos proporciona una idea cabal de lo que los Maestros piden en relación con esta cualidad en particular. Muchos pueden soportar sus adversidades con paciencia, pero con tristeza; vosotros tenéis que soportar todas vuestras pruebas y contrariedades gozosamente. Los hindúes hacen mucho hincapié sobre esta cuestión: hay que recibir todas las cosas con alegría.

Se ha insistido mucho en el hecho de que el karma presiona a aquellos que se ofrecen como candidatos para entrar en el Sendero; esto se hace, primero, para prevenirles sobre lo que deben esperar, y segundo, para levantar su ánimo cuando llegue la experiencia práctica, en lugar de la simple advertencia teórica, tan diferente una cosa de otra.

El karma, que no es otra cosa que una ley natural, puede soslayarse durante cierto tiempo, o bien puede lograrse que tenga una consecuencia inmediata; es decir, la persona puede situarse en condiciones de verse afectada prontamente por su karma, o bien puede situarse en otras que le permitan soslayar su acción durante algún tiempo. A menudo, es necesario advertir que las leyes naturales no son decretos; no nos ordenan hacer esto o aquello. Pongamos un ejemplo muy común: las fuerzas eléctricas están siempre activas a nuestro alrededor, pero si queremos que produzcan unos efectos determinados en un tiempo y lugar señalados, necesitamos un aparato especial para que se manifiesten. Del mismo modo, el karma es una ley

natural, y el aparato que hace que sus fuerzas se activen puede ser la aparición del hombre en el escenario físico mediante el proceso llamado nacimiento. Muchos cambios en la vida física pueden intensificar y apresurar la acción kármica sobre él. Por ejemplo, cuando un hombre se ofrece como candidato para un progreso rápido, los que administran las leyes kármicas, y con el consentimiento de este candidato, pueden modificar el aparato, por decirlo de algún modo, y pueden permitir que la fuerza acumulada se manifieste con más poder sobre él, y se extinga en menos tiempo. La voluntad del hombre es la causa de la alteración del instrumento.

Si el deseo de progresar más rápidamente y, por lo tanto, de cancelar antes la deuda kármica es realmente sincero por parte del hombre, de tal manera que su alma se sitúe en la dirección adecuada, este deseo llega hasta los Señores del Karma, Quienes actualizan el karma creado por el hombre en su pasado para que se precipite sobre él. El karma ya estaba creado, no es que el hombre cree algo nuevo, sino que empieza a liquidar sus deudas anteriores.

Si comprendéis lo que ocurre, nada de lo que os pase os sorprenderá. Recordad las vidas de Alcyone y las cosas terribles que en ellas suceden. En una de sus vidas le asesinaron a un hijo; en otras, pagó un crimen que no cometió. Casi no comprendisteis estas cosas cuando las leísteis como si fuera una cosa novelada, pero pensaríais en ellas con horror si supierais que alguna de las mismas os iba a ocurrir a vosotros en esta vida. Todas estas desgracias y sufrimientos no fueron sino la cancelación de mal karma.

Cuando los sinsabores os vayan llegando en rápida sucesión, esto demuestra que los Señores del Karma han escuchado vuestras plegarias, lo cual es bueno. Si las cosas siguen un curso apacible, esto significa que ellos no os han prestado atención. Y he aquí de nuevo que el punto de vista oculto está en total contradicción con el criterio del mundo; lo que el mundo llama cosas malas, desde el punto de vista oculto son buenas.

Cuando al dolor y a las pérdidas que sufrís se les añade la censura y la crítica despiadada por parte de los que os rodean, es cuando os ha alcanzado el mejor de los karmas. Las desgracias simultáneas

despiertan la simpatía de los demás, y esa simpatía derramada sobre el hombre sufriente, lo ayuda muchísimo. Pero la censura la pueden suscitar otras desgracias; podéis haber actuado de la mejor manera posible, pero os veis acosados por intensos sufrimientos y también tenéis el mundo en contra con vituperación. Cuando pasa eso, es que el hombre está liquidando mucho de su karma pasado; este factor desagradable añadido capacita al hombre para cancelar sus deudas rápidamente y totalmente.

Es fácil aceptar estas cosas como verdad cuando no trascienden el terreno de la teoría; cuando se nos explican o cuando las leemos; pero lo que tenemos que hacer es recordarlas cuando se nos presentan en la práctica. Lo que la gente hace es admitirlas hasta que llega el momento de la verdad y entonces, de repente, las olvidan. Tratad de que estas cosas penetren en vuestras mentes de una manera total que os sea imposible olvidarlas, para que su pensamiento os fortalezca en vuestros sufrimientos y os capacite para ayudar a los que sufren. Esto puede acercarnos a la comprensión de las cosas cuando vemos que hay personas que sufren penalidades sin cuento sin que hayan hecho nada para merecerlas, como suele decirse; puede que sea así por lo que respecta a sus vidas actuales, que pueden ser muy nobles y de mucha utilidad. Sentimos la inclinación de compararnos con aquellos que son más afortunados que nosotros; es muy conveniente, de cuando en cuando, compararnos con los menos afortunados para poder sentirnos agradecidos por los bienes que estamos recibiendo. Con facilidad olvidamos cuántas cosas hay por las que deberíamos sentirnos agradecidos, porque siempre estamos preocupados por las cosas que nos llegan, si bien esto no debería hacerse.

C.W.L. -Nadie que realmente comprenda y crea en la ley del karma puede dejar de sentirse alegre. Hay que tener presente con toda claridad que el karma es una ley, como la de la gravitación, y que siempre está actuando. La gente, a veces, piensa y habla sobre el karma como si este actuara sólo ocasionalmente cuando hacemos algo. Esto no es verdad; en cada instante estamos bajo su acción. El hombre es el que establece las condiciones en las que la ley del karma puede actuar sobre él mismo, siempre que hace, dice o piensa algo definido.

La ley del karma tiene en cuenta a cada uno de los hombres en todo momento; la suma total de todos sus actos, buenos y malos. Como sea que hemos llegado hasta donde estamos pasando antes por etapas de salvajismo, es muy probable que exista una determinada cantidad de karma malo esperando para su liquidación, a menos que hayamos dedicado ya muchas vidas liquidándolo. Cuando el sufrimiento se precipita sobre nosotros, hemos de pensar que tal vez estamos liquidando la última parte de nuestro karma. Si leemos las vidas de algunos de los más grandes santos podremos observar que atravesaron enormes sufrimientos. Todos aquellos que han tratado de ayudar al mundo han sufrido terriblemente. Es una parte del entrenamiento para la Iniciación, pero siempre dentro de la más estricta justicia, puesto que ni siquiera con fines de entrenamiento puede existir la menor injusticia.

Los Señores del Karma son, sencillamente, los Administradores de esa Ley. La palabra señores, en cierto modo, quizá pueda parecer poco clara, porque más bien parece señalar que ellos son los que dirigen y regulan el karma. Vosotros no podéis dirigir ni regular la gravitación, pero sí que podéis arreglar las cosas de tal manera que os sea permitido utilizarla en ciertos puntos y en ciertas formas. Lo mismo pasa con la ley kármica; los que actúan en conexión con ella son sus administradores. Una de las funciones de los Señores del Karma es elegir una parte determinada del karma acumulado por una persona para que la liquide en su siguiente encarnación. Ellos no pueden tomar más o menos de karma bueno, o más o menos de karma malo del que el hombre tenga acumulado, pero sí que pueden elegir entre lo que el hombre pueda mermar. Sin embargo, la voluntad del hombre es soberana y si el karma elegido queda saldado por él en menos tiempo del que Ellos habían calculado -permítaseme esta forma de expresión- pueden designar algo más de karma para su cancelación. *“A quien el Señor ama lo purifica por el castigo”*, ese es el significado de esta extraña aseveración. El hombre se hace acreedor a muchas penas que no entran dentro de su karma pasado cuando su actitud al recibirlo es torpe y también insensata en lugar de filosófica; pero de esto no son responsables los Señores del Karma.

“Por duro que sea, agradeced que no sea peor.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -La tendencia de casi todos los hombres que sufren es lamentarse y pensar en tiempos mejores. Nuestra actitud debe ser la contraria. “Las cosas pudieron haber sido mucho peor; me siento contento por estar liquidando todo este karma; se me pudo haber demandado un pago mucho mayor; por lo menos éste lo soportaré lo mejor que pueda.”

“Recordad que sois de poca utilidad para el Maestro hasta que vuestro mal karma esté agotado y seáis libres.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Desde el punto de vista del Maestro es muy conveniente para el hombre liquidar una parte del mal karma pendiente. porque hemos de tener presente que el Maestro se ve imposibilitado por ese karma para utilizar a los que tienen deseos de servirle; le impide servirse de ellos con la libertad con que podría hacerlo si el karma ya estuviera liquidado. Madame Blavatsky, que siempre hablaba de ella con mucha franqueza, dijo con relación al caso Coulomb: “Ahora yo no merecía esto; fue mi pasado.” Era cosa de vital importancia para ella liberarse de ese karma, y de aquí que el escándalo y la vergüenza de los que fue víctima mientras duró este asunto se convirtió en su mayor bendición; así lo aceptaba cuando consideraba las cosas de manera filosófica, aunque a veces, superficialmente, parecía conturbada.

Todos los aspirantes deberían sentirse estimulados con este pensamiento; tendrían que sentirse animados para olvidarse de ellos mismos y elevar sus miradas hacia el Maestro diciendo: “Estos contratiempos que me acucian me hacen más útil para Él.”

Si pedís que vuestro karma se precipite no es razonable lamentarlo cuando la petición os ha sido concedida. Conservad siempre esta idea inspiradora en vuestras mentes: “Seré más útil al Maestro cuanto más libre me sienta.” Una dádiva, una vez entregada, no debe retirarse. Este concepto es muy corriente en los libros antiguos de la India y se repite, una y otra vez, en sus narraciones; una dádiva que se ha hecho o una palabra que se ha dado, ya no pueden retirarse. Si, a causa de unas determinadas circunstancias, os devuelven un obsequio que

habíais hecho, debéis devolverlo de nuevo; ya no es vuestro y conservarlo sería un hurto. Así pues, cuando hayáis hecho la entrega de vosotros mismos -la más elevada y la más noble de las dádivas- jamás tenéis que retirarla. Con frecuencia los hombres se entregan al Maestro verbalmente, pero conservando siempre un dedo en la dádiva para poder retirarla en el caso de que el Maestro parezca aceptarla; a esto equivale en realidad. Se retiran si el Maestro presta atención a sus palabras, como puede hacerlo ocasionalmente, para hacerles ver que se han estado engañando a sí mismos y que han prometido más de lo que estaban dispuestos a cumplir.

C.W.L. -Si todo nuestro mal karma quedara extinguido, todo nuestro tiempo y toda nuestra energía quedarían libres para servir al Maestro. Se ha dicho que el Maestro se encuentra impedido por nuestro mal karma y, por lo tanto, al liquidarlo rápidamente, nos capacitamos más para servirle. Madame Blavatsky se afirmó en este punto de vista cuando fue víctima de los ataques de la señora Coulomb y de otras personas en Madrás, en el año 1884. Si bien es cierto que se indignó ante esos ataques y se sintió invadida por la tristeza ante la ingratitud que le demostraron, sintiéndose muy preocupada por lo que ello pudiera afectar y perjudicar a nuestra Sociedad, su actitud, siempre inamovible, queda expuesta en sus palabras: “Por lo menos hay que tener siempre presente que todas estas contrariedades me capacitan más para servir al Maestro.”

Esta idea la podemos aplicar tanto a las contrariedades de la Sociedad como a las nuestras. Pensad siempre en el servicio del Maestro cuando la Sociedad se esté librando de algún mal; sus impulsos se hacen más fuertes cuando ha pasado por determinados contratiempos, porque ha quedado libre de parte del mal karma y se ha vuelto más útil; ya es un mejor instrumento en manos de sus verdaderos dueños.

Al haber agotado ya una parte de su karma, la Sociedad puede emprender mayores empresas. Ese karma expulsa el material muerto, es decir, expulsa a las personas que han alcanzado “su punto de saturación para la verdad”. Como decía Madame Blavatsky, ya no pueden progresar más. Hasta aquel momento, esas personas pueden

haber sido una gran ayuda, pero se han convertido en un obstáculo para un ulterior progreso de la Sociedad. Sin embargo, los que quedamos nos sentimos muy afligidos por la pérdida de esos amigos. En estas últimas dificultades me pareció que yo era algo así como el centro de la tormenta, y que para muchas personas que no comprendían existía un magnífico pretexto; por consiguiente, me aventuré a exponer al Mahachohan que la prueba era muy dura y a pedir un poco de indulgencia para ellos. Naturalmente, Él sonrió bondadosamente ante mi petición y dijo: “¿Quedaría usted satisfecho si ellos mismos abandonasen a la señora Besant?” “¡Oh, sí! -contesté- ¡Desde luego!” Yo creí que ellos no iban a hacer eso, pero pocos meses después se volvieron contra ella y el Mahachohan me dijo con la misma sonrisa bondadosa: “Ya ve usted, para esta encarnación el Sol se ha puesto para ellos, pero llegarán otras encarnaciones y el Sol les alumbrará de nuevo.”

No hay nadie indispensable, aunque en la India suele suceder que una Rama determinada progresa mucho bajo la influencia de algún miembro y pierde el ritmo cuando éste se traslada a otra ciudad. Cuando falleció Madame Blavatsky muchos de nosotros, acostumbrados a su diaria inspiración, temíamos que sobreviniera la oscuridad. Surgió otra gran personalidad con nuestra actual Presidenta. Estoy seguro de que ella será la primera en decirnos que, cuando le llegue el turno y nos deje, no tenemos que preocuparnos por la Sociedad. Los instrumentos cambian de cuerpo; “a los ojos del necio parece que mueren.” Pero los Maestros que nos inspiran no mueren y mientras Ellos estén ahí, siempre habrá quien continúe Su trabajo.

“Al ofreceros a Él habéis pedido que vuestro karma se acelere, y por eso ahora, en una o dos vidas y a base de esfuerzo dejaréis cancelado lo que, de otro modo, podría haber alcanzado hasta cientos de ellas. Pero para sacar el mejor partido posible de ello, debéis soportarlo con alegría, contentos.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Según la manera como se paga una antigua deuda se pone en juego una nueva causa. No hay que olvidarlo nunca. Si afrontáis de la mejor manera posible vuestro mal karma, ponéis en movimiento

nuevas formas generadoras de bien, mientras que si os resistís a pagar vuestras deudas y refunfunáis al hacerlo, sucederá lo contrario.

Recordad las palabras del Cristo en el Sermón de la Montaña:

“Concíliate pronto con tu adversario mientras estés con él en el camino.” – (Mateo 5:25)

Es un buen consejo para seguirlo en las circunstancias desfavorables. Vuestras molestias y vuestras pérdidas se os aparecen como adversarios; afrontadlas con valor; tened con ellas un pronto arreglo y cesarán. Podríamos liberarnos de nuestro mal karma con mucha mayor rapidez si no generásemos más mientras estamos cosechando el anterior.

C.W.L. -La gente habla de entregarse al Maestro y después se asusta de que Él le pida demasiado. Ese es el espíritu de Ananías y de Sáfira. Esta desventurada pareja tenía todo el derecho a retener una parte de sus bienes si así lo deseaban, pero cometieron el error de presumir que lo estaban dando todo.

Decir: “Yo puedo dar esto; yo puedo hacer tanto más cuanto en Su servicio, pero no puedo entregarme sin reservas”, indica un grado de desarrollo por el cual todos debemos pasar. Pero el que se ofrece a sí mismo al Maestro debe hacerlo de todo corazón, como cuando hacemos un regalo. Tendrá que entregarse sin reservas por lo que respecta al uso que se haga de él y sin el deseo de retirar esa entrega. Nadie debe temer que el Maestro exija demasiado. Si nos ofrecemos a Él no debe sorprendernos ni debemos sentirnos heridos si el sufrimiento nos asalta de repente. Demuestra que el ofrecimiento ha sido aceptado en parte. Muchas de las cosas que el mundo califica como malas y considera como sufrimientos, tienen que tomarse como signos de progreso rápido. Cuando en lugar de acompañarnos en nuestro dolor la gente nos vitupera, hemos de interpretarlo como el mejor de todos los karmas. Ser mal comprendidos de manera que nuestra buena conducta sea censurada -como dice Ruysbroek- siempre ocurre cuando el hombre se está aproximando a su meta final. Eso es lo que ha sucedido a través de la historia a todo gran instructor místico y ocultista. El mismo hecho de soportarlo todo con alegría genera buen karma y desarrolla en nosotros valiosas cualidades: paciencia,

perseverancia, resignación, capacidad de sufrimiento, determinación. Y de ese modo, del mal de tiempos pasados podemos derivar el bien.

“Una cuestión más. Debéis ahuyentar todo sentimiento posesivo. Puede que el karma os arrebate las cosas que más queréis -incluso las personas a las que más amáis. Aún así, debéis estar contentos -dispuestos a desprenderos de cualquier cosa y de todo.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Llegamos aquí a una cosa enormemente más difícil que la anterior. Soportar el karma pasado es mucho más fácil. Debéis eliminar todo sentimiento de posesión; primero por lo que respecta a las cosas y luego por lo que se refiere a las personas. Lo último es una tarea mucho más sutil: ¿habéis desechado toda idea de posesión con respecto a las personas que más amáis? Aunque el hombre piense que lo ha logrado, se presentan circunstancias de prueba y, con frecuencia, resulta que no había conseguido nada. ¿Podéis veros despojados de una vida que para vosotros es más querida que la propia? Podéis considerarlo como la última y más difícil prueba de vuestra devoción hacia el Maestro. En este punto todos los aspirantes deberían probarse antes de que las circunstancias los sometan a la verdadera prueba, para atenuar así el golpe por medio de la práctica anticipada. No tratéis de matar el amor que sintáis hacia alguien: esa es la forma en que proceden las fuerzas negras. Podéis practicar amando a una persona constantemente, pero alejándoos durante algún tiempo de la sociedad de esa persona; realizando algún trabajo que tenga que hacerse lejos de quien os hace feliz la vida, o de algún otro modo parecido. Si podéis hacerlo, alegre y gozosamente, ya estáis en el camino de responder a la llamada cuando llegue: la llamada de abandonarlo todo para seguir al Maestro.

Tened presente con cuanta frecuencia se trata de este punto en las explicaciones que nos han llegado de cuando el señor Maitreya estuvo en Palestina. No todos los que fueron llamados estuvieron a la altura de su oportunidad; sólo algunos. Los que lo abandonaron todo para seguirlo llegaron a ser Maestros cuando acaeció Su muerte; los otros nunca volvieron a oír nada de Él. Recordad el caso de aquel joven rico que se sintió abatido por el dolor, aunque sólo se le pedía que

abandonase sus riquezas. La gente cree que hubieran atendido la llamada inmediatamente si se hubieran encontrado en el caso de ese joven; pero no estoy muy segura de que haya muchas personas capaces de renunciar a sus posesiones para seguir a un predicador ambulante rodeado de algunos hombres poco educados. Pero así es la prueba del discipulado; renunciar a todas las cosas, las cosas que más os agradan y las personas que más amáis, para seguir al Maestro.

C.W.L. -Hemos de comprender que nada es nuestro, en un sentido personal; que cualquier cosa que tengamos sólo nos ha sido entregada en custodia para lograr los fines de la evolución. El que tiene dinero o el que ocupa una posición influyente ha sido agraciado con la oportunidad de realizar un trabajo mejor. Nada es nuestro en el sentido de que podamos hacer de ello un uso por separado; siempre estamos en la situación de un gerente o un empleado de confianza que maneja los fondos del negocio; pero que debe tener tanto cuidado con cada centavo como si fueran realmente suyos. Esa debería ser la actitud de cada hombre rico o de todo el que ocupa una posición influyente.

La actitud de vivir como representante de la humanidad ya se ha explicado por parte de los Maestros de una manera asombrosamente bella. Ellos se consideran a Si Mismos como simples administradores de todas las fuerzas poderosas que poseen. Por eso el Maestro no crea karma, ni bueno ni malo, que lo ligue a la condición humana. Los grandes actores, los grandes ejecutores de la evolución, no generan karma que los ligue porque todo lo hacen de manera impersonal; sin ningún deseo personal en absoluto. Actúan como el soldado en el campo de batalla que lucha sin pensar siquiera en un enemigo en particular al que le toque matar, sino con el sentimiento de que combate por una causa y como parte de una poderosa maquinaria. Y así es como trabajan Ellos, como parte de la Gran Fraternidad, como parte de la Jerarquía, como parte de la humanidad, y todo el bien que generan retorna a la humanidad y contribuye a su progreso.

Primeramente, no hemos de tener la sensación de posesión por lo que respecta a las cosas y, después, por lo que respecta a las personas, lo cual es mucho más difícil de asumir todavía; podemos vernos

separados de ellas por lo que denominamos muerte y tal vez también por el servicio en pro de la humanidad. Durante la Guerra Mundial pasó esto en miles de casos; la esposa entregó a su marido; la madre al hijo, para luchar por la causa. Es evidente que nosotros no hemos de mostrarnos indecisos al proceder así en servicio del Maestro, como lo han hecho miles de personas en servicio de sus patrias. Es doloroso vernos separados de una vida que significa para nosotros mucho más que la propia, y son muchos los que han tenido que hacerlo así; algunos en muy tristes circunstancias y otros en condiciones que hacían su sacrificio sagrado y hermoso.

La forma que utilizan los que practican la magia negra es matar el amor para escapar al sufrimiento. Pero los que aspiran a pertenecer a la Gran Fraternidad Blanca tienen que acrecentar siempre su amor, despojándolo del egoísmo que frecuentemente lo empaña. Recordad cómo el corazón de Nuestra Señora la Virgen María fue traspasado por una espada. Ella pudo haberse substraído a ese dolor decidiéndose a arrancar de su corazón todo recuerdo de su hijo y olvidándose de él por completo.

“No penséis que vine a poner la paz en la tierra; no vine para poner la paz, sino la espada.” – (Mateo 10: 34)

Significaba que Sus enseñanzas serían aceptadas aquí y allá por alguien de cada familia, y que los demás se enfrentarían a ellos, lo cual sería motivo de luchas y algunos tendrían que abandonar sus hogares y sus amigos en aras de algún trabajo en especial que se les encomendara. De forma parecida ha habido muchos casos en que un solo miembro de una familia ha comprendido la verdad teosófica, lo cual ha sido causa de divisiones y sufrimientos. En la actualidad, el que lo desea, puede abandonar a su familia y trasladarse al otro lado del mundo con la idea de hacer dinero, sin que haya quien tenga nada que objetar ante esa decisión; pero si alguien trata de hacer lo mismo por el bien de la humanidad, de inmediato surgen las protestas; ese es el pequeño grado de evolución del espíritu de nuestro tiempo.

Recordad las dificultades que puso el rey Suddhodana cuando el Príncipe Siddharta manifestó su deseo de entregarse a la vida religiosa. Gastó mucho dinero y gran parte de su vida en esfuerzos

para impedir que su hijo aceptara el superior destino que se erigía ante él, luchando para convertirlo en el rey más poderoso de la India -en lugar del mayor Instructor religioso de todos los tiempos, alternativa que los astrólogos ya le habían vaticinado. El rey sabía que para convertirse en un instructor religioso su hijo tenía que enfrentarse a la pobreza y ser abnegado; sin apercibirse de que su destino habría de ser mucho más elevado que el de cualquier rey. No es el nombre de un rey el que más se ha perpetuado en la historia, sino el del gran Instructor religioso. El rey Suddhodana quería gran poder y fama sin igual para su hijo, y lo obtuvo, pero no de la manera que él había proyectado. El poder del Señor Buddha es mayor que el de cualquier monarca de la tierra, y su nombre a circundado el mundo entero.

El Cristo dijo al pueblo: *“Abandonadlo todo y seguidme”* Cuando nuestros amigos cristianos leen estas palabras en los Evangelios creen que ellos lo hubieran seguido de inmediato. Eso no es muy convincente. Hagamos un esfuerzo y situémonos en el lugar de la gente de aquella época. Recordemos al joven, dueño de grandes riquezas y posesiones que llegó hasta Él; esas riquezas le imponían obligaciones que él creía que debía atender y, por consiguiente, no tuvo el valor de abandonarlas. Toda la opinión pública de su tiempo, todo lo que era respetable ante la sociedad, todos los poderes ortodoxos, se agruparon contra el Cristo; Él sólo era un pobre predicador vagabundo que ni siquiera tenía donde reclinar la cabeza. ¿Lo hubiéramos seguido en esas condiciones? ¿Es verdad que hubiéramos renunciado a todo para seguir a Aquel a quien las personas mayores, el alto sacerdocio y la opinión ortodoxa estigmatizaban como fanático? ¿No nos hubiera asaltado la duda de que pudiera ser que estuviésemos recogiendo cáscaras y desechando el grano? No podemos darlo por sentado. En la actualidad, las circunstancias tal vez sean muy parecidas, pero los que hemos renunciado a todo para seguir a los Maestros no lo lamentamos, ni siquiera por un instante.

“A menudo el Maestro necesita derramar Su fuerza sobre los demás a través de Su servidor; no puede hacer eso si el servidor se hunde en la depresión. De modo que la regla debe

ser el contentamiento.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -En el contexto de este libro se nos expone constantemente la razón que tenemos para hacer cualquier cosa; es decir, siempre en servicio del Maestro. Podríamos esperar algunas otras razones en contra de la depresión: que es mala para la persona que la sufre; que ejerce una nefasta influencia sobre los demás; pero la razón sobre la cual se hace más hincapié es que el Maestro no puede utilizar como canal para Su fuerza a la persona que se deja abatir por la depresión.

A.B. -Aquí se nos presenta la razón por la cual la alegría debe ser en nosotros una regla y es que el Maestro necesita nuestra ayuda; que así podemos ser útiles para Él. Su fuerza siempre es gozosa, porque es parte de la fuerza del Logos; por consiguiente, no puede discurrir a través de un canal obstruido por la depresión.

Puede que parezca extraño afirmar que el Maestro no puede hacer esto o aquello; pero, en realidad, es así. De vez en cuando podemos oír al Maestro: “No logré hacer esto.” Los Maestros, cuando actúan aquí abajo, tienen un poder limitado debido a las condiciones del plano físico. Es frecuente que no puedan ponerse en contacto con alguna persona de este plano a menos que utilicen un intermediario, y por eso Ellos necesitan una ayuda que tal vez vosotros les podéis dar. Sin esa ayuda, queda mucho sin hacer y, como consecuencia, más tarde será necesario allanar los obstáculos que ya no deberían existir.

Aspiración Única

“Lo único que tenéis que tener presente es realizar el trabajo del Maestro. De cualquier otra cosa que pueda presentarse en el camino de vuestras ocupaciones, esto, al menos, no debéis olvidarlo nunca.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -La aspiración única es condición indispensable para tener éxito en la vida diaria. El hombre que la asume triunfa finalmente, porque todos sus poderes trabajan con un solo fin, mientras que los demás tienen una gran variedad de propósitos y constantemente están cambiándolos. El hombre que se dedica a hacer dinero, por ejemplo, y pone en juego todo el potencial de su pensamiento y toda su voluntad para conseguir lo que busca, vigilando y planeando constantemente, casi puede estar seguro de que logrará su propósito. Si nos proponemos servir siempre al Maestro, decididos a dejar de lado todo lo demás, nuestro progreso será realmente rápido.

“Sin embargo, de todo lo que pueda llegaros, y que sea beneficioso para todos, la labor desinteresada es el trabajo del Maestro, y debéis llevarla a cabo por Él. Y debéis poner toda vuestra atención en cada parte de la misma a medida que la realicéis, para que pueda ser lo más perfecta posible.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Una gran parte del trabajo del aspirante consiste en prepararse para trabajos futuros y para una mayor responsabilidad en servicio del Maestro. Algunos de estos trabajos, por el momento, no tienen una utilidad directa en los planes que tiene el Maestro. Pero pueden compararse, por ejemplo, al trabajo de un niño que estudia latín en la escuela, lo cual, por de pronto, no le aporta ningún beneficio, pero que hace que en el se desarrollen cualidades de carácter que le resultarán útiles en su vida, más adelante. Los deberes de la vida diaria combinan ambas cosas con mucha frecuencia, porque proporcionan un magnífico entrenamiento y educación a los que los cumplen bien, al mismo tiempo que nos ofrecen muchas oportunidades para ayudar a los demás a progresar, lo mismo en

carácter que en ideales, lo cual, de una manera clara, ya es un trabajo al servicio del Maestro. Todas las diferentes actividades cotidianas quedan dentro del campo de acción de nuestra aspiración única, la de servir al Maestro cuando aprendemos a ejercerlas en Su nombre y en Su servicio, dentro del campo de lo que constituye nuestra aspiración única. Educar una buena familia que, llegado el momento, también le servirá; hacer dinero para emplearlo en su servicio; adquirir poder para estar en condiciones de ayudarlo; todo queda dentro del campo de acción del discípulo; pero cuando hacemos eso, hemos de ponernos en guardia contra la posibilidad de estarnos engañando a nosotros mismos; de estar tapando con la capa de la santidad del nombre del Maestro lo que tal vez no sea nada más que la satisfacción egoísta de ejercer el poder o de manejar el dinero.

“Ese mismo Maestro escribió también: 'Sea lo que fuere lo que hagáis, hacedlo de corazón, para el Señor, y no para los hombres.' Pensad en cómo haríais una parte del trabajo si supiérais que el Maestro iba a venir en seguida a verlo: así es como debéis hacer todo vuestro trabajo. Aquellos que saben más sabrán mejor lo que esa expresión significa. Y hay otra como ésta, mucho más antigua: Todo lo que trates de hacer, hazlo con todas tus fuerzas.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Todo el mundo está dentro de la conciencia del Señor del Mundo, el Iniciador Único y, por lo tanto, todo lo que hacemos lo hacemos en Su presencia. De aquí se deriva el antiguo concepto cristiano de la omnisciencia y la omnipresencia de Dios, de quien se dice, “en Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro Ser.” No es una figura poética, es una realidad científica que vivimos dentro del aura del gran Rey Espiritual del Mundo. Desde luego, nos resulta totalmente incomprensible y no podemos concebir una conciencia que pueda abarcar simultáneamente todo el mundo; sin embargo, día llegará en que tendremos que alcanzar ese estupendo nivel.

El antiguo concepto de Dios sobre la omnipresencia es algo terrible; se suponía que Dios estaba siempre buscando un fallo; pendiente siempre de alguna violación de sus leyes para poder esgrimir toda su cólera ante el desventurado pecador. Muchos niños han sufrido

terriblemente con esta idea de que Dios ve todos sus actos; sufren con la creencia de que no pueden hacer nada que sea privado. Pero esto es así porque el niño aterrorizado no puede imaginar cómo juzgará su mentor las cosas que él está haciendo. Pero, si en lugar de esta actitud constatamos el poderoso amor divino, empezaremos a comprender que Su omnipotencia es nuestra mayor bendición.

A.B. -La prueba que el Maestro nos da aquí tiene que aplicarse a todo nuestro trabajo. Supongamos que hemos de escribir una carta: si sabemos que el Maestro ha de venir a leerla, la escribiremos con mucho cuidado, tanto por lo que se refiere a su contenido como a su caligrafía. Cualquiera que sea vuestro trabajo, es Su trabajo, si es el mejor que podéis hacer, tanto si se trata de algo que Él desea con una finalidad inmediata, como si es algo que os prepara para futuras actividades. Todo es para Él, si nosotros somos suyos; no puede ser para nadie más. Haced que ésta sea una actitud mental normal y constante y crearéis la atmósfera en la que se crea la aspiración única.

¡Cuán espléndidamente se desarrollaría todo si tuviéramos realmente esa aspiración única! Ese pensamiento de hacerlo todo en Su servicio lo mantengo siempre en mi mente, como así pueden hacerlo los discípulos más jóvenes, aunque yo pueda tener un hábito más arraigado que ellos por la fuerza de la costumbre que me ayuda. “¿Por qué he de contestar esta carta?”, me pregunto a mí misma a veces, y la respuesta llega de inmediato a mi mente: “Este trabajo se ha presentado en mi camino porque es un trabajo del Maestro.”

Continuareis con este pensamiento predominante en vuestra mente durante todo el tiempo que seáis discípulos; sólo se trata de crear un hábito, y cuando esto se haya conseguido, todo contribuirá a fortalecerlo. Ello nos ayudará a hacer con todas nuestras posibilidades cualquier cosa que emprendamos. Hemos de hacerlo todo con toda nuestra capacidad porque de esa manera llegará a formar parte de la actividad divina y por el entrenamiento de carácter que nos facilitará. Realizad vuestro trabajo con la máxima perfección, y no incurráis en la más mínima deficiencia.

“Aspiración única significa, también, que nada os desviará nunca, ni siquiera por un instante, del Sendero que habéis

emprendido. Ni tentaciones, ni placeres, ni siquiera los afectos de este mundo deben apartaros jamás de él. Porque vosotros mismos debéis convertirlos en uno con el Sendero; éste debe formar parte de vuestra naturaleza, de tal modo, que lo sigáis sin necesidad de pensar en él y no podéis desviaros. Vosotros, vuestras Mónadas, lo han decidido; abandonarlo sería abandonarlos a vosotros mismos.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Esta afirmación de que el individuo debe hacerse uno con el Sendero aparece, además de en este libro, en otras Escrituras. El Cristo dijo a Sus discípulos: “*Yo soy el Camino*” — (San Juan 14:6)

Shri Krishna hizo una observación parecida: “*Yo soy el camino por el cual debe caminar el viajero.*” La misma idea queda expuesta en La Voz del Silencio, que dice: “*No podrás hollar el Sendero antes de haberte convertido en el Sendero mismo.*” Lo que pasa en realidad es que el hombre se está convirtiendo en su propio Ego verdadero. Patanjali, al definir el yoga, dice que cuando el hombre ha logrado el control de su mente “reside en su verdadera morada.” La mónada es nuestro verdadero Ego, el Dios en el hombre que ha hecho descender una sombra de sí mismo para formar el Ego, el cual, a su vez, ha encarnado en una personalidad. El Ego sólo puede dominar a la personalidad cuando ha alcanzado una considerable evolución; antes de esto, se limita a mirar hacia abajo sin esforzarse demasiado, porque su influencia es poco definida. Llegá después la Primera Iniciación, el momento en que la personalidad deja ya de tener voluntad propia y vive únicamente (excepto cuando lo olvida) para servir a la parte superior. El Ego ya no está activo en los planos inferiores y empieza a comprender la existencia de la Mónada y a vivir de acuerdo con su voluntad. La mónada ha emprendido el camino de la evolución del Ego, que ya no puede elegir otro, porque se está convirtiendo en la Mónada, alcanzando la liberación de sus ataduras, incluso en los planos espirituales. Mientras se transita por el Sendero, el discípulo se sentirá constantemente zarandeado de un lado para otro, pero cuando haya realizado la aspiración única, caminará firme sin sufrir desviaciones.

A.B. -La gente olvida con frecuencia que el hombre es la expresión

de la Mónada. El Ego verdadero es la Mónada y, por lo tanto, lo que el hombre hace aquí abajo, lo hace por su verdadera voluntad, no por compulsión de una voluntad ajena. La voluntad de la Mónada es vuestra voluntad; vuestros deseos no son, en absoluto, vuestra voluntad; vosotros os sentís atraídos por las cosas externas porque uno u otro de vuestros cuerpos desea sentir un placer determinado.

Vosotros no sois los que deseáis el placer: es la materia elemental la que desea saborearlo y experimentarlo. Contra ese estado de cosas tenéis que oponer vuestro verdadero Ego que, invariablemente, tiende a elevarse. Tenéis que ser como una brújula fuertemente imantada cuya aguja, ciertamente, puede inclinarse hacia un lado, pero que siempre vuelve a su posición. Hasta que seáis de tal manera fuertes, que nada pueda desviaros de vuestros propósitos tenéis que practicar constantemente el retorno a la voluntad una. Vosotros no sois materia; tenéis que hacer de esta vuestro instrumento. Es absurdo que os dejéis gobernar por un poco de materia que habéis recogido para que se amolde a vuestras costumbres. Es como si el carpintero, al manejar un martillo, dejara que éste golpeará, no donde él quiere, sino donde al martillo se le antoje; que le golpeará en los nudillos en lugar de dar en el clavo. A menudo sucede que el hombre se magulla los dedos con su instrumento; pero esto pasa porque es un torpe artesano. Aprended a ser fieles a vuestras aspiraciones, a vuestra verdadera voluntad, y llegará el momento en que no podréis apartaros de ella.

La aspiración única también puede desarrollarse mediante la concentración. Fijad vuestra atención en un área reducida durante un tiempo determinado; concentraros en una sola cosa durante un rato para que salga bien. Una cierta cantidad de agua que forma una fuerte corriente cuando se canaliza, si se esparce en una amplia superficie sólo humedece una capa de tierra. Lo mismo pasa con vuestras energías. Haced vuestros trabajos, uno a uno, de forma clara y precisa en lugar de hacerlos de forma inconcreta y todos a la vez. Si seguís este consejo al pie de la letra, pronto empezaréis a observar algunos resultados claros; pocos en una semana, tal vez, pero a medida que el tiempo pase, estos resultados se irán acrecentando, y pronto llegarán a ser considerables, tanto en la calidad del trabajo realizado como en el

incremento de vuestro poder.

Confianza

“Debéis confiar en vuestro Maestro; debéis confiar en vosotros mismos. Si habéis visto al Maestro confiaréis en Él hasta el máximo, a través de muchas vidas y muertes. Si no le habéis visto, debéis tratar de pensar y de confiar en Él constantemente porque si no lo hacéis ni siquiera Él puede ayudaros.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Estas son, en parte, palabras de Alcyone que aquí habla de su Maestro; pero el Maestro habló igualmente de otros Seres superiores a Él, porque de la misma manera que nosotros hablamos y pensamos de los Maestros, Ellos, a Su vez, hablan y piensan del Señor Buddha, del señor Maitreya y de otros Seres superiores a Ellos.

Para nosotros, prácticamente es imposible comprender lo que es un Maestro. Podemos esforzarnos por conseguirlo, podemos pensar en los ideales más elevados que podamos imaginar, pero el Maestro representa grandezas de tan diversas clases, inimaginables para nosotros, que el más elevado ideal que podamos formarnos de Él será siempre demasiado incompleto. Siendo éste el caso, la confianza más plena en Su sabiduría no es otra cosa que sentido común.

La total confianza en el Maestro, ante todo, es cuestión de nuestro pasado. Si repasamos las vidas de Alcyone, podemos ver que ese ha sido su caso. Durante muchas de sus vidas pasadas ha estado en íntima asociación con su Maestro. El estudio de esa misma serie de vidas pone de manifiesto que yo, por ejemplo, he venido actuando en una asociación semejante con mi Maestro, y lo mismo en el caso de algunos otros. Supongo que esto explica el hecho de que, desde el mismo momento en que leí algo del Maestro, al instante sentí hacia Él la más fuerte de las atracciones posible. Cuando tuve el privilegio de verlo, ni siquiera por un instante tuve la idea de desconfiar de Él. En esos casos puede decirse que el Ego sabe, bien por ser consciente de la presencia del Maestro en el plano mental superior, bien por la memoria que tiene de sus vidas pasadas en las cuales le ha sido dado conocer al Maestro. En algunas ocasiones el Ego sabe, pero no le es

posible transmitir ese conocimiento a la personalidad, y en otras, este conocimiento es transmitido solamente de manera imperfecta o incorrecta. También puede pasar que el Ego no sepa. El Ego no puede caer nunca en el error. En ningún caso puede engañársele; pero es cosa clara que puede ignorar algunas cosas y, en realidad, el verdadero objetivo de su encarnación es el de hacer desaparecer esa ignorancia.

Los que no tienen pruebas de la existencia de los Maestros harán bien en considerar lo razonable de la idea: la seguridad de que, puesto que el hombre está evolucionando y ha trascendido ya muchas etapas de adelanto, ante él habrán otras etapas de evolución. No debemos pensar que ya estamos en la cumbre del progreso. Muchos que han visto y han hablado a esos Seres, dan testimonio de Su existencia. — (Este punto se trata extensamente en el libro “Los Maestros y el Sendero”)

Son muchos los que en realidad han visto a los Maestros y, a pesar de eso, aunque esto podría parecer incomprensible, se han alejado de Ellos posteriormente, motivados por la desconfianza. Recuerdo muy bien, por ejemplo, a un tal señor Brown de Londres: este señor ha publicado un panfleto que describe su vida, por lo cual no cometo ninguna falta cuando aludo a ello. Hace muchos años se marchó a la India donde tuvo el extraordinario privilegio de entrevistar en cuerpo físico a uno de los dos Maestros que iniciaron la fundación de la Sociedad Teosófica. Ellos raramente descienden de Su morada en el Tibet; pero ambos han estado en la India desde que yo ingrese en la Sociedad en los primeros años del movimiento. En El Mundo Oculto hay una maravillosa narración de la visita del Maestro Kuthumí a Amritsar, donde se encuentra el Templo de Oro de los Siks. El Maestro dijo: “Vi a nuestros siks borrachos sobre el piso de su templo... mañana mismo regreso a casa.” Me parece que cuanto más estiman Ellos que pueden usar con mayor ventaja Sus energías en los planos superiores, tanto más dejan la actividad de los planos inferiores en manos de aquellos que se están agrupando a Su alrededor en el mundo.

El joven señor Brown ya había visto la apariencia astral del Maestro Kuthumí y sucedió que, al estar viajando por la lejana zona del Norte de la India como secretario del Coronel Olcott, llegó el Maestro, en

cuerpo físico, a entrevistar al Coronel. El señor Brown estaba durmiendo en la misma tienda que el Coronel, sólo que en una división separada. El Maestro habló durante algún tiempo con el Coronel, pasando luego a la otra división de la tienda. No comprendo porque, pero el señor Brown se envolvió la cabeza con una de las sábanas, temeroso de ver al Maestro. En casos así, es natural que la persona se sienta cohibida por sus defectos; pero no creo que sea una actitud positiva la de imitar al avestruz metiendo la cabeza entre las ropas de la cama, las cuales, evidentemente, son transparentes para la visión superior. El Maestro, no obstante, habló con paciencia. “Saque usted la cabeza de entre la ropa, le dijo, quiero que vea usted si soy la misma persona que ya vio en cuerpo astral.” Después, el Maestro se retiró de la estancia dejándole una nota y fue entonces cuando el señor Brown pudo recuperarse de su turbación. Entonces tuvo la oportunidad de alcanzar lo que otros hubieran deseado. Sin duda alguna era merecedor de ello, pero no supo aprovecharlo. Y después de todo esto dudó de la existencia de los Maestros. También ha habido otros que han tenido el privilegio de ver a los Maestros sin haber aprovechado su oportunidad.

Algunas personas, debido a sus experiencias en vidas anteriores, se han creado una naturaleza escéptica; otros son excesivamente crédulos. Ninguno de estos extremos es conveniente para el progreso humano; ambos son igualmente anticientíficos. Cada hombre tiene su constitución mental especial. Si se le presentan cosas nuevas que encajen en ella, las acepta de inmediato sin exigir una prueba exacta. Decimos: “Sí, parece muy probable; está de acuerdo con mi manera de pensar; seguramente es así.” Pero, por otro lado, la persona común y corriente rechaza todo lo que se le dice cuando eso no encaja con su contexto mental. Cuando uno ya tiene experiencia en el estudio oculto de las cosas, prescinde de la actitud de rechazar una afirmación cuando no se acomoda a lo que uno ya sabe. Se aprende a posponer el juicio sin aceptar ni rechazar la afirmación, diciendo: “Por lo que he visto hasta ahora, eso no me parece muy probable; pero no lo niego; me limito a esperar nuevas luces.” Es una prueba de ligereza y una manifestación de ignorancia negar que una cosa pueda ser porque no

está dentro de nuestra experiencia.

Generalmente, aquí, en el plano físico, el que menos sabe es el que afirma con seguridad. En las ciencias, son los estudiantes los que dogmatizan. Los grandes científicos suelen decir: “Yo no he tenido experiencia sobre tal o cual cosa, pero, desde luego, no pretendo negarla.” El Canciller de Inglaterra dijo en cierta ocasión: “Estoy tan seguro de esto como el más joven de los abogados.” El hombre de poca experiencia está seguro porque no sabe que hay muchas posibilidades que no permiten establecer leyes en forma definitiva; los que han estado estudiando durante muchos años son mucho más cautelosos al expresarse. Entre nosotros existe una amplia gama de realidades que todavía desconocemos. La generación precedente hubiera ridiculizado y considerado absolutamente imposible muchas cosas que en la actualidad están al alcance de todo el mundo. Es conveniente reconocer este hecho desde un principio y estar preparados para nuevos descubrimientos que pueden presentarse constantemente a medida que el ser humano evoluciona.

Para nosotros, como estudiantes de ocultismo, es de gran utilidad substraernos a la tendencia de dejarnos influir por conceptos que hemos forjado de antemano. Tenemos que contar con la suficiente plasticidad para aceptar incluso verdades revolucionarias cuando éstas se basan en buenas razones. Si carecen de esa base, simplemente, hemos de prescindir de ellas, señalando que no podemos saber lo que hay de cierto, y sin condenar esas afirmaciones ni tampoco a las personas que las sustentan. La verdad es variopinta, y apreciar sus diferentes aspectos a la vez no es una facultad al alcance de cualquier persona, ni de cualquier grupo de individuos; en consecuencia, siempre podrá existir un fragmento de verdad en cosas que puedan parecernos irrazonables.

Es lamentable que haya muchas personas que, desconociendo absolutamente todo sobre algún asunto, están persuadidas de que saben todo lo posible sobre el mismo; especialmente, si se trata de temas religiosos, los que saben muy poco están insistiendo clamorosamente en que otros crean los errores que ocupan las mentes de ellos. En algunos casos, dicen que es su conciencia la que los dirige

de esa manera. Incluso siendo así, no siempre hemos de confiar en nuestra conciencia, porque el Ego, cuya voz es la conciencia, no sabe todas las cosas. Explica la historia que las gentes han quemado y torturado a otras por motivos de conciencia. Un Ego que recomendara hacer esas cosas sería completamente ignorante en muchos aspectos. Evidentemente, siempre hemos de prestar oído a nuestra conciencia, si estamos seguros de escuchar su dictamen, pero teniendo presente la famosa respuesta del Obispo South a un disidente: “Sea como sea, sigue tu conciencia, pero ten cuidado de que esa conciencia no sea la de un necio.”

Si bien es cierto que es conveniente tener confianza, uno no puede hacer que le crean, así como tampoco puede hacer que le amen. Pero, de la misma manera que al examinar con insistencia las buenas cualidades de una persona vamos encontrando gradualmente razones para quererla, pensando en las razones que existen para una creencia, podemos ir adquiriéndola gradualmente. Estrictamente hablando, nadie debe desear tener una creencia determinada; sólo debe creerse en lo que pueda ser verdad; pero esa verdad podemos alcanzarla después de un detenido estudio de la materia en cuestión, si es que no contamos con la convicción que se ha originado en el pasado.

Los grandes líderes espirituales no acostumbran a facilitarnos las cosas. Particularmente, me inicié en los estudios ocultos bajo la dirección de la señora Blavatsky, quien daba a sus educando migajas de su conocimiento, al mismo tiempo que constantemente los sometía a pruebas muy rigurosas. Era un método muy drástico y sólo aquellos que realmente deseaban progresar siguieron a su lado, porque los demás la fueron abandonando. Entre los que seguían este método había muchos que se dedicaban a investigar en los sentimientos y decían que ella hacía cosas que un gran instructor espiritual no debería hacer. Mi actitud fue siempre la siguiente:

“La señora Blavatsky tiene su conocimiento oculto y yo voy a adquirirlo de ella, si es que quiere dármelo. Todo lo demás que haga es cosa suya, no estoy aquí para criticarla; a su Maestro le toca juzgarla, no a mí; ella puede tener sus razones para hacer lo que hace, yo no sé nada de esto. Ella posee este conocimiento, habla de

estos Maestros. Yo me propongo adquirir ese conocimiento y, si es humanamente posible, me propongo llegar a los pies de esos Maestros.”

Lo abandoné todo para seguirla y jamás me he arrepentido de la confianza que deposite en la señora Blavatsky. Está en el karma de algunos el ser críticos por temperamento y los de esa condición aprenderán con mucha mayor lentitud que los que están dispuestos a aceptar las cosas cuando son razonables.

Hemos de recordar que nunca hay que jugar con el ocultismo. De lo contrario no conseguiremos resultados benéficos y no haremos ningún bien; el ocultismo, cuando no es el interés primordial de la vida, carece de valor. No podemos dar al ocultismo el segundo o el tercero o el décimo séptimo lugar en la vida, como tratan de hacer muchas buenas personas. En realidad, tiene que ser lo primero en nuestra vida y todo lo demás debe estar en segundo término.

Tener confianza en el Maestro significa creer que Él sabe exactamente lo que nosotros hemos de hacer y que Él dice justamente lo que quiere decir; y por eso cuando, como en este libro, establece ciertas reglas definidas, hemos de hacer todo lo posible por seguirlas. Sé que es difícil y que es tarea penosa hacer que la gente crea en esa precisión. Suele decirse: “Bueno, el Maestro quiere decir esto o aquello, aproximadamente.” Pero es que Él dice exactamente lo que quiere decir, y si nosotros no creemos en sus palabras y fracasamos, sólo nosotros tenemos la culpa. En ocultismo hay que pasar de la insinceridad del mundo a la luz de la verdad; de nuestro mundo, al mundo de los Maestros.

“A menos que exista una absoluta confianza no puede establecerse una corriente perfecta de amor y de poder.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Si uno está en una situación de duda respecto a la existencia del Maestro o del poder de uno mismo para llegar hasta Él o para progresar, esa misma duda hace que todas las vibraciones tengan lugar en sentido contrario; y que la persona que tenga esa duda no sea un canal adecuado para ser utilizado. Por consiguiente, el discípulo debe tener confianza en el Maestro y amor hacia Él, sintiendo al mismo

tiempo un amor impersonal hacia la humanidad. La única idea del Maestro, constantemente, es hacer todo lo que deba hacerse con el menor gasto posible de energía espiritual, para poder reservar el máximo para otros trabajos. El que se encuentre en cualesquiera de las condiciones ya mencionadas, no es un buen canal y por lo tanto resulta inútil para el Maestro. Resultaría realmente triste no poderle ser útil cuando necesite de nuestro servicio; tener en nuestros diferentes vehículos vibraciones que repelan Su influencia en lugar de transmitirla.

Recuerdo el caso de una persona que aspiraba ardientemente a ser discípulo de cierto Maestro. Le había servido ya en diversas formas y su único deseo era llegar a verlo. Yo estaba en casa de esa persona cuando el Maestro vino en cuerpo físico a visitar la ciudad donde esa persona residía, pero Él no fue a su casa. Encontré al Maestro fuera de ella y estuve hablando con Él durante mucho tiempo, pero no pudo visitar a la persona que anhelaba ser Su discípulo porque precisamente en aquel momento el cuerpo astral de esa persona se encontraba violentamente afectado -deformado por innobles pasiones de cierto tipo. Y de ese modo, perdió la oportunidad de toda una vida y quizá también la de muchas vidas. Si esa persona hubiera podido saber cuán cerca estaba del Maestro, estoy seguro de que todas sus pasiones se hubieran volatilizado al momento. Pero para el Maestro hubiera significado un desperdicio de Su fuerza utilizar Su poder para despejar aquello a fin de poder mostrarse.

No hay que pensar que el Maestro se muestra resentido por nuestra falta de confianza o por alguna actitud parecida por nuestra parte, ni tampoco hay que considerar que el hecho de que Él no utilice Su fuerza para corregir un determinado estado pasional del aspirante sea consecuencia de Su aspereza de carácter. Él siempre hace lo que mejor conviene para el trabajo, sin dejarse influir por razones sentimentales de ninguna clase. Cuando hay que realizar un trabajo determinado nos es indispensable elegir el más capacitado para ello, tanto que sea amigo nuestro como no, porque servirnos de una persona menos eficiente, por motivos de amistad, sería igual que no dar cumplimiento a nuestros deberes. En caso de guerra, por ejemplo, hay que designar

para el mando de las fuerzas al hombre más capacitado; poner al frente del Ministerio al hombre más útil; encomendar éstos o aquellos trabajos a los que mejor puedan desempeñarlos. No hay que incurrir en nepotismo, designando a nuestros sobrinos para cubrir uno u otro puesto; hay que servirse de los que puedan hacer mejor el trabajo; porque, sobre todo y para todos, es importante que el trabajo se haga bien.

El trabajo oculto es de esa índole: debe hacerse y los que lo dirigen se sirven siempre de los más aptos. Contar con varios años de servicio no constituye un derecho para merecer empleos, ni siquiera para recibir la atención del Maestro. El deber del Maestro es utilizar al hombre que pueda desempeñar bien el trabajo, independientemente de que lleve ya muchos años a Su Servicio o de que haya empezado a servirlo.

Cualquiera que considere el trabajo como lo más importante, no podrá por menos que celebrar el que salga otra persona que lo desempeñe mejor que él. Ruskin, aludiendo a cierta obra literaria, dijo hace años: “Sea mía o sea de ustedes, o de quien sea, todo está bien: está bien hecha.” No tenéis que vacilar para decir que una cosa está bien hecha, aunque vosotros la hayáis hecho, ni tampoco debéis dejar de reconocer que está mejor hecha porque no la hicisteis vosotros. Ruskin tiene pasajes maravillosos. Hasta donde puedo calibrar, él no sabía ni una sola palabra de ocultismo, ni yo tampoco cuando lo conocí; a pesar de lo cual, entre lo que escribió hay muchas cosas que llevan el verdadero sello del ocultismo.

“Debéis confiar en vosotros mismos. ¿Decís que os conocéis demasiado bien? Si realmente lo creéis, no os conocéis; sólo conocéis la débil apariencia externa que, a menudo, ha caído en el fango. Pero vosotros -el verdadero Yo- sois una chispa del mismo Fuego Divino, y Dios, que es Todopoderoso, está en vosotros, y por eso no hay nada que vosotros no podáis hacer si queréis. Deciros a vosotros mismos: 'Lo que el hombre ha hecho, el hombre puede hacer. Soy un hombre, luego también soy Dios en el hombre; puedo hacer esto y lo haré.' Porque vuestra voluntad debe ser como el acero templado si queréis

hollar el Sendero.” — (A los Pies del Maestro)

A.B. -Cuando las instrucciones de conducta que estamos considerando son sometidas a algunas personas y se les recomienda que dejen de hacer tonterías y de cometer errores, suelen decir: “No puedo evitarlo; está en mi naturaleza.” Muchos tratan de escudarse con esas disculpas. Los que dicen eso no están realmente ansiosos de progreso; no podéis permitirlos jugar con cosas tan serias. Podéis hacer todo aquello que os propongáis, aunque tal vez no de inmediato. Evidentemente, cuando decís, “no puedo evitarlo” realmente no podéis, porque os paralizáis con vuestro pensamiento. Este es un error fatal que impide todo progreso haciendo que el hombre quede estacionado durante meses o durante años. Es igual que atarse las piernas con una cuerda y decir que no se puede caminar. Desde luego, mientras uno permanezca atado no podrá caminar, pero rompamos las ataduras si no queremos permanecer estacionados y entonces quedaremos en libertad para movernos. Podéis hacer lo que os propongáis. Libraros de la falsa idea que dejáis que os incapacite. Guardad en vuestra mente la idea de que podéis y queréis y os sorprenderán vuestros progresos. Si no lo hacéis es porque no tenéis verdaderos deseos de progreso, o al menos porque esos deseos carecen del fervor que el Maestro necesita; estáis simplemente jugando a que queréis progresar. No voy a decir que no os estéis esforzando, pero os esforzáis de una forma muy poco eficaz.

Comprended lo que os quiero decir aplicando mis palabras a vuestras actividades mundanas, al negocio por cuyo medio alimentáis a vuestra esposa y a vuestros hijos. Sabéis muy bien que al tropezar con alguna dificultad, inmediatamente buscáis los medios para solucionarla y lleváis a cabo toda clase de esfuerzos para ello. No os sentáis y os lamentáis de que es una dificultad infranqueable. En el caso que nos ocupa, utilizad la misma decisión; esa decisión que ponéis en juego en las cosas importantes. Parecería que en aquello que es de verdadera importancia es donde menos decisión y entereza ponéis en juego.

No tiene sentido implorar la ayuda del Maestro si al mismo tiempo no os esforzáis por ayudaros a vosotros mismos. Esto se parecería a la

actitud de aquel que, sosteniendo una copa en una mano y tapándola con la otra, implorase que se le diese agua; si se le diera, el agua se vertería sobre la mano y sobre la copa sin que nada del líquido penetrase en ella. Cuando el hombre pone en sus actos toda la fuerza de que es capaz es cuando actúa como ocultista. Los resultados de sus esfuerzos podrán no aparecer de inmediato en el mundo externo; pero siempre contribuirán a que la fuerza se vaya acumulando hasta que, finalmente, cristalicen en una acción fructífera.

Las cosas que tenéis que hacer ya han sido hechas y pueden hacerse, pero mientras penséis que no lo podéis hacer seréis incapaces de llevarlo a cabo. Pero si os decís a vosotros mismos: “Tengo que hacer esto y lo haré”, con seguridad que podéis hacerlo. Hacedlo así y vuestro pensamiento será un ángel de la guarda, siempre cerca de vosotros, capacitándoos para el éxito. De otro modo, tendréis a vuestro lado -como dicen los cristianos- un diablo, creado por vuestro mismo pensamiento. No forméis diablos de esos; al contrario, haced un ángel, una gran forma de pensamiento: “puedo y quiero.”

C.W.L. -Es perfectamente cierto que no hay nada que no pueda hacer un hombre; pero esto no significa que lo pueda hacer inmediatamente. Aquí es donde en ocasiones se cae en el error. Conozco muy bien esto porque recibo docenas de cartas de personas que tienen serias dificultades, que son víctimas del vicio de la embriaguez, de la drogadicción, o de alguna obsesión y que suelen decir: “Ya no tenemos voluntad, la hemos perdido, no podemos dominar nuestro vicio, ¿qué vamos a hacer?” Los que no han padecido estos vicios no pueden darse cuenta de lo terrible que es encontrarse en sus garras; verse desposeídos completamente de la voluntad y sentir que no hay nada que hacer.

Hay quienes llegan a pensar en el suicidio, solución verdaderamente desastrosa. Incluso en el caso de mutilaciones irremediables, el hombre debe buscar la mejor oportunidad para corregir su situación, debe sacar fuerzas de flaqueza y debe continuar luchando con entereza. Que el que sufre compruebe que en él está la voluntad, por muy oculta que esté. El suicidio significaría el retorno a condiciones similares a las que se pretende escapar, con el aumento del mal karma

del acto. Si él tuviera que crear la voluntad, su caso sería desesperado; pero que tenga presente que la voluntad está en él, la voluntad de Dios que se manifiesta en todos los hombres. Es necesario obligarla y desarrollarla, lo cual se puede hacer gradualmente. En algunas ocasiones la entrega de un familiar o amigo dotado de gran amor y paciencia, viene a constituir una verdadera dádiva de Dios.

¿Qué ha hecho el hombre para encontrarse en esa condición? Posiblemente durante toda esta encarnación, tal vez durante una o dos de sus vidas anteriores, ha estado dejándose dominar deliberadamente por el elemental del deseo, cediendo a las tentaciones de su naturaleza inferior; dejándose esclavizar por ella deliberadamente. Al principio pudo haber luchado, pero al no haber hecho esfuerzos para resistirla ha ido acumulando muchas fuerzas nocivas, tantas, que ya no puede oponerse a ellas de inmediato. Pero sí que puede empezar a hacerlo. Utilizaremos el ejemplo del hombre que tiene que empujar un carro de ferrocarril. En las pequeñas estaciones ferroviarias, donde los trabajadores tienen tiempo sobrado para sus faenas, talvez habréis observado la manera como procede un hombre para cambiar un carro de una vía a otra. Observad su trabajo: se trata de un objeto que pesa varias toneladas; empieza por empujarlo con fuerza, sin lograr al principio ningún resultado hasta que, poco a poco, el carro comienza a moverse con lentitud. El hombre continúa empujando y el carro comienza a caminar cada vez más aprisa. Y después viene el trabajo de pararlo, lo cual no se puede hacer inmediatamente. Si nuestro hombre se quedara plantado en el camino, negándose a moverse, el carro se lanzaría sobre él aplastándolo; tiene, pues, que oponerse a su marcha con firmeza pero al mismo tiempo cediendo terreno que resista al impulso hasta que, paulatinamente, logra detener la marcha y parar el carro. Ha puesto en el carro una determinada fuerza, la cual no puede retirar, pero sí que puede neutralizar con una energía determinada similar.

El hombre que ha cedido al elemental del deseo está colocado en una posición semejante. Ha puesto en él una gran fuerza y tiene que hacerle frente. Podríamos decir: “pero es que se trata de mucha fuerza”. Cierto, pero de cualquier manera, de una fuerza limitada.

Bastaría hacer frente a las cosas no de una manera sentimental, sino en una forma abstracta, como si se tratara de un problema matemático, para que el hombre no se creyera un desgraciado gusano que tiene que oponerse a una fuerza demasiado grande para él, y comenzara su esfuerzo para contrarrestarla. Puede contar con la seguridad absoluta de que la fuerza que él ha puesto es limitada. Ahora bien: él tiene a su disposición una fuerza ilimitada. Precisamente por el hecho de que nosotros somos chispas del fuego divino, tenemos en nuestro apoyo todo el poder de Dios. Solamente un poco de ese poder puede descender a través de nosotros en un tiempo dado; pero está descendiendo sin interrupción.

Deberá considerarse todo esto desde el punto de vista del ego; puede hacer él todas estas cosas y es su voluntad hacerlas. En la labor del desarrollo oculto jamás podrá uno hacer instantáneamente algo digno de llevarse a cabo; de igual manera que no sería suficiente sentir la música en nuestro interior, asiéndonos necesario desarrollar el oído y la habilidad de las manos para ser canales apropiados para la expresión de la música. El ego tiene que entrenar sus vehículos pacientemente en forma similar.

Hay quien dice con frecuencia: “No puedo dominar ahora esta mala costumbre; dejadme que espere hasta que tenga un cuerpo nuevo.” Los que se expresan así olvidan que su próximo cuerpo tendrá las mismas cualidades y características del actual si no hacen nada para modificarlas, y que su situación desesperada continuará en su próxima vida. Pero si en esta encarnación realiza un claro esfuerzo contra esas malas costumbres, aunque el hombre esté dominado por ellas hasta el último momento de su vida, comenzará su nueva vida con un cuerpo mucho mejor. Lo mismo sucede en los niveles más elevados. Un hombre, por la acción de una vida de libertinaje, puede dañar de tal manera su cuerpo mental que en esta vida no pueda ya volver a su condición original. Sin embargo, si realiza claros esfuerzos para dominar sus pasiones, logrará obtener un buen cuerpo mental en su próxima vida en lugar de uno que reproduzca sus actuales defectos. En éste, como en otros casos, lo difícil de la lucha está en el principio; la confianza nace y se va fortaleciendo a partir de entonces.

De la misma manera que se pretende introducir el sentimentalismo en las relaciones entre un hombre y su maestro, se quiere disfrutar también de excepciones por lo que se refiere a la actuación de las leyes naturales; el hombre desearía librarse repentinamente de todos sus pecados y de todas sus penas. El cristiano de tipo emocional sostiene la creencia de que la sangre de Jesús salva al hombre, aquí y ahora; de que puede quedar libre de penalidades como si nada hubiera pasado. Esto resultaría muy atractivo, pero no es verdad. Lo que sí es verdad es que cuando el hombre cambia de vida y camina de acuerdo con la voluntad de Dios, queda libre de inmediato de todas las penas y dificultades que existen en su interior, las cuales han surgido por haber actuado en contra de esa voluntad; pero eso no significa que las consecuencias externas puedan anularse. El hombre ha cambiado ya; se ha convertido, y ahora camina en la dirección adecuada; pero tiene que responsabilizarse de los resultados de haberse conducido de forma indebida.

Podéis cambiar vuestra actitud en un momento dado y, desde luego, seréis perdonados; espiritualmente no habrá nada en contra vuestra; seréis absueltos. Pero incluso el más ortodoxo de los sacerdotes os dirá sin vacilar:

“Yo no pretendo corregir los resultados de vuestros actos. Si habéis llevado una vida licenciosa, si habéis lesionado vuestra constitución, no puedo corregirlo; esos resultados os alcanzarán y será parte de vuestra penitencia tratar de corregirlos. Lo que sí corrijo -utilizando el término eclesiástico- es el pecado. Os habéis indisputado con Dios; puedo reconciliaros de nuevo con Él. En esto la absolución os ayudará; es el poder de la Voluntad Suprema que os alentará contra las tentaciones, os ayudará a seguir por el buen camino, pero las consecuencias en el orden físico no pueden anularse.”

Podéis cambiar de actitud por vosotros mismos, el sacerdote puede situaros en el buen camino cuando carezcáis de fuerza. No es que diga que una persona no pueda hacer eso por sí misma, pero será con grandes esfuerzos; sin precisión, de una manera anticientífica. Ese es el poder que subyace en la absolución, pero no el de borrar los efectos de los pecados; las leyes naturales no actúan así.

Todavía hay algo que añadir: hasta que una persona no ha desarrollado su voluntad y se controla a sí misma, en realidad no puede ofrecerse al Maestro. Hay quien dice: “Me entrego por entero al Maestro”; sin embargo, ¿no es bien notorio que no podemos ofrecernos a nosotros mismos mientras algo nuestro siga todavía bajo la acción de diversas influencias de mal carácter? Por ese motivo también debemos desarrollar nuestra voluntad. Dice el Maestro que ésta debe ser como acero templado. Recuerdo muy bien estas palabras porque Alcyone no entendió lo que significaba ser acero templado y fue necesaria una pequeña materialización para enseñárselo. No basta una voluntad férrea; se necesita una de acero templado que no pueda desviarse. La voluntad existe en nosotros, porque en nosotros mora el poder divino; tan sólo necesitamos desarrollarla para convertirnos de ese modo en dueños de nosotros mismos; para poder hacer el glorioso ofrecimiento de nuestra voluntad a los pies del Maestro.

Amor

Liberación, Nirvana y Moksha

“De todas las cualidades, el Amor es la más importante, porque si es lo suficientemente fuerte en el hombre, le obliga a adquirir las restantes, y todas las restantes sin él jamás serán suficientes. A menudo el amor se manifiesta como un intenso deseo de liberación del ciclo de nacimientos y muertes y de la unión con Dios. Pero expresado así suena a egoísmo y sólo nos proporciona una parte del significado.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Hemos dicho ya que en este libro hay varias interpretaciones de las traducciones usuales de estas cualidades. De todas estas interpretaciones la más atrevida es la de mumukshatwa, que ha sido traducida a las lenguas europeas con el término amor. La palabra mumukshtwa deriva de la raíz much, “liberar o poner en libertad”. Esta raíz se duplica, sufriendo luego otros cambios, hasta convertirse en la palabra mumuksh, “deseo de liberar”. La terminación 'twa' que se añade al final y que tiene una equivalencia aproximada a la terminación ness -del inglés- como “eagerness” (en español esta terminación tiene su equivalente en la sílaba dad, aplicada así: ansia-ansiedad.) convierte finalmente la palabra mumuksh, “deseo de liberar”, en mumukshtwa, es decir, “el estado de deseo o ansia de liberar”, “la ansiedad de libertad o liberación”. De la misma raíz procede también la palabra moksha, “rescate”, “descargo” o “liberación”.

Con frecuencia se pregunta si moksha es lo mismo que nirvana. Aunque estas dos palabras tienen significado distinto, pueden utilizarse para expresar el mismo estado de ser, o mejor dicho, el mismo estado de algo que trasciende la idea que nosotros tenemos de ser. Nirvana viene de la raíz va con el prefijo nis, “soplar”, “apagar a soplos”, de ahí que se traduzca como “extinción”. Moksha es la liberación de la rueda de nacimientos y muertes y nirvana es la

extinción de aquella parte del hombre que lo ata a esta rueda y a este ciclo, es decir, lo que los hombres creen que constituye el ser humano.

Algunos hindúes consideran moksha como una condición negativa y se esfuerzan por destruir todos los deseos personales y todos los intereses humanos, de tal manera, que ni las cosas ni las personas puedan atraerlos para reencarnar de nuevo, pudiendo así liberarse de la cadena de nacimientos y muertes durante largos períodos de tiempo; pero el concepto de la mayor parte de ellos es la de un inefable estado de felicidad, fuera de la ilusión de la separatividad, a lo que dan el nombre de kaivalya, independencia, unidad absoluta. Algunos budhistas conciben el nirvana como la extinción completa del hombre; pero otros dicen que es la obtención de la sabiduría y la felicidad que extingue todos los conceptos previos del yo y de la experiencia, porque es súper inenarrable. Y así es como podemos ver que incluso en la misma religión, los hombres tienen opiniones distintas.

Los teósofos utilizamos el término nirvana para expresar la conciencia en el plano átmico o espiritual; pero también designamos con esta palabra la condición de aquellos superhombres o adeptos que, habiendo llegado a la quinta iniciación, eligen uno de los siete senderos que se presentan ante ellos; aquel que corresponde al verdadero nirvana budhista; no la “extinción” de la Iglesia budhista del Sur, sino el inefable descanso y felicidad de la Iglesia del Norte.

El Arhat -aquel que ha pasado la cuarta iniciación- es el que puede elevar su conciencia hasta el plano nirvánico y experimentar en él el flujo de vida que he tratado de describir en “La Vida Interna” y en “Los Maestros y el Sendero”. Esta conciencia es tan superior en amplitud a todo lo que nosotros conocemos aquí, que hay que dudar en llamarla conciencia. El que la adquiere se ha unificado con una conciencia mucho mayor; ha perdido el sentido de encontrarse separado. Todos los esfuerzos para poner traspasar estos conceptos en palabras no impiden el fracaso, porque no existen palabras para hacerlo.

Es extremadamente difícil al traducir libros sánscritos dar a las palabras su entonación adecuada, y sólo aquel que, aunque sea ligeramente, haya logrado un contacto con la conciencia nirvánica,

puede saber lo que quieren expresar con el término nirvana los antiguos autores; no podemos esperar que un lexicógrafo pueda transcribir el significado exacto de estos términos. Imaginemos que una persona que no conoce nada de la religión cristiana trate de entender el significado de la palabra “gracia”. Al buscar este término en el diccionario se verá confundido con palabras como “gracioso, agraciado, etc.” y se quedará siempre sin encontrar el significado de “gracia” en religión. Lo mismo pasa con la palabra “dispensa” en lenguaje eclesiástico; es una cosa completamente diferente al sentido ordinario de la palabra. Todas las religiones tienen cierto número de vocablos que, en el transcurso del tiempo, han ido adquiriendo un significado religioso especial y, a menos que se haya nacido en el seno de esa religión, considerarlas desde su aspecto interno no es tarea fácil, ni tampoco lo es captar el significado religioso exacto.

Cuando se inició el movimiento teosófico nadie de entre nosotros conocía nada de sánscrito. La señora Blavatsky entendía algo de las religiones de la India, pero no tenía conocimientos ni de pali ni de sánscrito. Su método consistía en describir lo que veía de la mejor manera posible y en preguntar después a cualquier amigo hindú que pudiera encontrarse presente “¿Cómo llamáis vosotros a eso, en vuestro sistema?” Con frecuencia la persona interrogada no entendía totalmente lo que la señora quería expresar; pero le daba el término más aproximado. La segunda vez que necesitaba utilizar una palabra, solía preguntar a otro, sin prestar nunca atención a que el primero pudiera ser hindú y el segundo budhista; o a que ambos fueran hindúes pertenecientes a diferentes escuelas filosóficas.

Además, la señora Blavatsky no estaba en el caso de un profesor de ciencias que expone una teoría y para apoyarla realiza experimentos adecuados para comprobar sus afirmaciones. Ella no contaba con un plan o con un esquema en el que ir colocando las nuevas porciones de conocimiento. Solía hacer diferentes afirmaciones que no siempre encajaban por lo que a las palabras se refiere, y si alguien pedía explicaciones solía decir: “No hagáis caso de las contradicciones; pensad en lo que explico”. Sus conceptos eran de una claridad meridiana y sus conocimientos eran muy claros.

Su método era diametralmente opuesto al de nuestros días que consiste en definir primero las palabras con mucho cuidado para fijar su significado. Frecuentemente -es de temer- el resultado de todo esto es que la ciencia y la filosofía se convierten en una especie de juego, como el ajedrez, en el que las jugadas que una pieza pueda hacer quedan estrictamente escritas. Con ella, las palabras eran cosas vivas - pensamientos-, formas en el plano físico, podríamos decir, de cuyo medio se valía para despertar en la mente de sus oyentes unos conocimientos que ella ya poseía.

Si nosotros quisiéramos entender todas las complicadas relaciones entre el ego y la personalidad, ante todo deberíamos tener en nuestra mente una idea clara de lo que éstas son respectivamente. Este tema ya ha sido tratado extensamente en la literatura teosófica, lo mismo en las primitivas enseñanzas de la Sociedad que en las de los tiempos actuales. En “Los Maestros y el Sendero” he dicho algo de esto. Utilizando palabras concisas y concretas diremos que se puede considerar al hombre como un ser que vive en las tres divisiones a las que aludía San Pablo: cuerpo, alma y espíritu. Los términos teosóficos correspondientes son personalidad, individualidad y mónada. La mónada es, en definitiva, -una chispa de la llama eterna-, parte del mismo Dios en toda su actividad y propósitos. Desde luego, es verdad, en el sentido más elevado, que todas las cosas son parte de Dios; que nada existe fuera de Él; y esto es tan verdad por lo que respecta a la materia como por lo que respecta al espíritu. Sin embargo, hay un sentido especial en el que puede considerarse la mónada como un fragmento de la Divinidad que desciende al plano de la manifestación. Comprendo perfectamente que no resulta filosófico, ni científico, ni exacto, hablar de un fragmento de lo que es indivisible, pero es que no existen palabras para expresar las condiciones de los planos superiores y, por consiguiente, cualquier cosa que podamos decir, necesariamente tiene que resultar completamente inadecuada y, además, tiene que ser objeto de confusión. Algunos autores que han tratado de expresar estas relaciones hablan de la mónada como un reflejo del Logos; del ego, a su vez, como un reflejo de la mónada, y de la personalidad como de un representante del ego en forma similar.

Esta forma de expresar estas relaciones, desde cierto punto de vista, tiene algunas ventajas; pero me parece que da una idea menos verdadera de las mismas que la otra forma, es decir, que la mónada puede considerarse como un fragmento de la Divinidad; el ego, como un fragmento de la mónada, y la personalidad, a su vez, como un fragmento del ego.

Como parte del eterno plan de desarrollo, la voluntad del Logos de nuestro sistema es emanar de sí mismo una numerosa hueste de esas mónadas. Si se nos permite utilizar un símil, con toda reverencia, diremos que esas mónadas son lanzadas por Él como chispas, a fin de que, después de su paso a través de los diferentes planos materiales, puedan retornar a Él como grandes y radiantes Soles, cada uno de ellos capaces de dar vida y luz a un magnífico sistema, a través y por medio del cual, millones de otras mónadas puedan desarrollarse cuando les llegue el turno.

La excelsa cima de la cual procede originalmente esa manifestación divina a la que llamamos mónada, no puede expresarse en los términos de los planos conocidos; pero el punto más inferior que al parecer puede alcanzar la Mónada en su descenso, es aquel que por esa misma razón denominamos plano monádico. Hay que tener en cuenta que, según la nomenclatura de nuestra gran Presidenta, el plano más elevado de los que se nos proporcionan enseñanzas, es el plano llamado divino; el segundo -de arriba hacia abajo- es el monádico; el tercero, el espiritual, y el cuarto el intuicional. Para que los propósitos del Logos puedan ponerse en marcha, todavía se necesita un nuevo descenso en la materia. La mónada, como a tal, no parece estar en condiciones de nuevos descensos; pero sí que puede, y así lo hace, impulsar lo que pudiéramos llamar un fragmento o parte de sí misma capaz de descender a la parte superior del plano mental. Este fragmento, al descender, se pone de manifiesto en el plano espiritual o nirvánico, como triple âtma. De este triple espíritu, la primera manifestación seguirá en ese plano, mientras que la segunda desciende al plano intuicional y se reviste de materia búddhica. El tercer aspecto o manifestación, todavía desciende un plano más y se ubica en la parte superior del plano mental, donde recibe el nombre de

manas superior. Y de ese modo, el Ego -que es el nombre de ese fragmento emanado de la mónada- se compone de âtma, buddhi y manas, que, de manera un tanto inadecuada, representamos en español con los términos voluntad espiritual, sabiduría intuitiva e inteligencia activa.

A su vez, el Ego hace descender un fragmento de sí mismo a los planos mental inferior y astral y, finalmente, se manifiesta a sí mismo en un cuerpo físico. Cada uno de estos sucesivos descensos es una limitación imposible de describir, de tal modo, que el hombre que conocemos aquí abajo en el plano físico es, como mucho, un fragmento de un fragmento, y sólo una pálida representación del hombre real, lo cual, ni remotamente nos permite concebir lo que habrá de ser el hombre al término de su evolución.

Los Egos con los que estamos en contacto en la vida diaria se encuentran en diferentes grados de esa evolución increíblemente prolongada. En todos los casos, el Ego existe en primer lugar en su propio plano que, como queda dicho, es la parte superior de nuestro plano mental. En ese nivel, completamente aparte de su manifestación como personalidad, se puede encontrar ya plenamente despierto, consciente de lo que le rodea y llevando una vida activa; por otra parte, puede encontrarse soñoliento, casi por completo inconsciente de lo que le rodea e incapaz, por lo mismo, de adquirir experiencia en la vida activa, a menos que se sirva para ello de su personalidad, la cual actúa a niveles mucho más inferiores. A medida que el hombre va elevando su conciencia a través de los diferentes planos, irá encontrando que las vibraciones de cada uno de ellos son mucho más rápidas que las del inmediato inferior. Cuando decimos que el Ego está desarrollado en su propio plano, queremos decir que está en condiciones de responder plenamente a todas las vibraciones de ese plano; si todavía no es consciente, entonces esas vibraciones le atraviesan sin afectarlo, y para poder llegar a la conciencia todavía le es indispensable descender y formarse un vehículo material de un plano más tosco, a cuyas vibraciones pueda responder. Mediante una larga práctica en ese plano inferior, se irá sensibilizando a sus vibraciones más elevadas, y a partir de ahí, lentamente, poco a poco, lo

hará a las vibraciones del plano superior inmediato; la conciencia, pues, tiene que ir ascendiendo gradualmente, paso a paso.

La conciencia del hombre en la personalidad tiene que ir ascendiendo sin cesar hacia el Ego; y cuando la conciencia ha llegado de ese modo a desarrollarse plenamente, empieza, a su vez, a ascender hacia la mónada. Al proceso completo de descenso a la materia, en la India se le llama pravritti marga, o sea, sendero de partida. Cuando se ha llegado al punto forzosamente más inferior, el hombre inicia el nivritti marga, o sea el sendero de retorno. Regresa de su tarea diaria transportando los frutos de su cosecha, que no son sino una conciencia plenamente despierta que lo capacita para ser más útil en los planos superiores de lo que hubiera sido si no hubiese descendido a la materia. En este camino, la parte inferior del Ego sufre constantemente la tentación de olvidar su relación con la parte superior, y de identificarse plenamente con la manifestación inferior que es mucho más vívida y, como si dijéramos, sufre la tentación de aislarse por completo de la manifestación superior, dedicándose a actuar en el mundo por su propia cuenta y riesgo. Es de imaginar que el Ego, como parte de la mónada, sufra una tentación semejante en su plano superior; pero, por el momento, ahora estamos tratando únicamente de la relación que existe entre el Ego y su personalidad; más todavía: estamos considerando el tema desde el punto de vista de la personalidad que levanta su mirada hacia el Ego y trata de unirse a él.

El Ego se ha asociado con la personalidad porque siente hambre o sed de experiencias vividas. Al no estar desarrollado en su propio plano, es incapaz de responder a las vibraciones superiores de esa zona; las vibraciones más lentas de los planos inferiores tienen para él un mayor significado, motivo por el cual vuelve, una y otra vez, para recibirlas. Al irse desarrollando el Ego, poco a poco se va extinguiendo en él la sed de experiencias y, en algunos casos, cuando se trata de un Ego avanzado sensible ya a las delicias y actividades de su propio plano, va hasta el extremo contrario de descuidar su personalidad - presa en las garras del karma, hundida en el dolor y en el fastidio - condiciones que el Ego siente que ya ha dejado atrás. Esta disminución

de su sed de experiencias de los planos inferiores va aconteciendo a medida que el hombre desarrolla su personalidad. Cuando adquirió plena conciencia astral, la vida física empezó a parecerle opaca por comparación; cuando alcanzó el plano mental inferior, encontró la vida astral lóbrega y oscura, y todos estos tres planos inferiores perdieron para él su atractivo cuando comenzó a estar en condiciones de gozar la vida, mucho más vivida y luminosa, del cuerpo causal. Muchos son los que han llegado al grado de evolución que les permite viajar y trabajar útilmente en el plano astral durante el período de sueño. Todos los estudiantes de ocultismo tienen sus cuerpos astrales bien desarrollados y listos para utilizarlos, aunque muchos de ellos no han adquirido todavía el hábito de hacerlo. La parte inferior del vehículo mental está también en orden y presta para entrar en actividad; la meditación regular desarrolla esta parte y la somete a control. En esta etapa de desarrollo el hombre puede ser instruido sobre la forma de usar ese cuerpo y puede dejar el cuerpo astral con el físico durante el sueño. Cuando esto se ha podido hacer, el proceso se repite de nuevo en el plano causal y el Ego ya está despierto y activo en su propio plano.

Todos los vehículos inferiores son vestiduras temporales que utilizamos para aprender la manera de manejar las fuerzas de esos planos, y cuando lo hayamos conseguido y el Ego ya pueda trabajar perfectamente en su cuerpo causal -lo cual ocurre en la cuarta iniciación- ya no hay necesidad de encarnar de nuevo en esos niveles. Al haber triunfado ya sobre ellos, el hombre puede materializar en cualquier momento un cuerpo astral y mental de índole temporal, puede mostrarse en esos planos y actuar de la manera que desee. Aquel que ha alcanzado ese estado no necesita ya someterse a la fatigosa cadena de nacimientos y muertes que es tan desagradable. Tal vez nosotros no lo juzgamos así porque la vida nos proporciona algunas satisfacciones, es verdad, pero si pudiéramos considerar la vida desde el punto de vista del Ego, advertiríamos cuán inconmensurablemente fastidioso es para el espíritu eterno encontrarse encarcelado y preso en un cuerpo que no puede hacer esto, y que no quiere hacer aquello. Mientras estamos presos en él

hacemos el mejor uso posible del mismo, pero sólo se trata de un vehículo temporal; una vez esto finiquitado, nos alegramos mucho de liberarnos por completo del cuerpo.

El hombre que ha logrado alguna experiencia del plano causal, advierte en profundidad la limitación opresiva de los tres mundos inferiores. Echa de menos toda la gloriosa libertad, amor y verdad de la región propia del Ego. Comprende a qué causa se debe su descenso a esta región de tinieblas, y entonces puede decirse a sí mismo: “Me libraré de este deseo que es la causa primordial de mi encarnación y equilibraré mi karma, actuando de tal manera que esta ley ya no me alcance.” El hombre que es capaz de albergar este pensamiento es un hombre desarrollado que ha pensado mucho en todas estas cosas; es un metafísico y un filósofo. Deliberadamente, dice: “Alejaré de mí este deseo; equilibraré mi karma con exactitud y no habrá ya nada que me haga volver a encarnar.” Eso puede hacerse. Cuando el hombre lo logra -y en la India, a través de su historia, ha habido muchos que lo han logrado- el hombre escapa de la rueda de nacimientos y muertes. Vive en el mundo celestial o tal vez pueda llegar hasta el plano causal; pero normalmente, no va más allá del primer plano. Ha obtenido lo que se conoce con el nombre de moksha.

El que ha alcanzado ese estado se ha situado ya por encima de todas las pasiones inferiores y de todos los deseos, porque de otro modo no le hubiera sido posible hacerlo; pero, al mismo tiempo, ha dejado de preocuparse por el otro aspecto de la evolución. Al haber comprendido perfectamente la acción de la ley kármica, ha podido así liberarse de ella. Pero no ha comprendido plenamente la ley de evolución, y de ésta no se ha liberado todavía. Es como el caso de un muchacho inteligente que en la escuela ha aventajado a sus compañeros y ha aprobado varios exámenes antes que ellos; pero después ha dejado de estudiar durante tres o cuatro años, mientras que sus compañeros han logrado situarse a su mismo nivel. Eso es lo que le pasa al hombre que alcanza moksha; no ha alcanzado la meta designada a la humanidad, porque la evolución humana termina en el adeptado.

Ahora bien: un adepto no es únicamente un hombre que ha logrado liberarse de la cadena de nacimientos y muertes, sino que es también

un poder viviente; se ha convertido en uno con la mónada que, a su vez, es una chispa de la Divinidad. La Divinidad actúa descendiendo a la materia, derramándose a sí misma para integrarse en el plano evolutivo con pleno sacrificio de sí misma. Por lo tanto, el hombre que se ha identificado con la Divinidad ha de estar lleno de este espíritu de auto-sacrificio. El adepto realiza muchos mayores beneficios que el mayor de los filántropos, y lo está haciendo constantemente en los planos superiores a favor de la humanidad de la que Él forma parte. Por lo tanto, el karma de esas acciones actúa sobre la humanidad y no sobre él, porque ya no hay nada que lo ligue a una nueva encarnación; pero el conjunto de la humanidad recibe un impulso de elevación; esta parte de karma distribuida entre todos los seres humanos no representa una gran cantidad para un individuo aisladamente; pero, con toda seguridad, sí que es un impulso constante de elevación considerable para todos. Por lo cual, en cierto sentido, podría parecer que cada uno recibirá un poco más de lo se merece en realidad. Sin embargo, no hay ninguna injusticia en esto, porque es un caso parecido al de la lluvia que cae igualmente sobre el justo que sobre el pecador.

Por lo tanto, después de un lapso de millares o incluso de millones de años, el hombre que ha alcanzado moksha se da cuenta de que la marea evolutiva alcanza ya su nivel y que lo arrastra de nuevo, teniendo entonces que volver a nacer para continuar su progreso. El hombre que aspira a lograr moksha sabe, por lo general, que su liberación no es para siempre; está sobre aviso de que en un remoto futuro será llamado de nuevo; pero estima que, para entonces, el mundo al que descienda será un mundo mejor. Dice: “Puedo permitirme disfrutar de miles de años de libertad y estar todo ese tiempo en el mundo celestial deleitándome de gozo.”

Nuestro ideal es lograr una conciencia perfecta en el plano más elevado que nos sea posible alcanzar. No entra en nuestra consideración disfrutar de un descanso satisfactorio en ningún nivel. Pero, por otra parte, renunciamos a abandonar nuestra conciencia y caer en trance, como hacen algunos, con el propósito de alcanzar niveles que se encuentran fuera de la esfera de nuestra conciencia. Con

frecuencia se alude a 'entrar en samadhi', y algunos aficionados a utilizar la terminología sánscrita hablan de entrar en samadhi durante la meditación. Samadhi, para cualquier persona, es el punto que está más allá de aquel en que se pueda tener una conciencia clara. Para el que posee la conciencia astral, pero no la mental, samadhi será precisamente la conciencia en el nivel más próximo, es decir, en el mental. Es justamente situarse en ese punto que está inmediatamente más allá del que puede alcanzarse de manera consciente; entrar en una especie de trance del cual se sale con toda clase de sentimientos gloriosos y hermosos, pero, por lo general, sin una conciencia clara. No es conveniente entrar en samadhi durante la meditación; es preciso retener la conciencia para poder recordar la experiencia conseguida. Sé de muchas personas que han entrado en samadhi y han experimentado sentimientos de gran felicidad y beatitud. Sin embargo, esto no constituye un progreso, por haberse perdido la conciencia y no tener una idea clara de lo sucedido. En esto siempre existe un gran peligro: no se sabe si es posible regresar. En cierta ocasión, la Dra. Besant y yo estábamos observando unas tremendas emanaciones de vida procedentes de los planos superiores, grandes ondas emitidas por la Deidad solar. Ella sugirió que nos lanzáramos dentro de esas ondas para ver a dónde nos llevaban. Lo hubiéramos hecho así a no ser por su Maestro que intervino para indicarnos que nos abstuviéramos de ello. Poco después, la Dra. Besant le pregunto: “¿Si nos hubiéramos arrojado dentro de aquella onda, dónde estaríamos?”, a lo cual el Maestro respondió: “Podríais haber sido arrastrados alrededor de un millón de años, ya fuese en Sirio o en algún otro sistema solar.” Queda, pues, de manifiesto que no es conveniente lanzarse en oleadas semejantes cuando no se sabe lo que está pasando. No es un buen sistema perder la conciencia: es mucho mejor esforzarse por conservar el dominio de los vehículos y tratar de observar el camino que se sigue; de otro modo, hay el peligro de perder el cuerpo físico y, además, nuestra utilidad temporal. Nuestro método consiste en conservar la plena conciencia en cualquier plano que podamos alcanzar y tratar de ser útiles en ese plano. Nuestros Maestros nunca hablan de una simple contemplación pasiva. Nuestro objetivo no es sentarnos para disfrutar del descanso, sino ser activos en el trabajo del Maestro,

ininterrumpidamente.

La paráfrasis que da el Maestro de la cuarta cualidad -Amor- es, preeminentemente, una característica suya. Él va más allá de la palabra para buscar la razón. “¿Qué razón tenéis para buscar la liberación?” -dice. Para poder ser libres, para prestar mayor servicio, tratáis de unificaros con Dios. ¿Qué es Dios? Dios es Amor. Si queréis ser uno con Él debéis desarrollar el Amor. Esta cualidad, por lo tanto, es Amor. Los que hayáis leído el libro “El Hombre, de dónde viene, cómo y a dónde va”, recordarán la explicación que allí se da de diferentes seres llegados de otras cadenas a ésta y cómo a algunos de esos grupos se les denominaba cargamentos de servidores. Prácticamente hablando, todos los miembros de la Sociedad Teosófica pertenecen a algunos de esos grupos; por lo cual, ese concepto de servicio es un factor determinante de nuestra disposición. Sabéis cuán difícil es desasirnos de una determinada tendencia con la que hayamos nacido. Nuestra nacionalidad, por ejemplo, entraña muchos puntos de vista minoritarios que son muy difíciles de abandonar. Esta es la nacionalidad que podría llamarse la personalidad; pero este concepto de servicio podría llamarse la nacionalidad del Ego, o mejor dicho, la nacionalidad de la Mónada. Ha nacido con esa tendencia, la cual ha venido cultivando desde entonces.

Es difícil comprender que existan precisamente otros tipos tan buenos como el que estamos considerando. La Deidad Solar se manifiesta a Sí Misma en tres aspectos: voluntad, sabiduría y amor. Esa es la forma que se explica en este libro. La humanidad se acerca a Él a lo largo de estas tres líneas. El camino que cada hombre sigue es el mejor para él; pero hay que entender que el que otro hombre sigue, también es el mejor para él y que, a la larga, todos esos caminos convergen. Hemos de adquirir la capacidad de considerar simultáneamente todos esos aspectos y de entender que, verdaderamente, todos ellos son uno. En el Credo de Atanasio se nos dice que debemos entender la doctrina de la Trinidad sin confundir las personas ni dividir la substancia; debemos aprender que en toda la eternidad sólo existe un Dios, aunque Sus manifestaciones sean a través de Tres Personas.

Al principio se dijo que si el amor es suficientemente fuerte en un hombre, eso hará que adquiera todas las demás cualidades. El amor hace que el hombre actúe en concomitancia con su poder. Tomemos uno de los mejores y más bellos ejemplos: el amor maternal. Veamos como este actúa en una raza de salvajes. La mujer salvaje no tiene muchos conocimientos, pero sí que está preparada para defender a su hijo y, si es necesario, sacrificará su vida por él. La madre civilizada hará lo mismo en las mismas circunstancias. De vez en cuando llega a nuestro conocimiento el hecho de una madre que pierde la vida por salvar a su hijo de un incendio, o más frecuentemente, como resultado del contagio de alguna enfermedad infecciosa. En la vida ordinaria en la que nos movemos, el poderoso amor hace que la madre piense. El amor que siente por su hijo la induce a documentarse en higiene, dietética y otras cosas. Y así es como el amor conduce a la actividad mental y física.

Para que una persona pueda llegar hasta el Maestro tiene que sentir tal amor que este se convierta en un intenso deseo de servicio. San Juan dijo:

“Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. Aquel que no ama a su hermano mora en la muerte.” — (1 Juan 3:13-14)

“Aquel que no ama no conoce a Dios.” — (1 Juan 4-8)

Todo esto es perfectamente cierto. Es bueno conocer los términos técnicos de la Teosofía, comprender su filosofía y su ciencia; estar en condiciones de distinguir y utilizar los dos mil cuatrocientos tipos y más, de esencia elemental; todo esto es muy útil con fines prácticos; pero lo que hace al verdadero teósofo es el amor.

Recuerdo muy bien que, hace mucho tiempo, cuando Babu Mohini Mohun Chatterji, que a la sazón era un discípulo, vino a Londres para instruirnos, nos habló por primera vez de esos requisitos que no aparecían explicados en los libros del señor Sinnett, ni en Isis sin Velo y que, por aquel entonces, eran los únicos libros de los que disponíamos. Nos dijo con toda claridad que sin esta cuarta cualidad, sin ese intenso deseo de liberación, de unión con Dios, los seis puntos

de buena conducta tenían tanto valor como “regar un desierto” -así fue como lo expuso. Esos seis puntos serían estériles y sin valor para nosotros, a no ser que tuviéramos ese intenso anhelo de unificarnos con Dios y de obrar como Él lo hace. Entonces no comprendimos tan claramente como ahora, que esto no era más que hablar del servicio, a pesar de que los Maestros ya habían puesto en evidencia, insistentemente, Su amor hacia los innumerables seres humanos, hacia los humildes y los marginados. Por aquel entonces, estábamos tratando de estudiar Teosofía. Este tema era tan nuevo, tan interesante, tan atractivo, que dedicábamos a su estudio la mayor parte de nuestro tiempo; más tiempo del debido tal vez, a no ser por el atenuante de que, para poder servir a los demás, es indispensable saber algo.

“No se trata tanto de deseo como de voluntad, propósito, determinación.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L.- La voluntad es, con mucho, la cualidad del primer rayo, al cual pertenece el Maestro Morya. El Maestro Kuthumí pertenece al segundo rayo, el rayo de la sabiduría y del amor; pero en esta ocasión se expresa como si Él fuera del primer rayo. Recuerdo una vez en que Alcyone aludió a su deseo de adquirir una determinada cualidad. El Maestro dijo: “No deseas una cosa; el deseo es débil. Ten voluntad, porque eres Dios. Si quieres adquirir una cualidad, ten voluntad de ello y ve a hacerlo.” Ese es, expuesto con énfasis, el punto de vista de la Jerarquía. Realmente, es importante para nosotros comprender la actitud de los Maestros y Su manera de considerar las cosas, lo cual les ha hecho llegar a donde están y que puede hacer lo mismo tratándose de nosotros.

“Para lograr resultados, este propósito debe ocupar toda vuestra naturaleza, de modo que no quede espacio para ningún otro sentimiento. En realidad es la voluntad de ser uno con Dios, no para poder escapar a las fatigas y al sufrimiento, sino para que, por vuestro profundo amor hacia Él podáis actuar con Él y tal como Él lo hace. Porque Él es Amor, vosotros, si queréis llegar a ser uno con Él, debéis estar llenos de un perfecto altruismo y también de amor.” — (A los Pies del

Maestro)

El discípulo del Maestro sólo tiene un deseo: el deseo de servir. En aras de este servicio estará dispuesto a abandonar todos sus placeres personales y todas sus ambiciones, para poder convertirse en una ruedecilla de la gran maquinaria. El hombre común y corriente no ha comenzado a pensar seriamente en cosas elevadas. Toma la vida tal como viene y sus deseos son no apartarse de esta clase de vida para iniciar otra más elevada y más noble, sino que más bien lo que desea es alcanzar lo que él llama el éxito. Si alguien le sugiriese que abandonará todo eso que, por nuestra parte recibe el nombre de 'yo inferior', ese hombre preguntaría: “Si hiciera tal cosa, ¿qué me quedaría?” Hasta donde él puede calibrar, ciertamente, no le quedaría mucho, aunque si permanecería todo aquello que es real.

Es muy difícil explicar a un hombre en esas condiciones lo que se entiende por “sumergirse en la Vida Divina”. Conozco a una persona muy buena y muy inteligente que estuvo realizando un estudio profundo del Buddhismo del Norte. Un día vino a verme y me dijo: “No puedo aclararme con esto, me parece que no vale la pena continuar con este estudio arqueológico, pues la única finalidad que le presentan al hombre es volverse uno con Buddha. No me parece que eso pudiera resultar valioso para el Buddha y en cambio, sí que sería mi fin.” Ese es el punto de vista que tiene el hombre de tipo medio cuando se trata de estas cosas. Y sin embargo, en todo esto hay un significado verdadero, radiante, luminoso; si uno puede captarlo todos sus conceptos sufren una verdadera revolución. Esta expansión de conciencia no nos despoja lo más mínimo de la libertad; no destruye la individualidad en absoluto. No es que yo sea absorbido por el universo; es que el universo se convierte en mí mismo. Cuando se dice 'Ese Ser soy yo', aplicando esto al yo inferior, el concepto es ilusorio; pero cuando se comprueba 'Yo soy Dios', no es en absoluto una ilusión; y el sentido de que lo que yo creía que era Yo en realidad es una expresión de Dios, no es una ilusión. La idea de que fuera de Él pudiera existir algo, o de que ese algo pueda estar separado del Espíritu Uno, eso sí que es realmente una ilusión.

La vida cotidiana puede proporcionarnos un ejemplo de esta

inclusión de lo más pequeño en lo más grande. En una gran empresa comercial ingresa un muchacho con el cargo de dependiente. Al principio, el joven considera a la empresa como si esta fuera un capataz y le resulta pesado presentarse en ella todos los días y llevar a cabo su trabajo. Pasados algunos años, cuando le han ascendido a un puesto de mayor responsabilidad, ya empieza a decir: “Hacemos esto”, “hacemos aquello”, o sea que empieza a identificar sus intereses personales con los de la firma. Va avanzando en el escalafón y llega a gerente y, finalmente, a socio de la empresa. A partir de entonces ya habla siempre de la casa, y cuando estudia algún negocio siempre es 'la firma' la que tiene en mente. Es tan libre y está tan capacitado antes como ahora para desplegar sus iniciativas como mejor le parezca; pero ahora posee la seguridad de usar su voluntad debidamente. La firma no le obliga a tomar esa actitud, es él el que voluntariamente la asume. Éste no es sino un pequeño ejemplo para dar una idea de la forma en que una persona puede identificarse con un poder superior, quedando su voluntad tan suya como siempre.

Llegará un momento en que nos habremos convertido en el Sendero mismo; en que no flaquearemos en ninguna de las cualidades, porque éstas se habrán desarrollado en nosotros y habrán pasado a formar parte de nuestra íntima naturaleza. Todo el tiempo estamos cerca del Dios vivo porque Él está siempre en nosotros y a nuestro alrededor. Pero nos corresponde a nosotros realizarlo, elevar gradualmente nuestra conciencia poniendo en juego todos los medios de los que dispongamos, hasta que podamos captar realmente esa idea. Tendremos que unificarnos con Dios en su más elevada manifestación; en las manifestaciones internas; no simplemente en la forma material. La materia que configura nuestros cuerpos y la que nos rodea es Su vestidura externa; pero no es con la vestidura, es con Él con quien deseamos unificarnos. Cuando seamos uno con Él, a su vez Él, al reconocerlo, nos utilizará como canales vivientes a través de los cuales puede hacer fluir Su fuerza. Somos canales de la fuerza divina en estos planos inferiores, pero sólo seremos canales efectivos cuando lleguemos al punto de no tener ya una personalidad separada en oposición a Él. Siempre actúa por esos medios y Sus ministros, la Gran

Jerarquía Oculta, proceden en la misma forma. No cabe duda de que Ellos podrían operar milagros por la acción directa sobre la gente; pero esto sería utilizar sin necesidad una gran cantidad de Su fuerza, y por ese motivo trabajan por conducto de los medios que han dispuesto.

Existe una gran cantidad de seres que nunca tratan de entender los principios por los que se rige la vida. Piensan que la naturaleza debe someterse a sus caprichos y no aceptan el orden de las cosas establecidas. Son como algunos asistentes a las sesiones de espiritismo que pretenden dictar las condiciones bajo las cuales tienen que verificarse éstas o aquellas manifestaciones. Esta actitud mental es absurda, porque en el mundo no existe ninguna línea de investigación en la que se pueda prescribir las condiciones en las que tienen que actuar las leyes naturales. Algunos salvajes ante los que se exhibieron fenómenos eléctricos, declararon que todo esto era pura superchería. El jefe de la tribu hizo patente su incredulidad diciendo que todo ello se conseguía por medio de alambres; que cortaran los alambres y que entonces él sí creería en la electricidad. El electricista replicó sonriendo: “Es que vosotros no entendéis la ley; los conductores de la electricidad son los alambres, sin ellos la fuerza no puede ser conectada.” A lo cual replicó el salvaje: “Ya le demostré que eso es una trampa.” Lo mismo pasa con la gente de las sesiones espiritistas. No aceptan el orden impuesto por la naturaleza, quieren que las cosas se ajusten a sus deseos. Pretender que Dios haga las cosas de la manera que a nosotros nos parece mejor, es la idea que adoptan determinadas mentalidades; pero, por lo que a mí respecta, mi razón repudia esa idea, lo mismo que el hacer peticiones a Dios en las plegarias pidiéndole que haga o que deje de hacer esto o lo de más allá. Siempre tengo la absoluta certeza de que Él conoce las cosas infinitamente mejor que yo, y pienso que si Él, por razones inexplicables cambiara de intención como resultado de mis oraciones, yo quedaría en condiciones infinitamente peores a aquellas que son resultado de su voluntad.

La idea de la unificación con Dios puede no habérsenos ocurrido a muchos de nosotros, pero es muy común entre nuestros hermanos los

habitantes de la India. El Maestro, cuando habla de Dios en este libro, utiliza muchas frases alusivas a esta idea. En una de sus vidas anteriores Él fue un destacado instructor budhista llamado Nagarjuna y en esa encarnación predicó y escribió mucho. En los libros suyos que se conservan se opone con todas sus fuerzas a la idea de una Deidad personal. Incluso se opone al uso de esa palabra o nombre y entra en profundas cuestiones metafísicas relacionadas con ello. Los hindúes, que conocen toda la filosofía de Nagarjuna, suelen decir: “Es una cosa muy curiosa que en este libro nuestro Maestro, que combate denodadamente la personalidad en la Deidad, utilice ahora la palabra Dios. El Señor Buddha atacó enérgicamente todo aquello que pudiera parecer una personalidad en la Deidad.” Este contrasentido queda resuelto al considerar que en este libro el Maestro no trata de lo Absoluto; no habla de Aquello; de lo Supremo; de lo Eterno; al dirigirse a un muchacho hindú, trata de Ishwara; es decir, del Logos Solar, de la Deidad Solar y, sin duda alguna, es en ese sentido que el Maestro emplea aquí la palabra Dios. El Maestro habla como Nagarjuna hablaba a los estudiantes de la India, y por eso atacó enérgicamente todo intento de degradar el concepto de la Deidad, personalizándola, de la manera en que lo hacen muchos de nuestros hermanos cristianos.

Dice luego que nosotros debemos hacernos como Él. Y ante esto surge la pregunta: “¿Qué es lo que sabemos de Él?” Sabemos que se manifiesta en tres aspectos. Algunos se acercan a Él a través de uno de ellos y otros lo hacen a través de los otros dos. El nuestro es el camino del amor activo, porque ese es el camino de nuestro Maestro. Hay siete grandes rayos de la Vida Divina y, por consiguiente, hay siete tipos de hombres. Uno de ellos es la línea de la devoción; otro, la de la voluntad, y otro la línea de la sabiduría. Los hombres buscan a Dios de manera diferente, pero como sea que nuestros Maestros se encuentran en la línea del amor activo, todos los que deseen seguirlos tienen que utilizar los poderes correspondientes a su tipo particular en servicio activo por amor a Dios y a los hombres. Tomemos por ejemplo el caso de la devoción, de la cual existen tres clases o tipos. Una persona se arrodilla delante del objeto de su devoción y ansia convertirse en uno

con él. Entiendo que en nuestro mundo occidental este tipo de devoción sólo puede encontrarse en unos cuantos monjes y monjas, cuyo deseo consiste simplemente en consumirse en una perpetua adoración de la Deidad. Esta forma de adoración es espléndida pero, sea como sea, mientras el hombre la práctica no piensa en los demás, sino únicamente en su unificación con la Deidad. Si se le interroga sobre los demás dirá: “Que hagan lo que yo estoy haciendo.” Conozco un hombre en la India cuya idea era precisamente esta: sentarse en adoración ante la imagen de su Deidad y esforzarse por unificarse con Ella. Ese es el fin que se ha propuesto, y eso es lo que conseguirá en el futuro. Pasará toda su vida celestial -posiblemente muy prolongada, millares de años quizá- en una especie de éxtasis de adoración. Una adoración tan pura significa el desarrollo de sus diversos vehículos y algún progreso para él.

Hay una segunda clase de devoción que apenas si merece ese nombre: es la devoción inferior que requiere un 'quid pro quo' de la Deidad, pidiéndole una determinada cantidad de riqueza, de dignidades, de ayudas, a cambio de esta o aquella cantidad de devoción.

El devoto del tercer tipo es el que dice: “Amo al Gran Uno, o amo a tal Maestro con tanto amor que por eso tengo que hacer algo para ayudar a los demás a conocerlo y a comprenderlo como yo. Tengo que hacer buenas obras en Su nombre”. Esta es una devoción práctica y noble. Nosotros no pertenecemos al rayo de la devoción, no hemos de tener en cuenta únicamente la devoción; hemos de tener también la variante de la actividad que nos impulsa a actuar en aras de nuestra devoción. De la misma manera, si alguno de nosotros pertenece al rayo del conocimiento-sabiduría, también tiene que poseer la actividad como característica de su naturaleza. Hay algunos que desean ser sabios únicamente para saber y para comprender. Esta es una cualidad espléndida en el hombre, y son muchos los que realizan grandes progresos de esta manera. Pero de entre éstos, los que se entreguen al servicio hallarán en sí mismos este complejo resultante: “Deseo conocimiento, pero sólo lo deseo para poder ser útil a los demás.” Esas personas podrán ver con claridad los errores que cometen aquellos

que, ansiando de todo corazón poder servir, a causa de su torpeza, hacen más mal que bien. “Adquiera yo el conocimiento perfecto para poder servir realmente bien”, esa es la actitud de aquel que, efectivamente, quiera practicar el servicio.

Deseamos unificarnos con Dios no simplemente para ser Uno con Él y gozar de Su gloria y de Su alegría, sino para poder actuar como Él, cuya acción más grande fue la de descender en pleno sacrificio a la materia para que nosotros pudiéramos llegar a ser; así pues, el que quiera unificarse con Dios debe irradiar el pleno olvido de sí mismo en aras del trabajo que hay que hacer por el Dios que es todo Amor. “Tú, si es que quieres ser uno con Dios, debes llenarte de perfecto altruismo y amor”. Esas palabras son la síntesis del Sendero. Voluntad, sabiduría y amor, cada una de estas cualidades llevada a la perfección y empleada en el servicio, reclama a todas las demás y por ello es perfectamente cierto que:

“el amor es el cumplimiento de la ley.” – (Romanos: 13-10)

El Amor en la Vida Diaria

“En la vida diaria esto significa dos cosas: primera, que tenéis que tener cuidado para no dañar a ningún ser viviente; segunda, que siempre estaréis alerta para cualquier oportunidad de ayuda.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Estos son dos aspectos de una misma cosa; el aspecto pasivo de que no debéis hacer el mal, y el activo de que debéis hacer el bien. Se dice que las religiones orientales son negativas, que la idea de servicio que hacemos aparecer en ellas en realidad es una idea cristiana. Esto no es cierto. Si bien es verdad que el cristiano contemporáneo ha relegado la idea de servicio a segundo lugar, también lo es que el cristianismo original insistía muchísimo en ella. *“Pues el mayor de entre vosotros será vuestro servidor”* — (San Mateo 23-4) la misma idea la encontramos también en las religiones de la antigüedad.

El Buddhismo -que siempre ha sido considerado como el sistema religioso más negativo- ciertamente, orienta sobre las cosas que hay que abstenerse de hacer. Pero sus cinco preceptos no son más negativos que los diez mandamientos judíos. El buddhismo no ordena “No harás esto”, aunque sí exige el compromiso de abstenerse de ciertas cosas. Sus preceptos están expresados en los siguientes términos: “Yo observo el precepto de abstenerme de matar; de abstenerme de tomar lo que no me pertenece; de abstenerme de decir lo que no es verdad; de abstenerme de ingerir bebidas tóxicas o drogas estupefacientes; de abstenerme de relaciones sexuales ilícitas”. Esa es la forma, no es una orden, es un compromiso.

En el compendio de la religión, en un solo sutta o verso expuesto por el mismo Buddha, podemos ver su aspecto positivo:

*Deja de hacer el mal;
Aprende a hacer el bien;
Purifica tu corazón;
Esta es la religión del Buddha.*

Exactamente lo mismo se expone con claridad en el Noble Óctuple Sendero, donde encontramos: “Recto criterio; rectos propósitos; rectas palabras; recta conducta; rectos medios de ganarse la vida; rectos esfuerzos; recta memoria y recta meditación.” Todo esto es en realidad muy positivo.

En el Bhagavad-Gitâ, que prácticamente es el evangelio de millones de hindúes, se enseña la actividad más positiva. En él se describe a Dios como a un gran Hacedor, y se dice que quien no siga su ejemplo, trabajando por el bienestar del mundo vive en vano. La inacción puede ser en verdad pecaminosa. El libro advierte, como frecuentemente solía hacerlo Madame Blavatsky, que los pecados de omisión son tan graves como los de obra. Y por lo que se refiere al sannyasi -el hombre que ha renunciado a la vida material- dice que debe practicar constantemente la caridad, el sacrificio y la austeridad. Las grandes escrituras históricas de los hindúes están llenas de relatos de hombres que se dedicaron al bienestar público, y de instructores muchos de ellos considerados como encarnaciones divinas que enseñaron el servicio al prójimo.

No es posible mayor énfasis en el servicio de los demás que el que expresan esas religiones, aunque todas ellas tengan su lado contemplativo, como lo tuvo el cristianismo de la Edad Media. Sólo en años recientes y a causa de la intensa actividad de la quinta subraza raíz, es cuando nos hemos sentido inclinados secretamente a menospreciar al ermitaño y a la monja, y a rendir homenaje al hombre de acción, al gran héroe, al gran legislador o al gran estadista. Sin embargo, el concepto esencial de las órdenes religiosas era verdaderamente hermoso. Consistía en que las órdenes de monjas y frailes predicaran al pueblo y llevaran a cabo actos de caridad, dejando que las órdenes contemplativas retiradas de la vida del mundo, se dedicaran enteramente a la meditación y a la oración. Traducido todo esto en otros términos, significa la creación de pensamientos nobles y elevados para esparcirlos, con el bien entendido propósito de ayudar a los hombres. Esas órdenes contemplativas se dedicaban a la plegaria y a la meditación a favor de sus hermanos que, por razones diversas, no podían ejercerlas tan bien y de manera tan completa a favor de ellos

mismos. La teoría de esas órdenes contemplativas era que ellos constituían una parte de la humanidad dedicada a llenar una necesidad de la misma; no eran simplemente monjes holgazanes que se substraían al trabajo activo. A ellos les correspondía un trabajo más arduo que los demás no estaban en condiciones de desempeñar; un trabajo en los planos superiores practicado, por lo general, en unas circunstancias de abnegación y ascetismo, que hubiera desalentado al hombre ordinario.

También es cierto que la vida conventual, cuando no se ajustaba a un ascetismo tan rígido atraía a muchas personas que buscaban una manera de vivir holgada y cómoda. Esas personas se zafaban de las penalidades del trabajo físico y tampoco ejercían su actividad en los planos superiores. Entre los monjes budhistas hay algunos de este tipo a los que se califica despectivamente como 'monjes del arroz'; individuos que ingresan en un convento para asegurarse una subsistencia que, aunque no lujosa, les garantice que comerán mientras quede en la región alguien que tenga comida. También esto es verdad, posiblemente en mayor grado, por lo que se refiere a las órdenes monásticas medievales de Europa. Muchos individuos se adherían a ellas con la idea de adquirir poder, y pasando por alto en ocasiones la carencia de propiedades. Aunque el monje no las poseía a título personal, el monasterio, como a tal, adquiriría muchísimas y, en gran medida, éstas estaban a disposición de los individuos.

“Primero, no dañar. Hay tres pecados que producen más daño que todos los demás en el mundo -la murmuración, la crueldad y la superstición- porque son pecados contra el amor.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Cuando se oye hablar de pecados que causan mayor daño que los demás, uno se inclina a pensar que se trata del asesinato, del robo y de crímenes parecidos; y la sorpresa es grande al observar que la lista la encabeza faltas que normalmente se juzgan como leves, como la murmuración, la crueldad y la superstición. El Maestro tiene en cuenta la cantidad de estos pecados y la trascendencia de sus efectos. El asesinato y el robo son reputados universalmente como pecados graves y, como consecuencia, las personas respetables no

incurren en ellos, excepto en los casos en que se han querido dignificar con el nombre de guerra. Pero no es así con la murmuración, que es universal; y si tenemos en cuenta el daño que causa en cada caso, individualmente, la gran cantidad de sufrimientos mentales que origina, el deterioro de los ideales que con frecuencia acarrea, y si multiplicamos todo esto por los millones de casos que están ocurriendo constantemente, es fácil comprender que este defecto es más pernicioso que el robo y el asesinato. Es una perversidad destruir el ideal de una persona, degradarlo, ultrajarlo y hacerle creer que, después de todo, ese ideal no es ni tan bueno ni tan elevado, ni tan noble como ella lo había imaginado. Suele encomiarse la destrucción de ídolos. Destruir el ídolo de una persona puede convertirse en la mayor ofensa que se le pueda infligir. Si esa persona idealiza algo que para nosotros es vulgar y mezquino, quizá podremos despertar en ella un ideal más elevado; pero es perverso y cruel despojarla de su ideal sin proporcionarle otro mejor y superior que pueda sustituir al primero. No nos corresponde a nosotros descubrir los defectos ni tratar de minimizar a nadie bajo ninguna circunstancia. Tal vez por experiencia personal muchos de nosotros sabemos cuán maravillosa es la labor benéfica que ha desarrollado la doctora Besant. Decenas de miles de personas han vislumbrado la luz gracias a sus conferencias y a sus libros; pero las murmuraciones de que ha sido víctima han impedido que otros muchos miles no hayan podido escuchar su palabra o leído sus libros. “He oído decir esto y aquello de la señora Besant; ¿por qué voy a leer un libro escrito por semejante persona?” Esa murmuración ha apartado a muchos de lo que hubiera podido ser su salvación en esta encarnación. También se cuentan por miles los que han escrito solicitando su consejo para solucionar algunas de sus cuitas. Son muchos los que se han abstenido de solicitar sus consejos a causa de los rumores totalmente falsos que han circulado sobre ella.

Creo que no conozco a nadie que haya sido atacado con tanta frecuencia y con tanta maldad como nuestra gran Presidenta. Mucho antes de ingresar en la Sociedad Teosófica propagaba en público el libre pensamiento. Sufrió ataques y ultrajes; primero por haber reeditado lo que se conoce como el panfleto Knowlton que explica que

los problemas sexuales deben someterse a examen y estudio y no quedar escondidos por una hipócrita mojigatería. Dicho panfleto había visto la luz antes de que ella naciera, pero su publicación se suspendió bajo amenaza de persecución. Nuestra Presidenta acometió esta empresa en parte porque creía que estas cuestiones tenían que ser aireadas para que las clases humildes pudieran adquirir la información que el panfleto facilitaba; pero más bien como una protesta contra las restricciones a la prensa y como una vindicación de la libertad de expresión y de publicidad por lo que respecta a la salud y al bien público en general. Reeditó el panfleto con la sana intención de lanzar un reto a lo que ella consideraba que era una ley injusta; anunció de antemano a las autoridades sus intenciones de poner este trabajo a la venta, y los invitó a presentarse oficialmente a una hora determinada para adquirir un ejemplar. Ellos aceptaron la invitación y en su carácter de funcionarios públicos adquirieron un ejemplar, procediendo de inmediato a perseguirla; sin embargo, este asunto terminó en un *nolle prosequi*. Después, ella escribió un trabajo mejor redactado sobre el mismo tema. La recompensa que tuvo -en el plano físico, evidentemente- fue el convertirse en víctima de los ataques más abominables. Posteriormente, al haber llegado a la conclusión de que ésa no era la manera indicada para resolver esa dificultad social, retiró del mercado el mencionado panfleto; pero tengo la absoluta certeza de que ella jamás lamentó haber combatido en este caso de la mejor manera que le fue posible, y según su modo de entender las cosas. Esta actitud altruista y esta demostración de entereza escasean mucho en el mundo.

También Madame Blavatsky fue víctima de las murmuraciones de los envidiosos. Se lanzaron contra ella perversas y enconadas acusaciones, obviamente ridículas para todos los que la conocimos personalmente pero que, sin embargo, tuvieron el efecto de que muchas personas se abstuvieran de hacer un cuidadoso examen de las verdades teosóficas. Murió en el año 1891, pero con frecuencia encontramos a personas que cuando oyen hablar de la Sociedad Teosófica lanzan esta acusación a su fundadora: “Oh, sí: esa Sociedad la fundó la señora Blavatsky de quien está demostrado que fue una

charlatana; nosotros no perdemos nuestro tiempo ni gastamos nuestra energía en estudiar supercherías; no puede creerse que en todo eso haya algo de verdad.” Los que así hablan han perdido la ocasión de adquirir un conocimiento teosófico que hubiera podido cambiar sus vidas.

Estos ejemplos nos hacen ver el incalculable daño que una maligna y torpe murmuración puede acarrear. Esta forma de egoísmo también daña cruelmente a la persona contra la que va dirigida. Si la persona se siente herida, deja ver una debilidad en su carácter; pero esto no excusa que el que ha iniciado la murmuración se libre del mal karma engendrado. Nuestra Presidenta es invulnerable a los ataques de la maledicencia, aunque si éstos se prolongan más de lo normal sobre un mismo tema, en ocasiones suele decir: “Esto ya va resultando muy monótono; quisiera que encontraran alguna otra cosa en la que ocuparse.” También a mí, particularmente, me ha correspondido una buena dosis, pero esto no me ha hecho perder ni una hora de sueño. Es así como el mal karma resbala sobre nosotros. Pero el daño que causa a los demás la murmuración aporta su karma a los que la originaron y a los que la propagaron. Es muy difícil no prestar atención a lo que se dice de otra persona, y debo confesar que todavía me cuesta un esfuerzo no sentirme disgustado cuando alguien habla mal de nuestra Presidenta, por ejemplo; o cuando alguien exterioriza pensamientos indignos contra nuestros Maestros. Para nosotros, los que los conocemos, esos pensamientos no son más que blasfemias.

En realidad, la murmuración no es una crítica. Es lamentable que la palabra crítica haya llegado a entenderse como chisme, como murmuración. La palabra crítica viene del griego krinein, juzgar, y debe indicar una actitud de examen que busca formarse un juicio; pero no es así. La justicia es una de las manifestaciones de Dios; juzgar, pues, las palabras o las acciones de un hombre sin examinarlas exhaustivamente, no es correcto y ello representa una mala acción. Entiendo que no haya Escritura en el mundo, por sagrada y bella que sea, que no pueda ser ridiculizada con sólo quitarle algunas palabras o colocándolas en distinta posición. Eso es lo que hacemos constantemente con los pensamientos de los demás. Tropezamos con

un hombre irascible que se expresa áspera y bruscamente, y en seguida damos por hecho que sus palabras son el exponente de su carácter. Pero no nos detenemos a examinar las razones de su irritabilidad. Puede ser que haya tenido que pasarse la noche en vela atendiendo a un niño enfermo; quizá alguien le causó graves perjuicios y contrariedades, y a nosotros nos llegó la acción refleja, aunque en realidad él no esté disgustado con nosotros. Si se hubiera tratado de un gran Adepto no se hubiera sentido molesto, pero no todos somos grandes Adeptos y, por consiguiente, estas cosas resultan inevitables.

Siendo muy pequeño aprendí esta lección de un viejo cochero. Estaba yo un día cerca de él en un momento en que alguien se le acercó y le interpeló rudamente. El viejo cochero le contestó como si no se hubiera dado cuenta del tono grosero empleado por el individuo. Cuando éste se hubo marchado le pregunté: “Oye, Juan, ¿qué le has hecho a ese hombre para que esté tan disgustado contigo?” El viejo criado replicó: “nada, señor, no le he dado ningún motivo de disgusto; probablemente haya sido su mujer, o alguna otra persona.” Y luego me explicó cómo es que cuando un hombre sufre un fuerte contratiempo, se desahoga con el primero que encuentra.

La tenacidad con que se clava en la mente del hombre esta predisposición a juzgar mal, la virulencia de este veneno mental, resultarían increíbles si no tuviéramos la prueba constante de ello. El hombre adquiere una idea errónea que impregna todo su cerebro. Incluso lo hemos visto en este libro. La primera vez que oí esta enseñanza dada a Alcyone sobre la murmuración, mucho antes de que se publicara el libro, quedé muy impresionado de su importancia, lo cual me llevó a repetirla en diversas ocasiones. Cuando este libro salió a la luz, hubo algunos que inmediatamente advirtieron la circunstancia de que esa enseñanza había sido expuesta unos meses antes de publicarse el libro y esto les dio pie para afirmar que parte del libro era por descontado obra mía.

Ya he mencionado que hubo dos períodos en el desarrollo de la memoria de Alcyone en las experiencias en el plano astral: uno. mientras él no podía recordar a la perfección y necesitaba que yo le recordara el precepto especial que le había dado el Maestro para que lo

pusiera en práctica al día siguiente; el otro, en el que él podía recordar perfectamente. Descubrí que en Bombay corría ya el cuento de que todo el libro le había sido repetido por mí de esa manera. Pero, lo cierto es que el libro fue escrito por él en el segundo período, es decir, cuando él ya podía recordar todo lo que el Maestro le había dicho, y lo escribió el mismo. Cuando la gente se desvía un poco, como en este caso, acaba por confundirlo todo. A consecuencia de esta deformación de los hechos, he sido víctima de toda clase de iniquidades e injusticias. Para mí, esto carece en absoluto de importancia, pero me permite ver con toda claridad con cuánta facilidad cae la gente en confusiones cuando al principio tienen una idea equivocada. He tenido que observar casos, incluso chuscos, en los que todo cuanto sucedía para apoyar una idea sin fundamento era simple imaginación del principio al fin.

Uno de los experimentos que debemos llevar a cabo en el curso de nuestro entrenamiento oculto consiste en identificarnos con la conciencia de algunos animales. Es sólo cuestión de práctica; se somete al estudiante a este entrenamiento con el fin de que se capacite para, posteriormente, aprender a hacer lo mismo con formas de conciencia superiores. Nosotros nos consideramos muy por encima de cualquier animal, lo cual está justificado porque pertenecemos a un reino más elevado. Por lo tanto, debería resultarnos muy sencillo comprender la mente de algunos animales; pero la experiencia que tengo me hace imaginar que casi todo aquel que dedica alguna atención a los animales, debe estar interpretando mal durante todo el tiempo las ideas y los motivos de ellos. Cuando realmente podáis penetrar en lo que piensa un animal, os daréis perfecta cuenta de que las razones que tiene para hacer lo que hace nunca se os hubieran ocurrido. Entonces, si somos incapaces de comprender a un animal cuya capacidad mental es poca y simple, debemos ser menos capaces todavía para entender a nuestro prójimo. Estamos más cerca del ser humano, por supuesto, pero tengo mis dudas de que haya alguien que pueda entender por completo a otro ser humano. Por extraño que parezca, los hombres vivimos aislados, cada uno en su mundo aparte. Desde otro punto de vista, es perfectamente cierto que nosotros

formamos una íntima fraternidad; pero por lo que se refiere a las mentes, cada uno vive en su torre de marfil. La circunferencia de la mente de un hombre sólo tiene contacto con la de otro en un punto tan sólo, y esto todavía de manera incierta y dudosa.

“El hombre que quiera llenar su corazón con el amor de Dios debe guardarse constantemente de estos tres pecados.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Puede pensarse que es cosa fácil no caer en estas tres faltas mencionadas. Pero no es así, porque son tan comunes y tan habituales que muchos ni siquiera se dan cuenta de su existencia. Por el momento de la evolución en el que nos encontramos son nuestras dificultades especiales, lo cual hace que nos sea muy difícil dominar estas tendencias. Hemos estado desarrollando nuestra mente inferior, la cual, lo primero que busca son puntos diferenciales. Es por eso que lo primero que se capta en cualquier cosa, son los puntos desagradables; luego vienen los comentarios e inevitablemente surge la crítica. El que gasta sus energías censurando los defectos ajenos se va quedando atrás; es un anacronismo deplorable. Hemos de esforzarnos para lograr la síntesis, para encontrar en todas las cosas lo bueno y lo divino, porque ya es tiempo de empezar a desarrollar buddhi. Tratemos de vivir para el mañana, no para el ayer; no nos dejemos arrastrar por la marea de este ignorante oscurantismo; vigilémonos constantemente para no ser derribados. De otro modo, la corriente nos arrastrará y nos hará caer.

Murmuración

“Veamos lo que hace la murmuración. Ésta empieza con un mal pensamiento, y esto ya es un crimen en sí. Porque en cada uno y en cada cosa está el bien; en cada uno y en cada cosa está el mal. A ambos podemos fortalecerlos pensando en ello, y de esta manera podemos ayudar o podemos obstaculizar la evolución; podemos hacer la voluntad del Logos o podemos resistirnos a Él. Si pensáis mal de otro, estáis haciendo al mismo tiempo tres cosas malas.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El Maestro califica a un mal pensamiento como un crimen. Si tenemos en cuenta lo extremadamente cuidadoso y equilibrado de las palabras del Maestro, hemos de comprender que aquello que Él condena con esa energía tiene que ser realmente malo.

Es posible que toda tentativa de comprender los motivos del otro, de seguir la línea de sus razonamientos, no sea correcta; por eso, lo mejor que podemos hacer es concederle el beneficio de la duda. Muchas personas, cuando se enjuician de un modo general, son realmente respetables y bien intencionadas y, por lo tanto, hemos de concederles el mérito de sus buenas intenciones. Si estamos equivocados, nuestro pensamiento ligeramente benévolo actuará sobre ellas y las beneficiará. Cuando oigamos algo desfavorables sobre otra persona, preguntémonos si prestaríamos oídos a esta murmuración y si la divulgaríamos en caso de que se tratara de nuestro hijo o de nuestro hermano. Con toda seguridad, no lo haríamos. Indefectiblemente, en primer lugar la contrarrestaríamos y, en cualquier caso, no la haríamos circular. ¿Por qué tendríamos que proceder de un modo diferente cuando se trata del hijo o del hermano de otra persona?

“Estáis llenando vuestro entorno con malos pensamientos, en lugar de buenos, y así estáis aumentando el dolor del mundo.”
— (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Para nosotros, el mundo es según lo hagamos y según lo aceptemos. Si un hombre es pesimista, predispuesto a encontrar el lado malo y oscuro de todas las cosas; si siempre está buscando la

oportunidad de sentirse herido u ofendido, eso es lo que encontrará. En el mundo hay mucho de malo y de triste en estos planos inferiores, como dijo el Señor Buddha. Nosotros podemos incrementar este mal hasta que llegue a convertirse en serias dificultades; pero también podemos enfrentarnos a la vida con una actitud optimista, con un espíritu de alegre determinación para descubrir lo mejor en todo. En último término, encontraremos muchas cosas luminosas y estaremos contribuyendo a que en el mundo exista más alegría, tanto por lo que respecta a nuestra vida externa como con relación al poder de nuestra mente. Hay muchas personas que durante años han venido practicando una meditación regular y metódica. Indudablemente, han aprendido a pensar de un modo algo más definido que aquellos que ni siquiera lo han intentado; por lo tanto, sus pensamientos son más poderosos. Cuando esas personas piensan mal de los demás, el daño que ocasionan es, en muchos aspectos, mucho mayor que el que hacen las personas que no tienen ese entrenamiento. En primer lugar, porque poseen más conocimientos, porque, según expresión de la Iglesia, 'están pecando contra la luz'; en segundo lugar, porque sus pensamientos producen formas más definidas, relativamente permanentes, que frecuentemente ejercen una considerable influencia en los planos astral y mental. Usad, pues, vuestro poder para hacer que el mundo sea más hermoso y más feliz. No tenéis idea de cuánto es lo que puede hacerse por el simple hecho de alejar la tristeza y los pensamientos egoístas, si os llenáis de amor que irradiará a todo vuestro alrededor.

“Si en esa persona hay el mal que vosotros pensáis, lo estáis fortaleciendo y alimentando; y de este modo estáis contribuyendo a que vuestro hermano sea peor en lugar de ser mejor. Pero, generalmente, el mal no está allí, y vosotros sólo lo habéis imaginado; y entonces vuestro avieso pensamiento tienta a vuestro hermano a obrar mal, porque si todavía no es perfecto podéis hacer que sea lo que habéis pensando de él.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El clarividente puede ver los pensamientos de una persona cuando asedian a otra zumbando a su alrededor como una nube de

mosquitos. Esos pensamientos no pueden penetrar en la mente de esa otra persona mientras este ocupada con algún asunto; pero cuando sus pensamientos se diluyen, cuando está meditando, cuando está cansado, o cuando tiene algún momento de distracción, la nube de mosquitos aprovecha la oportunidad. La forma de pensamiento penetra como en barrena en su aura mental y vibrando gradualmente termina por colorear la zona por donde ha entrado, desde donde aprovecha para ejercer toda su influencia. De ese modo sugiere la buena o la mala idea y, si en la persona a la que se asalta hay algo de similar condición, cosa muy frecuente, consigue que esto se active.

Un ligero impulso recibido por una persona, en algunos casos, puede que no tener una gran trascendencia, pero hay ocasiones en que determina una acción definitiva. Los chicos de la escuela suelen jugar a empujarse unos a otros y ha habido casos en que un chico, intencionadamente, ha empujado a otro al borde de un precipicio. No se puede saber cuándo el pensamiento de una persona está al límite de cometer una mala acción, y un mal pensamiento sobre él puede hacer que se precipite por el despeñadero. También puede ocurrir el caso contrario; un hombre puede estar bien equilibrado en el punto preciso de caer hacia el lado del bien o hacia el lado del mal, y un pensamiento poderoso, un buen pensamiento de ayuda, puede inclinarlo hacia la buena acción y situarlo en un camino que para él signifique un rápido progreso.

He podido observar casos en los que un mal pensamiento sobre un hombre condujo a éste a cometer una serie de malas acciones cuyo resultado habrá de pesar sobre él durante muchas vidas; su mal proceder ya estaba latente en él; pero no había cristalizado todavía en acción; un mal pensamiento de alguna persona desembocó en el preciso y necesario empuje para que actuara en la dirección incorrecta para que se deslizara por la pendiente del crimen. Mientras no se pueda ver esto clarivamente no se puede tener una idea cabal sobre ello; pero bastará con verlo una sola vez. A partir de ahí y para siempre seréis sumamente cuidadosos con vuestros pensamientos, con una cautela hija del horror. Adquiriréis un nuevo sentido de responsabilidad que a veces encontraréis agobiante. Recordad las

palabras que el poeta Schiller escribió sobre la clarividencia cuando ansiaba volver a la ceguera de sus sentidos: “quitadme este don cruel; quitadme este don horroroso.”

“Llenáis vuestra propia mente con pensamientos malos en lugar de buenos; y así, obstaculizáis vuestro propio desarrollo y os convertís, para aquellos que pueden verlo, en un objeto feo y desagradable en lugar de uno bello y amable.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Muchas personas se preocupan de su apariencia física; de la gracia y elegancia de sus ademanes, no solamente porque les agrada tener la mejor apariencia para ser bien recibidos, sino porque es una obligación social. Antiguamente se estimaba que el hombre tenía el deber de presentarse de la mejor manera posible, en todos los sentidos; su ropa, su apariencia, sus palabras, sus modales. Debía conducirse de manera elegante y apropiada en todo cuanto hacía. No solamente por lo que respecta al atuendo personal; el mobiliario tenía que ser no sólo útil, sino al mismo tiempo elegante. Cuando se construía una casa debía hacerse bella y agradable como un deber hacia los vecinos, aunque no fuera una mansión de elevado costo; sus enseres, sus tallas, sus pinturas, debían ser de calidad. Actualmente sólo se piensa en construir al menor costo posible, sin pensar en la mala apariencia de la construcción. Se edifican casas horribles o factorías de enormes dimensiones que hieren la sensibilidad de las personas de buen gusto y que deprimen a todo aquel que las mira. La persona que diseñó y dispuso esas construcciones genera un mal karma, aunque uno piense que esas cosas carecen de importancia. También las cosas que nos rodean revisten un carácter importante. Es verdad que las personas de fuerte espíritu están por encima de estos detalles, pero ¿no es preferible tener cosas que nos eleven en lugar de otras que nos deprimen? Todo aquel que construye un hermoso edificio merece la gratitud de sus conciudadanos por haber creado algo bello, cuya visión beneficiará a todos. El agrado que se experimenta al contemplar una cosa hermosa no carece de importancia. Siempre pienso que aquel que utiliza prendas de bellos colores merece gratitud, por el efecto que el color produce en esta civilización gris y opaca de

nuestro tiempo.

Todo lo que es cierto tratándose de belleza física, es más cierto todavía por lo que se refiere a los demás planos. El hombre que se crea un cuerpo astral hermoso y radiante, lleno de amor y devoción, que fluye sobre todos los seres que lo rodean, merece la gratitud de su prójimo. Los moradores del mundo astral son mucho más numerosos que los del físico. Si en el mundo astral nos permitimos una mala apariencia, el número de personas a las que escandaliza o molesta nuestra presencia es mucho mayor de lo que sería en el cuerpo físico. Los moradores de ese plano, no solamente ven la belleza de nuestro cuerpo astral sino que todos ellos, incluso aquellos que no la ven, sienten su influencia. Estas vibraciones actúan sobre ellos y su influencia los mejora. El hombre que se deja dominar por pensamientos repelentes, egoístas o negativos, propaga la fealdad a su alrededor, además de convertirse en una cosa horrible y repelente. En el plano físico, las enfermedades asquerosas pueden ocultarse; en el plano astral el leproso siempre está exhibiendo sus llagas.

No contento con haberse perjudicado a sí mismo y a su víctima, el chismoso trata con todas sus fuerzas de hacer partícipe a los demás de su crimen. Se afana en explicarles su historia malévola, esperando que ellos la crean; y luego, se unen a él derramando los malos pensamientos sobre la pobre víctima. Y eso sucede un día y otro, y no lo hace un solo hombre sino miles de ellos. ¿Empezáis a daros cuenta de cuán terrible es este pecado? Debéis evitarlo completamente. No habléis nunca mal de nadie; negaros a escuchar cuando alguien habla mal de otro, pero decidle amablemente: “Tal vez esto no sea cierto, e incluso si lo es, es más caritativo no hablar de ello.”

C.W.L. -Para decir esto hace falta valor; pero hay que hacerlo tanto en beneficio del que murmura como de su víctima. Para decirlo en forma amable puede hablarse en plural: “Quizá sea mejor que no digamos nada de esto.” Así evitaremos tomar la apariencia de superioridad, cosa que siempre causa una mala impresión, y tal vez consigamos que el murmurador deje la cosa en paz.

Crueldad

“Pasemos a la crueldad. Esta es de dos clases, intencionada y sin intención. La crueldad intencionada es producir dolor a otro ser viviente deliberadamente; y éste es el mayor de todos los pecados -la obra del demonio más que la del hombre. Diréis que ninguna persona podría hacer una cosa así; pero los hombres lo han hecho a menudo, y aun lo siguen haciendo cada día. Los inquisidores lo hicieron; muchas personas religiosas lo hicieron en nombre de su religión.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -La crueldad es obra de un demonio; no de un hombre. Así es como lo juzga el Maestro. En la vida diaria es muy frecuente que el hombre diga o haga algo para causar dolor a otro. El que hace eso es merecedor de esa condenación: actúa más bien como demonio que como hombre. Parecerá increíble, pero hay quienes lo hacen así.

En nombre de la religión se han cometido cosas horribles. En los Vedas, los libros más antiguos que se conocen, encontramos relatos de matanzas terribles. Vemos que los arios, al bajar hacia las llanuras de la India pasan a cuchillo a sus habitantes. No hay crueldad que sea excesiva para esa gente; tienen que ser borrados de la faz de la tierra. ¿Por qué? Basta una sola razón: ¡porque practican ritos diferentes! Los musulmanes invaden una gran parte del mundo ofreciendo a los pueblos conquistados el Corán o la espada. Los cristianos no se han portado mejor. Iguales razones inspiraron a los inquisidores en sus persecuciones, los atroces procedimientos contra los indios en América del Sur, y las demás cosas parecidas. En la actualidad pensamos que somos más civilizados y, sin embargo, incluso en nuestros días, hay lugares en los que los sentimientos religiosos llegan a grandes extremos. Solemos decir que si la ley castigara esas persecuciones, bastaría nuestro grado de civilización para impedirnos cometer las atrocidades del pasado; pero no estoy muy seguro de ello. Conozco algunos sitios en Inglaterra donde a las personas de religión no ortodoxa se las considera excluidas de los eventos sociales, y de

quienes se sospecha toda clase de malas acciones. Ya no quemamos a los herejes en la hoguera, ni les arrancamos los dientes como lo hacían nuestros antepasados. *Autres temps, autres mœurs!* No quisiera ver poderes absolutos en manos de los dirigentes de alguna secta dogmática.

“Los viviseccionistas lo hacen.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -No hay nada que excuse la crueldad deliberada infligida a los animales. Son nuestros hermanos menores, y aunque todavía no han llegado a hombres, habrán de serlo después de muchas o de pocas encarnaciones. La práctica cruel de experimentar en animales es horrenda y, en realidad nunca podrá beneficiar a los humanos, porque la ley del karma no puede modificarse y lo que el hombre siembra eso es lo que tiene que cosechar. He oído decir a la Dra. Besant que no es lícito salvar vidas por medios semejantes. Sabemos que el instinto de conservación se encuentra arraigado en cada hombre y en cada animal; que el cuerpo que se ha forjado a través de tan considerable esfuerzo y trabajo debe servir a la vida inmanente durante tanto tiempo como sea posible y que, por lo tanto, la vida humana debe salvarse cuando para ello sea posible emplear procedimientos lícitos. Pero los fines no pueden justificar los medios. Sentimos una justificada admiración por aquel que afronta la muerte antes que la deshonra; y hay que hacer notar que es una gran deshonra para el ser humano salvar vidas por medio de tan diabólicos procedimientos. Nuestra Presidenta afirmó que para ella era preferible morir a salvar su vida de esta manera.

Sobre esto existe una gran variedad de opiniones entre los miembros de la Sociedad Teosófica, en la que cada uno es libre de sostener unas u otras creencias; pero la opinión del Maestro -antes mencionada- es perfectamente clara. Sea cual fuere el horror que nos inspire la crueldad de la vivisección, sin embargo, hemos de tener cierta tolerancia hacia algunos doctores y hacia otras personas que, aunque aferrados a su conveniencia, llevan a cabo estos experimentos lamentando su implícito dolor y no por el placer de la crueldad - aunque el que existan esas cosas entre los humanos sí que proporciona la oportunidad a algunos espíritus en forma humana para ejercerla-,

sino porque creen que es el único medio de salvar cuerpos humanos del dolor y de la muerte y creen, sinceramente, que en esos casos los medios que se emplean quedan justificados por el fin que se persigue. Por lo tanto, por más contrarias que sean nuestras opiniones a las de esas personas, condenemos el pecado pero no al pecador. Queda fuera de toda duda que el karma tiene que acarrear grandes sufrimientos a los que practican la vivisección. Los que miran a esas personas con una indignación que casi llega al odio, cambiarían su actitud si se dieran cuenta de esa circunstancia.

No todos los viviseccionistas son crueles en el mismo grado. Por ejemplo, sé de un miembro de nuestra Sociedad, un cirujano que está a la cabeza de esta profesión que se dedica a vivisecciones de cierta clase. En el cuerpo humano hay determinados conductos que en ocasiones se cortan. Tienen un diámetro tan pequeño que cuando se trata de coser los extremos donde se ha producido la ruptura, la inevitable cicatriz obstruye el conducto. Durante mucho tiempo resultó imposible salvar a las personas que se encontraban en esas condiciones, hasta que a ese doctor se le ocurrió la idea de que si hacía una incisión más larga sería posible conseguir que la herida cicatrizara sin que el canal quedase obstruido. Lo hizo practicando un corte transversal en el tubo, cerca del extremo de una pieza; y uno de longitudinal sobre el lado de la otra, haciendo descansar el primer extremo dentro del segundo para que así se soldaran. Para ver si su idea daba resultado en la práctica, realizó experimentos con perros. Me confió que había hecho pruebas en unos doce perros vagabundos, a los que alimentó perfectamente hasta ponerlos en condiciones sanas, procediendo luego a anestésarlos; después de la operación fueron atendidos cuidadosamente y la experiencia tuvo un éxito satisfactorio. De aquí resultó que lo que hasta entonces había sido imposible, pasó a ser una posibilidad reconocida. La operación, que se practica hoy en todo el mundo, lleva el nombre de su inventor. El principio es incorrecto, pero prácticamente los animales no sufrieron ninguna crueldad, habiendo salido de la prueba mejor de como estaban antes de ella. Este experimento fue, por lo tanto, muy distinto de los demás que se practican y me parece totalmente inadecuado que se ataque a

este doctor de la forma en que los antiviviseccionistas atacan constantemente a los viviseccionistas.

Algunos de los experimentos que se explican son atrozmente crueles, como el determinar a qué grado de temperatura puede cocerse un animal antes de que desaparezcan éstas o aquellas funciones, y otros horrores semejantes y, obviamente, inútiles. Hay miles de prácticas que se realizan sin ninguna necesidad para instruir a los estudiantes y para poner a prueba toda clase de efectos, la mayoría de las cuales son completamente inútiles, porque la constitución humana difiere, en gran medida, en muchos aspectos, de la de los animales. Un chivo, por ejemplo, puede ingerir, sin daño aparente, entre sus diferentes alimentos, algunos beleños que, ingeridos por un hombre, lo conducirían indefectiblemente al plano astral. Además, un animal bajo la acción de terror que le produce la práctica cruel, sufre alteraciones en sus fluidos corporales, lo cual es motivo de que las observaciones que se obtienen tengan sólo un valor relativo.

El sustituto apropiado para todas estas crueldades no es otro que la clarividencia. Sería preferible que el doctor observara la economía interna del hombre vivo, y no estableciera determinadas deducciones seccionando el cuerpo vivo de un animal, que difiere mucho del cuerpo humano. Los que creen que se debe practicar la vivisección harían bien en constituir una asociación comprometiéndose a hacer las prácticas en ellos mismos; de este modo, podrían hacer observaciones que por verificarse en cuerpos humanos, serían de mayor valor que el que puedan tener las observaciones en los animales y, al mismo tiempo, evitarían estas horrendas crueldades practicadas en criaturas indefensas a las que en el mundo de Dios no tenemos derecho a torturar. Por otra parte, esto no sería necesario porque la décima parte del trabajo, del estudio y de las investigaciones que exigen estos experimentos, podría producir un ejército de clarividentes responsables; ciertamente, la atención que se dedica al estudiante común y corriente en su largo entrenamiento sería suficiente, en general, para desarrollar en él su clarividencia.

Existe un serio peligro de otra clase de crueldad resultante de la gran autoridad que se adjudica la corporación médica ortodoxa. No nos

satisface convertirnos en sus esclavos, como nuestros abuelos lo fueron de la Iglesia. Es cierto que, en cierto modo, esta corporación ha hecho mucho bien, pero eso no la autoriza a establecer una “inquisición científica dotada del poder de imponer penas a los herejes que no quieran someterse a sus credos transitorios. Es verdad que sólo el poder civil está facultado para imponer la pena; pero esto es lo que ocurría en el caso de la Iglesia: aquellos que no se sometían a la creencia quedaban en manos de las autoridades civiles, con la súplica hipócrita de que la pena impuesta no podía consistir en el derramamiento de sangre, lo cual impedía al poder civil cortar cabezas; pero les dejaba el camino abierto para quemar a las víctimas. Ha habido muchas opiniones relativas a la obligación legal de la vacuna, la cual sigue siendo obligatoria en algunos países, aunque todavía está por ver si este remedio no causa mayores males que la enfermedad que se trata de prevenir. Los cambios en las opiniones médicas son sumamente frecuentes, lo cual no impide que éste o aquel procedimiento o medicina sea objeto de un apoyo fanático mientras no pasa de moda. Los elementos de ciertos grupos que están investidos del poder, en el curso de la historia han dado motivo a grandes opresiones y han ocasionado mucho sufrimiento. No aceptamos inquisiciones científicas.

Hay quienes tratan de buscar excusa a las crueldades cometidas con los animales echando mano de la antigua teoría hebrea de que los animales han sido creados para el hombre. Los animales existen para el Logos; son estados evolutivos, formas en las que subyace su vida. Está justificado el utilizar a los animales cuando con ello estimulamos su evolución. Progresan por su contacto con el hombre. Es cierto que al capturar a un caballo salvaje interferimos en su vida; pero de esto se deriva un gran beneficio para él, especialmente por lo que se refiere a su desarrollo mental.

Hay quienes hacen extensiva la antigua idea a los niños. Hay padres que creen que sus hijos existen para que les sirvan como criados; para que les proporcionen motivos de orgullo; y también para que los sostengan en la vejez, etc. etc. Y en esto basan la actitud inhumana de que sus hijos deben ser obligados a convertirse en lo que los padres

quieran, sin tener en cuenta los intereses y las aptitudes que los niños puedan tener como consecuencia de sus vidas anteriores. Esto parece una crueldad excesiva.

“Muchos maestros de escuela lo hacen habitualmente. Todas estas personas tratan de excusar su brutalidad diciendo que es la costumbre; pero un crimen no deja de ser un crimen porque muchos lo cometan.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Azotar a los niños es una vieja costumbre muy difundida, pero esto no sirve de excusa. Sin embargo, no es una costumbre universal; me siento complacido al afirmar que unos cuantos países han alcanzado la civilización por lo que a esto respecta. Uno de éstos es el Japón. Por mi propia experiencia sé que otro es Italia. Durante largo tiempo viví en una ciudad italiana, en una casa situada frente a una gran escuela y pude observar con muchísimo interés las relaciones entre niños y maestros. Debido a la naturaleza más expresiva y sensible de los alumnos, no los trataban como lo hacemos nosotros (en Inglaterra). Cuando les llegaba el turno a los muchachos para que formaran fila, era frecuente ver a alguno de ellos abandonando la fila y corriendo hacia el maestro lo tomaba por el brazo y le decía algunas palabras con toda naturalidad. El profesor sonreía, acariciaba al niño como prueba de gratitud por sus palabras o le decía algo en respuesta a las mismas. Entre profesores y alumnos reinaba la más sincera camaradería. También pude darme cuenta de que cuando los niños se encontraban por la calle con su profesor corrían hacia él y lo cogían del brazo. Fuera de las horas escolares, eran los mejores amigos. Buena señal, porque el hombre a quien los niños quieren siempre es bueno en el fondo; la niñez tiene un instinto infalible. En Italia no puede haber la crueldad que prevalece en Inglaterra porque las costumbres son diferentes. Poner la mano en un hombre es un agravio que no puede olvidarse en ese país; es motivo de apuñalamientos y de duelos y cosas por el estilo, y es por eso que los niños gozan de una absoluta seguridad.

Durante muchísimo tiempo, el castigo ha venido siendo una costumbre; pero esto no impide que sea tan cruel como infructuoso. En primer lugar, no somos nosotros los llamados a imponer castigos.

La ley del karma, que no puede cometer errores como nos pasa a nosotros, es la que se encarga de esa tarea. Repetidas veces se han cometido terribles injusticias legales en personas absolutamente inocentes. El criminal se hace más daño a sí mismo que el que causa a su víctima, y la venganza debe dejarse en manos de la naturaleza.

Además, el castigo se dicta para inspirar temor al que ha infringido la ley, con la intención de que no reincida; y a todos los que no la han infringido todavía, para que se abstengan de hacerlo. La idea de azotar a un niño es la misma que la de castigar al criminal por medios legales; ambas actuaciones llevan implícita la idea de venganza. “Cometiste esa falta, sufre este o aquel castigo.” A menudo el maestro se deja llevar por la ira y el castigo que impone es el resultado de sus sentimientos, no la serena reflexión de lo que sería más conveniente para el niño. Se dice que el castigo legal tiene por objeto evitar que la gente cometa crímenes; pero esos resultados no se consiguen. Hace un siglo los castigos de la ley inglesa eran excesivamente severos. Por ejemplo, una persona podía ser condenada a la horca por el robo de cualquier objeto por valor de un chelín y seis peniques. Recuerdo haber visto una inscripción explicando eso en la puerta de la prisión de Newgate -cosas parecidas ocurrían en otros lugares- y otras advertencias semejantes, por ejemplo: que tal o cual persona iba a ser ahorcada por haber robado un par de guantes valorados en dos o tres chelines. Cuando se imponían penas tan severas, la proporción de crímenes que se cometían era superior a la de ahora. La criminalidad no tiene nada que ver con los castigos que se imponen; se trata, principalmente, de una cuestión de educación y civilización a nivel general.

Los castigos legales o escolares, normalmente, no tienen ninguna relación con el crimen cometido. A una persona que ha robado algo se la encierra en prisión durante cierto tiempo. ¿Cuál es la relación entre ambas cosas? Lo razonable sería obligar a esa persona a trabajar para retribuir de esa manera el valor de lo robado. De algún modo, el castigo debería corresponderse con el crimen. Encarcelar a una persona por haber robado algo es una incongruencia manifiesta. Lo mismo pasa cuando se azota a un niño por no haber aprendido la lección. ¿Qué relación existe entre lo uno y lo otro? Lo razonable sería

decirle: “No has aprendido la lección, tienes que estudiarla hasta que la aprendas mientras los demás juegan.” No existe el sentido de justicia en todo aquello que es radicalmente erróneo. La idea de causar dolor a propósito, siempre es torpe y jamás será la adecuada, por importante que sea la costumbre en la que se quiere sostener. Infinidad de cosas indebidamente, infinidad de torpezas, siempre han sido una costumbre: el calzado que se utilizaba en China, y que oprimía los pies, por ejemplo, y muchas de nuestras diversas costumbres en épocas distintas. No debemos aceptar la idea de que porque una cosa ha sido costumbre, aunque lo haya sido durante siglos, tiene que ser necesariamente una cosa buena, porque a menudo no lo es.

Muy justificadamente, una comunidad podría decir a los criminales habituales -tal como se hacía en el antiguo Perú: “Somos una raza civilizada. Con grandes esfuerzos hemos establecido nuestro Estado que se rige de acuerdo con éstas y aquellas normas, y exigimos que la gente cumpla nuestras leyes. Si tú no las puedes acatar, vete y vive con quien te parezca.” El exilio era entonces el único castigo impuesto, y ser expulsado de la sociedad para vivir con tribus bárbaras era la mayor de las desgracias, a la vez que la mayor de las penalidades. La sociedad tiene el derecho de expulsar de la comunidad a las personas peligrosas. Cuando tropezamos con un malayo que, a velocidad frenética, trata de cometer crímenes, debemos detenerle, aun cuando sea necesario quitarle la vida. Pero, a menos que se trate de emergencias por el estilo -y cuando sea inevitable' no tenemos derecho a matar; tampoco nadie tiene derecho a torturar; esto es fidedignamente cierto.

La pena capital, si es una venganza, nos hace tan brutales como el mismo criminal que ha despertado en nosotros lo que con verdadero eufemismo calificamos de justa indignación. Si se trata el ponernos a salvo de futuras depredaciones del criminal, esto es un principio incorrecto, porque el Estado tiene deberes hacia todos los ciudadanos, no sólo hacia los que somos normales; y también debe tenerse en cuenta al hombre real, no simplemente al cuerpo físico. Buscar la solución más fácil matando al hombre es, por lo tanto, una cosa totalmente criminal, que nunca puede ser causa de bien, porque

despierta muchas malas pasiones y porque el hombre tendrá que reencarnar en pésimas condiciones kármicas con nosotros en el futuro. El criminal nato -caso rarísimo, porque la mayor parte de los criminales son producto de un medioambiente deplorable- es realmente un caso patológico. Lo que necesita no es un tormento ni una brutalización que acentúen sus tendencias antisociales, sino un tratamiento adecuado; un entrenamiento que lo capacite, física y emocionalmente, para colocarse entre las filas del ciudadano normal. El Estado debe amparar a los deficientes físicos y mentales; igual debe ser su actitud hacia el criminal que, por lo general, no es otra cosa que un ser emocional o mentalmente deficiente. Esa es la actitud de amor; ese es el punto de vista del Maestro.

Estos ideales son reales, claros y prácticos. Tanto el criminal como el niño tienen que ser corregidos por la educación, no por el miedo. El sistema de aterrorizar a los niños produce unos resultados desastrosos. Introduce en sus vidas el temor, el sufrimiento y el engaño, y es deplorable por lo que se refiere al carácter y a la ciudadanía. Es otra forma del antiguo concepto eclesiástico del infierno; sólo que, en este caso, el infierno está aquí y podemos evadirlo utilizando la suficiente astucia. Se cree que se puede lograr que los demás se porten bien inspirándoles miedo. Es difícil explicarse cómo puede todavía perdurar esta idea. Uno de nuestros principales novelistas contemporáneos me escribió hace algún tiempo contándome que estando en una playa se encontró con un muchacho al que expuso algunas ideas teosóficas, y le hizo ver que la teoría del infierno era una solemne tontería. Poco después, la madre de ese joven, encolerizada, hizo una visita al novelista y se expresó con él de esta manera: “Esa idea es la única manera con la que he podido hacer que ese muchacho se portara bien; atemorizándole con el infierno, amenazándole con él día y noche. Ahora que usted le ha convencido de que el infierno no existe. ¿qué voy a hacer?” Es probable que, si esta señora hubiera tenido conocimiento de algo más y le hubiera proporcionado a su hijo las explicaciones pertinentes desde un principio, no hubiera tenido necesidad de recurrir a una forma de terrorismo tan desagradable.

La libertad y el amor son dos grandes factores en el desarrollo del alma humana. Hay muchas personas con ganas de conceder la libertad a los demás a condición de que hagan exactamente lo que les prescriben. Pero, la verdadera libertad es el derecho que cada uno tiene de actuar a su modo. Por lo general, es mucho lo que se interviene en cuestiones ajenas; una excesiva dirección externa coarta la libre actividad que trata de ayudar o asistir. Esto se observa en la vida escolar, donde se implantan multitud de reglas innecesarias, siendo así que la libertad daría al individuo mayores oportunidades de desarrollo. Esa es una de las diferencias entre el sistema inglés y el de otros países. En Inglaterra se busca, ante todo, dejar al hombre en la mayor libertad posible. En otros países se trata de prevenir desórdenes y peligros y de dar garantías al ciudadano promulgando infinidad de leyes. Recuerdo que un personaje extranjero me dijo en cierta ocasión: “Bien, señor: en un país verdaderamente bien gobernado todo debería estar prohibido.” En mis viajes por el mundo me han extrañado mucho las formas en que estaban concebidas las leyes. En un país, prohibiciones rígidas; en otro, demandas. Algunos países adoptan un plan militar, sólo bueno para los espíritus jóvenes; en otros, se hace una llamada a la buena voluntad y al sentido común del hombre. Recuerdo, por ejemplo, un cartelón que, prohibiendo ciertas prácticas indebidas, decía: “Los caballeros no lo harán; los no caballeros no deberían hacerlo.” Esto lo vi en Estados Unidos, uno de los países más jóvenes. Me pareció una cosa muy bien hecha.

Hay casos en los que resulta necesario ejercer una presión para velar sobre los intereses del público; pero, siempre que se pueda, es preferible ganarse la voluntad de la gente a tener que mandarla por la fuerza. Me temo que, en cuanto a educación se refiere, esta no se entiende sino de una manera superficial. Siempre se emplean mandatos conminantes: “Haced esto; no hagáis aquello.” Incluso cuando se trata de enseñar a los niños se prescinde por completo de su interés y se les da órdenes. “Esta es la lección y hay que aprenderla.”

Los nuevos métodos, como el de la señora Montessori, hacen que las lecciones sean interesantes, de modo que la mente del niño se abre como una flor. En realidad, sólo existe una manera de enseñar con

provecho y ésta consiste en que, ante todo, el niño sienta amor por quien le enseña. De ese modo se ejerce sobre él una determinada persuasión moral, porque en ese estado de ánimo, el niño teme molestarnos o causarnos un disgusto si no actúa bien. Esto es totalmente legítimo porque realmente sentís disgusto. Si empezáis por imponeros por amor, haréis que despierte el amor del discípulo, y algo conseguiréis. Para poder enseñar al niño hay que tener despierta la mente y contar con un corazón repleto de amor, y tener una paciencia tan grande como el océano; hay que comprender los disparates que el niño comete y estar en condiciones de mostrarle cómo se hacen las cosas de forma pertinente, pero a su modo. Si se empieza utilizando la brutalidad y la fuerza, no se consigue más que despertar la hostilidad y no puede conseguirse nada que valga la pena.

En todas las cosas de la vida ordinaria pasa lo mismo. Cuando un hombre de negocios quiere realizar una operación provechosa con otro lo trata afablemente, tratando de convencerle de que el negocio que le propone es ventajoso para ambos. Jamás pensaría en intentar forzarlo, porque no haría más que provocar un antagonismo que haría imposible cualquier trato amistoso. Los niños son seres humanos y se puede conseguir mucho más de ellos por medio de la persuasión que no por medio de la fuerza. Ningún maestro, por inteligente he instruido que sea es digno de ese título, altamente honorable, si no puede despertar el interés de los niños y ganarse su buena disposición. Este es un requisito indispensable. Esa es la forma en que actúan los Maestros que jamás piensan en utilizar la fuerza ni en dar mandatos directos, sino que proceden mostrándonos el camino debido y animándonos para que les imitemos.

“El karma no tiene en cuenta la costumbre; y el karma de la crueldad es el más terrible de todos. En la India, al menos, no puede aceptarse ninguna excusa para esas costumbres, porque el deber de indañabilidad es muy conocido de todos.” –

(A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El hombre que ejerce la profesión de maestro de escuela lo hace para ganarse la vida, y ejerce esa profesión como ejercería otra cualquiera. Los señores del Karma no lo miran desde el mismo punto

de vista. Ponen al hombre en esa posición con la idea de proporcionarle una magnífica oportunidad. Si él la desempeña con cuidado, con tacto y amorosamente, probablemente, en su próxima vida podrá llegar a ser un instructor religioso. Después de ella le quedará el camino expedito para convertirse en un gran santo, en un gran bienhechor de la humanidad. La profesión de la enseñanza va directamente hacia alguno de los premios más altos de la vida, desde el punto de vista de los señores del Karma.

El maestro ha de comprender que cada niño es un Ego, y tiene que darle toda la ayuda posible para desarrollar su carácter. Como es natural, la oportunidad del maestro es muy grande, porque tiene a su cuidado niños a los que ha de instruir y puede hacer de ellos mucho de lo que se proponga. Con relación a lo importante que es la influencia de un maestro, un conocido jesuita dijo en una ocasión: “Dejad a mi cuidado a un niño hasta los once años; después, que vaya por donde quiera” La influencia de un maestro sobre el carácter de un niño es tan poderosa por lo que el maestro significa y por su forma de actuar, como por sus enseñanzas verbales. El maestro que cumple su cometido irradia una poderosa influencia de amor. Su posición es, al mismo tiempo, de una gran responsabilidad, puesto que, si en lugar de despertar el amor y estimular las buenas cualidades en sus alumnos despierta en ellos el temor y la desconfianza, obstaculiza el progreso de esos Egos, siendo de ese modo la causa de un daño absoluto.

Desperdiciar esa oportunidad significa para el hombre una seria caída. La crueldad en esos casos produce terribles resultados: en algunas ocasiones hemos podido observar de qué manera el karma hace pagar esas faltas cobrando en la misma moneda; pero con mucha frecuencia el resultado se manifiesta en forma de locura y, en menor proporción, en histerismo y neurastenia. En ocasiones, estos resultados se manifiestan en un notorio y catastrófico descenso en la escala social. Una persona que ha sido cruel, al ocupar una posición medianamente satisfactoria, suele caer hasta lo más bajo de la de la sociedad como resultado de su cruel actitud. Por ejemplo, he visto algunos casos de brahmanes que han renacido como parias, como consecuencia de su crueldad hacia los niños. Y por eso es evidente que

los señores del Karma, que son los que regulan las grandes leyes del universo, las consideran desde el mismo punto de vista que el Maestro.

Una oportunidad algo parecida a la de un maestro de escuela es la que tiene un hombre que desempeña el cargo de gerente en una empresa o es el jefe de un importante negocio. El hombre estima que una posición de esa clase es muy atrayente porque le da la oportunidad de tener un buen salario, de ganar mucho dinero y de adquirir influencia. Pero, como en el caso anterior, los señores del Karma consideran ese empleo como una oportunidad para ayudar a todos los que están bajo las órdenes del gerente o del jefe del negocio. Es frecuente que el patrón sienta hacia sus trabajadores una cierta hostilidad mal disimulada; piensa que éstos tienen el propósito de conseguir de él lo máximo que puedan y de abusar en todas las formas posibles. Por su parte, los trabajadores consideran que el jefe quiere explotarlos, exprimirlos hasta donde sea posible; pagarles lo menos que sea permisivo. Por desgracia, es verdad que hay casos en que ambas partes piensan así justificadamente. Hay muchos patronos que se colocan en esa posición, y hay muchos obreros que asumen esa actitud con respecto a sus patronos; pero el hombre que posea conocimiento, en absoluto considerará las cosas desde ese punto de vista. El único aspecto que importa, por lo que a los señores del Karma se refiere, es que el hombre que se encuentra en la posición de patrón tiene una oportunidad estupenda para influir benéficamente en la vida de los obreros que están a sus órdenes. Los señores del Karma, por lo general, nunca consideran las cosas desde nuestro punto de vista. La humanidad en general, pongamos por caso, considera la muerte como una cosa terrible, como un castigo severo, pero a menudo ésta no es sino una recompensa; una liberación que nos conduce a condiciones más halagüeñas.

“El destino de la persona cruel debe recaer también sobre todos los que salen intencionadamente a matar a las criaturas de Dios, y lo llaman 'deporte'.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -La sátira de Punch, “Este es un día hermoso; salgamos a ver que podemos matar”, alude con agudeza a esta costumbre de la caza.

Cuando yo era clérigo de una parroquia rural en Inglaterra, tuve contacto con un grupo típico de esa gente que se dedica al tiro al blanco, a la caza y a la pesca. Hacían de estas cosas su ocupación cotidiana y su principal tema de conversación. Sin embargo, por difícil que parezca, todas esas personas eran bondadosas y amables con el prójimo; eran buenos padres de familia y excelentes maridos; jueces clementes y amigos leales, que no se apercibían de la mala índole de su diversión. Uno de ellos, que cazaba Venados y mataba faisanes hasta donde podía y con todo ahínco, era capaz sin embargo de pasarse la noche en vela atendiendo a un perro enfermo, dando muestras de su corazón bondadoso y dejando ver que sentía una especie de fraternidad hacia los animales. La crueldad siempre es el resultado de una ceguera mental. No es que no haya cerebro, es más bien que nunca se han puesto a pensar en la cuestión y dan por sentado que todas las criaturas fueron creadas para que ellos sintieran el placer que se deriva de su habilidad para matarlas. Se come carne con la misma falta de reflexión. En mi juventud yo comía carne y nunca me pasó por la imaginación que eso estuviera mal, hasta que cayó en mis manos un libro sobre este tema, lo cual sucedió mucho antes de que se fundara la Sociedad Teosófica.

Cuando por primera vez descubrimos que ese ‘deporte’ no es sino una cosa horrible, y que al practicarlo hacemos una carnicería entre las criaturas de Dios, nos extraña no haber advertido eso antes. Miles de personas no se han dado cuenta todavía de este perjuicio. Deslumbradas como están por la costumbre, jamás han pensado en el espantoso daño que ocasionan. Lo mismo sucede respecto a algunas prendas de vestir. Cierta clase de plumas, por ejemplo, sólo pueden obtenerse a un costo terrible para la vida animal; no sólo por lo que se refiere a la vida del animal sacrificado, sino también a las crías del mismo. Realmente, los que usan esas prendas no son sino criminales inconscientes. No son crueles propiamente hablando; no; se limitan a seguir la costumbre. Pero el karma tiene que proceder. Un hombre puede caminar en la oscuridad en dirección hacia un precipicio; el hecho de que ignore a dónde va, no le exime del resultado.

“Ya sé que cosas como ésas vosotros no las haríais; y que, por

respeto al amor de Dios, cuando se presente la oportunidad, hablaréis claramente contra ellas.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Hay que fijarse bien en las palabras 'cuando se presente la oportunidad', No hemos de exponer nuestras ideas a los demás extemporáneamente; pero sí que hemos de dar nuestra opinión cuando se nos pida o cuando el tema venga a cuento de manera natural. Manifestar nuestras ideas sin el debido tacto, por excelentes que puedan ser, por lo general, acarrea más perjuicio que beneficio. Generalmente, las personas agresivas que actúan así provocan resentimiento. Una persona que nos para en la calle para preguntarnos intempestivamente si ya hemos encontrado a Jesús, o bien si ya hemos salvado nuestra alma, no consigue impresionarnos favorablemente y, normalmente, nos hace pensar que estando por su parte tan faltado de tacto, su religión carece de valor práctico. Si se presenta una oportunidad favorable, puede prestarse un libro, o un folleto, o se puede conversar amable y tranquilamente sobre el tema. Pero si nos encontramos entre un grupo de “deportistas” no es aconsejable que atacemos la caza como una cosa perversa, aunque sí lo sea. Si alguien me pidiese mi opinión podría expresarme así: “Para mí, toda vida es sagrada; estos animales son en realidad nuestros hermanos menores y no tenemos mayor derecho a matarlos por placer del que tendríamos para matar a un hombre con el fin de divertirnos.” Sin duda, alguno de los circunstantes mostrarían su extrañeza; tal vez se mofarían de mi disimuladamente; pero no se opondrían a mi idea de manera tan ruda como si se sintieran atacados.

Los vegetarianos tenemos que sufrir con frecuencia la incomodidad de sentarnos a la mesa con personas que comen carne; pero esto es inevitable, sobre todo cuando se va de viaje. Tampoco es conveniente exteriorizar nuestras ideas sobre este punto; sinceramente, no sería el medio más adecuado para convertir a los demás; pero, si se nos pidiera nuestra opinión podríamos exponerla con firmeza, con moderación y con serenidad. De esa manera, sería muy probable que, si alguien reflexionara sobre esto, terminase por darnos la razón.

“Pero hay crueldad hablando y actuando: y una persona que dice una palabra con intención de herir a otra es culpable de

este crimen. Tampoco eso lo haríais vosotros; pero algunas veces, una palabra dicha sin pensar hace tanto daño como una llena de malicia. De modo que debéis vigilar contra la crueldad no intencionada.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Hay quienes presumen de decir lo que piensan, aunque ofendan a los demás, y consideran que esto es una virtud. El Maestro, que nunca utiliza palabras ociosas, dice que ese proceder puede ser un crimen cuando las palabras son crueles. En un debate, en una discusión, no es necesario abstenerse de exponer nuestro punto de vista; pero debemos hacerlo con cuidado y cortesía. El Apóstol dijo:

“Que cada uno esté plenamente convencido en su propia mente.” — (Romanos 4: 5)

Esto no quiere decir que tengamos que esforzarnos para persuadir a los demás, sino que debemos comprender por qué tenemos nuestras creencias. En esos casos, estaremos en condiciones de exponer nuestros puntos de vista cuando sea necesario de una manera cortés y mesurada.

Es curioso que muchas personas no puedan diferir en sus opiniones con los demás sin sentirse más o menos enfurecidas, aunque sepan que hay miles y miles de problemas en el mundo que pueden ser debatidos lo mismo desde un punto de vista que desde el otro. Una discusión entre un católico irlandés y uno de protestante, es casi seguro que terminará a golpes, una forma de argumentación que no puede servir de base a ninguna convicción. Cuando a alguna persona se le expone una opinión que no esté de acuerdo con la suya, se siente menospreciada; estaba tan segura de que su idea era la correcta que a cualquiera que no esté de acuerdo con ella le atribuye una malicia premeditada para rechazar sus puntos de vista. Hemos de ser, pues, muy cuidadosos al exponer lo que pensamos.

El teósofo siempre está sintiendo una tentación muy especial, porque al estar basadas nuestras creencias en la razón, sólo espera que los demás lo puedan ver así; pero, lo más frecuente es que la otra persona no lo vea de ese modo. La razón, por perfecta que sea, por lógica que parezca, no siempre impresiona al hombre común y

corriente; este no vive en su razón, vive en sus sentimientos, los cuales, cuando se excitan por lo que decimos, no hay razón que baste para convencerle y cuanto más hablamos, más se dejará llevar por el enfado.

“Normalmente, esto ocurre por falta de reflexión. Un hombre está tan lleno de orgullo y codicia que ni siquiera piensa nunca en el sufrimiento que causa a los demás, pagándoles poco, o haciendo pasar privaciones a su esposa y a sus hijos. Otro, piensa sólo en su propio placer, y le importa poco cuántas almas y cuántos cuerpos arruina para satisfacerlo. Sólo por evitarse unos cuantos minutos de molestia, un hombre deja de pagar a sus trabajadores el día que les corresponde, sin pensar en las dificultades que esto supone para ellos. Así pues, mucho sufrimiento es por falta de atención -por olvidar que una acción afectará a los demás. Pero el karma nunca olvida, y prescinde del hecho de que el hombre olvide. Si deseáis entrar en el Sendero, debéis pensar en las consecuencias de lo que hacéis para no pecar de crueldad por negligencia.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El que paga a sus trabajadores un poco menos de lo que vale el trabajo, puede ocasionar muchos sufrimientos, tanto a ellos como a sus esposas y a sus hijos. Reducir el jornal unos cuantos centavos, puede traducirse en poca alimentación para la familia. El negocio es el negocio; ya lo sé, pero en caso necesario es preferible ganar menos que caer en la tentación de explotar al pobre. Los patronos se están dando cuenta de que les conviene pagar ‘buenos salarios’. como lo ha demostrado Henry Ford, de quien se dice que es el hombre más rico del mundo. Siendo yo sacerdote, solía mezclarme con los pobres para poder ver las cosas desde su punto de vista y era muy frecuente encontrarme con personas que se aprovechaban de su desamparo. Eso sucedía también en la india, donde en algunas ocasiones los niños ‘intocables’ se desmayaban de hambre en las escuelas, hasta que estuvimos en condiciones de proporcionarles alimento.

Superstición

“La superstición es otro mal poderoso, y ha causado crueldades terribles. El hombre que es esclavo de ella, desprecia a los otros que son más sabios, trata de obligarles a hacer lo que él hace.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -La persona supersticiosa nunca tiene en cuenta los diferentes temperamentos de los demás. Tiene ciertas convicciones que desea imponer sobre todo el mundo, sin advertir que es imposible imponer una creencia, a menos que se trate de un hecho científico de carácter concreto, porque en el mundo hay tantas actitudes con respecto a la vida, como personas. Aun conociendo a mucha gente es muy raro encontrar dos seres semejantes en el modo de verse afectados por las circunstancias. Es posible predecir algunas posibilidades generales por lo que respecta a juzgar exactamente la forma en que se reaccione ante ciertos impactos, a menos que se las conozca muy bien. Y por eso la superstición implica, entre otras cosas, una falta muy grande de comprensión. El hombre dominado por la superstición no admite que exista otra forma de considerar las cosas que no sea la suya propia.

La superstición no sólo es mala para el que la padece: cuando la persona es relevante, trata de ejercer coacción sobre los demás. En la historia nos encontramos con que la superstición religiosa ha sido el origen de males terribles. Impulsados por ella, los musulmanes llevaron a cabo horribles carnicerías que fueron causa de grandes derramamientos de sangre en amplias zonas de Asia, Europa y África, dando a elegir “entre el Corán y la espada.” La superstición que dio vida a la Inquisición ya ha sido expuesta anteriormente. Las matanzas de San Bartolomé y las Vísperas Sicilianas, durante las cuales los protestantes y los católicos se acuchillaron unos a otros, también fueron resultado de la superstición. La última de ellas fue en parte política: pero la primera fue exclusivamente de carácter religioso. El odio entre las diferentes sectas cristianas fue, en gran parte, el responsable de esta carnicería, aunque con toda seguridad también

intervino en ellas la cuestión política, como sucedió con Constantino cuando adoptó el cristianismo pensando que era una buena medida para la situación en que se encontraba el Imperio Bizantino.

Las Cruzadas fueron otra gran superstición. Un relato que en realidad carecía de base, sobre la vida y la muerte de Jesús, originó la muerte de veinte millones de seres en esas Cruzadas, al tratar los cristianos de conquistar el país donde, según ese relato, había transcurrido su vida. Si hubiera sido posible hacer comprender a esa gente que la vida de Jesús fue la misma de todos los iniciados, y que esa vida ha pasado en todos los países del mundo en uno u otro tiempo, se hubiera evitado ese derramamiento de sangre. Sin embargo, quizá no todo haya sido una pérdida, porque en su lucha con los sarracenos, más civilizados que ellos, los cristianos trajeron a Europa mucha información útil, y porque su disposición a morir por un ideal pone de relieve su amor a la justicia. En la idea de que los lugares santos de una religión deberían pertenecer a la gente de esa religión, había algo de bello y caballeroso. Sin embargo, el tiempo ha venido a demostrar que, en este caso, fue conveniente que los cristianos no tuvieran éxito. En esa tierra santa los soldados musulmanes han tenido que mantener en paz a las sectas cristianas rivales (la griega y la latina), que siempre están luchando por sus derechos sobre el fuego sagrado y el sepulcro.

Actualmente, en la India tenemos un problema semejante, aunque nadie haya soñado siquiera en hallarle una solución por el procedimiento de las Cruzadas. Los lugares santos de los budhistas: el sitio donde nació el Señor Buddha, donde alcanzó el Buddhado, y donde murió, todos estos lugares están en manos de los creyentes hindúes, cuya religión difiere del budhismo de la misma manera que el cristianismo pueda diferir de la religión musulmana. Los budhistas desean ardientemente poseer esos lugares sagrados, pero los creyentes budhistas jamás han pensado en desencadenar una guerra de conquista. Podemos felicitarnos por ello porque los budhistas suman alrededor de quinientos millones de seres. Su religión les prohíbe cometer actos irracionales de semejante calado. Algunos budhistas han tratado de comprar esos lugares y a punto estuvieron de lograrlo.

La Sociedad Teosófica prestó su colaboración, pero desgraciadamente una gran parte del dinero se perdió en un litigio y el proyecto no pudo llevarse a cabo.

No hay ninguna religión, -a excepción hecha del buddhismo-, que no haya hecho persecuciones. El buddhismo no ha podido hacer eso por sus principios inherentes; la obligación de la tolerancia queda muy bien expresada en las palabras de su Fundador: ¿Quién es buddhista? El hombre que sigue las enseñanzas del Señor Buddha, no el hombre que cree esto o aquello, sino el que vive como el Señor Buddha dijo que debería vivirse. Preguntad a un misionero cuál será el destino de un buddhista realmente bueno, y casi siempre os responderá: “Si no cree en Cristo no hay ninguna esperanza para él”, o bien, como máximo, lo dejará en manos de la infinita misericordia de Dios. Si haces la misma pregunta a un buddhista respecto a un buen cristiano, os dirá: “Este hombre es un buen buddhista; se llama cristiano, pero pone en práctica las enseñanzas del Señor Buddha: todo será bueno para él.” Esa es la tolerancia del buddhismo, como ya he explicado con anterioridad. Evidentemente, todas las religiones condenan realmente la intolerancia y la violencia, pero la ignorancia y el fanatismo de algunas de ellas ciegan a sus prosélitos ante este hecho.

La forma de superstición que se llama odio racial; el que una raza sienta instintivamente repulsión por otra en bloc, no es sino una absoluta insensatez, porque hay personas buenas y personas malas en todas las razas. Recuerdo que, en algunas remotas aldeas de Inglaterra, la actitud de los campesinos hacia los extranjeros era casi siempre de desconfianza y de ridículo. El hecho de que un hombre hablase una lengua diferente era para esa gente ignorante un motivo de burla. Hay algunos labriegos que, sobre este particular, son menos descorteses que la generalidad de nuestro pueblo. Siempre pienso que cuando un extranjero visita nuestro país, debemos considerarlo como nuestro invitado y tenemos el deber de hacerle agradable su estancia y de que reciba la mejor impresión posible de nuestro pueblo y de nuestro país.

Durante la época napoleónica existía en Inglaterra la superstición de que todos los franceses eran verdaderos diablos que luchaban contra

nosotros con absoluto conocimiento de que procedían con injusticia y contra toda razón. En la actualidad, se observan casos de que grandes multitudes sufran una obsesión predominante que alcanza las proporciones de una monomanía nacional. Bajo la influencia de esa monomanía temporal, se cometen atrocidades horribles que el pueblo ni siquiera soñaría cometer en otros tiempos. En esos casos, los individuos sólo son responsables hasta el grado en que se han dejado influir por esa idea; las cosas que suceden son más bien hechas por la monomanía que por los individuos. Esto es muy parecido a lo que le pasa al que, dominado por la ira, profiere palabras ofensivas; es la ira la que habla, no el hombre. Se le puede reprochar el haberse dejado arrastrar por la ira; pero hemos de tener en cuenta que es probable que, pasado un momento, lamente sus palabras.

“Pensad en la atroz carnicería producida por la superstición de que los animales debían ser sacrificados.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Los sacrificios de animales y otros, por lo que se refiere a la religión, son un aspecto de las relaciones entre el hombre y Dios. Sólo hay tres posibles aspectos en esta cuestión: 1. Dios elaboró Su plan dejando que este se desarrollara por sí mismo y manteniéndose al margen de sus resultados; 2. Dios mantiene un malévolo interés en él, sediento de sangre y de otros sacrificios; 3. Dios es siempre el padre amoroso de Su creación.

La primera teoría es prácticamente el materialismo moderno, con el añadido de un creador original. La segunda, nos presenta a Dios como un monstruo sediento de sangre. Muchas de las escrituras antiguas deforman a Dios de esta manera. En un pasaje del Antiguo Testamento los judíos alardean de sacrificar ciento veintidós mil bueyes de una sola vez. Es posible que sea una exageración propia de aquella época. Jehová exigía sacrificios y no le importaba en absoluto el sufrimiento causado para satisfacer sus deseos. Siempre estaba pidiendo a gritos sacrificios que debían hacersele a él y no a ninguna otra deidad. Los judíos contemporáneos se horrorizarían de ello, pero es evidente que la practicaban en los tiempos de David y Salomón. De ello se deduce que el Jehová que ellos adoraban no era lo que nosotros llamamos Dios -concepto hasta el cual ellos no podían elevarse- sino

una de las grandes deidades elementales, restos de los días de la Atlántida. Con anterioridad, los judíos habían estado en contacto con la civilización egipcia, pero esas grandes ideas habían causado en ellos una impresión superficial: posteriormente, durante su cautividad en Babilonia, llegaron hasta la idea de un Dios supremo. De inmediato lo identificaron con las características de su Jehová; posteriormente, sus profetas escribieron sobre Él de forma magnífica, pero siendo influidos a veces por sus antiguas ideas. Los sacrificios de sangre corresponden únicamente a las primitivas etapas de la evolución humana. Están relacionados con la primitiva magia y tienen siempre una conexión con los elementales que viven de las emanaciones de la sangre. El elemental busca los sacrificios porque absorbe el olor de la sangre y por ese medio obtiene el poder de materializarse. Algunas tribus salvajes dicen que si no practican sacrificios les alcanzan muchas calamidades; que pierden sus cosechas y que se incendian sus casas; los dioses de las colinas de la India, por lo tanto, son posiblemente grandes deidades elementales de la Atlántida.

Podemos tener la completa seguridad de que los Grandes Seres nunca aprueban esos sacrificios. En la India, por ejemplo, la revelación original de los Vedas no habla ciertamente de ellos, sino que, en cierta medida, proceden de las tradiciones aborígenes que todavía existen. El Señor Buddha habló en contra de los sacrificios de animales e indujo al rey Bimbisara para que en su reino promulgara su abolición.

Es evidente que ninguna deidad merecedora de nuestra adoración se complace con los sacrificios sangrientos, aunque sí que hay elementales y espíritus de la naturaleza a los que les agradan. Entonces, pues, hemos de considerar esos pasajes de las Escrituras como pertenecientes a un período evolutivo ya trascendido desde hace muchísimo tiempo. Algunos se niegan a manifestarlo con claridad por la reverencia que sienten hacia esas Escrituras; pero no es más que una superstición considerar un grupo de palabras como sagrado y sacrosanto para siempre. Debemos ser eclécticos respecto a las Escrituras y respecto a todo lo demás. Cuando leemos un libro apreciamos y recordamos aquellos pasajes que son especialmente

hermosos y útiles para nosotros. De la misma manera, hemos de tomar de cualquier escritura aquello que sea noble, bello e importante siempre, descartando todo lo que no sea satisfactorio para nuestros ideales. Aunque en los Salmos y en otras partes de la Biblia se hace mención de los sacrificios sangrientos, hemos de aceptar el hecho de que nunca podían ser agradables para Dios; que sin duda alguna pertenecen a un tipo de religión que considera a la deidad como un ser malo, susceptible de cohecho.

Mezclar las enseñanzas puras del Cristo de que Dios es un padre amoroso, con las ideas antes expuestas, constituye la gran tragedia del cristianismo. Es cierto que la ofrenda a la Deidad, de sacrificios animales no es una idea que haya degradado al cristianismo; pero el concepto de Dios como un ente deseoso de hacer el mal, a menos de que le sobornemos, todavía sigue siendo la enseñanza de las grandes organizaciones cristianas. Inventaron la desconcertante teoría de que Dios Sacrificó a Su propio hijo en beneficio de otros seres que, sin este sacrificio, no hubieran podido escapar al infierno. Yo creo que la mayoría de las personas no se han detenido a pensar qué clase de dios tendría que haber sido para exigir o para permitir ese sacrificio. Podéis imaginaros lo que se diría de un rey que, habiendo condenado caprichosamente a determinadas personas a sufrir terribles torturas, las liberara luego porque su propio hijo viniera a decirle: “Si tienes que matarlos, mátame a mí; yo no he hecho nada malo; pero mátame sin embargo, y pon a esas gentes en libertad.” Esta teoría no es cristiana.

El coronel Ingersoll estuvo muy acertado cuando dijo que un Dios honrado era la mejor obra del hombre. Es cierto que para que una nación pueda remontarse hasta el concepto de una Deidad realmente grande y gloriosa, tiene que haber alcanzado un elevado grado de evolución. Es cierto que nuestros remotísimos antepasados que deambulaban por las selvas y las llanuras, pintarrajeados de azul, y los antiguos y belicosos judíos, tenían esos burdos conceptos de la Deidad; pero no existe absolutamente razón alguna para que sigamos con ellos en el tiempo actual.

La tercera teoría -que es la que apoya la Teosofía- consiste en afirmar que Dios es un ser benéfico, que ha configurado un esquema

evolutivo con una finalidad que persigue incesantemente y que, por lo tanto, todo lo que sucede es una parte de Su trabajo. Concede a sus criaturas una determinada libertad y éstas hacen algunas cosas que no armonizan totalmente con su plan; pero como la voluntad de los humanos es parte del plan Divino, todo, en definitiva, es su trabajo.

Cuando decimos que Dios concede cierta independencia o libertad a los hombres, debemos puntualizar que esa libertad es limitada y creciente. Al que emplea la libertad y los poderes que esto conlleva, se le autoriza más. Es una forma parecida a la que se utiliza para enseñar a caminar a un niño. El que le está enseñando no deja que el niño, al dar sus primeros pasos, se quede solo en un suelo resbaladizo en la parte superior de una escalera, o en cualquier otro lugar peligroso. Más tarde, cuando ya ha crecido, puede caminar por el borde de un precipicio para admirar el paisaje, si así lo desea. De un modo parecido, el Logos nos protege mientras nos va preparando para que no suframos un percance irremediable y echemos a perder nuestras vidas.

Esta tercera teoría es la que va incrementándose constantemente. Hace ya mucho tiempo que el cristianismo ha sido mejor que sus creencias, y son muchos los cristianos que tienen un criterio más amplio que el que la misma Iglesia autoriza oficialmente. La Iglesia de Inglaterra, por ejemplo, formula lo que podríamos llamar su teoría de las cosas en un determinado sermón que titula “Los Artículos de la Religión”. La clerecía tiene que dar su aprobación a esos artículos, pero si un sacerdote pregunta: “¿Cómo puedo aceptar estos artículos, al ser, como son, evidentemente contradictorios?”, se le replica que en el momento en que se promulgaron, había dos partes irreconciliables y que hubo que hacer algo para complacerlas a las dos; que el obispo y el resto de los miembros de la Iglesia los han autorizado con su firma al haberlos interpretado con una actitud filosófica y que, puesto que ellos lo han hecho así, bien puedes hacerlo tú también. “Bueno -podría ser la respuesta del sacerdote joven- si esto no tiene ningún sentido, puedo aceptarlo muy bien.” Una actitud que, ciertamente, no es demasiado ética.

No tengo nada que objetar a los Credos cristianos; en ellos hay un

sentido mucho más profundo del que, en general, sospecha el cristianismo. Pero sí expreso mis objeciones a los Treinta y Nueve Artículos y la Confesión de Fe, porque con las ideas más hermosas se las ingenian para entremezclar otras que son absolutamente impropias. Si el catecismo se hubiera detenido precisamente al final de la primera pregunta: “¿Cuál es el objetivo principal del hombre?” y hubiera dado como respuesta: “Glorificar a Dios para siempre”, todo hubiera resultado perfecto.

El cristianismo ha ido mucho más allá de sus enseñanzas y de sus creencias autorizadas. Hace poco encontré un pasaje que pone esto de manifiesto con toda claridad. Hay un libro, escrito por el Deán de Ripon, que dice: “El desenvolvimiento de Cristo en el hombre es la meta del cristianismo.” Y después explica qué es el Cristo en el hombre, diciendo; “Es la sabiduría del hombre de ciencia; la elocuencia del legislador, la rectitud del juez; el amor a la belleza en el artista; el amor al hombre en el filántropo”, etc. Ese cristianismo lo aceptamos todos. Esa idea es muy parecida a la del Gitâ.

“De los reyes -dice Shri Krishna- Yo soy el cetro; de los que buscan la victoria, Yo soy el estadista; y de los secretos, Yo soy el silencio; el conocimiento de los que saben, soy Yo.”

“Todo aquello que es glorioso, bueno, bello y fuerte, tienes que entender que procede de un fragmento de mi esplendor.” –

(Bhagavad-Guitâ 10: 38-41)

El moderno Dean cristiano está muy próximo a estar de acuerdo con el autor del Bhagavad-Gitâ, una escritura de una remota antigüedad, mucho más antigua que El Mahabhârata del cual llegó a formar parte. Muchas de las gloriosas enseñanzas incorporadas en el Gitâ ya existían entre los atlantes que residían en las planicies de la India, mucho antes de que los arios invadieran ese país. Sé muy bien que esta idea no goza de la aceptación general, pero responde a hechos verdaderos que nosotros hemos visto.

Es evidente que hemos de tener una confianza ilimitada en Dios porque Él sabe y nosotros no sabemos. Sabemos, sí, de una manera general, lo que se espera de nosotros como colaboradores de su trabajo en la evolución; pero no conocemos los detalles. Aunque sí sabemos

que esos detalles están en buenas manos. No sabemos lo que será nuestro karma: pero los grandes Poderes que lo regulan lo conocen absolutamente y son Ellos los que tendrán que decidir con sabiduría qué parte del mismo nos será asignada ahora y que parte se nos destinará para el futuro. Si fuera posible para los Grandes Seres escucharnos y cambiar nuestro destino según lo que nosotros pensamos que nos convendría, seguramente que esto sería mucho peor para nosotros. No quiero decir que todas nuestras aspiraciones sean inútiles; al contrario, si tenemos aspiraciones elevadas, éstas representan un nuevo factor que introducimos en el caso y que pueden facilitar a los Grandes Seres la modificación de la acción de nuestro karma, tal vez para que éste se precipite un poco antes sobre nosotros para poder liberarnos más pronto: tal vez para modificar su acción y que nos llegue en otra forma. Pero aquello que acontezca, es lo mejor que puede suceder a cada uno, y no sólo a unos cuantos, así que nunca hemos de pretender alterar la voluntad de Dios; hemos de aceptar agradecidos cualquier cosa que nos llegue, aprovechándonos siempre de ello del mejor modo posible, no del peor. Hemos de considerar nuestras dificultades como algo que hay que vencer; estando siempre alegres, porque sabemos que Dios está en el fondo de todo y que Él es absolutamente benéfico.

“...Y por la superstición todavía más cruel de que el hombre necesita la carne para alimentarse.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Eso es una superstición porque hay muchos millones de personas que viven con una salud perfecta sin comer carne. Probablemente haya unas cuantas personas que, por una mala herencia o por su propio karma son realmente incapaces de hacer que sus cuerpos digieran alimentos de clase más pura; pero estas personas son muy pocas en realidad. He conocido unos cuantos casos, entre muchos cientos de teósofos, de personas que después de haber realizado esfuerzos durante mucho tiempo por adoptar una dieta vegetariana, hallaron que les era imposible; pero, así y todo, después de algunas dificultades iniciales, pudieron mantenerse con frecuencia con la dieta vegetariana para mejorar la salud.

Ha quedado demostrado de manera irrefutable que la mayor parte

de las personas pueden estar perfectamente fuertes sin echarse encima la carga de participar en la matanza de animales. Apenas un pequeño porcentaje de cuerpos físicos son los que no pueden adaptarse a la alimentación vegetariana. Esta es una condición lamentable para esas personas; pero la persona que, de una manera inteligente, se ha esforzado realmente para modificar su dieta y la encuentra imposible, debe aceptarlo como su karma. En casos así, no siempre se debe ni tampoco es sensato obligar al cuerpo a someterse a la voluntad, obligándole a ingerir únicamente alimentos puros corriendo el riesgo de hacerle perecer. Es posible que haya deberes para con los demás que no pueden cumplirse sino gozando de una buena salud. Desde luego, ya sé que un consejo de esta clase se presta a ser utilizado como excusa por aquellos a los que no les gusta la alimentación vegetariana, muy superior a la dieta carnívora y que se resisten a someterse a las molestias que implica adaptar el cuerpo a una nueva alimentación; pero hay que darlo, porque hay personas que se encuentran en la lamentable situación de verse en la necesidad de continuar con sus viejos hábitos alimenticios.

No es correcto comer carne porque es una crueldad matar animales y también porque la carne introduce en nuestros cuerpos partículas nocivas que los embotan y provocan deseos animales, en los elementales de nuestros cuerpos. También hay otras razones que ya he explicado en una conferencia que forma parte de mi libro “Vislumbres de Ocultismo”. Este es uno de los pocos temas en los que prácticamente todos los argumentos están de un solo lado, porque no se puede argumentar nada en favor de la dieta Carnívora, como no sea que muchos la siguen porque les agrada. Creo que a cualquier persona puede demostrársele con absoluta nitidez que la abstención de carne es una cosa conveniente. No se trata de una simple cuestión de moral - lo cual para nosotros ya sería suficiente- sino también de una cuestión de higiene, porque la dieta vegetariana se traduce en una mejor salud y evita horribles enfermedades. Hechos definidos ponen de manifiesto que el vegetariano goza de una mayor resistencia.

A esta idea se la discute diciendo que en cualquier caso nos es necesario destruir la vida para poder vivir; que los vegetarianos

también destruyen la vida. Esto es cierto sólo de manera muy limitada. Se nos puede imputar la destrucción de la vida vegetal, pero esta forma de vida es mucho más primitiva y no está tan consciente como la animal.

La objeción fundamental al hecho de matar, es que interfiere con el curso de la evolución. Cuando se mata a un hombre no se le causa en realidad ningún daño al individuo por lo que a sus placeres y felicidad se refiere; pasa a un plano donde habrá de ser mucho más feliz de lo que haya podido ser en el plano físico y la mera destrucción de su cuerpo no es esencialmente cruel, porque un hombre a quien se mata repentinamente no siente nada. El daño que se le causa es el privarle de la oportunidad de evolución que ese cuerpo le proporciona. Tendrá una nueva oportunidad en otro cuerpo, pero le causamos un retraso y creamos a los Señores del Karma la dificultad de buscar otro lugar para la evolución de ese hombre y de conducirlo nuevamente a través de su niñez antes de que pueda aprovechar su nueva oportunidad, que sólo encontrará cuando llegue a la madurez. Por eso es mucho más grave matar a un hombre que a un animal; el hombre tiene que desarrollar una personalidad completamente nueva, mientras que el animal solamente pasa al alma grupal, desde la cual la nueva encarnación es relativamente fácil. No obstante, en el caso de animales muy evolucionados, que son manifestaciones más complicadas de vida, el matarlos es causa de -permítasenos decirlo con mucho respeto- muchas molestias para las fuerzas de la evolución. El matar a un mosquito, por ejemplo, es una falta infinitamente menor, pues éste pasa a su alma grupal y vuelve a renacer en corto tiempo. El daño que se causa destruyendo incluso a cientos de miles de insectos no es nada en comparación con el que se comete al matar a un caballo, una vaca, un perro o un gato. No puede concebirse ningún caso en que sea lícito matar a un hombre en beneficio propio, excepto en casos de emergencia en defensa de la propia vida o de la vida de otro. El yogui no se defiende ni siquiera en esos casos; lo deja todo en manos del karma. Sin embargo, creo que está justificada la defensa de nuestras vidas cuando son atacadas, y tengo la completa seguridad de que esta es nuestro derecho defender la vida de un amigo, o de un niño incluso

a costa de la vida del agresor. Lo mismo puede afirmarse con respecto al derecho de matar animales. Si un animal nos ataca con peligro de perder nuestra vida, o nuestra seguridad, nos asiste el derecho de matarlo en caso necesario. Toda la dificultad estriba en determinar cuál es el daño mayor. Si, por ejemplo, sufrís el ataque de mosquitos que, prescindiendo de su alimento natural, os atacan y envenenan vuestra sangre y quizá causen perjuicios a un trabajo importante, muy bien puede ser el mal menor el matar a los mosquitos. Si os es posible protegeros detrás de una tela 'mosquitera' o si podéis ahuyentarlos de vuestra habitación, mucho mejor. El mosquito es vegetariano por naturaleza y por instinto hay millones y millones que no conocen el sabor de la sangre. Ponedlos en contacto con los seres humanos, facilitándoles así la oportunidad de probar el nauseabundo sabor de la sangre y veréis lo que pasa. Sucede una cosa parecida con una gran variedad de pequeñas alimañas. Son buenas cuando habitan en el lugar que les corresponde, pero dejan de serlo al ponerse en contacto con los humanos. No solamente somos nosotros los que sufrimos cuando nos vemos infectados por esas plagas, sino que también se propaga la infección entre otras personas que no la hubieran sufrido de no haber estado allí con nosotros.

Si bien, a pesar de nuestro conocimiento imperfecto, no tenemos ninguna justificación especial para exterminar ninguna criatura que nos perjudique, es una realidad que hay algunas formas destinadas a desaparecer, ya sea porque han terminado su cometido, ya sea porque constituyen formas experimentales que han sido mejoradas y que ya no son necesarias. No es una falta de respeto decir que las Fuerzas de la evolución están, hasta cierto punto, realizando algunas experiencias, El Señor Maitreya, cuando sucedió al Señor Buddha en el cargo de Instructor del Mundo, experimentó con algunos métodos de religión que es factible que puedan haber fracasado. Madame Blavatsky solía hablar en ocasiones, con alguna reserva, de determinadas plantas y animales que consideraba fracasos, formas de manifestaciones de vida destinadas a desaparecer gradualmente y que, mientras tanto, tendrían la función de servir de morada a entidades inferiores a aquellas para las que originalmente se habían proyectado, y en algunas

ocasiones hasta para dar forma de expresión a criaturas de vida involucionante. Habló de ciertas formas asquerosas de la vida, de ciertos insectos y reptiles, a los que llamó subproductos, considerando que la destrucción de esas formas no era nada parecido a la destrucción de formas de vida en evolución.

La teoría de la no destrucción de vida se lleva hasta el extremo en algunos lugares, por ejemplo, en los casos en que la gente se abstiene de matar sabandijas, permitiendo ser devorados por ellas. Esto no puede aceptarlo ninguna persona civilizada. Hay algunos casos en que el propietario de una biblioteca ve atacados sus valiosos libros por la barrena, animalillo que perfora las hojas de papel. Lo mejor sería desalojar a esos animalillos, pero seguramente es preferible destruirlos antes de permitir que perjudiquen libros que pueden ser útiles para los demás y para nosotros mismos. Hay muchas otras formas inferiores de vida que, si lo permitiéramos, harían prácticamente imposible la vida. El Yogui, que nunca destruye la vida, siempre puede proveerse de alimentos, pero el agricultor que los produce necesita protegerse contra el gorgojo y contra los gusanos. En Australia se tienen que enfrentar especialmente con el problema de los conejos que, habiendo sido importados a aquel país, han proliferado hasta alcanzar tal número de millones que, de no combatirlos, acabarían por destruir todo vestigio de cultivo.

No sólo para la obtención de alimentos podemos destruir ciertas clases de insectos, sino también como medida de protección, pues el que cultiva plantas o árboles o legumbres, tiene cierta responsabilidad por lo que toca a la vida que anima esas formas. Es cuestión de poner en ejercicio, en todos esos casos, al sentido común. Como quiera que sea, es bien notorio que no es lo mismo matar un animal en defensa propia que el quitar la vida a criaturas de elevada evolución, como las vacas y las ovejas, por ejemplo, para dar satisfacción a una forma viciada del gusto, cuando no es absolutamente necesario.

“Pensad en el trato que la superstición ha dispensado a las clases más pobres de nuestra querida India, y ved en eso de qué manera esta cualidad negativa puede engendrar una crueldad despiadada, incluso entre aquellos que conocen el

deber de la fraternidad.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Las clases oprimidas de la India, llamadas algunas veces los panchamas o seres de la quinta casta, las clases proscritas, los parias, son los descendientes de los primitivos pobladores de la India, a quienes los arios encontraron allí cuando bajaron de los Himalayas. Las leyes de casta prescritas por el Manú -leyes eugénicas convenientes en los tiempos en que fueron promulgadas- prohibían a los nuevos pobladores casarse con los nativos y mezclarse y comer con ellos. El abuso de estas leyes fue causa de grandes crueldades infligidas a los nativos. Por ejemplo, al paria no le está permitido acercarse a un pozo a sacar agua, porque puede contaminarla y perjudicar a los seres de casta; de aquí que se vea obligado a procurarse agua de los pequeños pozos que pueda hacer o hallar, lo que le origina serias penalidades debido especialmente a que en algunas regiones del país las aldeas de parias sólo pueden establecerse en terrenos malsanos, de los que con frecuencia son arrojados a otros. Hasta hace poco tiempo era difícilísimo para un paria colocarse en una buena posición, a menos de recurrir al poco satisfactorio recurso de hacerse cristiano o musulmán, con lo cual lograba mejorar algunas de sus más serias desventajas sociales.

Este, y otros peores todavía, ha sido el tratamiento que la superstición ha hecho sufrir a esas clases oprimidas, incluso entre personas que han hecho una especialidad de la práctica de la fraternidad. En estos casos, a consecuencia de sus supersticiones, han olvidado qué significa la fraternidad. Confiamos que, con el tiempo, irán formando comunidades limpias y respetables. Las condiciones de la época moderna, tales como el contacto que existe entre las diferentes clases en los trenes y en los tranvías, tienden a facilitar este proceso.

Es deber de las clases privilegiadas de la India y una obligación kármica que pesa sobre ellas elevar a esas clases oprimidas que fueron conquistadas por los antepasados de las castas privilegiadas. Su misma nobleza, su innata calidad aria, debe impulsarlas a llevar a cabo esta labor necesaria. Ante la presencia de un niño sucio no hemos de retirarnos con repugnancia; debemos hacer que se lave; igualmente,

no debemos sentir horror ante el paria, sino proporcionarle las condiciones en que pueda adquirir salud, limpieza y conocimiento. No se trata esencialmente de comer juntos, pero sí que hemos de ser amables y compasivos para con nuestros hermanos menores.

Es cierto que el nacer en una casta o comunidad determinada ofrece siempre al hombre unas oportunidades definidas; pero de esto no se deduce que él haga siempre el mejor uso de ellas. Nacer en la familia de un hombre bueno, de baja casta, puede ofrecer mejores oportunidades en cierto sentido, que pertenecer a la familia de un brahmán indigno. Es frecuente que el hombre se esfuerce por llegar a cierta meta y que cuando lo logra haga un mal uso de las oportunidades que esto le proporciona; de aquí que un mal brahmán pueda ser uno que esté en su primera encarnación como a tal, o que haya hecho un mal uso de sus oportunidades en un nacimiento anterior. Es cierto, sólo en casos raros, que:

“Quien sufrió como esclavo puede renacer como príncipe Por valiosos méritos dócilmente adquiridos; Quien mandó como rey puede vagar como pordiosero Por actos efectuados y por los omitidos.” — (La Luz de Asia. Libro 8)

Por regla general, los que pertenecen a las grandes masas de la clase trabajadora irán subiendo gradualmente hasta la clase burguesa y más arriba. La mayor parte del karma de un hombre se genera con personas de la clase en que él se encuentra y necesita condiciones semejantes para agotar su karma en vidas futuras. El proceso evolutivo es gradual también, por lo que respecta a la cultura y educación y por eso una transición brusca hasta una clase más baja o más elevada es, en cierto modo, parecido a una operación quirúrgica que sólo tiene lugar en casos kármicos excepcionales. Sea como sea, la humanidad es una sola familia y el deber de la fraternidad nos corresponde a todos sin excepción.

“Los hombres han cometido muchos crímenes en nombre del Dios del Amor, empujados por esta pesadilla de la superstición.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Otro aspecto de la superstición consiste en que el que

mayores daños causa es precisamente aquel que tiene mejores intenciones; aquel que se aferra fielmente a la letra de su ley. Un hombre verdaderamente malo y egoísta -esos hombres existen, aunque no muchos quizá- tiene por norma invariable la satisfacción de sus propios deseos. No trata de meterse con los demás, a menos que intercepten su camino; y así es como, después de todo, no hace mucho mal en el mundo. Un necio bien intencionado es mucho más peligroso, porque siempre está tratando de intervenir en los asuntos de los demás. Los misioneros, por ejemplo, suelen encontrarse en ese caso. No dudo que los misioneros europeos y americanos puedan haber hecho mucho bien en África Central entre los salvajes; pero en la India, donde cualquier trabajador de las clases inferiores sabe más que el misionero sobre la filosofía de la religión, sobre las grandes y elevadas ideas, el misionero está en una situación ridícula y fuera de lugar. Sus intenciones son buenas, pero hacen muchísimo daño. Muchas guerras han sido ocasionadas por los métodos irracionales de los misioneros: sus gobiernos se han visto precisados a intervenir para salvarlos cuando están en peligro de recibir lo que llaman el martirio. Se ha establecido ya una costumbre: primero los misioneros; luego los vendedores de brandy y ginebra y finalmente los ejércitos conquistadores. Damas inglesas y norteamericanas pobres han llegado a prescindir de cosas indispensables para su vida por dar ayuda pecuniaria a esos misioneros, creyendo que al proceder así lo hacen por la causa de Cristo. No tienen ni la menor idea de que miles de años antes de Cristo, la India ya tenía una religión y una filosofía muy profundas y que su dinero podría emplearse mejor en convertir a los infieles de la misma Inglaterra.

“Por lo tanto, tened cuidado de que no quede en vosotros ni el más mínimo vestigio de la misma.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -El énfasis con que se combate la superstición demuestra con claridad que existe el peligro de que seamos supersticiosos sin darnos cuenta de ello y es por eso que debemos vigilarnos con gran cuidado. Todo problema tiene siempre por lo menos dos aspectos, y no hay nadie -ni siquiera el teósofo- que pueda percibirlo totalmente. Cuando nos hayamos unificado conscientemente con el Logos en Su propio

plano, veremos todas las cosas ampliamente y diremos que nuestro criterio es correcto; pero cuando esto llegue a ocurrir nuestra visión de las cosas incluirá probablemente todas las demás, porque siempre hay un germen de verdad en todas.

“Tenéis que evitar estos tres grandes crímenes, pues son fatales para todo progreso, porque pecan contra el amor.” – (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Que el amor debe gobernar nuestras vidas y vivificar todos nuestros poderes es la enseñanza especial de la línea a la que pertenece el Maestro Kuthumí. Para algunos es difícil comprender cómo los Maestros que poseen todas las cualidades más elevadas y más nobles que podamos imaginar, sin embargo, puedan tener más de una cualidad que de otras. El Maestro Morya, que representa el Primer Rayo, tiene como principal característica la voluntad y el poder y, sin embargo, sería un error suponer que tiene menos amor y sabiduría que cualquiera de los otros Maestros. De la misma manera, sería una equivocación suponer que el Maestro Kuthumí tiene menos poder que los Maestros del Primer Rayo. Estas diferencias están más allá del simple conocimiento humano.

De la misma manera hay diferencias de nivel entre los Grandes Seres; el Bodhisattva está mucho más elevado que nuestros Maestros. Para nosotros, todos parecen tan grandes que no nos es posible establecer ninguna diferencia entre Ellos. Todos son soles de luz resplandeciente, y tampoco para nosotros parece haber diferencia entre un gran Ángel y un Devarâja; sin embargo, en el uno está todo un reino, toda una evolución por encima del otro. Es una cosa necesaria que el Logos Solar tenga mayor poder que todos aquellos que forman parte de Él, aun cuando parecería que no puede haber ningún ser que tenga más poder que Ellos. El conocimiento y el poder del Maestro son en tan gran medida superiores a los nuestros, que para nosotros todo esto resulta una deslumbrante gloria; sin embargo, la diferencia sí existe.

Servicio

“Pero no sólo debéis absteneros del mal; debéis ser activos para prodigar el bien. Debéis estar tan llenos del intenso deseo de servicio que estéis siempre atentos para prestarlo a vuestro alrededor -no sólo a los hombres, sino incluso a los animales y a las plantas. Debéis prestarlo en las pequeñas cosas de cada día, para que se convierta en hábito, de modo que no desperdiciéis la extraordinaria oportunidad, cuando se presente, de hacer cosas importantes.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Nos exponemos a desperdiciar una oportunidad si no nos hemos formado el hábito de la vigilancia: pero si ya hemos adquirido ese hábito, no es probable que dejemos pasar muchas oportunidades, porque éste actuará automáticamente en las más extrañas circunstancias o en las mayores emergencias. Esa es la razón del prolongado y penoso entrenamiento a que se somete al soldado: no sólo para que sepa qué hacer al recibir tales o cuales órdenes, sino para que adquiera ciertos hábitos que se conviertan en instintivos en él. En la batalla, y no sólo antiguamente sino también en la actualidad, el soldado se encontraba colocado en situaciones absolutamente imprevisibles y en condiciones que podrían hacerle perder el ánimo por valiente que fuese; unas circunstancias que excusarían que el hombre perdiera la cabeza. Pero incluso en esas emergencias el hábito se impondría en el soldado y el hombre podría obedecer las órdenes en la forma adecuada.

Este mandato de ser activo en el bien no va dirigido a aquellos que ejercen su actividad en otros planos. Erróneamente podría interpretarse como un reproche contra las órdenes contemplativas de monjes o monjas, o contra la casta brahmánica de la India. Antiguamente se entendía que el brahmán era el guía espiritual del país, que dedicaba todo su tiempo a la práctica del ceremonial y ritual y al estudio, a la enseñanza y al consejo en beneficio de la comunidad. Los demás que se dedicaban a las tareas ordinarias y a producir dinero los proveían de sustento, porque ellos estaban dedicados al trabajo

espiritual. Una idea muy parecida apoya en los países católicos a las órdenes religiosas que emplean su tiempo en rezar por los muertos. En los tiempos en que imperaban esas ideas se aceptaba que vivos y muertos formaban una sola comunidad y que el servicio que esas órdenes prestaban era mucho más valioso para la comunidad que el cosechar maíz; por eso los miembros de esas órdenes recibían limosnas para su subsistencia sin sentirse en modo alguno avergonzados por ello, y los que impartían la limosna se sentían muy honrados. Todos esos conceptos eran completamente opuestos a los de nuestros tiempos modernos: entonces, el pedir limosna para vivir no implicaba la menor vergüenza, al contrario, los que pedían limosna, y que habían hecho votos de pobreza, castidad y obediencia, constituían la parte más espiritual del pueblo. Condenar a los que vivían de esa manera es incurrir en el mismo error que el que se cometió durante la Revolución Francesa, cuando se estimaba que el escritor y el filósofo llevaban una vida holgazana e inútil y que debían dedicarse a empedrar los caminos.

“Porque si anheláis ser uno con Dios, no es para vuestro propio beneficio; es porque podéis ser un canal a través del cual su amor pueda derramarse hasta alcanzar a vuestros semejantes. El que se encuentra en el Sendero no vive para él, sino para los demás; se ha olvidado de sí mismo para poder servirles.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Toda la idea de este libro es llevar a la gente a cierta actitud. Su consideración no es, ni con mucho, la del saber, sino la de ser; es decir, vivir la vida teosófica; llenarse de amor hacia todo y de intenso deseo de colaborar en el plan evolutivo; olvidarse de uno mismo en servicio de los demás. Si habéis visto a un cirujano mientras practica una operación difícil, habréis visto a un hombre en plena e intensa actividad poniendo en marcha el máximo de su cerebro y de sus manos, y sin embargo puede estar absolutamente abstraído en el trabajo que ejecuta, como si toda su vida estuviera en las puntas de sus dedos. También en la guerra el hombre en ocasiones se olvida totalmente de sí mismo en sus esfuerzos por salvar a un compañero herido, o por llevar a cabo una acción necesaria pero peligrosa.

El Logos es omnipotente en Su sistema; derrama Sus fuerzas en todos los niveles de ese sistema. No podemos sino suponer que Él puede inundar todo el sistema con esa fuerza a cualquier nivel y en cualquier extensión que elija. Pero es un hecho que no procede así; la fuerza que en cada nivel derrama, parece ser una cantidad definida y de una clase definida solamente, de donde resulta que nosotros - chispas de Su fuego- podemos hacer ciertas cosas que la gran llama de la cual formamos parte no hace, a no ser por nuestro conducto ya que somos partes de Él. No queremos decir que Él no pueda hacerlo; pero sí que no lo hace, aparentemente. Está en nuestro poder armonizar nuestra voluntad con la Suya por medio de una intensa devoción para hacer descender mayores fuerzas de los planos superiores, transmutarlas y derramarlas a nuestro alrededor. Este trabajo permanecería sin hacerse, hasta donde podemos discernir, a menos que lo hagamos; parece que Él cuenta con nuestra cooperación. Cooperación que también es Suya, porque no hay fuerza que no Le pertenezca.

En varias ocasiones me he valido del símil de un canal o tubería para describir la forma en que la fuerza del Maestro se distribuye en los planos inferiores, por un discípulo. También podríamos servirnos del símil de un transformador de electricidad: desde la estación generadora, distante tal vez cientos de millas, se envían a la estación transformadora de una ciudad grandes cantidades de energía eléctrica; donde los transformadores que la reciben con una alta tensión la convierten en enormes volúmenes de corriente a baja tensión, adaptable al alumbrado y a otros usos. De igual manera, un discípulo residente en Sidney, por ejemplo, puede recibir del Maestro, desde los Himalayas, fuerzas procedentes de los planos superiores para transformarlas en fuerzas de los planos inferiores que puedan ser distribuidas a su alrededor o enviadas para quienes se destinan.

Es así como todos los Iniciados son transformadores de fuerzas espirituales; por su conducto pueden ser derramadas en determinados niveles de acuerdo con su estado o grado. La fuerza divina nos está rodeando siempre, igual que el sol brilla constantemente. Cuando la luz solar no llega a la tierra es a causa de esta última, excepto cuando

tiene lugar un eclipse solar que provoca nubes que se interponen entre ella y el sol; igualmente, el hombre propicia nubes de ignorancia y egoísmo entre él y el Logos que está irradiando una gran variedad de sus fuerzas en todos los planos. El iniciado toma una línea definida de conducta que lo posibilita para ser un mejor canal para estas fuerzas. No es que las fuerzas se vean afectadas en lo más mínimo; ellas están siempre ahí, pero pasan sin afectarnos cuando no estamos preparados para recibirlas.

Tomemos la analogía del prana en el plano físico. Todos absorbemos prana pero, en ocasiones, cuando una persona cae enferma no está en condiciones de especializarla para su uso y pronto empieza a notar una gran falta de vitalidad. Aunque esa persona se encuentre en esas condiciones, incapacitada para especializar el prana para uso propio, sin embargo puede utilizar el que haya sido preparado por otro: otra persona de mucha vitalidad puede verterla sobre ella y proporcionarle la fuerza requerida para que recupere su condición normal. En forma parecida, el iniciado recibe muchas de las fuerzas superiores y las transforma de manera que puedan ser asimiladas fácilmente por otros. Cuanto mayor sea el número de personas que vayan alcanzando el desarrollo que permite esta clase de trabajo, mayor será la rapidez de la evolución humana en general. De la misma manera que una planta no puede absorber más que una determinada cantidad de luz solar, es imposible derramar una cantidad mayor de luz espiritual sobre cualquier persona de la que esté capacitada para recibir.

Sin embargo, no hay que considerar estos canales como meramente pasivos. Son canales vivientes.

El discípulo no permanece quieto para hacer las veces de tubería. Hay determinadas fuerzas que sí descienden por su conducto de esa manera, y el discípulo del Maestro es consciente con frecuencia de la naturaleza de las fuerzas que fluyen por él, y sabe a quién están destinadas. Pero también hay una gran cantidad de fuerzas que él puede utilizar en cualquier momento a su voluntad, y que puede enviar de uno a otro lado, según estime conveniente. Su adaptabilidad y su tacto deben así entrar en juego, y su vida estará llena de actividad positiva de esa clase. Por lo tanto, el no lleva una vida de ciega

obediencia; al contrario, siempre está ocupado mientras otros se dedican indolentemente a pensar en sí mismos.

El hombre común y corriente no puede ser utilizado de esa manera porque no está lo suficientemente desarrollado en los planos superiores y porque, aunque el Ego esté desarrollado hasta cierto punto, el hilo de conexión con la personalidad es muy delgado. El Maestro puede utilizar al discípulo porque el canal está abierto; también de ese modo el Iniciador Único utiliza a los iniciados para la fuerza de la Jerarquía. En esos casos, el hombre ya es el Ego superior y aunque esté dedicado a las obligaciones del plano físico, en el fondo de su mente siempre subsiste el sentimiento de: “Yo soy Yo; una chispa de lo Divino; no puedo hacer algo indigno de Aquello; *noblesse oblige* (nobleza obliga).

La importancia del trabajo exige que las relaciones entre el Maestro y el discípulo no se basen nunca en el sentimiento, aunque estén llenas del más profundo afecto que se pueda conocer en el mundo. El Maestro no acepta a un hombre como discípulo porque ya lo sea algún miembro de su familia, o porque lo haya conocido en otras vidas. Tanto el Maestro como el discípulo sólo tienen en mente lo que en Egipto se llamaba “el trabajo oculto”; la reconstrucción del cuerpo mutilado de Osiris, la reunión de los fragmentos esparcidos. Conocen la “luz oculta” que existe en todos los hombres, “la joya en el loto” por cuyo conducto pueden recibir ayuda, cuando la súplica se haga en la forma debida. Ese fue el trabajo de los Iniciados en el antiguo Egipto y el de los iniciados de hoy. Utilizan el poder que hizo los mundos, el amor de Dios, que no es personal. A nadie se le obliga a ingresar en el ocultismo; pero el que lo haga tiene que adoptar la divisa y la actitud de la Fraternidad, que es no vivir para sí mismo, sino para los demás; no para el progreso o satisfacción personales, sino para el trabajo.

“Es como una pluma en la mano de Dios, a través de la cual puede fluir Su pensamiento y encontrar por sí mismo una expresión aquí abajo, lo cual sin una pluma no podría hacerse.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Podría parecernos que Dios debió de haber calculado que, al llegar la evolución a cierta etapa, dispondría de muchas de esas

plumas a través de las cuales podría escribir; podría interpretarse que Dios Mismo -como dijo un poeta- ‘os necesita y me necesita’. Nuestra colaboración forma parte del plan. Idea grandiosa y muy lógica; de inmediato comprendemos que, si hemos llegado a alcanzar un nivel de conocimiento, de amor y de poder más elevado que el de los demás, lo hemos hecho para estar en condiciones de poderlo distribuir entre todos los hombres.

“Sin embargo, al mismo tiempo, también es una pluma de fuego viviente, irradiando sobre el mundo el Amor Divino que llena su corazón.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -Según una narración dos monjes alejandrinos tuvieron el deseo de conservarse perfectamente puros; uno de ellos se escudó con una coraza de pensamientos protectores; pero el otro estaba tan lleno del amor de Dios que lo irradiaba de sí continuamente y lo mantenía en pureza. Siempre hay dos senderos: el del ocultista que progresa trabajando en el mundo y el del místico que consiste en recluirse en sí mismo; en muchos casos, la finalidad del místico es simplemente la de unirse con Dios; pero no es correcto calificarlo de egoísta, ya que por el simple hecho de su unificación esparce una influencia poderosa. Nuestra finalidad -la del ocultista- consiste en elevarnos paso a paso a través de todos los diferentes estados, hasta que, alcanzados ciertos niveles superiores de Iniciación, podamos unificar nuestra conciencia con el Tercer Aspecto de la Deidad; luego con el Segundo y, finalmente, con el primero. El místico se arroja en la Vida Divina en el estado de evolución en que se encuentra; pero solamente alcanza una manifestación inferior de la Vida Divina; a partir de entonces tendrá que ir ascendiendo para poder sentirse también uno en niveles más elevados.

“La sabiduría que os capacita para ayudar, la voluntad que dirige la sabiduría, el amor que inspira la voluntad -éstas son vuestras cualidades. Voluntad, Sabiduría y Amor, son los tres aspectos del Logos; y vosotros. que deseáis alistaros a Su servicio, debéis ser la expresión de estos aspectos en el mundo.” — (A los Pies del Maestro)

C.W.L. -He aquí. hermanos míos, un hermoso final. Del mismo

modo que Alcyone tuvo éxito, vosotros también podéis tenerlo.